

A woman with long blonde hair, seen from behind, stands on a cobblestone walkway. She is wearing a bright red, long-sleeved, belted dress and black boots. She is looking out over a river in Paris at dusk. The Eiffel Tower is visible in the distance. A bridge with a boat is in the middle ground. A large, ornate street lamp is in the foreground on the left. The sky is a mix of purple, pink, and blue.

NICOLAS BARREAU

Atardecer
en París

Una novela deliciosa sobre la maravillosa locura que es el amor; sobre todo, el amor en París, algo tan mágico que sólo puede ser cierto.

Cinéma Paradis es uno de los poquísimos cines de barrio que aún resisten en el corazón de París, gracias a la pasión de su dueño, enamorado de la chica del abrigo rojo que siempre se sienta en la fila 17. En esa pequeña sala se pondrá en marcha el azar para que los sueños se hagan realidad... no sin algún malentendido, pues detrás de las mejores historias de amor siempre hay un gran secreto.



Nicolas Barreau

Atardecer en París

ePub r1.4

Pinpinpauca 04.09.13

más libros en epubgratis.net

Título original: *Eines Abends in Paris*
Nicolas Barreau, 2012
Traducción: Carmen Bas Álvarez
Editor digital: Pinpilinpauxa
ePub base r1.0

Hagas lo que hagas en tu vida,
hazlo con amor.
De *Cinema Paradiso*

1

Una tarde, en París, aproximadamente un año después de que volviera a abrir el Cinéma Paradis y justo dos días después de que besara por primera vez a la joven del abrigo rojo y empezara a soñar con nuestro siguiente encuentro, pasó algo increíble. Algo que pondría toda mi vida patas arriba y convertiría mi pequeño cine en un lugar mágico, un lugar en el que se daban cita recuerdos y nostalgias, un lugar en el que los sueños, de pronto, se harían realidad.

En un instante pasé a formar parte de la historia más bella que una película pueda imaginar. Yo, Alain Bonnard, fui arrancado de mi órbita habitual y catapultado a la mayor aventura de mi vida.

—Tú eres un hombre de la periferia, un observador que prefiere mantenerse al margen de los acontecimientos —me había dicho Robert en cierta ocasión—. Que no te importe ser así.

Robert es, en primer lugar, mi amigo. Y, además, es un astrofísico que exaspera a todos los de su entorno porque se empeña en aplicar las leyes de la astrofísica a los sucesos de la vida cotidiana.

Pero de pronto dejé de ser un observador y me vi en el centro de un acontecimiento turbulento, inesperado y desconcertante que me dejaba sin respiración y a ratos también me hacía perder la cabeza. El destino me había hecho un regalo y yo lo había aceptado encantado, aunque a cambio estuve a punto de perder a la mujer que amaba. Pero aquella tarde, cuando después de la última sesión salí a la calle, en la que la luz vacilante de una farola se reflejaba en el suelo mojado por la lluvia, ni siquiera imaginaba nada de esto.

Y tampoco sabía que el Cinéma Paradis escondía la clave de un secreto del que iba a depender mi felicidad.

Bajé la persiana, me estiré y respiré hondo. Había dejado de llover, ya solo chispeaba un poco. El aire era tibio y primaveral. Me subí el cuello de la chaqueta y me dispuse a marcharme. Entonces descubrí al hombre bajo y delgado, con gabardina, que desde la penumbra observaba el cine con interés junto a su rubia acompañante.

—*Hi* —dijo con un inconfundible acento americano—. ¿Es usted el propietario de este cine? *Great film, by the way.* —Señaló la vitrina y su mirada se detuvo en el cartel en blanco y negro de la película *The artist*, cuyo silencio pasado de moda había fascinado sobre todo a los habitantes del Nuevo Mundo.

Asentí brevemente, pensando que me iba a entregar una cámara y me iba a pedir que les hiciera una foto a él y a su mujer delante de mi cine, que si bien no es el más antiguo de París, es uno de esos pequeños cines antiguos, con asientos de terciopelo, que por desgracia amenazan con desaparecer. Pero el hombrecillo dio un paso adelante y me lanzó una amable sonrisa a través de sus gafas de concha. De pronto creí conocerle, aunque no sabría decir muy bien de qué.

—Nos gustaría hablar con usted, monsieur...

—Bonnard —dije—. Alain Bonnard.

Me tendió la mano y yo se la estreché algo confundido.

—¿Nos conocemos?

—No, no, no creo. *Anyway... nice to meet you*, monsieur Bonnard. Soy...

—¡Oh! ¿Acaso es usted pariente de Bonnard, el pintor?

La mujer rubia había salido de la penumbra y me miraba animada con sus ojos azules. Estaba seguro de haber visto su cara alguna vez. Muchas veces, incluso.

Tardé unos segundos en darme cuenta. Y antes de que el americano de la gabardina beis terminara la frase, ya sabía a quién tenía delante.

Nadie puede reprocharme que abriera los ojos como platos y, de la sorpresa, se me escurriera el llavero de la mano. La escena era —por expresarlo con las palabras del tímido librero de la película *Notting Hill*— bastante irreal. Solo el ruido de las llaves,

que aterrizaron en la acera con un débil tintineo, me convenció de que todo aquello estaba ocurriendo en realidad. Por muy fantástico que pareciera.

2

Ya cuando era un niño mis mejores tardes eran las que pasaba con el tío Bernard. Mientras mis compañeros de clase quedaban para jugar al fútbol, escuchar música o ir a tirar de las trenzas a las niñas guapas, yo corría Rue Bonaparte abajo hasta que veía el Sena, torcía dos veces a la derecha, y entonces aparecía ante mí la pequeña calle en la que se encontraba la casa de mis sueños: el Cinéma Paradis.

El tío Bernard era algo así como la oveja negra de la familia Bonnard, en la que casi todos tenían profesiones relacionadas con el derecho y la administración. Pero un operador de un *cinéma d'art*, de un pequeño cinematógrafo, que no hacía otra cosa que ver y proyectar películas cuando todos sabían que las películas solo llenan la cabeza de pájaros a la gente... ¡no, eso no era nada respetable! Mis padres encontraban algo extraña mi amistad con ese tío tan poco convencional, que no estaba casado, que en 1968 se había manifestado en el Mayo francés contra el cierre de la Cinémathèque Française por parte del ministro de Cultura al lado de estudiantes furiosos y cineastas como el famoso François Truffaut, y que a veces pasaba la noche en el desgastado sofá rojo de su cabina de operador. Pero como yo era un buen estudiante y no daba ningún problema, mis padres me dejaban hacer lo que quisiera. Confiaban en que el «capricho del cine» se me pasaría enseguida.

Yo, en cambio, esperaba que no fuera así. Encima de la vieja taquilla del Paradis colgaba un cartel con los rostros de los grandes directores y debajo ponía *Le rêve est réalité*, «el sueño es realidad». Aquello me encantaba. Y también me parecía fascinante el hecho de que el inventor del cine hubiera sido un francés llamado Louis Lumière.

—¡Dios mío, tío Bernard! —exclamaba al tiempo que daba palmaditas con infantil entusiasmo—. ¡Ese hombre llevó la luz a la pantalla y se llamaba así, Lumière! ¡Es algo increíble!

El tío Bernard se reía y colocaba con cuidado uno de esos grandes rollos de película que había entonces en los cines y que cuando giraban en el proyector fundían miles de imágenes en un todo maravilloso... para mí, pura magia.

Yo estaba sumamente agradecido a monsieur Lumière por haber inventado el cinematógrafo, y creo que era el único de mi clase que sabía que la primera película, que se rodó en el año 1895 y duraba solo unos segundos, mostraba la entrada de un tren en la estación de Ciotat. Y que el cine francés es en esencia un cine profundamente impresionista, como me aseguraba el tío Bernard una y otra vez. Yo no tenía ni idea de lo que eso significaba, pero debía de ser algo maravilloso.

Cuando poco tiempo después nuestra clase fue con madame Baland, la profesora de arte, al Jeu de Paume, donde todavía colgaban los cuadros de los pintores impresionistas antes de que los trasladaran a la vieja estación del Quai d'Orsay, descubrí entre los paisajes moteados y llenos de luz una locomotora negra que entraba en una estación expulsando humo blanco.

Me quedé un rato contemplando el cuadro y creí saber por fin por qué se decía que el cine francés era «impresionista». Tenía algo que ver con trenes que llegan.

El tío Bernard alzó las cejas con gesto divertido cuando le explique mi teoría, pero era demasiado buenazo como para corregirme.

En vez de eso me enseñó cómo se maneja un proyector de cine y que siempre hay que tener mucho cuidado para que la cinta de celuloide no esté nunca demasiado tiempo delante del rayo de luz.

Una vez que vimos juntos la película *Cinema Paradiso* entendí por qué. Ese clásico italiano era una de las películas favoritas de mi tío, hasta le había dado nombre a su cine a pesar de no ser una película francesa de espíritu impresionista.

—No está mal para ser una película italiana, *pas mal, hein?* —murmuró con su tono gruñón y patriota, sin apenas poder contener la emoción—. Sí, debo admitir que los

italianos también entienden de esto.

Yo asentí, todavía conmovido por el trágico destino del viejo operador que se queda ciego a causa de un incendio en su cine. Me veía reflejado en el pequeño Totò, si bien mi madre no me había pegado nunca por gastarme el dinero en el cine. En realidad yo no necesitaba hacerlo, ya que podía ver gratis las más bellas películas, incluso algunas que no siempre eran apropiadas para un niño de once años.

Porque al tío Bernard no le preocupaba la calificación por edades cuando se trataba de una «buena» película. Y una buena película era una película con una idea. Una película que emociona a la gente, que le transmite la sensación de «estar» en ese difícil experimento. Que le proporciona un sueño al que poder aferrarse en esta vida, que no siempre es fácil.

Cocteau, Truffaut, Sautet, Chabrol, Malle... todos eran como vecinos para mí.

Le deseé suerte al granuja de *Al final de la escapada*, me puse los guantes finos con *Orfeo* y crucé el espejo para salvar a Eurídice del inframundo. Admiré la belleza sobrenatural de Belle en *La bella y la bestia* cuando, seguida por el triste monstruo, subía por la escalera con su pelo rubio hasta la cintura y un candelabro de cinco brazos de luz titilante. En *El último metro* temblé de miedo con el director de teatro judío Lucas Steiner cuando se escondió en un sótano de su teatro y tuvo que escuchar cómo arriba, en el escenario, su mujer se enamoraba de un actor. Grité con los niños de *La guerra de los botones*, que se peleaban entre sí. Sufrí con el perturbado Baptiste de *Los niños del paraíso*, que pierde a su Garance para siempre; me quedé horrorizado cuando en *La mujer de al lado* Fanny Ardant dispara a su amante y luego se pega un tiro en la cabeza; me resultó muy simpática la Zazie de *Zazie en el metro*, con sus grandes ojos y sus dientes separados, y me reí con los hermanos Marx en la ópera y con los ingeniosos diálogos de las parejas que siempre discutían en las comedias de Billy Wilder, Ernst Lubitsch y Preston Sturges, quienes para el tío Bernard eran solo *les américains*.

Preston Sturges, según me contó el tío Bernard una vez, había establecido las reglas de oro para hacer una buena comedia: una persecución es mejor que una conversación, un dormitorio es mejor que un cuarto de estar, y una llegada es mejor que una partida. Todavía hoy recuerdo estas reglas de la fuerza cómica.

Naturalmente, *les américains* no eran tan *impresionistas* como «nosotros los franceses», pero resultaban sumamente cómicos y sus diálogos eran muy ingeniosos. Al contrario que en las películas francesas, en las que a menudo se tenía la sensación de ser testigo oculto de largas discusiones de los personajes en la calle, en un café, en la cama o junto al mar.

Se puede decir que a los trece años yo ya sabía muchas cosas de la vida, a pesar de que todavía no había vivido mucho.

Cuando mis amigos ya habían besado a alguna chica, yo soñaba con la bella Eva Marie Saint, a la que acababa de ver en un *thriller* de Hitchcock. O con la radiante niña de *Juegos prohibidos*, que en medio de los horrores de la Segunda Guerra Mundial crea un mundo propio con su pequeño amigo Michel y coloca cruces en un cementerio secreto en recuerdo de los animales muertos.

Marie-Claire, una chica de nuestro colegio, me recordaba a la pequeña protagonista de *Juegos prohibidos*, y un día la invité a la sesión de tarde en el cine de mi tío. No recuerdo qué película ponían ese día, pero sé que nuestras sudorosas manos no se soltaron en toda la película, ni siquiera cuando me empezó a picar horriblemente la nariz.

Cuando aparecieron en la pantalla los créditos finales ella apretó sus labios rojo cereza contra mi boca, y con infantil inocencia fuimos novios... hasta que al acabar el curso se trasladó con sus padres a otra ciudad que para un adulto no estaba lejos de París, pero que para un chico de mi edad se encontraba en el fin del mundo, es decir, a una

distancia inalcanzable. Tras varias semanas de pena profunda decidí que más adelante haría una película en memoria de esa desgraciada historia.

Porque, evidentemente, yo quería ser algún día un director de cine famoso. Y, naturalmente, no lo soy. Seguí el consejo de mi padre, estudié administración y dirección de empresas porque con eso «siempre se puede ser alguien», y trabajé algunos años en una gran empresa de Lyon que se había especializado en la exportación de bañeras y accesorios de baño de lujo. Aunque todavía era joven, gané mucho dinero. Mis padres estaban orgullosos de que el chico soñador hubiera llegado a algo. Me compré un viejo Citroën descapotable y tuve alguna que otra novia. Al cabo de un tiempo todas me dejaban, algo decepcionadas, porque al final yo no resultaba ser el triunfador por el que me habían tomado al principio.

No me sentía desgraciado, tampoco era feliz. Pero cuando una calurosa tarde de verano recibí una carta de tío Bernard, supe que todo iba a cambiar y que en lo más profundo de mi ser seguía siendo el soñador que, con el corazón latiendo desbocado, se sentaba en la oscuridad de la sala de un pequeño cine para sumergirse en otros mundos.

Había ocurrido algo que nadie hubiera creído posible. El tío Bernard, que entonces ya tenía setenta y tres años, había encontrado a la mujer de su vida y quería marcharse con ella a la Costa Azul, donde hace calor durante todo el año y el paisaje está bañado por una luz muy especial.

Al leer que pensaba cerrar el Cinéma Paradis sentí una leve punzada en el corazón.

Desde que he conocido a Claudine tengo la sensación de que un proyector de cine se interpone todo el tiempo entre la vida y yo, había escrito con su letra torcida.

Para mis últimos años quiero solo el papel protagonista. Pero me da mucha pena que el lugar en el que hemos pasado tantas tardes maravillosas se convierta en un restaurante o en uno de esos clubes que están tan de moda.

La idea de que el viejo cine pudiera acabar de ese modo hizo que se me revolvieran las tripas. Y cuando al final de su carta el tío Bernard me preguntó si podría considerar la idea de regresar a París y hacerme cargo del Cinéma Paradis, casi suspiré con alivio.

Aunque ahora lleves una vida muy diferente, jovencito, eres el único a quien puedo imaginar como mi sucesor. Ya de niño sentías una verdadera locura por el cine y tenías un excelente olfato para las películas buenas.

Tuve que sonreír al pensar en los enfáticos discursos de tío Bernard en aquellos tiempos, luego mi mirada se deslizó por las últimas líneas de su carta, y mucho tiempo después de haberla leído seguía mirando fijamente el papel, que había empezado a temblar en mis manos y que de pronto pareció abrirse como el espejo de *Orfeo*.

¿Te acuerdas, Alain, de que siempre me preguntabas por qué las películas te gustaban más que cualquier otra cosa? Pues hoy te lo voy a desvelar. El camino más corto lleva a través de los ojos hasta el corazón. No lo olvides nunca, jovencito.

Seis meses más tarde estaba en el andén de la Gare de Lyon de París del que salen todos los trenes en dirección al sur y despedía agitando la mano al tío Bernard, que se marchaba con el amor de su vida, una encantadora dama con el rostro arrugado de tanto sonreír.

Seguí agitando la mano hasta que solo pude ver el pañuelo blanco que flotaba alegre en el aire. Luego cogí un taxi que me devolvió al lugar más importante de mi niñez, el Cinéma Paradis, que ahora me pertenecía.

3

En estos tiempos no resulta fácil dirigir un pequeño cine de repertorio, es decir, un cine que intenta ante todo vivir de la calidad de sus películas y no de la publicidad y la venta de palomitas.

La mayoría de las personas ya no sabe mirar con atención, ha olvidado lo que es dejarse llevar durante dos horas en las que se plantean los temas más importantes de la vida, sean tristes o alegres. Sin necesidad de comer, beber, mascar chicle o sorber por una pajita.

Cuando tras mi regreso a París estuve en uno de los grandes cines Multiplex de los Campos Elíseos tuve claro que tal vez mi idea del espectáculo cinematográfico, hacia el que hay que mostrar un cierto respeto, se había vuelto algo anacrónica. Y, a pesar de que acababa de cumplir veintinueve años, en ese momento me sentí bastante demodé y desplazado en todo ese bullicio de voces y ruidos que había a mi alrededor.

No me extraña que las películas de hoy en día sean cada vez más rápidas y ruidosas. En realidad las grandes producciones y las películas de acción de Hollywood, que en Europa también atraen a millones de espectadores, tienen que acallar todo el alboroto que reina en las salas de cine y luchar contra la creciente falta de atención del público con atracciones siempre nuevas.

«¿Es que aquí no hay palomitas?» es la pregunta que oigo una y otra vez en mi cine. La semana pasada un niño gordito que iba de la mano de su madre no paró de refunfuñar porque la idea de estarse dos horas sentado en una butaca y ver *El pequeño Nicolás* sin tener nada que llevarse a la boca le parecía algo inaudito.

—¿No hay palomitas? —repitió atónito, dislocándose el cuello en busca del mostrador correspondiente.

Yo sacudí la cabeza.

—No, aquí solo hay películas.

Aunque esa respuesta siempre me produce una cierta sensación de triunfo, a veces me preocupa el futuro de mi cine.

Tras mi regreso de Lyon había invertido algún dinero en la reforma del Cinéma Paradis. Había restaurado y pintado la fachada ya algo desconchada, había cambiado la vieja moqueta y limpiado las butacas color burdeos, y había dotado al cine de algún avance técnico, de forma que ahora podía proyectar películas digitales además de las viejas cintas. Mis exigencias a la hora de elegir el programa no coincidían siempre con el gusto de las masas.

François, un estudiante de la escuela superior de cinematografía, me ayudaba en las proyecciones, y madame Clément, una mujer de cierta edad que antes trabajaba en Printemps, se sentaba por las tardes en la taquilla cuando no era yo mismo quien vendía las entradas.

Cuando volví a abrir el Cinéma Paradis vino mucha gente que ya conocía el cine de antes. Y también muchos que sentían curiosidad porque varios periódicos habían publicado alguna pequeña nota sobre la reapertura. Durante los primeros meses todo marchó bien, luego vino una época en la que solo se llenaba la mitad de la sala, y no siempre. Madame Clément solía indicarme por señas cuántos espectadores había esa tarde, y a veces le bastaba con los diez dedos de las manos.

No es que yo hubiera pensado que un pequeño cine fuera una mina de oro, pero mis ahorros se habían visto muy mermados y tenía que pensar algo. Así, se me ocurrió añadir todos los miércoles una sesión de noche... en la que proyectaría esas viejas películas que tanto me habían fascinado.

Lo especial de este concepto era que las películas cambiaban todas las semanas y que todas sin excepción eran películas románticas, si bien en un sentido amplio. Lo llamé *Les amours au Paradis* y comprobé encantado que las sesiones de noche de los miércoles empezaron a llenarse. Y cuando después de los créditos finales abría las

puertas de la sala y veía a las parejas que abandonaban el cine muy acaramelados y con los ojos brillantes, o que un hombre de negocios se olvidaba el maletín entre las butacas por la emoción, o que una mujer mayor se acercaba a mí, me daba la mano y me decía con mirada nostálgica que esa película le recordaba los tiempos en que todavía era joven, sabía que tenía la profesión más bella del mundo.

Aquellas noches había una magia muy especial en el Cinéma Paradis. Era mi cine, que regalaba sueños a los espectadores, tal como decía siempre el tío Bernard.

Pero desde que la joven del abrigo rojo empezó a ir a todas las sesiones de noche de los miércoles y cada vez que se acercaba a la taquilla me lanzaba una tímida sonrisa, fui yo mismo quien empezó a soñar.

4

—¿Qué quieres decir, no se lo has preguntado nunca? ¿Cuánto tiempo hace que va a tu cine?

Mi amigo Robert se revolvió impaciente en su silla. Estábamos en la terraza del Café de La Mairie, un pequeño local junto a la iglesia de Saint Sulpice, y aunque era marzo y el tiempo de las semanas anteriores había sido bastante lluvioso, el sol nos calentaba la cara.

Siempre que quedamos a mediodía Robert quiere ir al Café de La Mairie porque según él allí preparan la mejor vinagreta para la *salade paysanne*, su favorita. La sirven en unas botellitas de cristal que rellenan expresamente y dejan sobre la mesa.

—Bueno... —Observé cómo vaciaba el contenido de toda la botellita sobre su ensalada—. Yo diría que todo empezó en diciembre.

Mi amigo me lanzó una mirada de sorpresa.

—¿Todo? ¿Qué quieres decir ahora? ¿Es que hay algo entre vosotros o no?

Yo sacudí la cabeza y suspiré. Para Robert la pregunta decisiva y que primero plantea es si «hay algo» entre un hombre y una mujer. El resto no le interesa en absoluto. Es un científico y no es nada romántico. No conoce el término medio ni el placer de las miradas furtivas. Cuando le gusta una mujer siempre hay algo entre ellos, generalmente ya en la primera noche. No tengo ni idea de cómo lo hace. Naturalmente, puede resultar encantador y muy divertido. Y se enfrenta a las mujeres con una sinceridad que desarma y a la que los demás, por lo general, no pueden escapar.

Me recliné hacia atrás, di un trago de vino y, con el sol en la cara, guiñé los ojos porque se me habían olvidado las gafas de sol.

—No, no hay nada entre nosotros, al menos no en el sentido que tú piensas —dije ciñéndome a la verdad—. Pero desde diciembre viene todos los miércoles a la sesión de noche y tengo la sensación de que... ¡ay, no sé!

Robert pinchó con el tenedor un grueso trozo de queso bañado en la dorada vinagreta y contó los meses con la otra mano.

—Diciembre, enero, febrero, marzo... —Me lanzó una mirada de reproche—. ¿Quieres decir que desde hace cuatro meses va a tu cine una chica que te gusta y que todavía no le has dicho nada?

—Bueno, viene solo un día a la semana, los miércoles, cuando se proyectan esas películas antiguas, ya sabes, *Les amours au Paradis*... ¡Y claro que he hablado con ella! Esas cosas que se dicen... «¿Le ha gustado la película?», «¡vaya tiempo hace hoy!», «¿quiere dejar aquí su paraguas?»... Todas esas cosas.

—¿Va con algún tipo?

Sacudí la cabeza.

—No, no. Siempre viene sola. Pero eso no significa nada. —Di unos golpecitos con el dedo en el borde de mi copa—. Al principio pensé que estaba casada, porque lleva un anillo de oro. Pero luego observé con cuidado y comprobé que no es una alianza, al menos no una alianza normal. Tiene pequeñas rosas rojizas...

—Y será muy guapa, ¿no? —me interrumpió mi amigo—. ¿Dientes bonitos, buen tipo y todo eso?

Volví a asentir y pensé en la primera vez que la chica del abrigo rojo apareció delante de la taquilla. Yo la llamaba siempre «la chica», aunque era una mujer joven, tendría tal vez veinticinco, veintiocho años. El pelo color caramelo le llegaba por los hombros, lo llevaba peinado hacia un lado, y tenía una delicada cara con forma de corazón, en la que se podían apreciar algunas pequeñas pecas, y unos ojos oscuros y brillantes.

A mí me parecía un poco perdida —en sus pensamientos o en este mundo—, y siempre hacía el gesto tímido de colocarse el pelo detrás de la oreja mientras esperaba a que yo le entregara su entrada. Pero cuando sonreía todo parecía llenarse de luz y su expresión adquiría cierta picardía. Y sí, tenía una boca bonita y unos dientes preciosos.

—Es del tipo de Mélanie Laurent, ¿sabes?

—¿Mélanie Laurent? Ni idea. ¿Quién es?

—Bueno, la protagonista de *Principiantes*.

Robert se metió el trozo de queso en la boca y masticó con gesto pensativo.

—Ni idea. Solo conozco a Angelina Jolie. Es guapísima. Tiene buen tipo.

—Sí, sí. Podrías venir más al cine, así sabrías de qué hablo. Te dejaré entrar gratis.

—¡Santo cielo, me dormiría!

A mi amigo le entusiasman las películas de acción y sobre la mafia, por lo que —en teoría— jamás tendríamos que pelearnos por la última entrada de un cine.

—Como la chica de *Malditos bastardos* —dijo intentando encontrar nuestros puntos en común—. La que incendia el cine para que se abrasen todos los nazis.

Robert dejó de masticar un instante, luego levantó las cejas muy contento y movió el dedo índice en pequeños círculos delante de mi cara.

—¿Te refieres a esa chica tan guapa que huye de los nazis? ¿Esa es Mélanie Laurent?

¿Y dices que se parece a Mélanie Laurent?

—Un poco —contesté.

Robert se dejó caer para atrás en la silla del bistró, que no parecía estar hecha para un hombre de su tamaño. Luego sacudió la cabeza.

—¡Vaya, vaya, vaya, no me puedo creer lo tonto que puedes llegar a ser! —exclamó con ese estilo directo que yo tanto valoro en él. Ignoré sus críticas, al fin y al cabo yo solo buscaba un consejo. Pero cuando dijo su clásico «Esto es justo como...» y empezó a divagar sobre no sé qué fórmulas astrofísicas que curiosamente acababan en una constante de Hubble desconocida para mí, como ya no entendía una sola palabra me puse a pensar en otras cosas.

¿He mencionado ya que soy un tipo más bien reservado? Y me gustaría añadir que no soy nada aburrido. Al contrario: tengo una vida interior muy rica y una gran imaginación. Que un hombre no se lleve a la cama a una mujer que le gusta nada más conocerla no siempre significa que sea un idiota.

A diferencia de esos tipos tan directos, yo veo muchas cosas. No en un sentido profético, naturalmente. A lo mejor es que he visto demasiadas películas en mi vida, pero desde que dirijo el Cinéma Paradis he comprobado que me encanta observar a la gente y sacar mis propias conclusiones. Y, sin yo pretenderlo en realidad, sus historias llegan hasta mí del mismo modo que los cachorros se acercan a otras personas.

Algunos espectadores vienen solo una vez al Cinéma Paradis, otros acuden con regularidad y casi me parece conocerlos. Tal vez yo no hable demasiado, pero sí veo mucho. Les vendo las entradas y veo sus rostros. Sus historias. Sus secretos.

Está, por un lado, el señor mayor de la chaqueta de pana marrón claro que lleva el poco pelo que le queda peinado hacia atrás con descuido y que no se pierde ninguna película de Buñuel, Saura o Sautet. Pienso que en su juventud compartía los ideales del comunismo y que luego ha sido profesor. Sus ojos, que brillan bajo unas pobladas cejas plateadas, son claros y rebosan inteligencia. Siempre lleva camisetas azul claro debajo de la vieja chaqueta de pana, que tiene las solapas ya algo desgastadas, y estoy seguro de que es viudo. Es uno de los pocos hombres de su generación que han sobrevivido a sus mujeres, y seguro que él amaba mucho a la suya. Su rostro es noble y amable. Y cuando sale del cine siempre se detiene un instante, como si estuviera esperando a alguien, y luego se marcha un poco sorprendido.

Luego está esa mujer de los abundantes rizos negros y la hija pequeña. Debe de estar al final de la treintena, y las dos vienen siempre a la sesión infantil del fin de semana. «Papá llega hoy tarde», le dijo una vez a la niña, que salía de la sala cogida de su mano y saltando a su lado, y su rostro me pareció pálido y triste y cansado envuelto en su pañuelo de colores. Un gesto de amargura rodeó de pronto su boca. Ella nunca llega demasiado tarde, más bien demasiado pronto. Tiene demasiado tiempo. A veces,

mientras espera en el vestíbulo a que se abra la sala, gira su alianza en el dedo con gesto pensativo. Creo que su marido la engaña, y ella lo sabe. Pero no sabe si debe dejarle.

En cambio, al hombre grueso de las gafas metálicas que suele ver comedias y se ríe mucho ya le ha dejado su novia. Desde entonces su barriga ha crecido y él parece más inseguro. Ahora trabaja mucho, tiene ojeras, y cuando viene suele llegar cuando la película está ya a punto de empezar, a veces todavía lleva el portafolios. A pesar de todo creo que así es mejor para él. Su novia era una bruja pelirroja y antipática que siempre le estaba criticando, no sé bien por qué. Ese hombre no le haría daño ni a una mosca.

Y, así, todas las tardes me siento en mi cine e imagino cosas. Pero la espectadora que más enigmática me resulta, esa cuya historia más me interesa, que siempre viene sola y a la que cada miércoles espero con el corazón palpitando, es otra.

La mujer del abrigo rojo se sienta siempre en la fila diecisiete, y yo me pregunto qué secreto esconde.

Me gustaría conocer su historia y al mismo tiempo tengo miedo de que no coincida con la mía. Me siento como Parsifal, que no debe hacer preguntas, e imagino que la historia de esa joven es muy especial. Es encantadora, y esta tarde voy a hablar por fin con ella y le voy a preguntar si quiere comer conmigo.

Una mano grande me agarró la manga y me estremecí. Volví a la Place Saint Sulpice, donde estaba sentado al sol en un pequeño café junto a mi amigo.

—¡Eh, Alain! ¿Me estás escuchando? —La voz de Robert tenía cierto tono de reproche. Sus ojos azul claro me lanzaron una mirada interrogante. Detrás de su pelo rubio, la iglesia, con sus peculiares torres cuadradas, se alzaba como si fuera una gigantesca nave espacial que acabara de aterrizar. Al parecer, Robert había finalizado su detallada conferencia sobre ese tal Hubble y su constante.

—¡He dicho que hoy tienes que hablar con ella y preguntarle si quiere comer contigo! Si no, vais a alejaros cada vez más el uno del otro, como los cuerpos celestes.

Me mordí el labio intentando contener la risa.

—Sí —dije—. Eso es justo lo que estaba pensando.

5

Aquel miércoles llegué demasiado pronto al cine. Después de comer con Robert había salido corriendo como si tuviera una cita. Aunque no la tenía. Pero como todos sabemos, los momentos más felices son siempre los que se esperan.

Así, loco de contento crucé el Boulevard Saint-Germain, bañado por el claro sol del mediodía, serpenteando lejos del paso de cebra entre los coches que se habían detenido en un semáforo en rojo. Encendí un cigarrillo y pocos minutos después enfilé la Rue Mazarine, que estaba a la sombra.

Cuando abrí la puerta del Cinéma Paradis noté el familiar olor a madera y muebles tapizados, me tranquilicé un poco y me entretuve cambiando la decoración de las vitrinas.

En la sesión de *Les amours au Paradis* se proyectaba esa noche *El rayo verde*, de Éric Rohmer. Saqué los nuevos folletos. Comprobé si había cambio suficiente en la caja. Eché un vistazo al vestíbulo y preparé los rollos de película. Luego entré en la sala y probé a sentarme en diferentes butacas de la fila diecisiete para ver qué tenía de especial, pero no descubrí nada. Ni siquiera era la última fila de mi cine, que suele ser la preferida por los enamorados porque allí pueden besarse en la oscuridad sin que nadie les moleste.

Maté el tiempo haciendo cosas útiles y menos útiles, sin dejar de mirar cada poco las agujas del reloj que colgaba en el vestíbulo.

François llegó y desapareció en el cuarto del proyector. Madame Clément llegó con unos pasteles de frambuesa que había hecho ella misma. Y cuando los espectadores de la sesión de las seis habían comprado ya sus entradas y habían ocupado sus asientos para conocer en *¿Y si vivimos todos juntos?* el destino de un grupo de ancianos rebeldes, abrí la puerta de la sala de proyección y le hice a François una seña de que salía a tomarme un café.

François estaba inclinado sobre un montón de libros y cuadernos. Mientras se proyectaba la película tenía tiempo para estudiar sus exámenes.

—Enseguida vuelvo —dije, y él asintió.

—Y... François... ¿puedes cerrar tú el cine esta noche? Tengo planes para después de la última sesión.

Mientras me tomaba un *café crème* en el bistró más cercano me di cuenta de que mi plan no era precisamente brillante. La sesión de noche acababa a las once y cuarto. ¿Quién querría ir a cenar a esas horas? Tal vez fuera mejor invitar a la chica del abrigo rojo a comer el fin de semana. Si es que aceptaba mi invitación. Y si venía esa noche al cine.

De pronto sentí un escalofrío de miedo. ¿Y si no aparecía? ¿O no volvía nunca más? Nervioso, removí el café a pesar de que hacía tiempo que el azúcar se había disuelto.

Pero hasta ahora ha venido todos los miércoles, me dije. No seas idiota, Alain, va a venir. Además, parece que le gustas. Siempre sonrío cuando te ve.

Pero tal vez sea solo un gesto normal de amabilidad.

No, no, hay algo más. Me apuesto lo que sea a que está esperando a que le digas algo. ¡Deberías haberlo hecho hace tiempo, cobarde! ¡Hace tiempo!

Oí un pequeño ruido, como un crujido, y alcé la mirada. El profesor de la chaqueta de pana estaba sentado en la mesa de al lado y me saludó con un movimiento de cabeza desde detrás de su periódico. Sus ojos despiertos brillaban divertidos.

¡¿Dios mío, no habría estado hablando en voz alta?! ¿Era yo una de esas personas que no controlan lo que dicen? ¿O es que aquel anciano podía leer el pensamiento?

Apurado, le devolví el saludo y me bebí el café de un trago.

—He visto que hoy pone usted *El rayo verde* —dijo el profesor—. Una película preciosa, no me la puedo perder. —Una leve sonrisa surcó sus labios—. Y no se preocupe, seguro que la joven viene hoy también.

Rojo como un tomate, me puse de pie y cogí mi chaqueta.

—Sí, bueno... hasta luego.

—Hasta luego —dijo él.

Esperaba con todas mis fuerzas que el profesor no se equivocara con respecto a la joven.

Era la última de la cola que se había formado delante de la taquilla, y cuando me dio un billete para pagar, aproveché la ocasión.

—Viene usted con frecuencia a esta sesión, mademoiselle. ¿Le gustan las películas?

—le pregunté mientras le entregaba la entrada y las vueltas.

Ella se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja y sonrió con timidez.

—¡Oh, sí! Mucho.

—Pues a mí también me gusta mucho que usted venga tan a menudo —dije de golpe, y me quedé mirando su oreja pequeña y perfecta, que había adquirido un tono rojizo.

Ella siguió sonriendo y guardó el dinero en el monedero. ¿Qué iba a contestar a una observación tan estúpida?

No digas tonterías, ve al grano, tío, ¡al grano!, oí que decía la voz de mi amigo Robert.

—Bueno... jaja... en realidad tendría que hacerle una rebaja, viene usted mucho al cine

—dije intentando ser gracioso—. Como esas tarjetas para acumular puntos de los grandes almacenes, ¿sabe?

Cogió su entrada y me miró directamente a los ojos durante un instante. Luego volvió a sonreír y yo le devolví la sonrisa como hipnotizado.

—No es necesario, monsieur. Las películas merecen la pena.

La puerta de la calle se abrió, una ráfaga de viento barrió el vestíbulo. Dos estudiantes entraron riendo y se dirigieron hacia la taquilla. Tenía que darme prisa.

La joven del abrigo rojo hizo ademán de marcharse.

—Espere un momento —grité, y ella se volvió—. Ha... ha olvidado algo...

Me miró sorprendida.

—Quiero decir... yo... yo he olvidado algo —proseguí, en un intento desesperado por no perder su atención.

—¿Sí?

—He olvidado preguntarle una cosa. —La miré—. ¿Querría venir conmigo a cenar... o... o a tomar algo después de la sesión? Así... podríamos hablar sobre la película... si usted quiere. Yo... bueno, me gustaría mucho invitarla, quiero decir... ya que no quiere usted una tarjeta de puntos.

¡Dios mío, qué estupidez había dicho!

—¡Dios mío, qué estupidez he dicho! —dije sacudiendo la cabeza—. Discúlpeme, por favor. Olvide todo eso de los puntos. ¿Me permite invitarla? Diga que sí, por favor.

Mi corazón acompañaba mis estúpidas palabras a ritmo de *staccato*.

La chica del abrigo rojo levantó las cejas, luego se mordisqueó el labio inferior y su boca mostró una amplia sonrisa. Sus mejillas se sonrojaron. Luego, por fin, dijo algo.

Dijo sí.

6

Llegamos hasta La Palette casi sin enterarnos. A nuestro alrededor la gente hablaba, reía y bebía, pero yo no la veía. Solo tenía ojos para la mujer que estaba sentada a mi mesa, y ni un terremoto habría podido apartarme de ella.

Jamás había deseado tanto que acabara una película como aquella noche. No paré de mirar la sala por la pequeña ventanita para saber por dónde iba la película. La había visto tantas veces que casi me sabía los diálogos de memoria. Y cuando la solitaria Delphine había descubierto por fin el rayo verde —ese curioso fenómeno que se supone que trae la felicidad y que solo se puede ver durante unos segundos, aunque no siempre, cuando el sol se hunde en el mar— y estaba segura de poder iniciar la aventura del amor, abrí las puertas de la sala para que los espectadores pudieran seguir con sus propias vidas.

Ella fue una de las primeras en salir por la puerta, y se apartó un poco para dejar pasar al resto de espectadores, que se movían despacio y con gesto soñador por el vestíbulo y pestañeaban al enfrentarse de nuevo a la luz antes de volver de nuevo a la realidad y dirigirse hacia la salida charlando y riendo.

—Un momento, enseguida estoy listo —dije, y ella se paseó por el vestíbulo estudiando con detalle los carteles de películas colgados en las paredes.

—¿Existirá de verdad ese rayo verde? —oí que preguntaba una estudiante.

Su amigo se encogió de hombros.

—No sé, pero deberíamos averiguarlo —contestó, y le pasó el brazo por los hombros con cariño.

Vi salir al profesor. Se apoyó un instante en su bastón y sus ojos me lanzaron una mirada interrogante bajo las cejas plateadas. Yo asentí y con un gesto casi imperceptible le señalé un lado del vestíbulo, donde la chica del abrigo rojo seguía observando los carteles.

El afecto y —¿era solo mi imaginación?— una especie de amable reconocimiento se reflejaron en la cara del anciano cuando me guiñó un ojo y salió a la calle.

Luego nos quedamos solos por fin. En la sala se oía a madame Clément, quien, como cada tarde, recorría las filas de butacas para ver si alguien se había dejado algo.

—*Bonne nuit* —grité a François, que asomó la cabeza un momento por la puerta de la sala de proyección. Luego me puse la chaqueta, pregunté «¿Nos vamos?» y seguí a la joven del abrigo rojo hasta la salida.

Nos sonreímos y recorrimos en silencio algunos metros por la calle poco iluminada. Fue un momento curiosamente íntimo... esa repentina proximidad, el silencio de la calle, el suave taconeo de sus zapatos en el viejo adoquinado.

Yo iba a su lado y no quería estropear ese momento con palabras, aunque, naturalmente, tendría que decirle algo. Justo estaba buscando una frase adecuada, cuando ella me miró y se retiró de nuevo el pelo detrás de la oreja.

—Tiene usted unas orejas realmente maravillosas —me oí decir, y en ese mismo instante me maldije a mí mismo. ¿Qué era yo? ¿Un fetichista?— Quiero decir... todo en usted es maravilloso —me apresuré a añadir—. No sabe lo mucho que me alegro de que haya aceptado mi invitación. Sabe, hace tiempo que me había fijado en usted.

Sonrió.

—Yo también me había fijado en usted —dijo—. Por cierto, me llamo Mélanie.

—Mélanie... ¡Qué nombre tan bonito! —dije, y me pareció que aquello era un guiño del destino. ¿Acaso no le había dicho esa misma tarde a Robert que la mujer del abrigo rojo me recordaba a la actriz Mélanie Laurent?

—Y además se parece usted un poco a Mélanie Laurent.

—¿Usted cree? —Pareció gustarle.

—¡Sí, sí... sin duda! —Habíamos roto el hielo y me sentía desbordado de alegría—. Pero, en cualquier caso, sus ojos son mucho más bonitos.

Ella sonrió halagada.

—¿Y usted? —preguntó luego.

Debo admitir que hasta entonces no había pensado demasiado en mis ojos. Eran marrones y bastante normales, me parecía.

—Mis ojos no importan —dije.

—Quiero decir que... ¿usted cómo se llama?

—¡Oh! ¡Vaya! Me llamo Alain.

—Alain. Le pega mucho. —Ladeó un poco la cabeza y me miró con curiosidad—. Se parece usted un poco a Alain Delon.

—Es la mentira más amable que he escuchado nunca —dije, y me detuve delante de La Palette, un agradable bistró que está muy cerca de mi casa. Sin haberlo pensado demasiado, mi sistema de navegación interno me había llevado hasta la Rue de Seine, como muchas otras noches cuando iba a tomar allí algo después de la última sesión. Abrí la puerta y entramos.

7

—Siempre que busco el amor voy al Cinéma Paradis.

Mélanie dio un sorbo a su copa de vino tinto, luego la agarró con las dos manos, y su mirada se perdió en una misteriosa lejanía que estaba en algún punto detrás de la ventana de La Palette y a la que yo no tenía acceso. Sus ojos brillaron y en sus labios apareció una sonrisa reflexiva.

Ese fue el momento en que me enamoré de ella.

Sus palabras me emocionaron profundamente, sentí cómo hicieron saltar mi corazón.

Esa frase y la enigmática y leve sonrisa que la acompañó.

Cuando hoy pienso en ello recuerdo que entonces algo me llamó la atención, algo que me pareció poco habitual, aunque no habría podido decir qué era en realidad.

Muchas semanas después, cuando buscaba con desesperación a la mujer del abrigo rojo, me acordaría de nuevo de esa misteriosa frase. Era la clave de todo, pero eso no lo sabía yo cuando, en un gesto espontáneo, puse mis manos sobre las suyas. Era la primera vez que nos tocábamos, y no podía haber sido de otro modo.

—¡Vaya, Mélanie, qué bonito ha sonado! Es usted una poeta.

Me miró y su sonrisa volvió a ir dirigida a mí otra vez. Sus manos reposaban en mis manos, y ella seguía sosteniendo la copa de vino. Y allí estábamos los dos sentados, sujetando juntos la copa como si fuera la felicidad, a la que hay que agarrar con delicadeza y ternura, como a un pájaro, para que no se escape volando.

—No, no, seguro que no soy ninguna poeta. En todo caso un poco nostálgica.

Nostálgica. Hacía mucho tiempo que no oía esa palabra, y me gustó.

—¡Pero eso es maravilloso! —Me incliné hacia ella y el vino se movió un poco en la copa—. ¿Dónde estaríamos en este universo sin alma si no existieran un par de personas que conservan la memoria y llevan en el corazón la añoranza de los sentimientos de otros tiempos?

Ella se rio.

—¿Quién es aquí el poeta? —dijo. Luego dejó con cuidado la copa sobre la mesa y yo solté sus manos a disgusto—. Con los recuerdos pasa algo muy extraño —dijo, y guardó silencio un instante—. A veces pueden ponerte triste aunque sean recuerdos bonitos. Es agradable pensar en ellos, son el mayor tesoro que uno tiene, y aun así resultan un poco dolorosos porque hay algo que es irrecuperable.

Apoyó la mejilla en la mano derecha y con el dedo índice de la izquierda pintó pequeños círculos en la mesa.

—*Tempi passati* —dije en plan filosófico, y pensé si debía atreverme a cogerle la mano de nuevo—. Por eso me gustan tanto las películas. En ellas todo vuelve a estar vivo otra vez, aunque solo sea durante un par de horas. Y siempre se puede volver al paraíso perdido. —Le cogí la mano y ella no la retiró.

—¿Por eso se llama su cine así... Cinéma Paradis?

—No... sí... tal vez. —Los dos nos reímos—. Para ser sincero, no lo sé. Debería preguntarle usted a mi tío, él era antes el propietario. Pero, por desgracia, ya ha muerto.

Alcé las manos con gesto de lástima. ¡El bueno de tío Bernard!

Su maravilloso retiro en el sur había tenido en el último otoño un rápido pero tranquilo final debido a una parada cardíaca. «Este vino es realmente bueno», le dijo a Claudine una tarde que estaba sentado en su sillón de mimbre en la terraza y sujetaba la copa frente al sol de poniente. «¿Traes otra botella, cariño?». Cuando Claudine regresó tío Bernard tenía la cabeza apoyada en el respaldo del sillón de mimbre, con los ojos entreabiertos, como si estuviera contemplando los altos pinos cuyo olor le gustaba tanto en verano. Pero estaba muerto.

El entierro se celebró en la intimidad. En realidad solo asistimos Claudine, un matrimonio del pueblo con el que los dos habían trabado amistad, su viejo amigo Bruno

y yo. Mis padres, que estaban de viaje en Nueva Zelanda, le mandaron una corona y una carta de condolencia a Claudine.

A pesar de todo fue un entierro precioso. Aunque también muy triste. En lugar de una flor dejé caer un rollo de película de *Cinema Paradiso* en la tumba de Bernard.

Suspiré al recordarlo, y miré los grandes ojos marrones de Mélanie, que se posaban en mí llenos de comprensión.

—En cualquier caso, murió muy feliz —dije—. Me gustaba mucho, el viejo tío Bernard. Antes pensaba que le había dado a su cine el nombre de esa película italiana...

—*Cinema Paradiso* —remató Mélanie, y yo asentí.

—Sí, exacto. *Cinema Paradiso*. Era una de sus películas favoritas. Pero el cine es mucho más antiguo que la película.

—Debe de ser precioso tener una pequeña fábrica de sueños así.

—Precioso y difícil al mismo tiempo —dije—. No se hace uno rico. Mi familia no vio con buenos ojos que dejara mi trabajo con un buen sueldo en una gran empresa de Lyon que exportaba lavabos y bañeras a Abu Dabi para dedicarme a resucitar un viejo cine tan poco comercial.

¡Venga tío, ¿qué estás diciendo?! ¿Es que ahora vas a dejar que piense que eres un pobre perdedor?

La voz de Robert sonó tan real que sin querer levanté la mirada. Pero, naturalmente, no había allí nadie aparte del camarero que pasaba con una bandeja para servir a los clientes de la mesa de al lado.

—¡Dios mío! ¡Lavabos y bañeras! —exclamó Mélanie, y se puso la mano delante de la boca—. Bueno, da igual lo que diga su familia. Me alegro de que ahora ya no se dedique a eso. No le pega nada. Y hay que mantenerse fiel a uno mismo. ¿O es que se ha arrepentido alguna vez de su decisión, Alain?

—¡No, nunca! —respondí, y me quedé escuchando un momento su voz, que había pronunciado mi nombre por primera vez. Me incliné hacia delante y le retiré un mechón de pelo de la cara—. Fue justo la decisión acertada. —Mi corazón empezó a latir con fuerza, y me zambullí en sus ojos brillantes—. Sobre todo porque de lo contrario es posible que no la hubiera conocido a usted nunca.

Mélanie había bajado la mirada y luego de pronto me había cogido la mano, que seguía suspendida en el aire cerca de su oreja, y se la había acercado a la mejilla.

¡Ay, habría podido seguir jugueteando así toda la vida, ese juego de las manos, de los dedos que se entrelazan, se entrecruzan, y solo conocen ese momento que se olvida del tiempo y hace vislumbrar la felicidad!

¿No empiezan todas las historias de amor así?

—Yo también me alegro mucho de que exista el Cinéma Paradis —dijo Mélanie con voz apagada.

Cogí su mano y noté el anillo que llevaba. Pasé los dedos por el aro de oro rojizo.

—Al principio no me atrevía a hablar con usted... pensaba que estaba casada.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no, no estoy casada, no he estado casada nunca. Este anillo es un recuerdo de mi madre. Es su anillo de pedida. *Maman* no llevaba ninguna otra joya, ¿sabe?, y cuando murió cogí el anillo para tener siempre algo suyo cerca de mí. Desde entonces no me lo he quitado nunca. —Giró el anillo con gesto pensativo, y luego me miró—. Vivo completamente sola.

Me impresionó la seriedad con que lo dijo.

—¡Oh... lo siento! —dije empezando a tartamudear—. Lo de su madre, quiero decir.

—Naturalmente, no sentía que Mélanie viviera sola, incluso completamente sola. Al contrario. Me alegraba mucho de que así fuera, aunque ese «completamente sola» había sonado algo triste.

—¿No tiene a nadie en París?

Sacudió la cabeza.

—¿Ni familia, ni hermanos o hermanas? ¿Ningún novio? ¿Ningún perro? ¿Ni siquiera un canario?

Ella siguió sacudiendo la cabeza, y al final tuvo que echarse a reír.

—Es usted muy curioso, Alain, ¿sabe? No, ni siquiera tengo un canario, ya que lo pregunta. De mi familia solo vive la tía Lucie, la hermana mayor de mi madre, pero reside en la Bretaña. Voy a verla de vez en cuando. Casualmente voy a ir este fin de semana. Es tan bonito aquello, con el mar... Por lo demás... —Vaciló un instante, luego se acercó la copa de vino tinto a los labios, dio un pequeño sorbo y la dejó en la mesa con decisión. Era evidente que no quería hablar de ello, pero no era difícil adivinar que acababa de pensar en un hombre.

—Ça y est. Las cosas son como son —añadió—. Pero están bien así. Tengo buenos amigos, un jefe estupendo, vecinos amables, y me gusta mucho vivir aquí, en París.

—No me puedo creer que una mujer tan atractiva como usted no tenga novio —insistí. Debo admitir que la frase era poco original, pero quería tener la certeza de que era así. Tal vez fuera ese jefe tan estupendo el hombre de su vida. A lo mejor era una de esas mujeres que se supone que viven solas pero en realidad tienen desde hace años un lío con un hombre casado del que nadie debe enterarse.

Mélanie sonrió.

—Pues es así. Mi último novio me engañó hace un año con su compañera de trabajo. Luego me encontré un pendiente de jade en su cama y nos separamos. —Soltó un divertido suspiro—. Tengo un talento especial para enamorarme del hombre equivocado. Al final siempre hay otra mujer.

—No es posible —dije—. Deben de ser todos completamente idiotas.

8

Estuvimos mucho tiempo sentados en La Palette. Y habríamos seguido allí hasta bien entrada la madrugada, bebiendo vino, cogiéndonos las manos, bromeando, riendo, hablando y mirándonos en silencio, si los camareros no hubieran empezado a mostrarse intranquilos. Acercaban las sillas de madera a las mesas ya vacías. Daban golpes con las copas. Se apoyaban en la barra y nos miraban bostezando.

La verdad es que no mostraron mucha comprensión hacia un hombre y una mujer que en ese momento trataban de olvidar que en el mundo existía algo más aparte de ellos. ¿Quién escribió que el amor es un sentimiento egoísta?

Finalmente uno de los camareros se acercó a nuestra mesa y carraspeó.

—*Pardon*, monsieur. Tenemos que cerrar.

Sorprendidos, levantamos la vista y pudimos comprobar que éramos los últimos clientes.

—¡Dios mío, ya es la una y media! —dijo Mélanie. Sonrió al camarero con gesto de disculpa, separó su mano de la mía y cogió su abrigo rojo, que había dejado con mucho cuidado en el respaldo de la silla. Yo me puse de pie para ayudarla a ponerse el abrigo, luego saqué la cartera y pagué.

—Muchas gracias por la invitación. Ha sido una velada estupenda —dijo Mélanie cuando el camarero cerró la puerta detrás de nosotros. Me miró mientras se abrochaba el abrigo con calma. Hasta entonces no me había fijado en que tenía un corte algo anticuado y que le sentaba muy bien.

—Sí, ha sido una velada muy especial —repetí—. Y se ha pasado demasiado deprisa.

—Era más de medianoche, no estaba nada cansado, y no quería que la noche terminara. Por mí podía haber continuado eternamente, como les ocurría a los protagonistas de *Antes del amanecer*, esos dos estudiantes que se pasan un día y una noche dando vueltas por Viena y luego no se pueden separar uno del otro. Aunque yo no podía pedirle a Mélanie que paseara conmigo por las Tullerías y allí se cobijara en plan romántico en mis brazos hasta el amanecer. Hacía demasiado frío para eso.

En ese momento me habría gustado tener algo más de la despreocupada mentalidad de «en tu casa o en la mía» de Robert. Por otro lado, no estaba seguro de que esa chica del abrigo pasado de moda fuera del tipo de mujeres a las que se puede conquistar de ese modo. Y, además, aquello era el comienzo de algo muy especial, no de una historia cualquiera, podía notarlo con toda claridad.

En el silencio de la noche parecía que costaba más pronunciar cada palabra que en el interior del acogedor bistró, en el que habíamos estado sentados a la mesa de madera oscura y mientras hablábamos nuestras manos se habían rozado continuamente. Ahora estábamos en la calle, uno frente al otro, y no me quería despedir. De pronto me volví tímido como un niño.

Pensé en invitar a Mélanie al cine la tarde siguiente, una proposición muy poco original para el propietario de una sala de cine. Indeciso, hundí las manos en los bolsillos del pantalón y busqué una frase brillante.

—Bueno, pues... —dijo Mélanie, y subió los hombros tiritando—. Voy en esa dirección.

—Señaló con la mano hacia el Boulevard Saint-Germain—. ¿Y usted?

Mi casa estaba a pocos minutos de La Palette, en la Rue de l'Université, justo en la dirección opuesta, pero daba igual.

—Ah, vaya, yo también —mentí, y vi cómo Mélanie sonreía con satisfacción—. Bueno, pues... yo voy en la misma dirección. Así que puedo acompañarla un rato, si usted quiere.

Quería. Se colgó de mi brazo y avanzamos sin prisa por la Rue de Seine hasta el Boulevard Saint-Germain, que a esa hora todavía estaba muy animado. Pasamos por el puesto de crepes, ya vacío, que está junto al pequeño jardín de la vieja iglesia de Saint-Germain-des-Prés y ante el que durante el día siempre hay una cola de gente

que, atraída por el olor, espera para comprar una crepe con crema de castañas o un gofre con chocolate.

Delante de la Brasserie Lipp, que todavía tenía luz, un par de taxis esperaban a los últimos clientes. Cambiamos de acera y seguimos subiendo por el Boulevard Saint-Germain, cruzamos al Boulevard Raspail y poco después torcimos por la Rue de Grenelle, que estaba muy tranquila y oscura, con sus edificios altos y antiguos.

—¿Tiene que seguir usted todavía en esta dirección? —me preguntaba Mélanie cada vez que entrábamos en una calle nueva, y yo asentía y decía que sí y le pedía que me siguiera hablando de su amiga, que trabajaba en el bar de un gran hotel y los miércoles por la noche nunca tenía tiempo de acompañarla a la última sesión del Cinéma Paradis; de su jefe, monsieur Papin, que tenía sobrepeso y fumaba puros y en ese momento estaba en el hospital debido a una pulmonía, por lo que ahora se ocupaban ella y su compañera de su pequeña tienda de antigüedades, en la que había muebles antiguos, lámparas Belle Époque, joyas modernistas y figuras de porcelana pintadas a mano.

—¿Trabaja usted en una tienda de antigüedades? —la interrumpí—. ¡Qué maravilla! Le pega mucho.

Me imaginé a Mélanie en un lugar encantador, rodeada de objetos valiosos, y le iba a preguntar por el nombre de la tienda cuando ella dijo:

—Mi amiga no para de preguntarme qué hago entre tanto trasto viejo. —Se rio—. Pero a mí me gustan todos esos objetos antiguos. Transmiten calor y tranquilidad. Y cada uno de ellos tiene su historia...

Mélanie parecía tener muchas ganas de hablar. Yo iba a su lado, escuchando su voz melodiosa, observando su boca color frambuesa, y pensé qué la felicidad debía de ser algo parecido a aquello.

Cuando por fin en la Rue de Bourgogne nos detuvimos delante de un viejo edificio de varias plantas que estaba frente a una pequeña papelería que tenía el escaparate iluminado, Mélanie me miró con gesto interrogante.

—Aquí es —dijo, y señaló un enorme portal con una puerta verde oscuro y cerradura con código de seguridad—. ¿Está usted seguro de que va usted todavía en la dirección adecuada?

—Completamente seguro —contesté.

Alzó las cejas y en sus ojos apareció un brillo alegre.

—¿Adónde tiene que ir usted, Alain? ¿Vive usted también aquí, en la Rue de Bourgogne?

Sacudí la cabeza y sonreí algo apurado.

—Vivo en la Rue de l'Université —dije—. Muy cerca de La Palette, para serle sincero. Pero sin duda este ha sido el mejor rodeo que he dado en mi vida.

—¡Oh! —exclamó ella sonrojándose—. A decir verdad, esperaba que así fuera.

—Sonrió, y con un rápido movimiento volvió a sujetarse un mechón de pelo detrás de la oreja. Yo ya adoraba ese pequeño gesto suyo.

—Y yo esperaba que usted lo esperara —dije con voz apagada, y mi corazón empezó a latir con fuerza otra vez. La noche nos envolvía como si fuéramos los únicos habitantes de París. Y en ese momento lo éramos. La cara clara de Mélanie brillaba en la oscuridad. Miré su boca de frambuesa, que todavía sonreía, y pensé que era el momento de besarla.

Entonces oímos un ruido y nos estremecimos.

En la acera de enfrente apareció un hombre mayor que arrastraba los pies con sus zapatillas de estar en casa. Echó un vistazo al escaparate de la papelería y sacudió la cabeza con desaprobación.

—¡Están todos locos, todos locos! —murmuró. Luego se volvió hacia nosotros y nos miró moviendo el dedo índice en el aire.

—¡Pa-re-ji-ta! —graznó de pronto riéndose como un gnomo, antes de seguir avanzando sin dejar de arrastrar los pies.

Esperamos hasta que el viejo desapareció en la oscuridad. Luego nos miramos y nos echamos a reír. Y nos seguimos mirando. Durante minutos, horas, no lo sé. En algún lugar sonó una campana. El aire empezó a vibrar. Robert habría podido explicarme con todo detalle qué partículas cargadas de electricidad se movían entre nosotros como una lluvia de rayos.

—¿No sería ahora el momento? —preguntó Mélanie. Su voz vibraba levemente, pude notarlo.

—¿Qué momento? —dije con aspereza, y la abracé con fuerza entre mis brazos, contra mi pecho, en el que mi corazón latía al impetuoso compás de un director de orquesta enloquecido.

Finalmente nos besamos, y fue justo como yo lo había imaginado. Aunque mucho, mucho mejor.

9

Creo que nadie ha sido tan feliz andando por la Rue Bonaparte como lo era yo aquella noche. Caminaba con paso alegre, con las manos en los bolsillos del pantalón. Eran las tres de la madrugada, pero no estaba cansado. La calle estaba desierta y mi corazón, lleno de alegría anticipada por todo lo que iba a venir. La vida era bella y Fortuna acababa de vaciar su cuerno de la abundancia sobre mí.

Todo el que haya estado enamorado alguna vez sabe a qué me refiero. Estaba a punto de saltar por la acera como hace Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. Por desgracia, soy todo lo contrario a un buen bailarín, así que me limité a canturrear la melodía y darle una patada a una lata de refresco.

Un borracho se acercó a mí tambaleándose, extendió la mano, se giró y miró asombrado cómo me alejaba. No llovía, pero yo habría recibido cualquier chaparrón como si fuera una lluvia de oro. Me parecía estar cerca del cielo. Me sentía invulnerable. Era el elegido de los dioses.

¿Y acaso no era sencillamente increíble que el amor, después de todos los milenios en los que el mundo ha estado girando en torno a su eje, siga siendo lo más maravilloso que les puede pasar a dos personas? Es ese sentimiento el que nos hace empezar siempre de nuevo y esperar lo máximo.

El amor... Es el primer verdor de la primavera, es un pájaro que gorjea su pequeña canción, una piedra que se lanza con alegría para que salte encima del agua, un cielo azul con nubes blancas, un camino intrincado que conduce a un fragante seto de retamas, un viento cálido que sopla sobre las colinas, una mano que se junta con otra.

El amor es la promesa de nuestra vida. En el inicio de todo hay siempre un hombre y una mujer.

Y aquella noche se llamaban Mélanie y Alain.

En cuanto abrí la puerta de mi casa pude oír el maullido. Entré y me incliné sobre Orfeo, que se revolcó de alegría en la alfombra de tonos claros de la entrada.

—¿Qué hace mi pequeña princesa? —dije a la vez que acariciaba un par de veces su pelo gris y blanco atigrado.

Un ronroneo de satisfacción llenó el recibidor.

Orfeo apareció un buen día en casa. Una mañana estaba sentada maullando con pena delante de mi puerta. Entonces era muy pequeña, estaba muy delgada, y pregunté en todo el bloque si alguien había perdido un gato, y de ese modo conocí por fin a todos mis vecinos. Pero ninguno había echado de menos a un pequeño gato atigrado. Por mi completo desconocimiento de los hechos biológicos pensé que era un macho y le llamé Orfeo. Luego apareció Clarisse, que venía a limpiar la casa una vez a la semana, apoyó las manos en las caderas y sacudió la cabeza con energía.

—*Mais non*, monsieur Bonnard! ¿Qué ha hecho usted? Este animal es una hembra, ¡se ve enseguida!

Bueno, si se miraba con atención se podía ver. A pesar de todo se quedó con el nombre de Orfeo, y yo creo que le gusta, aunque nunca obedece cuando la llamo.

—No te vas a creer lo que me ha pasado hoy, pequeña. Te va a sorprender. —Le rasqué la barriguita blanca y Orfeo rodó hacia un lado agradecida. Daba igual lo que a mí me hubiera pasado, mientras la acariciara estaba todo bien.

Después de nuestro pequeño saludo ritual me dirigí a la cocina para coger un vaso de agua. De pronto tenía mucha sed. Orfeo me siguió, se subió al mueble del fregadero con un elegante salto y me dio un suave golpe en el brazo con la cabeza.

—¡Está bien, está bien! —suspiré, y abrí un poco el grifo—. Pero deberías acostumbrarte a beber agua en tu cuenco. Sería lo normal, ¿sabes?

Orfeo no me hizo caso. Como todos los gatos, tenía su propia idea de lo que es «normal». Y, evidentemente, era mucho más interesante beber agua del grifo que en un bebedero para gatos.

Observé cómo movía su pequeña lengua rosa en el chorro y bebía agua con satisfacción.

—¿Su gato se llama Orfeo? —Mélanie había soltado una sonora carcajada cuando le conté que la única mujer que había en ese momento en mi vida era una gata caprichosa que por equivocación tenía un nombre masculino—. ¿Toca también la lira?

—Bueno, en realidad no. Pero le gusta mucho beber agua del grifo.

—¡Qué graciosa! —había opinado Mélanie—. El gato de mi amiga se bebe el agua de los jarrones de flores.

—Mélanie cree que eres muy graciosa —le dije a Orfeo.

—Miau —hizo ella. Se detuvo un instante, luego siguió bebiendo.

—¿Es que no te interesa saber quién es Mélanie? —Lancé la chaqueta sobre la silla de la cocina y me fui al cuarto de estar. El parqué crujió con suavidad. Encendí la lámpara de pie y me dejé caer en el sofá.

Unos segundos después oí un suave golpe. Orfeo había saltado al suelo y se acercó al sofá contoneándose. Un segundo después estaba echada sobre mi tripa ronroneando. Yo me estiré, acaricié su pelo sedoso y me quedé mirando absorto la pantalla blanca de la lámpara, que dejaba pasar una luz suave. La cara de Mélanie parecía flotar en el aire justo encima de mí. En su boca apareció una sonrisa.

Sin dejar de mirar la lámpara pensé en los besos delante del portal verde oscuro de la Rue de Bourgogne, que no querían tener fin y no obstante se acabaron cuando Mélanie finalmente se soltó de mis brazos.

—Tengo que subir —dijo en voz baja, y pude ver la indecisión en su mirada. Por un momento confié en que me iba a preguntar si quería subir con ella, pero tomó otra decisión.

—Buenas noches, Alain —dijo, y puso sus dedos con suavidad en mis labios antes de darse la vuelta e introducir la clave en la cerradura del portal. La puerta se abrió con un leve crujido y dejó ver un patio interior en cuyo centro extendía sus ramas un viejo castaño de Indias.

—¡Ay, no quiero que te vayas! —dije, y volví a envolverla con mis brazos—. ¡Otro beso más!

Mélanie sonrió y cerró los ojos cuando nuestras bocas volvieron a encontrarse.

Después de ese hubo todavía un último beso y luego otro último de verdad, más intenso, bajo el viejo castaño.

—¿Cuándo nos volvemos a ver? —pregunté—. ¿Mañana?

Mélanie pensó un instante.

—¿El próximo miércoles?

—¿Qué? ¿Hasta el próximo miércoles? —Una semana me parecía un espacio de tiempo inconcebiblemente largo.

—Lo siento, pero antes no puedo —dijo ella—. Mañana me voy a Le Pouldu a pasar una semana con mi tía. Pero no nos vamos a perder.

Y finalmente tuve que dejar que Mélanie se marchara, con la promesa de que el miércoles siguiente nos volveríamos a ver a las ocho en punto en el Cinéma Paradis.

Se despidió otra vez con la mano y desapareció por una puerta de la parte posterior del patio. Me quedé un rato mirando hechizado cómo detrás de una ventana de los pisos superiores se encendía una luz y un poco más tarde se apagaba.

Aquí vive la mujer que amo, pensé. Y luego me marché.

Por la mañana, cuando me estaba tomando un café, sonó el teléfono.

Estaba bastante machacado de haber pasado la noche en el sofá, en el que en algún momento me había quedado felizmente dormido. Soltando un gemido, me levanté de la silla y busqué el teléfono, que, como siempre, no estaba en su base. Por fin lo encontré debajo de un montón de periódicos junto a mi cama sin deshacer.

Era Robert, quien, como todos los días antes de su primera clase, ya había corrido por el Bois de Boulogne y ahora estaba haciendo una pausa en su viejo despacho de la universidad. Como siempre, fue directo al grano.

—¿Qué? ¿Cómo fue todo ayer? ¿Explotó la supernova? —gritó por el auricular con buen humor y sorprendentemente despierto, y yo me estremecí. Su voz sonaba todavía más fuerte que otras veces.

—¡Dios mío, Robert! ¿Tienes que gritar siempre tanto por el teléfono? ¡No estoy sordo!

—Volví a la cocina y me senté en la mesa pequeña—. He dormido solo dos horas, pero fue... —Se me ocurrieron palabras como «mágico», «maravilloso» y «romántico», que a mi amigo no le dirían nada—. Fue genial —dije—. La locura. Estoy que no me lo creo. Esta es la mujer que siempre he estado esperando.

Robert chasqueó la lengua.

—¡Vaya! —exclamó—. Ha prendido la mecha. Espero no molestar. ¿Está contigo?

—¡No, claro que no!

—¿Qué significa eso de «claro que no»? ¿Es que has pasado la noche en su casa? No está mal.

Tuve que reírme.

—Nadie ha pasado la noche con nadie —le dije a mi sorprendido amigo—. Pero eso no importa en absoluto.

Pensé por un instante en la mirada indecisa en los ojos de Mélanie cuando estábamos ante la puerta verde, y suspiré.

—Bueno... yo no habría rechazado una invitación, la acompañé a su casa, ¿sabes? Pero no es una mujer que se vaya a la cama con un hombre la primera noche.

—¡Lástima! —Robert parecía un poco decepcionado, pero luego volvió a vencer el pragmatismo—. Bueno, entonces tienes que insistir —añadió—. Tienes que insistir, ¿me oyes?

—Robert, no soy idiota. —Nervioso, corté un trozo de queso de cabra y lo unté en mi *baguette*.

—Vale, vale —dijo él cambiando de tono. Luego guardó silencio un instante. Parecía estar pensando—. Solo espero que no sea una de esas mujeres complicadas. Con esas no se pasa nada bien.

—No te preocupes, lo pasé muy bien con ella —repliqué—. La velada fue maravillosa, y lo nuestro acaba de empezar... —Pensé en el viejo de las pantuflas que nos había llamado «parejita», en la refrescante risa de Mélanie, que era tan natural. Me gustaba oírla.

—Nos hemos reído mucho, hemos hablado mucho... ¿Sabes?, todo encaja a la perfección. Le gustan las cosas antiguas, como a mí. Trabaja en una tienda de antigüedades con muebles viejos y lámparas y figuras de porcelana, le gustan los gatos y su película favorita es *Cyrano de Bergerac*. Esa es también una de mis películas preferidas... ¿No es sencillamente genial?

Robert parecía poco impresionado. Con un «sí-sí», ignoró todas las maravillosas cosas en común que yo creía haber descubierto.

—Pero espero que hayáis hecho algo más que hablar.

—No, sabe Dios que no. —Sonreí y pensé en los besos bajo el viejo castaño—. ¡Ay, Robert, qué quieres que te diga! Soy inmensamente feliz. Todo parece perfecto. Apenas puedo esperar a volver a verla... Es la chica más encantadora que he conocido

jamás. ¡Y no tiene novio, gracias a Dios! Dice que la Torre Eiffel siempre la pone contenta. ¡Ah, y le encantan los puentes! —Proseguí con la euforia de un recién enamorado que ve cualquier detalle del otro como algo fascinante—. Sobre todo el Pont Alexandre... claro, por las farolas Belle Époque.

—¿Sabes lo bonito que es cruzar el Pont Alexandre muy temprano, cuando las luces de la ciudad empiezan a reflejarse en el agua y el cielo adquiere tonos lavanda? —había dicho Mélanie—. A veces me quedo un rato debajo de una de esas viejas farolas y observo el río y la ciudad, y siempre me parece una maravilla.

—Dice que cada vez que pasa por ese puente tiene que detenerse un momento. Y que París es una maravilla. —Suspiré lleno de felicidad.

—Pareces un maldito guía turístico, Alain. ¿Estás seguro de que la pequeña vive realmente aquí? Hacía mucho tiempo que no oía esas cursiladas de postal. Yo también paso muchas veces por el Pont Alexandre, pero nunca me he parado a contemplar las maravillas de París... al menos cuando estaba solo. ¡Dios mío, tanto ruido por un par de farolas viejas!

—Los puentes tienen una magia muy especial —le dije.

Robert se rio. Seguro que le hacía gracia mi sentimentalismo. Si a Robert le gusta una chica seguro que no es por su preferencia por los puentes antiguos y las farolas Belle Époque.

—*Très bien*, todo eso suena muy prometedor —opinó finalmente con jovialidad—. ¿Cuándo os volvéis a ver?

Cinco minutos más tarde ya había discutido con mi amigo.

—¿Qué no tienes su número de móvil? —gritó sin poder entenderlo—. ¡Vaya, tío, cómo se puede ser tan tonto! ¿Os pasáis horas hablando sobre malditos puentes y películas y luego ni siquiera le preguntas lo más importante? ¡Dime que no es verdad, Alain!

—Pues sí, es verdad —repliqué con aspereza—. En ese momento no me pareció lo más importante, así de sencillo.

Me enfadé conmigo mismo. ¿Por qué no le había pedido a Mélanie su número de teléfono? La verdad era que se me había olvidado, simplemente. En esa primera noche en la que nos habíamos movido con la seguridad de dos seres sonámbulos, lo que nos había unido más que la técnica moderna, algo tan profano como un teléfono móvil carecía totalmente de importancia. ¿Pero cómo iba a explicárselo a mi amigo?

Robert ya no se podía controlar.

—¿Encuentras a la mujer de tu vida y ni siquiera le pides su número? —Se rio con incredulidad—. ¡No me lo puedo creer! Estás siempre en la luna, Alain. ¡¿Hola?! Estamos en el tercer milenio, ¿es que no te enteras? ¿Es que vais a comunicaros mediante palomas mensajeras?

—Bueno, se lo pediré la próxima vez. Voy a verla el miércoles.

—¿Y si no la ves? —insistió Robert—. ¿Qué pasa si no va? Me parece raro que ella no te haya pedido tu número. O que al menos no te haya dado el suyo. Mis alumnas siempre quieren saber mi número de móvil. —Se rio por lo bajo con cierta arrogancia—. No suena a que fuera una velada muy conseguida, si me preguntas mi opinión.

—Pero no te la he preguntado —protesté—. ¿Qué me importan a mí tus alumnas? Hemos quedado en vernos, y aunque no te quepa en la cabeza, todavía hay personas que pueden ser felices esperando una semana para verse y quedar una vez sin necesidad de llamarse diez veces para cambiar de planes porque surja algo mejor. —Me alegré de poder devolvérsela a Robert—. No siempre hay que ir al grano lo más rápido posible, aunque tú lo hagas con tus alumnas.

—Es todo una cuestión de atracción —dijo Robert sin inmutarse—. Pero cada uno puede hacer lo que quiera. Te deseo que seas muy feliz esperando. Confío en que no sea en vano.

Se podía oír el sarcasmo en su voz, y me puse cada vez más furioso.

—¿Por qué te preocupas tanto? —le pregunté—. Quiero decir... ¿qué quieres demostrarme con esto? ¿Que soy un completo idiota? De acuerdo. Debería haberle pedido su número de teléfono. Pero no lo hice. ¿Qué pasa? Mélanie sabe dónde está mi cine. Y yo sé dónde vive ella.

—¿Se llama Mélanie?

Asentí. Era la primera vez que le mencionaba su nombre a Robert.

—Sí, una curiosa casualidad, ¿verdad?

—¿Y qué más?

Guardé silencio algo avergonzado. ¿Qué le iba a decir? Era un completo idiota. En ese momento me di cuenta de que no sabía el apellido de Mélanie. Era algo imperdonable. Intenté deshacerme del pánico difuso que empezaba a invadirme. ¿Y si Robert tenía razón?

—Bueno... —dije apurado.

—¡Tío, no tienes solución! —exclamó Robert con un suspiro.

Y luego mi amigo me soltó un breve discurso acerca de por qué la vida no es ninguna película de amor en la que dos personas se encuentran y luego se separan para volver a encontrarse una semana más tarde en la Fontana di Trevi porque a los dos se les ha ocurrido a la vez ir allí a lanzar una moneda y pedir un deseo.

—Sé dónde vive —repetí testarudo, y de pronto vi ante mí los numerosos nombres de los vecinos del portal de la Rue de Bourgogne—. Si por algún motivo el miércoles no aparece, siempre puedo preguntar por ella. Pero vendrá, estoy seguro. Me lo dice mi intuición. Tú no entiendes de estas cosas, Robert.

—Ya, ya —dijo él— es posible. A lo mejor sale todo según lo previsto. —Se rio con cierto escepticismo—. Y si sale mal siempre podrás irte a los puentes de París y esperar a que Mélanie pase algún día por allí. Le gustan mucho los puentes, ¿no?

Mélanie me había dejado un mensaje en el Cinéma Paradis. Ese mismo día. Era un triunfo. Y a la vez una lástima. Un triunfo porque demostraba que mi amigo estaba equivocado. Una lástima porque yo no estaba allí para recibir el mensaje. En ese caso habría podido ver a Mélanie antes de que se marchara de viaje. Y entonces sí que le habría pedido su número de teléfono.

Así que fue François quien me entregó un sobre blanco cuando llegué al cine a las cuatro y media. Sorprendido, miré el sobre, en el que no había ningún nombre escrito.

—¿Qué es esto?

—De la chica del abrigo rojo —dijo François con toda tranquilidad, y me lanzó una mirada interrogante tras sus gafas de montura metálica redonda—. Ha preguntado por «Alain» y luego me ha dado esta carta.

—Gracias. —Le arranqué literalmente el sobre de las manos y desaparecí con él en la sala, que a esa hora todavía estaba vacía. Lo abrí apresuradamente con la atrevida esperanza de que contuviera algo bonito. Era un texto breve. Cuando leí las líneas escritas a mano en azul oscuro suspiré con alivio. Luego releí la carta frase por frase.

Querido Alain:

¿Llegaste bien a casa anoche? Me habría gustado poder acompañarte a la Rue de l'Université, pero de ese modo nos habríamos pasado la noche de un lado para otro y yo tenía que levantarme hoy temprano. A pesar de todo no he podido dormir. Nada más entrar en casa ya te echaba de menos. Y cuando hoy, al despertarme, he mirado por la ventana y he visto el viejo castaño, de pronto me he sentido muy feliz. No sé si luego vas a estar en el cine (naturalmente, eso sería lo mejor) o si voy a dejar la carta en la persiana para que la encuentres al llegar, una pequeña señal antes de marcharme de viaje. No soy una aventurera, pero me alegro de haberte conocido, del próximo miércoles y de todo lo que pueda ocurrir.

Un beso, M.

No soy una aventurera, había escrito, y eso me emocionó, a pesar de que era una cita.

O tal vez precisamente por eso. Las palabras procedían de la película *El rayo verde*, que se había proyectado la noche anterior en el Cinéma Paradis. La reservada Delphine se las dice a sus amigos: «No soy una aventurera».

—¡Ay, querida Mélanie! —murmuré en la penumbra de la sala de cine—. No, no eres una aventurera, pero no importa. Eso es precisamente lo que me gusta de ti. Tu vulnerabilidad, tu timidez. Este mundo no está hecho solo para los audaces y valientes, para los que gritan y se imponen, no, también los tímidos y los callados, los soñadores y los sensibles tienen su sitio en él. Sin ellos no habría término medio, matices, acuarelas azul pálido, palabras no dichas que dejan volar la imaginación. ¿Y no son precisamente los soñadores los que saben que las mejores aventuras se viven con el corazón?

Seguramente habría continuado durante un rato con mi monólogo si un ruido no me hubiera hecho levantar la mirada. En la puerta de la sala estaba madame Clément, con su delantal de flores y apoyada en una escoba, mirándome embobada.

—¡Madame Clément! —exclamé, y luego carraspeé para recuperar la compostura—. ¿Es que me estaba espiando? —Me puse de pie a toda prisa—. ¿Hace cuánto tiempo que está ahí?

—¡Ay, monsieur Bonnard! —suspiró, ignorando mi pregunta—. ¡Ha sido tan bonito eso que ha dicho de las aguas tranquilas y los cuadros azules y los sueños! Podría estar horas escuchándole. Yo también tenía una de esas cajas de acuarelas cuando era pequeña, no sé dónde habrá ido a parar. En algún momento de la vida se deja de pintar... y también de soñar. Una lástima, ¿verdad? —Una sonrisa ingenua cruzó sus labios—. Pero cuando uno se enamora vuelve a soñar otra vez.

Algo confuso, asentí, doblé la carta y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta. No sabía que en madame Clément se escondía toda una filósofa.

—¿Le ha escrito? ¿Qué dice? —Me miró y me lanzó una sonrisa de complicidad.

—¡¿Qué?! —solté sorprendido—. ¡De verdad, madame Clément, esto es el colmo! —Me había pillado in fraganti y no estaba dispuesto a desvelarle los secretos de mi corazón. ¿Pero cómo se había enterado de todo el asunto?

—François me ha contado lo de la carta, naturalmente. —Me miró con cariño.

—Naturalmente —repetí alzando las cejas y alegrándome de que funcionara tan bien la comunicación entre los empleados de mi pequeño cine.

—Todos nos preguntábamos cómo habría ido su velada con la atractiva joven del abrigo rojo —prosiguió madame Clément sin poder ocultar su curiosidad. Dijo «todos» como si formara parte de una corte imperial pendiente de los pasos de su regente enamorado—. Pero si hoy ha preguntado por usted y hasta le ha escrito una carta de amor es que tuvo que ser una noche maravillosa.

—En efecto. —Tuve que reírme—. ¿Y cómo está usted tan segura, querida madame Clément, de que es una carta de amor?

Ladeó la cabeza y apoyó en la cadera la mano que le quedaba libre.

—Mire, monsieur Bonnard, ya tengo unos cuantos añitos sobre mi espalda. Basta con verle la cara para saber lo que pasa. Ella le ha escrito una carta de amor, ¡c'est ça!

—Sus enormes manos agarraron el palo de la escoba y, muy convencida, la movió con energía por el suelo—. Y ahora apártese para que pueda barrer antes de que empiece la sesión.

Hice una leve inclinación y me marché. Cuando vi mi rostro reflejado en el gran espejo *art déco* que había en el vestíbulo tuve que reconocer que madame Clément tenía razón. El hombre alto y delgado de pelo oscuro, ojos brillantes y sonrisa radiante estaba enamorado. Podía verlo cualquiera que tuviera ojos en la cara.

Me aparté y toqué la carta que llevaba en el bolsillo. ¿Era una carta de amor? La volví a sacar y sonreí mientras releía las cariñosas palabras.

Sonreí sin saber que en las próximas semanas la iba a leer una y otra vez, que me iba

a aferrar a ella con la desesperación de un náufrago porque era la única prueba de una velada feliz que había terminado bajo un viejo castaño en un patio interior de la Rue de Bourgogne.

Me quedé mirando fijamente el cartel de *Las cosas de la vida* que había colgado la tarde anterior en el vestíbulo junto con el anuncio de «El próximo miércoles en la sesión de *Les amours au Paradis*», y deseé que fuera ya miércoles. Me habría gustado poder romper las leyes del tiempo y saltarme una semana de mi vida para poder ver a Mélanie cuanto antes. Pero supuestamente ella estaba camino de la Bretaña.

En los días siguientes guardé la carta de Mélanie en el bolsillo de la chaqueta como un talismán. La llevaba siempre conmigo, como un seguro para volver a alcanzar la felicidad. La leía por la noche cuando —bajo la atenta mirada de Orfeo— me tumbaba en el sofá con una copa de vino tinto y no quería irme a la cama; la leía a la mañana siguiente, cuando me tomaba mi *espresso* en una de las mesitas redondas del Vieux Colombier y luego me quedaba ausente mirando la lluvia que caía sobre el adoquinado. ¡Claro que era una carta de amor! Y además era la mejor sorpresa que me había deparado aquella excitante semana.

Al menos eso era lo que pensaba hasta el momento en que el viernes por la noche, después de la última sesión, bajé la persiana del cine y de las sombras salió un hombre bajito con una gabardina y se dirigió a mí.

Yo conocía al hombre, y también conocía a la mujer que estaba a su lado. Pero tardé unos segundos en darme cuenta.

Nadie puede reprocharme que abriera los ojos como platos y de la sorpresa se me cayeran las llaves al suelo. Toda la escena era —por decirlo con las palabras del tímido librero de la película *Notting Hill*— bastante irreal.

Ante mí estaba, como caído del cielo, el famoso director de cine neoyorquino Allan Wood y a su lado estaba una bellísima mujer que yo había visto muchas veces en la pantalla.

Solène Avril, una de las más famosas actrices de nuestro tiempo, me dio la mano como si fuéramos viejos amigos.

—*Bonsoir*, Alain —dijo con una sonrisa radiante—. Soy Solène y adoro este cine.

—¡Dios mío, todo está exactamente como yo lo recordaba, maravilloso, *ç'est ravissant!* Con entusiasmo infantil, Solène recorrió las filas de asientos y pasó la mano por los respaldos de terciopelo rojo.

—¿No es sencillamente increíble, *chéri?* ¿No te lo había prometido? Debes admitir que en América nunca habríamos encontrado algo así.

Allan Wood se colocó bien las gafas de concha, y ya se disponía a contestar cuando Solène se dejó caer en una de las viejas butacas y cruzó con elegancia las piernas cubiertas por unas delicadas medias de seda.

—¡Es perfecto, sencillamente perfecto! —prosiguió, y su melena rubia rozó el respaldo. Por un momento solo vi su pelo, que caía como oro líquido sobre el terciopelo rojo, y su bien torneada rodilla, que subía y bajaba—. Y esta locura de ambiente. Y el olor que hay en esta vieja sala me inspira... aaaah, soberbio, ¿verdad? ¡Ven, siéntate a mi lado, *chéri!*

Allan Wood, que se había mantenido todo el tiempo de pie junto a mí para captar de un modo más discreto la «locura de ambiente» de mi cine, me sonrió a modo de disculpa antes de dirigirse hacia delante y recorrer la fila de butacas donde se había sentado Solène. Yo le observé maravillado, y en ese instante tan irreal mi propio cine me resultó desconocido.

El pesado telón de terciopelo rojo que llegaba hasta el suelo y en ese momento tapaba la pantalla; las veintitrés filas de butacas que ascendían ligeramente hasta la pared posterior del vestíbulo, en la que se abría la ventana cuadrada por la que el operador podía ver la pantalla y a los espectadores; los retratos en blanco y negro, enmarcados en madera de raíz, de Charlie Chaplin, Jean-Paul Belmondo, Michel Piccoli, Romy Schneider, Marilyn Monroe, Humphrey Bogart, Audrey Hepburn, Jean Seberg, Catherine Deneuve, Fanny Ardant y Jeanne Moreau, que sonreían desde las paredes tapizadas con tela oscura como si a la luz de las lámparas de globo hubieran despertado a una nueva vida.

Pero lo más bonito era la cúpula de la sala, que yo contemplaba con frecuencia y que gustaba especialmente a los espectadores de la última sesión. La sala estaba cubierta por una cúpula pintada con ramas verde oscuro en cuyas hojas se escondían aves del paraíso y frutos dorados.

—¿Entiendes ahora por qué solo puedo rodar esas escenas aquí? —Solène Avril abrió los brazos y estiró los dedos en un gesto dramático—. No quiero ser patética, pero esto... esto de aquí es muy diferente a lo que se imita en los estudios, *n'est-ce pas, chéri?* Aquí puedo ser auténtica, aquí podré interpretar con el corazón, puedo sentirlo.

—Soltó un suspiro de felicidad.

Allan Wood se sentó a su lado, echó la cabeza hacia atrás y estiró los brazos sobre los respaldos de las butacas que tenía a izquierda y derecha. Guardó silencio un instante.

—*Yeah, it seems like the perfect place* —dijo luego—. *I really like it!* —Giró la cabeza de un lado a otro y miró el techo—. Y huele... —añadió con su curioso acento, agitando su pequeña mano en el aire— totalmente nostálgico. Huele... —chasqueó los dedos como si hubiera tenido una idea ingeniosa—... huele a historia.

Yo permanecía en silencio en la pared del fondo de mi cine y ya no estaba en condiciones de juzgar si Allan Wood tenía razón o no. Para ser sincero, ya ni siquiera estaba en condiciones de saber si no estaba alucinando.

Era poco antes de medianoche y casi esperaba que las dos cabezas que sobresalían por encima de las butacas se desvanecieran de pronto en el aire y yo me despertara en mi cama sacudiendo la cabeza y murmurando que había soñado con un famoso director de cine americano y una de las mujeres más bellas del planeta, que habían ido a mi pequeño cine para convertirlo en escenario de una película. Eso es lo que ocurre cuando se sueña, ¿no?

Cerré los ojos un instante y respiré hondo. En la sala del Cinéma Paradis había un olor pesado que había surgido con la entrada de Solène Avril y que llegaba hasta mí cada vez que ella se movía. Si la historia olía así, era un olor fascinante.

—¿Es original o utiliza usted un espray, Alain?

—Eh... ¿cómo, disculpe? —Abrí los ojos de nuevo.

Allan Wood se había vuelto hacia mí y me miraba con sus oscuras cejas levantadas.

—Bueno, ya sabe, una de esas fragancias de ambiente. En casa tengo una que huele como una biblioteca antigua y resulta bastante agradable —dijo, y se puso de pie con agilidad.

Sacudí la cabeza.

—No, no —repliqué—. Aquí todo es auténtico... —Miré el reloj. Eran las doce y no pasaba nada. Extendí las manos con un gesto de asombro. Era evidente que no estaba soñando y que ese insólito incidente nocturno que en las semanas siguientes iba a poner mi vida del revés estaba sucediendo en la realidad. ¡Era increíble!

Allan Wood y Solène Avril estaban realmente allí, en la sala iluminada de mi cine. Y estaban firmemente decididos a rodar —previo consentimiento por mi parte— en el Cinéma Paradis durante las próximas semanas.

Volví a sacudir la cabeza y tuve que echarme a reír.

—Todo es auténtico, aunque debo admitir que ustedes dos siguen pareciéndome algo irreales. —Me encogí de hombros—. Quiero decir que no todos los días le ocurre algo así a una persona normal como yo.

Allan Wood se acercó unos pasos y se detuvo a mi lado. Era más bajo que yo y sus afables ojos marrones brillaron divertidos cuando me miró, extendió el brazo y se tiró un par de veces de la manga de la gabardina.

—Pues nosotros somos de verdad —dijo—. Venga, toque usted mismo. ¡Somos de verdad!

Le tiré de la manga y sonreí. Era cierto que eran «de verdad».

Al margen de que al principio le había tomado por una aparición, el hombrecillo de la gabardina me resultó simpático desde el primer momento. Ignoró educadamente mi evidente desconcierto. Pero no pude acostumbrarme del todo a la autenticidad de Solène Avril, que estaba apenas a un metro de mí observando la famosa foto de Audrey Hepburn con una boquilla para cigarrillos.

—Muy elegante. Tal vez debería hacerme con una boquilla así, ¿qué te parece, *chéri*?

—Frunció los labios con aire pensativo, luego suspiró—. Pero hoy en día ya no se puede fumar ni en los bares de copas. Nuestro mundo ha perdido todo el estilo, ¿no le parece a usted también, Alain? —Me sonrió—. Todo cambia, y casi siempre es a peor.

—Arrugó la frente, y me admiró su fuerza mímica—. Menos mal que aún existe Tiffany's. Eso resulta bastante tranquilizador.

Volvimos al vestíbulo, y yo miré la calle y pensé en el extraño encuentro de una hora antes, para el que yo estaba tan poco preparado como para el aterrizaje de un extraterrestre. Probablemente alguna vez les contara a mis nietos que Allan Wood y Solène Avril estuvieron en mi cine.

—¿Allan Wood? —había tartamudeado una vez que el hombre de la gabardina se hubo presentado, convirtiendo en certeza mi extraña sensación de que le conocía—. Bueno, esto sí que... o sea... qué cosas. ¿El Allan Wood de Nueva York? Sí, claro que su nombre me dice algo.

Allan Wood mantuvo su discreción.

—Me alegro de que me conozca, monsieur Bonnard. Veo que nos llamamos igual. Qué curioso, ¿verdad? ¿Puedo llamarle Allan?

—Alain —le corregí azorado.

Allan Wood no pareció notar la diferencia.

—Me alegro mucho, Allan —dijo asintiendo con amabilidad.

—¡Alain, *chéri*, se llama *Alain*, no Allan! —exclamó Solène Avril, y me miró con una sonrisa de complicidad. La estrella de Hollywood se había criado en París y conocía el sonido nasal del francés.

—*Oh, I see... Al-Ieen* —probó de nuevo Allan, acentuando la última sílaba de mi nombre—. Bueno... *Alleen*, disculpe este pequeño asalto por sorpresa, Solène me ha... cómo se dice... arrastrado hasta aquí. Quería mostrarme sin falta el Cinéma Paradis, y ha sido una feliz coincidencia que le hayamos encontrado a usted aquí...

Solène asintió y me sonrió, y yo también asentí y sonreí como si fuera idiota. Y de hecho tenía dificultades para seguir la conversación.

—Me gustaría hablar con usted sobre mi nueva película, *Alleen* —dijo el hombre de la gabardina. Aparte de su acento y alguna que otra pequeña incorrección, Allan Wood hablaba francés sorprendentemente bien. Paseó la mirada por la vieja fachada y soltó una pequeña exclamación de reconocimiento. Luego me entregó una tarjeta de visita y yo la guardé en el bolsillo—. Tal vez necesite su precioso cine antiguo.

—Ajá —dije, porque a decir verdad no se me ocurrió otra cosa. ¿Para qué necesitaba Allan Wood mi cine? En el sector se sabía que el director americano de las grandes gafas de concha tenía diversos caprichos, pero yo no sabía que la compra de viejos cines franceses fuera uno de ellos. Y en ese momento me daba igual. Estaba hechizado con Solène Avril y miraba como sonámbulo a la mujer rubia que se colocaba bien la delicada capa de lana blanca que llevaba puesta. Cubría sus hombros como una vaporosa nube y le daba un aspecto angelical. Parecía flotar por encima del adoquinado.

—¡Ay, todo esto es tan excitante! —dijo con voz apagada—. Me siento como una niña pequeña. ¿Podemos entrar y echar un vistazo, Alain? ¡Por favor!

Me miró, posó un momento su mano en mi brazo, y noté que me temblaban las rodillas.

—Claro —dije—. Claro. —Y, tambaleándome, avancé de espaldas hasta la persiana, que ya estaba bajada. Debo decir que a mí todo aquello también me resultaba bastante excitante. Ni en mis sueños más atrevidos se me habría ocurrido pensar que un icono del cine como Solène Avril me iba a pedir algo algún día. Todo aquello era puro cine.

Así que levanté la persiana y poco después accedimos los tres al pequeño vestíbulo, en el que ahora estábamos de nuevo y en el que Solène Avril enseguida había descubierto algo conocido. Sus exclamaciones de entusiasmo («¡No! ¡Me acuerdo de ese espejo!» o «¡Mira, *chéri*, *Le rêve est réalité*, ese cartel ya estaba entonces encima de la taquilla, te lo dije!») interrumpían una y otra vez a Allan Wood, que me hablaba de su proyecto con todo lujo de detalles y gestos mientras Solène se perdía en su pequeño viaje en el tiempo.

Al principio no me resultó muy fácil encontrarle sentido a aquella visita nocturna, pues los dos parecían expertos en interrumpirse uno al otro. Eso me impedía escucharles con atención, pero al cabo de un rato me pareció haber entendido algo: Allan Wood tenía intención de rodar una nueva película con Solène Avril como protagonista. La nueva cinta se llamaría *Dulces recuerdos de París* y, naturalmente, se localizaría en París. Era una historia de amor, la búsqueda de una mujer después de un amor de juventud fracasado, y estaba ambientada en una vieja sala de cine.

Ese era el motivo por el que habían viajado a París. Y la sala de cine tenía que ser el Cinéma Paradis, ya que la caprichosa Solène conoció el cine en su infancia y tenía la idea fija de que solo allí podría interpretar su papel en condiciones. Además, después de diez años en América estaba atravesando una fase sentimental con respecto a París. Y esas reminiscencias de su actriz favorita eran lo que había inspirado al director de edad avanzada para su último proyecto.

—¡Ah, qué suerte tiene de vivir en París, Alain! ¡Estoy harta de América! —dijo Solène, y se colgó de mi brazo con toda naturalidad para salir a la calle después de pasar una hora inspeccionando hasta el último rincón de mi cine—. ¡Cómo he echado de menos

estas callejas sinuosas, los preciosos edificios antiguos, las luces reflejándose en el Sena, el olor de las calles cuando llueve y de los castaños en flor de las Tullerías, los pequeños cafés y bistrós y las vistosas tiendas de Saint-Germain! ¡Esas pequeñas *tartes au citron*, los *meringues*! —Hablaba dirigiéndose a mí, mientras bajábamos por la calle hacia el Quai y Allan Wood buscaba un taxi—. En California todo es grande, ¿sabe? Las pizzas, los helados, las tiendas, las personas, la sonrisa amable de las camareras... ¡todo es XXL! ¡Me pone de los nervios! Y el tiempo es siempre igual. Siempre hace sol. Todos los malditos días. ¿Sabe lo aburrido que resulta no tener estaciones a lo largo del año?

Pensé en el mal tiempo que había hecho en febrero, que había sumido a la mayoría de los habitantes de París en una profunda depresión, y sacudí la cabeza.

—¡Ahí, un taxi! —Allan se detuvo e hizo una seña con la mano. Unos segundos después paró un coche junto a la acera con el intermitente puesto.

Solène se despidió de mí con un leve beso en la mejilla, mientras Allan le abría la puerta del taxi. Luego se volvió hacia mí.

—Bien, Allan, ha sido usted muy amable. —Se palpó los bolsillos de la chaqueta y me entregó, por segunda vez esa noche, una tarjeta de visita—. Llámeme si le surge algún imprevisto. Si no, nos vemos el domingo por la tarde en el Ritz. Hablaremos de toda la *chose*, ¿de acuerdo?

Me dio un apretón de manos sorprendentemente fuerte para un hombre de su estatura.

—Piense en mi propuesta, amigo. Si pone su cine a nuestra disposición le entrará un buen dinero en la caja. —Me hizo un guiño como si fuera el mismísimo Al Pacino—. Estoy hablando de *real money*.

Con esas palabras se subió al taxi. La puerta se cerró y el coche se puso en marcha y se incorporó a la línea infinita de luces que avanzaba por la margen izquierda del Sena. En la orilla de enfrente se alzaba en el cielo nocturno el edificio oscuro del Louvre. Eran las doce y media, y yo estaba allí, junto al Sena, completamente despierto y desbordado por los acontecimientos de los tres últimos días.

Había besado a la mujer del abrigo rojo, había recibido una carta de amor y tenía una cita en el Ritz con Solène Avril y Allan Wood, que me llamaban Alain y *Alleen* respectivamente.

Si las cosas seguían así, en mi excitante nueva vida no iba a tener tiempo de ver más películas. Casi me había convertido en Jean-Paul Belmondo, y *Al final de la escapada* era una historia aburrida comparada con mis experiencias. Guardé la segunda tarjeta de visita de Allan Wood en el bolsillo de la chaqueta, donde estaba todavía la carta de Mélanie, y de pronto tuve la impresión de estar metido de lleno en la vida. Era una sensación embriagadora.

—¿Quién dice que la vida ya no te va a deparar sorpresas? —Robert apagó su séptimo Gauloise e intentó mantenerse impertérrito a pesar de todo. Pero la expresión de su cara hablaba por sí sola. Pocas veces había visto a mi amigo tan impresionado como aquella tarde de sábado. Llevábamos una hora sentados bajo el toldo de rayas rojas, azules y blancas del Bonaparte, donde le había citado con la críptica frase de que había novedades sensacionales.

—¡Venga, tío, Alain! ¿Y por eso me despiertas? Estoy medio dormido. ¿Qué puede haber de sensacional en tu vida? —me había preguntado con desgana—. Yo sí he pasado una noche sensacional con Melissa, puedes creerme.

—Te creo —repliqué, y me pregunté cuál de sus alumnas sería Melissa—. Pero eso no es nada comparado con mis novedades.

—Déjame adivinar: tienes su número de móvil. Sensacional. Enhorabuena. —Bostezó sonoramente en el auricular—. ¿Puedo seguir durmiendo?

Sacudí la cabeza.

—No, no, Robert, no es tan sencillo. Si digo sensacional me refiero a sensacional.

Jamás adivinarás con quién tengo una cita para cenar mañana en el Ritz.

—No me tengas en ascuas.

Guardé silencio.

—¿Con Angelina Jolie? ¡Jajaja! —Se rio de su propio chiste.

—Vaya, no andas muy descaminado —dije, y la risa enmudeció.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—No, no es broma —contesté—. Ven y verás.

Me cuesta admitirlo porque tal vez dé una mala imagen de mí mismo, pero después de tantos años siendo un «hombre de la periferia» me gustaba ver a mi amigo Robert tan desconcertado. Cuando le conté todo se quedó un buen rato en silencio. Creo que era la primera vez en su vida que se quedaba sin habla. Naturalmente, eso no se debía, como se podría pensar, al hecho de que la encantadora Mélanie me hubiera escrito una carta prometedora y, contra los negativos pronósticos de Robert, quisiera volver a verme. Para mi amigo esto era solo un pequeño asunto que comentó con un «Bien, bien, ¿y qué más?». Pero lo de Solène Avril... eso ya tenía otro calibre.

—¿Solène Avril? ¡Qué increíble! —dijo, y encendió otro cigarrillo—. ¡Es la bomba! Cuenta, cuenta... ¿está tan buena como en las películas?

Asentí, rasgué el sobrecito de azúcar que había junto a mi taza y eché un poco en el café.

—Puede decirse que sí. Uno se queda de piedra cuando aparece de pronto una mujer así delante de ti.

Robert soltó un suspiro y siguió dando caladas a su cigarrillo como un loco.

—¡Vaya, tío, cuando lo pienso me da un vuelco el corazón! ¿Y dices que ese bombón ha estado una hora contigo en el cine?

—Y con Allan Wood.

—¿Allan Wood? ¿Qué hace ese vejestorio con una diosa del sexo?

—Nada, por lo que yo he visto. Solo quiere rodar una película con ella. ¡En mi cine!

—¡No puede ser! —bromeó Robert—. Quiero decir... ¡Solène Avril! Tío, el que eche a una mujer así de su cama tiene que estar loco. —Me lanzó una mirada inequívoca—. ¿Y os vais a ver otra vez mañana por la noche? ¿En el Ritz? Me apuesto lo que sea a que esa mujer tiene una suite con una enorme cama *king-size*. ¡Vaya, vaya, tienes una suerte increíble!

—¡Dios mío, Robert! —exclamé—. Hemos quedado para hablar del rodaje. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

Robert sacudió la cabeza.

—No —dijo muy decidido—. ¡No con una mujer así!

—Bueno, en cualquier caso yo no tengo ninguna necesidad. Estoy enamorado, ¿recuerdas?

Pensé un instante en Mélanie, que hasta el miércoles no estaría en París de vuelta de Bretaña, y me pregunté qué estaría haciendo en ese momento. Tal vez estuviera paseando junto al mar y pensando también en mí.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con el amor? —Robert me lanzó una mirada comprensiva, y pude ver cómo detrás de su frente arrugada empezaba a formarse la palabra «idiota». Luego se le ocurrió una idea y su expresión mejoró—. Dime, Alain... ¿crees que puedo acompañarte el domingo por la noche? ¿Como tu amigo?

Me eché a reír.

—¡De ningún modo, querido! La cena del Ritz es puramente profesional.

—¡Jaja! ¡Puramente profesional! ¡Eso solo lo piensas tú! —Robert puso cara de enfado—. Entonces invítame por lo menos cuando empiece el rodaje.

—Veremos si se puede arreglar. —Sonreí.

—¡Eh, qué significa eso, tío! ¿Quieres amargarme la vida? ¡Solo quiero conocerla!

Sus ojos azul claro me lanzaron una mirada inocente que me dejó desarmado, y

empecé a entender por qué la mayoría de las mujeres no pueden resistirse a él. Resultaba difícil decirle que no a ese leopardo con mirada de conejo.

—¿Y qué pasa con la sensacional Melissa? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Qué va a pasar con ella? —Robert me miró sorprendido y dio el último sorbo a su taza de café—. Melissa es una chica muy mona que tiene que estudiarse las leyes de Newton porque pronto son los exámenes. Además, todo es relativo, ya lo dice el estimado monsieur Einstein.

—Seguro que no se refería a eso...

—¡Claro que sí! —Una pícaro sonrisa cruzó el rostro de Robert—. Bueno... ¿eres mi amigo o no?

Aparté un poco la taza y suspiré con resignación.

—No te preocupes, soy tu amigo.

—Yo también soy tu amigo. ¿Tienes ropa apropiada para ir a cenar al Ritz? Me apuesto lo que sea a que eres capaz de aparecer con un jersey. ¡En el Ritz!

Se pueden decir muchas cosas de mí. Pero mi mejor amigo, Robert Roussel, profesor de astrofísica con el que soñaban todas las alumnas, habría perdido esa apuesta. Pues cuando el domingo por la noche llegué en un taxi al Ritz llevaba un elegante traje azul oscuro y una impecable camisa blanca con corbata. Mi aspecto no dejaba nada que desear. Incluso Robert habría tenido que admitirlo.

Pero en algo sí tenía razón mi amigo. La cena con Solène Avril terminó de forma muy distinta a como yo había imaginado. Y fue cualquier cosa menos una cena de trabajo.

12

La dramaturgia de toda buena película se basa en que el director elige un momento en la vida de su protagonista en el que un incidente inesperado o un acontecimiento repentino lo cambia todo. Este giro que en la pantalla divide la existencia de las personas en un antes y un después y supone un cambio a mejor, o también a peor, es la pieza central de la acción. Y no es infrecuente que entren en juego la casualidad o el destino, que en realidad son casi lo mismo.

Un hombre ve cómo asesinan a alguien dentro de un tren que pasa por delante de él. Un trabajador se encuentra una mañana en una cabina telefónica un billete de avión con destino a Roma y decide no ir a trabajar, sino emprender un viaje. Una mujer descubre en el bolsillo de la chaqueta de su marido una cuenta de hotel que es la prueba de una traición. Un niño muere en un accidente de tráfico y su fallecimiento altera la vida de toda su familia. Durante un pícnic en el Bois de Boulogne un hombre se da cuenta de que en realidad a quien ama es a la amiga de su novia. Tres hermanas arruinadas se ven condenadas en el testamento de su madre fallecida a hacer el camino de Santiago juntas si quieren recibir la herencia. Un bibliotecario impide que una chica que se siente muy desgraciada se tire por un puente y luego los dos se enamoran. La hija de un millonario esconde en su habitación al atractivo ladrón que llama a su puerta en un hotel. Cinco años después de la guerra, un hombre casado se encuentra de pronto en un café con su primer amor.

Ah, y me queda todavía otra historia: el propietario de un pequeño cine antiguo da un paseo nocturno con una actriz famosa por los sitios más bonitos de París.

Siempre es un único momento el que pone todo en movimiento y crea nuevas conexiones. Causa y efecto. Acción y consecuencias. La mariposa que mueve las alas y provoca un terremoto a miles de kilómetros de distancia.

Pero, a diferencia de lo que ocurre con las películas, en la vida real no se pueden elegir esos momentos que provocan un cambio radical. A menudo uno ni siquiera se imagina que se acerca hacia uno de esos instantes.

La Place Vendôme estaba callada y mayestática a la luz del atardecer. Una isla virgen que parecía olvidada por la gran ciudad. En la imponente columna del centro de la plaza, la estatua de hierro fundido de Napoleón se alzaba por encima del tiempo y de todo lo humano. Las arcadas albergaban varios bancos, además de las tiendas más elegantes y las joyerías más caras de París. La Place Vendôme no es un lugar de paso habitual, y cuando mi taxi se detuvo ante la entrada del hotel Ritz pensé cuándo fue la última vez que había estado en ella. No conseguí acordarme.

El portero me abrió la puerta del coche y yo me bajé y pisé por primera vez en mi vida el gran hotel más antiguo del mundo.

En el vestíbulo, donde la recepción estaba a la derecha, miré alrededor, y enseguida un empleado de pelo gris se dirigió hacia mí y me preguntó con discreción si podía ayudarme en algo.

—*Bonsoir*. Tengo una cita con monsieur Allan Wood y... eh... madame Avril —dije, y por un breve instante tuve miedo de que no me creyera.

—Naturalmente, monsieur Bonnard. Los señores le están esperando. ¿Quiere seguirme, por favor?

El hombre mayor vestido de librea no parecía nada impresionado, y echó a andar con paso ceremonioso. A mí, en cambio, me impresionó el simple hecho de que supiera mi nombre. Cruzamos el *hall* de entrada y pasamos por un patio interior con estatuas de piedra y mármol en cuyas mesas a esa hora todavía había algunos clientes sentados y fumando.

A la hora del té sirven aquí bandejas de plata con pequeñas *tartes au framboises* y delicados sándwiches. Yo lo sabía por Robert, que valoraba la discreción de este lugar cuando iba allí con alguna de sus alumnas y no quería que le vieran.

—¡Hasta un pobre profesor se puede permitir ir a la hora del té al Ritz! —bromeaba. Una gruesa alfombra con dibujos naranjas amortiguaba el ruido de nuestras pisadas mientras nos dirigíamos hacia un grupo de sillones antiguos tras el cual, encima de una chimenea de mármol, un gigantesco arreglo floral de gladiolos azules, tulipanes color violeta, orquídeas blancas y rosas llegaba casi hasta el techo. Miré alrededor asombrado. Por todos lados había flores, cuadros, espejos, antigüedades, y también algunas personas sentadas en los sillones con una copa o un iPhone en la mano.

—¡Por aquí, monsieur Bonnard! —El hombre de la librea roja abrió una enorme puerta tras la que se oía un suave murmullo de voces apagadas. Al parecer habíamos llegado al restaurante.

Daba la impresión de estar entrando en un templo de la primavera. Sobre las mesas vestidas de blanco la bóveda del techo mostraba un cielo azul claro con nubes blancas, un trampantojo al que daba aún más vida un árbol de verdad que crecía en medio de la sala. Miré hacia arriba esperando ver pájaros volando y trinando por el aire, pero aquella evocación de la naturaleza no llegaba tan lejos.

Un joven camarero con el pelo oscuro bien engominado hacia atrás se acercó a nosotros y, tras unas suaves palabras entre ellos, se dispuso a guiarme.

—Por favor, monsieur Bonnard, por aquí. —Avanzó con ligereza entre las mesas, y volvió a sorprenderme que supiera mi nombre. Poco a poco iba teniendo cierta sensación de vip. «Por favor, monsieur Bonnard. Bien, monsieur Bonnard. Encantado, señor Bonnard».

La frecuencia con que se pronunciaba mi nombre había aumentado drásticamente desde que había entrado en el viejo y gran hotel. Para ser sincero, no me habría extrañado que en cualquier momento alguien me hubiera pedido un autógrafo.

Pero eso estaba reservado a la mujer rubia del vestido negro sin mangas que me hacía señas con toda naturalidad desde una mesa del fondo y se despedía de un hombre corpulento que se marchaba tan contento con un autógrafo.

Alcé la mano, mostré una sonrisa triunfal, eché los hombros hacia atrás y me dirigí con paso firme hacia la mesa donde me esperaban.

—Es como un sol, todos quieren estar cerca de ella.

Allan Wood miró con admiración a su actriz favorita mientras esta cruzaba taconeando el restaurante para ir «a refrescarse un poco».

Yo asentí. Solène era, sin duda, la estrella rutilante de aquella noche. Era encantadora, agradable, sumamente divertida. Sabía atraer la atención de los demás con toda naturalidad, sin que se pudiera decir muy bien cómo lo hacía. Tal vez era su modo de contar algo, de echar la cabeza hacia atrás y hacer resonar su risa contagiosa, la forma en que le decía «*Oh là... là, chéri*» a Allan Wood o untaba la mantequilla en el pan de *baguette*.

Todo lo hacía con pasión, pero a la vez con toda naturalidad.

La excitación que me había acompañado durante todo el día desapareció en el momento en que me senté a la mesa con ellos y Solène me dijo muy alegre:

—¡Venga, Alain, tómese una copa de champán con nosotros, lo estamos pasando muy bien!

Y, en efecto, lo pasamos muy bien. Sonará raro, pero al cabo de un cuarto de hora había olvidado por completo que estaba sentado a la mesa con gente muy famosa. Me sumergí en esa atmósfera de naturalidad que rodeaba a la desigual pareja, que por cierto, como yo sospechaba, no eran pareja.

En las semanas siguientes comprobé que Solène Avril llamaba *chéri* a todo representante del género masculino de su entorno. Lo hacía tan solo porque era mucho más fácil que recordar todos sus nombres.

—Tengo que aprenderme un montón de textos, no puedo llenar mi cerebro de nombres —solía decir entre risas. Cámaras, técnicos de iluminación, periodistas con los que la

actriz había hablado durante más de diez minutos... todos se llamaban *chéri*. Incluso los camareros del Ritz, que servían la comida y las bebidas con respeto y educación y sin pestañear. Ellos fueron los que aquella noche me recordaron de vez en cuando que no estaba en una desenfadada velada entre amigos en La Palette.

Naturalmente, los hombres que no le gustaban a Solène no se llamaban *chéri*. Eran «idiotas» o «aburridos», que era casi el peor insulto que podía utilizar.

—*He was a bore, wasn't he, chéri?* —dijo en un americano algo tosco, para confirmar aún más la idea, cuando le habló a Allan Wood de su último novio, el piloto de carreras italiano Alberto Tremonte—. Parece increíble, ¡un piloto de carreras tan aburrido! Os digo que casi me muero de aburrimiento.

A los hombres que estaban de verdad con ella no los llamaba nunca *chéri*. Estos privilegiados recibían nombres como *mon lion* o *mon petit tigre*. Su nuevo tigre era un terrateniente de Texas que en realidad se llamaba Fred Parker. Curiosamente, Solène sí se quedó con mi nombre.

—Alain —dijo—, cuéntenos alguna anécdota de su vida.

Le parecía muy divertido que Allan Wood siempre pronunciara mal mi nombre, y le encantaba advertírsele.

—¡Se llama Alain, no *Alleeng*! —corregía al director.

—¡Pero si eso es lo que acabo de decir! —replicaba este siempre, subiendo las cejas con sorpresa.

—¡*Alleeng... peng, peng!* —Solène me dio un golpe en el costado y los dos nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas.

Allan Wood también se rio. Tenía un gran sentido del humor y era una de esas envidiables personas que saben reírse de sí mismas. Ya lo había comprobado cuando nos sirvieron el primer plato. Allan había elegido en la larguísima carta unos *oeuf cocotte*.

—*Oeuf cocotte...* eso suena muy *sexy* —había dicho. Y menos de media hora después se inclinó indignado sobre su plato, en el que había un cuenco donde unos huevos casi crudos y unas setas troceadas flotaban en una salsa marrón—. ¿Ha masticado esto algún otro cliente antes que yo? ¡Dios mío, no era necesario! ¡Soy bastante mayor, pero todavía tengo una buena dentadura!

—Esto es lo que se come cuando se tienen *planes, chéri* —le explicó Solène, y la comisura de sus labios vibró de forma sospechosa.

—Me cuesta creerlo —dijo Allan sacudiendo la cabeza. Mojó con recelo un trozo grande de *baguette* en los huevos y masticó con cautela—. Interesante —dijo, asintiendo un par de veces—. Un sabor interesante. Pero no sé, me gustan más unos *fried eggs sunny side up*. —Dio un gran sorbo de vino tinto para tragar mejor aquella masa, lanzó su servilleta encima del plato y me miró—. Estoy deseando que me traigan la carne. Pero antes tenemos que hablar nosotros dos.

Con esa frase Allan Wood fue directo al asunto que nos había reunido para cenar, y Solène, a la que los temas de negocios le resultaban «terriblemente aburridos», se puso de pie, cogió su bolsito de charol negro y se fue a «refrescarse un poco», según dijo.

Estábamos de buen humor, y cuando empezamos a hablar de nuestro «proyecto en común» y Allan Wood me explicó que en tres semanas quería empezar con el rodaje, yo no sabía todavía lo que eso iba a significar para mi pequeño cine y, sobre todo, para mí. No podía ni imaginar que me esperaban unas semanas llenas de excitación. De desesperación. De expectativas. No sabía nada de aquel caos de caminos entrecruzados cuyo origen estaba en una pequeña y triste historia que había sucedido muchos años antes en París.

Mientras nos servían el segundo plato y escuchaba a Allan Wood hablar de su nueva película pensé en qué habría dicho el tío Bernard al respecto. Aunque en realidad

Dulces recuerdos de París no iba a ser una película impresionista, me parecía que todo aquello le habría interesado. Me habría gustado contarle que su viejo cine vivía todavía tiempos de gloria. Y que en el Cinéma Paradis yo había encontrado al amor de mi vida.

Allan Wood había terminado de hablar de su película.

—Bueno, ¿qué le parece el argumento? —preguntó.

—Parece una película realmente buena —contesté, sintiéndome de pronto muy orgulloso y feliz. Pensé en Mélanie. Me habría gustado tenerla a mi lado. Sentía curiosidad por conocer su reacción, y estaba seguro de que todo aquello le iba a impresionar tanto como a mí.

Ví en mi mente una nueva foto enmarcada en la sala de mi cine. En ella se veía a Solène Avril y Allan Wood y encima ponía en letras negras:

Nos ha gustado mucho estar en el Cinéma Paradis. Allan y Solène.

—Me alegro mucho de que podamos rodar en el cine de Alain y no con esos aburridos de La Pagode —opinó Solène después de que los tres hubiéramos renunciado al postre y hubiéramos pasado directamente al café, que nos sirvieron en una bandeja de plata y acompañado con unas pastas—. ¡Va a ser una semana genial! Ya tengo ganas de empezar.

La Pagode, en la Rue Babylone, era el cine más antiguo de París. Cuando era un niño, el tío Bernard había visto allí las películas del Gordo y el Flaco, y yo sabía también que La Pagode, de estilo japonés, había sido originalmente una sala de baile que el arquitecto de los almacenes Bon Marché había construido para su mujer a finales del siglo XIX. Estaba en el Distrito VII, rodeado de un precioso jardín donde a los trece años Solène había recibido su primer beso.

—¡El jardín era una maravilla, pero el beso fue horrible! —dijo entre risas—. Pero no he estado nunca dentro del cine. Mis padres vivían en Saint-Germain, y cuando de pequeños nos llevaban al cine, lo que para ser sincera no ocurría con frecuencia, siempre íbamos al Cinéma Paradis. Puede que nos viéramos allí alguna vez, ¿verdad, Alain?

Sonreí al pensar que pudimos coincidir alguna vez. Solène y yo nos debíamos de llevar unos cinco años. En la infancia cinco años resultan decisivos, pero luego carecen totalmente de importancia.

Pensé en las muchas tardes que había pasado en el Cinéma Paradis con tío Bernard, de quien les había hablado a los dos esa noche, en mi primer beso y en la niña de las trenzas, y de alguna forma tuve la sensación de que se cerraba un círculo.

—¡Tengo una idea! ¿Qué os parece si hacemos el estreno de la película en el Cinéma Paradis? —Solène había regresado al presente y estaba totalmente entusiasmada con su idea. Le quitó a Allan Wood una pelusa blanca de la chaqueta—. Sería maravilloso, *chéri*, ¿no te parece?

Poco después de medianoche estábamos sentados en el bar. Después de haber cargado la cuenta de la cena a la habitación, Allan Wood había tenido una idea.

—Y ahora vamos a tomar algo en el Bar Hemingway —dijo—. Creo que todavía puedo aguantar una última copa.

—¡Ay, sí, la última copa de la noche, venga, Alain! —Solène se había vuelto a colgar de mi brazo y me llevó por un pasillo interminable a cuyos lados había enormes vitrinas en las que se exponían, para los más guapos y ricos de este mundo, valiosas joyas y bolsos elegantes, cigarros y porcelanas, vestidos, perfumes y zapatos que seguramente no se podía permitir cualquiera. Pero Solène tiraba de mí y no se dignó mirar todas aquellas vitrinas.

Y, así, poco después estábamos sentados en un sofá de cuero en el bar de paredes forradas de madera del hotel, entre retratos y bustos de Hemingway, escopetas de caza, cañas de pescar y viejas máquinas de escribir negras con pequeñas teclas

redondas. Sujetábamos en la mano nuestros mojitos y brindábamos por París, pues París era una fiesta para la vida.

Debo admitir que mis dos nuevos amigos se sumaron sin problema al ambiente festivo algo excesivo que había invadido París en los años veinte. Se celebraba la vida para escapar de los horrores de la guerra.

—Si tienes la suerte de haber vivido en París de joven —empezó a decir Allan por segunda vez, y su voz sonó algo pastosa cuando citó al gran Hemingway—, París te acompañará, vayas donde vayas, el resto de tu vida. —Levantó su copa y el mojito estuvo a punto de derramarse.

—¡Por París!

—¡Por París! —repetimos nosotros.

—¡Y por el mejor escritor de todos los tiempos!

—¡Por Hemingway! —gritamos nosotros, y algunos clientes nos miraron y se rieron.

No dejé de sorprenderme al comprobar que el enjuto director de cine de Nueva York, al que solo podía imaginarme con una escopeta de caza si estaba en juego su propia seguridad, hubiera convertido en su ídolo precisamente al hombre que era sinónimo de caza mayor, guerra y peligro y, según se decía, no desaprovechaba ninguna ocasión de participar en una buena pelea.

—Sabe, *Alleen*, yo soy un gran fan de Hemingway —me había confesado nada más entrar en el bar—. Quiero decir que ese sí que era un hombre, ¿no? —Pasó la mano por un busto de Hemingway que había en un rincón—. Lo admiro. Sabía luchar. ¡Y sabía escribir! ¡Tendríamos que imitarle! —Se detuvo ante la máquina de escribir negra que había en una peana en la parte posterior del bar y apretó algunas de las teclas.

—Algún día haré una película en la que aparezca Hemingway —dijo, y asintió con determinación.

No era la primera vez que Allan Wood estaba allí. El barman, un tipo hablador que firmaba gustosamente su libro de cócteles, que podía adquirirse en el propio bar, le saludó con un apretón de manos, quitó enseguida el cartel del reservado de la mesa y nos pidió que nos sentáramos en el sofá.

Mientras disfrutábamos de nuestros mojitos Allan estuvo muy locuaz. Nos habló de su hija, a la que había visto por última vez en el Bar Hemingway hacía unos años.

—Por desgracia no fue un encuentro muy feliz —dijo con aire pensativo—. Creo que mi hija no me perdonará nunca que dejara a su madre y me casara con otra mujer. No he vuelto a saber nada de ella desde aquella desgraciada tarde. —Levantó la mano en un gesto de lástima.

Se sabía que el director había pasado por tres matrimonios y varias relaciones, de los que habían nacido varios hijos. Que tenía una hija en París era algo que yo desconocía.

Una joven camarera con una blusa blanca y el pelo negro perfectamente recogido en un moño dejó en nuestra mesa un nuevo cuenco con nueces y almendras. Llevaba en el pecho un pequeño letrero con su nombre. Allan Wood se colocó bien las gafas.

—Gracias... Melinda —dijo con amabilidad.

La muchacha alta y esbelta se alejó sonriendo y Allan Wood la miró con tristeza. Se veía que estaba pensando en su hija.

—Andaba siempre muy estirada —dijo—. Como una bailarina de ballet.

Solène se puso de pie y algunos clientes la observaron con curiosidad.

—¡Vamos, *chéri*, ha sido una velada maravillosa, no vamos a ponernos tristes ahora! No me apetece. Algún día volverás a ver a tu hija. Al final siempre se vuelve uno a ver.

—Cogió el bolso—. Quiero fumarme un cigarrillo y dar un paseo al aire libre antes de irme a la cama. ¿Quién me acompaña?

Allan sacudió la cabeza. Quería quedarse y se acercó a la barra para hablar con el barman. Los dos charlaban ya muy animados cuando nosotros salimos del Bar

Hemingway.

Dos tipos con chaqueta de cuero estaban repantingados en unos sillones junto a la puerta. Sobre sus cabezas una foto mostraba a Ernest Hemingway con un pez. Nos miraron y empezaron a cuchichear.

Ya en el exterior del hotel le di fuego a Solène y ella se inclinó hacia mí y soltó el humo con cara de satisfacción. Y entonces fue cuando me di cuenta de que estábamos solos. A esa hora ni siquiera estaba el portero delante de la entrada.

Yo también me encendí un cigarrillo y observé la columna triunfal del centro de la plaza, que a la luz de los focos se erguía como un obelisco dorado en el cielo negro de la noche. Aunque no tenía motivo para ello, aunque no albergaba ninguna pretensión, me sentí extrañamente avergonzado, y en esa plaza en silencio de pronto fui consciente de lo extraordinario de la situación.

—¿En qué piensa, Alain? —me preguntó Solène.

—En nada. No, no es cierto. Estaba pensando... bueno... qué silencio hay aquí.

—Dije—. Como en una isla desierta.

—La felicidad es siempre una pequeña isla —dijo Solène, y sonrió—. Creo que los dos estábamos pensando lo mismo. Vamos, demos un paseo.

Se colgó de mi brazo. Nuestros pasos resonaron cuando pasamos por delante de las tiendas, cuyos escaparates a esa hora todavía estaban iluminados, y el olor del tabaco se mezcló con la fragancia de su perfume.

—Usa usted un perfume muy poco habitual. ¿Cuál es? —pregunté.

Solène me miró de reojo y con la mano libre se sujetó un mechón de pelo que se le había soltado.

—¿Le gusta? Es de Guerlain. *L'heure bleu*. Una fragancia muy antigua. Imagínese, existe desde 1920.

—Increíble. Me gusta mucho.

—Usted también me gusta, Alain.

—¿Yo? ¡Uy, Dios mío! —Sonreí azorado—. Como hombre soy un desastre. No cazo, no boxeo, ni siquiera sé tocar el piano.

—Eso no es ningún desastre. —Se rio—. Me apuesto lo que sea a que tampoco sabe bailar, pero eso no importa. Esto de aquí arriba... —me dio unos golpecitos en la frente—, esto es lo importante, esto es atractivo, es lo que me gusta de usted. Usted sabe muchas cosas, es inteligente, tiene fantasía. Pude verlo enseguida. —Me lanzó una mirada risueña—. Sí, sí, tiene usted una buena cabeza. Un auténtico intelectual, un poco tímido tal vez, ¡pero eso me encanta!

¿Un intelectual tímido? Sacudí la cabeza. Es sorprendente lo que la gente puede decir de uno, solo porque no se pasa todo el día hablando.

—No, tampoco soy tan intelectual.

—¡No conoce usted a los granjeros texanos! —Solène suspiró, luego se detuvo y me miró—. ¿Y yo? ¿Le gusto yo? Quiero decir, en teoría...

Unos finos cabellos rubios rozaron su cara y su boca esbozó una sonrisa. Y allí estaba, una estatua luminosa en la oscuridad, esperando una respuesta.

Yo estaba confuso. ¿Me estaba haciendo Solène Avril una proposición? Volvió a invadirme esa sensación de irrealidad. El suelo pareció temblar bajo mis pies, y creí sentir el movimiento de la Tierra. Tragué saliva y carraspeé.

—¡Dios mío, Solène, vaya pregunta! Claro que me gusta. Y no solo en teoría. ¡Mírese! Está usted tan lejos de la teoría como... como un día de verano de un... mueble de oficina. Quiero decir... ¿es que algún hombre podría resistirse a sus encantos? Es usted una mujer preciosa y encantadora... y realmente muy... muy atractiva... —Me pasé la mano por el pelo.

—¿Oigo un «pero»?

—Solène... yo...

—¿Sí? —Sus ojos azules tenían un brillo especial.

Aquello no me resultaba fácil, y tal vez fuera el mayor idiota que se había visto jamás sobre la Tierra, pues sin duda ese momento no se iba a volver a repetir en toda mi vida. Pero otra imagen me tapó la vista.

Vi un viejo castaño y una joven con un abrigo rojo que preguntaba con voz apagada: «¿No sería ahora el momento?».

—¿Así que hay alguien?

Asentí.

—Sí. Y no es una mujer cualquiera, Solène. Me he enamorado de verdad... de una mujer que viene desde hace meses a mi cine. El miércoles la besé por primera vez. Y es como si la hubiera querido siempre, aunque no la conocía de nada, ¿entiende?

—Me puse la mano sobre el corazón—. Espero que no se enfade conmigo.

Solène guardó silencio. Luego sonrió.

—Bueno, parece evidente que nuestro destino es no coincidir. —Volvió a colgarse de mi brazo—. Claro que no me enfado con usted, pero podía haber esperado unos días para besarla. Así al menos yo habría tenido alguna oportunidad.

Me reí, aliviado porque se lo hubiera tomado tan bien. Estaba seguro de que Solène Avril tenía un montón de oportunidades, y ella también lo sabía. Mientras seguíamos rodeando la plaza me lanzó una mirada coqueta y suspiró.

—Muy bien, señor enamorado hasta las cejas. Entonces le deseo mucha suerte y volveré a intentarlo dentro de diez años.

—Dentro de diez años me habrá olvidado.

—O usted a mí.

—Va a ser muy difícil, usted aparece sonriendo en la pantalla.

—Lo tiene bien merecido.

Entretanto ya habíamos dado una vuelta a la Place Vendôme, y Solène se acercó al escaparate de una joyería que estaba a pocos metros de la entrada del Ritz.

Echó un vistazo a los relojes, a los anillos y cadenas relucientes que se vendían a precios astronómicos.

—Tal vez debería comprarle a su chica algo bonito.

—Me temo que esto no está al alcance de mi bolsillo.

—Pero sí del mío —dijo—. Al menos hoy. Cartier, Chanel, Dior... sin problema. ¿Tiene otro cigarrillo para mí?

Le acerqué la cajetilla y le di fuego.

—Gracias. —Soltó el humo y se quedó mirándolo con aire pensativo—. Mis padres no tenían mucho dinero. Apenas les daba para salir adelante. Toda nuestra casa era tan grande como el cuarto de baño de mi mansión de Santa Mónica. Yo era guapa, ambiciosa e inaguantable. En cuanto tuve una oportunidad me marché de París. Con un estudiante de intercambio de San Francisco. Víctor. —Su gesto se ensombreció por un instante, y sacudió la ceniza del cigarrillo—. Luego viví unos años en Carmel. —El recuerdo le suavizó la voz—. ¿Conoce usted Carmel? —Sacudí la cabeza, pero ella no pareció notarlo—. Carmel. Solo el nombre ya suena a lujo, ¿no? Una pequeña localidad en la costa del Pacífico. Hay un viejo convento y una playa infinita de arena dorada. La amplitud es casi inimaginable. Cuando uno está allí sentado se olvida de todo.

Siguió fumando en silencio, y yo me limité a esperar. De noche era fácil hacer confesiones.

—Fue en la playa de Carmel donde me descubrieron —dijo finalmente—. Yo trabajaba entonces en una tienda de café para mantenerme a flote. Y de pronto yo era la cara que estaban buscando. Pruebas, entrevistas, la primera película. Y luego todo fue muy deprisa. Casi daba miedo. —Se rio—. De repente tuve dinero. Mucho dinero. Casi no me lo podía creer. Era todo tan sencillo... —Sacudió la cabeza—. Con uno de mis

primeros sueldos les pagué a mis padres un viaje a Saint-Tropez. Al Belrose. Se apoyó en la fachada de la joyería y se puso el fular de color oscuro por los hombros. —Mi madre siempre había soñado con ir de vacaciones con mi padre a Saint-Tropez. No podían permitirse viajes caros. Para ella Saint-Tropez era lo máximo. En su cuarto de costura había un viejo cartel de la Costa Azul, siempre estaba mirándolo. Antes de marcharse, *maman* me llamó por teléfono. Su voz sonaba alegre y excitada como la de una mujer joven. ¡Estaba tan contenta! «Creo que hoy es el día más feliz de mi vida, pequeña», me dijo. —Solène tragó saliva. De pronto parecía muy triste, y me pregunté por qué sería.

—¡Qué idea tan estupenda! —dije con cautela.

Solène me miró, y sus ojos azules brillaron.

—No, no fue una idea estupenda —dijo con amargura, y tiró la colilla al suelo. Apretó los labios y tuve miedo de que se echara a llorar.

—En ese viaje mis padres tuvieron un accidente mortal. Un camionero agotado que no miró por el retrovisor antes de cambiar de carril. No llegaron a Saint-Tropez.

—¡Dios mío, Solène, es espantoso! —Sin pensarlo, pasé el brazo por sus hombros—. ¡Mi pobre Solène!

—Estoy bien —dijo, y se limpió suavemente los ojos—. Fue hace mucho tiempo. Ni siquiera sé por qué me he acordado ahora de eso. Se me hace tan raro estar otra vez en París después de tantos años... tal vez sea eso.

Intentó sonreír y con un movimiento rápido se apartó un rizo de la frente.

—En cualquier caso, gracias por el paseo, Alain. Es usted estupendo. Su novia tiene mucha suerte.

Y entonces ocurrió. Con el cielo despejado. En un primer momento pensé que había sido un relámpago. Levanté los hombros y de forma instintiva me preparé para oír el trueno. Un rayo de luz rompió la oscuridad, luego otro. Levanté la mano para protegerme y, cegado, cerré los ojos. Cuando los volví a abrir estaba mirando directamente al objetivo de una cámara.

En la vida hay tres cosas seguras, había dicho Solène. El amor, la muerte y los *paparazzi*.

Tuve que pensar en esta frase el martes por la mañana, cuando iba tan tranquilo por el Boulevard Saint-Germain. Había aprovechado la mañana para hacer algunas gestiones y ya había terminado todo lo que tenía que hacer. Había llevado las cuentas trimestrales a mi asesor fiscal, recogido mis camisas de la lavandería y comprado la comida para el gato. El lunes no había estado en el cine y, aparte de que en un momento de descuido Orfeo se había subido a la encimera de la cocina y había devorado parte del pollo que en realidad me debía comer yo, la noche anterior había transcurrido sin incidentes. Casi se me había olvidado cómo se siente uno después de haber dormido bien.

El día acababa de comenzar y el sol anunciaba la primavera en las calles de París. Una mañana perfecta para sentarse en alguna terraza al aire libre y leer el periódico delante de un gran *café crème*. Me puse las gafas de sol y pasé animado junto a dos chicas que, con sus abrigos ligeros y sus pañuelos al cuello, estaban delante del quiosco hojeando unas revistas.

Estaba pensando que por la tarde tenía que decir a madame Clément y a François que en tres semanas recibiríamos una visita importante y tendríamos que cerrar el cine durante unos días para el rodaje de una película, cuando estuve a punto de ser arrollado por un grupo de turistas japoneses que, riendo y charlando y armados con cámaras de fotos y bolsas de colores, seguían a una guía turística que levantaba en el aire un paraguas rojo al compás de sus pasos.

Me eché a un lado para esquivarlos y me quedé justo delante del quiosco de los periódicos.

Anillos de Cartier. ¿Es este su nuevo amigo?

El titular de *Le Parisien* me llamó la atención. Me quedé mirando la foto alucinado. Un joven de pelo castaño rizado me observaba. Miraba desconcertado a la cámara y parecía estar también muy sorprendido. Una rubia vestida con un traje de noche negro sonreía a su lado.

Tardé unos segundos en darme cuenta de quién era ese hombre.

—¡No puede ser! —exclamé.

El vendedor de periódicos fue muy amable. ¡Hasta me ofreció una bolsa! Yo había comprado no solo *Le Parisien*, sino también *Le Monde*, *Le Figaro*, *Libération*, *Les Échos*, *L'Équipe* y, por si acaso, también la última edición del *Paris Match*. Luego avancé a toda prisa con la comida para gatos, las camisas y los periódicos hasta el Café de Flore y subí al primer piso.

A esas horas en el piso de arriba del Flore no había mucha gente y se podía estar tranquilo. Normalmente los parisinos evitan locales como el Deux Magots o el Café de Flore, que todos los días se llenan de turistas que quieren atrapar un poco del esplendor de tiempos pasados, pero si es necesario se suele elegir el Café de Flore, que está algo más alejado de la iglesia de Saint-Germain, y preferiblemente el piso superior, al que la mayoría de los turistas solo suben cuando quieren ir a los servicios.

Crucé el luminoso salón, en el que solo había dos mujeres sentadas, sumidas en una animada conversación. Tenían una sospechosa pinta de editoras. Cuando entré levantaron brevemente la vista, luego volvieron a centrarse en una lista que tenían sobre la mesa. Una hablaba y acompañaba sus palabras con gestos muy expresivos. La otra asentía con interés y hacía anotaciones en una pequeña Moleskine negra.

Me refugié en una de las mesas del fondo, junto a la ventana. Por precaución, me dejé las gafas de sol puestas. Un camarero con un chaleco negro se acercó para ver qué quería tomar.

Después de pedirle un *café crème* y unos huevos revueltos casi esperaba oír un «Muy

bien, monsieur Bonnard». Pero el camarero ni siquiera dijo «Muy bien, monsieur». Gruñó con indiferencia un «oui» y se marchó llevándose la carta.

Los camareros del Flore no se impresionan con facilidad y siempre suelen estar de mal humor. Al fin y al cabo, a lo largo de los años ha habido clientes muy importantes sentados en las mesas del café conversando sobre arte, filosofía y literatura. ¿Qué era, frente a ellos, el propietario de un pequeño cine que acababa de salir en la portada de *Le Parisien* y que al menos a este camarero no le había parecido demasiado inteligente?

—¡Malditos *paparazzi*! —había siseado Solène el domingo por la noche cuando fuimos sorprendidos por los *flashes* de los fotógrafos delante de la joyería en la engañosa tranquilidad de la Place Vendôme—. Vamos, Alain. Tranquilo.

Me cogió de la mano y nos dirigimos hacia la entrada del Ritz, que estaba a solo unos pasos de distancia, sin hacer caso a los dos hombres con chaqueta de cuero negro que nos siguieron hasta el hotel y bombardearon a la actriz con preguntas indiscretas.

Me sorprendió la determinación con que Solène ignoró a los *paparazzi*. Guardó silencio y miró fijamente hacia delante mientras avanzaba a paso ligero hacia la entrada del hotel. Luego se volvió un instante y sonrió.

—*Messieurs*, si tienen preguntas relacionadas con mi nueva película pueden asistir a la conferencia de prensa mañana a las dos. Buenas noches.

Estaba claro que aquellos hombres no buscaban solo información sobre la nueva película de Allan Wood. Era más interesante saber quién dormía con quién.

—El lado oscuro de la fama —dijo Solène con una sonrisa después de que pasáramos corriendo por delante del portero de noche como dos niños que han hecho algo malo y nos sentáramos un rato en el *lobby*—. Casi me había olvidado de ellos. —Movié las manos en el aire con fingida desesperación—. Antes me ponía terriblemente nerviosa cada vez que aparecía un estúpido fotógrafo detrás de un seto y luego salía cualquier cuento en la prensa del corazón. Pero lo mejor es mantener la calma y sonreír. La publicidad es parte del negocio, eso es así. Cuando los periódicos no hablan de uno es que la cosa va mal. Entonces hay que cogerse la jubilación anticipada o dedicarse a la protección de los animales. —Sonrió—. Pero si esos periodistas se pasan de la raya tendrán que vérselas con mi abogado.

Cruzó las piernas y se quedó mirando pensativa sus zapatos de charol negro.

—No podrá creerse con quién me han relacionado... Hace tres meses era el jardinero. Titular: «Le llama *chéri*. ¿Es el amante de Lady Chatterley?». —Estiró los labios en una amplia sonrisa—. Tiene gracia, ¿no? Esos periodicuchos se agarran a lo que sea para ganar a la competencia. —Me lanzó una mirada de complicidad—. Espero que no se haya asustado demasiado, Alain.

—Tampoco ha sido tan horrible —admití sonriendo.

El incidente de la Place Vendôme había catapultado a Solène de vuelta al presente. Su tristeza parecía haber desaparecido. Lo mismo que los *paparazzi* cuando poco después salí del hotel para irme a casa.

Me recosté en el asiento de cuero claro del café y estudié divertido el titular de *Le Parisien*. Era sorprendente lo que el periódico había inventado a partir de la foto en que aparecíamos Solène y yo.

¿Le ha sido la bella Solène Avril infiel a su terrateniente texano? El domingo por la noche la vimos con un atractivo hombre delante del escaparate de una joyería de la Place Vendôme.

Sonreí halagado. El hombre atractivo era yo.

El camarero se acercó y dejó en la mesa una bandeja con una cafetera de plata, un vaso de agua, una taza y una jarrita de leche caliente. Me serví el café y la leche y estuve a punto de abrasarme la lengua cuando, sin pensar, di un gran sorbo mientras seguía leyendo.

¿Estaban eligiendo los anillos de compromiso? La famosa actriz de Hollywood, que vive en una villa de lujo en Santa Mónica y ha venido a París con el director Allan Wood para filmar una nueva película en las próximas semanas, parecía muy relajada y feliz cuando desapareció en el hotel Ritz junto al desconocido.

Desconcertado, sacudí la cabeza y dejé el periódico a un lado porque llegaban mis huevos revueltos. Mientras me los comía con pan de *baguette* eché un vistazo al resto de publicaciones.

Todas decían algo de la nueva película de Allan Wood y su protagonista. Aunque había vivido muchos años en el extranjero, Solène Avril se encontraba muy bien en Francia, probablemente porque había nacido en París y hablaba francés con fluidez.

En cambio, del atractivo desconocido que compraba anillos de compromiso en Cartier no se hablaba en los demás periódicos, que sí mencionaban que se iban a rodar algunas escenas en el Cinéma Paradis. Era evidente que Solène Avril lo había anunciado en la rueda de prensa del día anterior y los periodistas se habían apresurado a reflejar sus palabras en el papel.

«*Estuve en ese cine cuando era pequeña, para mí rodar allí es algo muy especial. Y París sigue siendo París. Ahora me doy cuenta de lo mucho que he echado de menos esta ciudad*», citaba *Le Figaro*, y bajo el título de *Paris, je t'aime! Solène Avril y Allan Wood en el Cinéma Paradis! Le Monde* publicaba un artículo que hablaba con más detalle del argumento de la nueva película:

Dulces recuerdos de París es la historia de Juliette, una mujer que acompaña a su futuro marido, Sam (interpretado por Ron Barker), en un viaje de negocios a París y por casualidad se reencuentra en el cine de su infancia con su gran amor de juventud, Alexander (Howard Galloway). Los dos disponen de tres días para visitar juntos los viejos sitios donde solían ir y recordar un tiempo en el que todo era posible y los sentimientos tenían una intensidad que no han vuelto a experimentar en sus vidas.

«Naturalmente, algunas cosas de la vida son irrecuperables. *Dulces recuerdos de París* trata de mostrar que los sueños del pasado nunca se pierden del todo. Tal vez queden ocultos, relegados a un segundo plano o desplazados por otras cosas. Pero siempre están ahí. Igual que el amor siempre está ahí. Solo hay que encontrarlo. ¿Y dónde mejor que en París?», explica Allan Wood. El esquivo director solo hizo una breve aparición en la rueda de prensa.

Solène Avril, que interpretará el papel protagonista en la nueva película de Allan Wood, está encantada con el hecho de que el Cinéma Paradis, un cine cargado de tradición, sea uno de los escenarios originales.

«Por desgracia, en América ya casi han desaparecido esos pequeños cines al margen de la programación comercial», dijo la estrella francesa. «Me resulta tranquilizador que existan personas como Alain Bonnard que mantienen la calidad y los viejos valores aunque no reflejen el espíritu de la época».

Debajo se veía una foto de Solène Avril y Allan Wood delante de una chimenea. Y en *Paris Match* había un montaje de fotos de Solène Avril, Howard Galloway y la Torre Eiffel con una breve referencia a la próxima presencia del actor en París que acababa preguntándose si la bella Solène y el atractivo Howard llegarían a ser pareja también en la vida real.

Doblé los periódicos, los guardé en la bolsa de plástico y esperé al camarero, que hacía tiempo que no se dejaba ver por el piso superior. Al final dejé un billete de veinte euros y el tique de la cuenta sujetos con la taza, cogí mi chaqueta y todas mis bolsas y me dirigí a las escaleras, donde en una vitrina se mostraban ceniceros y tazas del Café de Flore que estaban a la venta. Ya abajo pasé por delante de la caja, donde había tres camareros charlando. Me miraron con indiferencia, luego siguieron con su conversación. Esos ignorantes no sabían quién pasaba a su lado. Alain Bonnard, un hombre que mantenía la calidad y los viejos valores.

Después de leer los periódicos en el Café de Flore, lo que me había resultado muy divertido y me había permitido imaginar lo que significaba estar en el punto de mira del interés público, me di cuenta de que las próximas semanas podían resultar muy excitantes para mí. Y luego vería que tenía razón.

Apenas había avanzado unos pasos por la Rue Bonaparte con mis bolsas y camisas cuando me sonó el teléfono.

—Wow! —dijo Robert—. *Chapeau, monsieur Bonnard, chapeau!* Siempre he sabido que había un auténtico dandi dentro de ti. Eres más rápido que el sonido.

—¿Pero tú también? —protesté—. ¿Desde cuándo lees *Le Parisien*?

—¿Desde que mi amigo aparece en la portada? —Robert se rio por el auricular—. Aunque he tardado un poco en reconocerte. He visto fotos tuyas mejores.

—Fue algo imprevisto. —Sonreí al pensar en mi cara de tonto—. Los *paparazzi* nunca duermen.

—¿Y?

—Y nada —dije—. Fue una velada muy agradable. Después salimos a fumarnos un cigarrillo.

—¿Un cigarrillo después? —bromeó. Noté que me estaba tomando el pelo, pero a pesar de todo me sonrojé.

—Sí. Después —le aclaré—. Después de la cena. El resto es todo un cuento.

Suspiró.

—Me robas toda la ilusión.

—Lo siento. ¿Has pensado alguna vez en hacer carrera en *Le Parisien*? Tienes toda la imaginación que se necesita para ese trabajo.

—Lo sé. —Lo tomó como un cumplido—. Pero me gusta más la astrofísica. ¿Nos vemos a mediodía?

Sacudí la cabeza.

—No, no tengo tiempo. Te llamaré.

—¡Vaya! *Don't call us, we call you.* Suena a promesa que no se va a cumplir.

Me reí.

—Sí, querido. Ahora soy famoso, ¿sabes?

Juro que se trataba de una broma, pero cuando esa tarde llegué al cine vi que no era así.

—¡Oh, monsieur Bonnard! ¡Imagínese lo que ha pasado! —gritó madame Clément fuera de sí de entusiasmo y agitando una edición de *Le Monde* delante de mi nariz—. ¡Ha venido alguien del periódico preguntando por usted! Quiere escribir algo sobre el Cinéma Paradis. Tenga... su tarjeta. Ha dicho que le llame *inmediatamente*. Y que nuestro viejo cine le parece fascinante. Se lo he enseñado un poco y ha mirado todo con mucha atención. ¿No le parece todo esto tremendamente excitante? ¡Ahora somos famosos! —Se pasó la mano por sus cortos cabellos grises y se miró con satisfacción en el espejo del vestíbulo—. *Mon Dieu*, cuando se lo cuente a Gabrielle... ¡Solène Avril y Howard Galloway en nuestro cine!

Dios mío, pensé yo también. Era evidente que había infravalorado la velocidad con que se difunden este tipo de noticias. En el Cinéma Paradis al menos ya estaban al corriente de todo.

—¿Por qué no nos ha dicho nada del rodaje, monsieur Bonnard? —preguntó François. Su voz sonaba impasible, como siempre, y solo el hecho de que levantara levemente una ceja me dejó ver su irritación.

El operador de mi cine era un hombre que aceptaba las cosas como venían. Era imperturbable. En ese momento se limitó a mirarme con gesto interrogante, mientras madame Clément seguía preguntándose en voz alta a qué personas de su círculo de amistades podía comunicarles la increíble noticia.

—Lo sé desde hace solo unos días —les expliqué con cierto sentimiento de culpa—.

En realidad todo el asunto se concretó el domingo por la noche, pensaba contárselo a ustedes hoy. Pero al parecer la gente de la prensa se ha adelantado.

Observé la tarjeta de visita del periodista de *Le Monde*, un tal Henri Patisse que debajo de su nombre había garabateado que le llamara, por favor. Fruncí el ceño. Ya empezaba a estar un poco harto de los periodistas.

—¿Qué quería exactamente este buen hombre? No puedo decirle nada de los anillos de compromiso de Cartier...

—¡¿Anillos de compromiso de Cartier?! —exclamó madame Clément—. ¿Qué significa eso, monsieur Bonnard? ¿Es que se ha comprometido? —Abrió mucho los ojos. A diferencia de mi amigo, ella parecía no saber nada del incidente nocturno en la Place Vendôme.

—¿Es que no lee usted *Le Parisien*? —dije, y sonó más cínico de lo que yo pretendía.

—¿*Le Parisien*? ¿Por quién me ha tomado, monsieur Bonnard? —Madame Clément estaba visiblemente ofendida—. Usted piensa que porque estoy todo el día sentada en la taquilla vendiendo entradas solo leo la prensa rosa. Soy de una familia decente, monsieur. En mi casa desayunábamos con *Le Figaro*. Yo no he estado siempre sentada en una taquilla, ¿sabe? Antes trabajaba en una biblioteca, y cuando murió mi marido y tuve que sacar a mis hijos adelante yo sola, acepté el trabajo de Printemps porque estaba mucho mejor pagado, y no es ninguna vergüenza...

—¡Madame Clément, por favor! —Alcé la mano con aire tranquilizador. Era evidente que había metido el dedo en la llaga—. Era una broma, nada más. Olvídelo, ¿de acuerdo? Y en lo que respecta al día de hoy, me alegro de que no lea *Le Parisien*, a veces no dice nada más que mentiras.

Madame Clément asintió algo más calmada.

—Bueno, ¿entonces qué quería ese tal monsieur Patisse?

—¡Oh, era un hombre muy serio! —El rostro de madame Clément mostró un gesto de máxima satisfacción—. Y muy amable y atento. Ha hecho un par de anotaciones sobre todo lo que le he contado... que el cine pertenecía antes a su tío y que usted se hizo cargo de él aunque tenía un trabajo muy distinto. —Me miró como una madre orgullosa y tuve que pensar que a mi propia madre le había parecido una «auténtica locura» que dejara la lucrativa venta de bañeras a los Emiratos Árabes para volver al cine.

«Hijo, ¿lo has pensado bien? Dejar un puesto tan bueno por un viejo cine lleno de polvo, no sé...», había dicho dubitativa, y mi padre había añadido muy serio: «Hoy en día no se regalan los buenos empleos, Alain. Todos tenemos que madurar algún día». Esas fueron sus palabras, y en aquel momento me pregunté por primera vez si madurar significaba obligatoriamente renunciar a los sueños y ganar la mayor cantidad de dinero posible. Era evidente que sí.

Suspiré con desgana.

—Le parece bien que le haya contado todo eso al hombre de *Le Monde*, ¿no, monsieur Bonnard? —Madame Clément me miró con gesto interrogante, y yo asentí.

—Sí, sí, claro que sí, no es ningún secreto.

—Estaba entusiasmado con nuestra sesión de *Les amours au Paradis*. «Dios mío, *Jules y Jim*», ha dicho al hojear el programa, «hace una eternidad que no veo esa película, vendré a verla».

Madame Clément señaló el viejo cartel en blanco y negro del vestíbulo en el que Jeanne Moreau, con un gorro con visera, corre por un puente riendo con sus amigos.

—Se estuvo un rato mirándolo y sacudiendo la cabeza... Bueno, quiere escribir un artículo sobre el Cinéma Paradis y sobre usted, monsieur Bonnard. Sobre cómo es dirigir hoy en día un cine como este. No siempre resulta fácil, ¿verdad?, eso lo sabemos bien nosotros.

Miró a François, que gruñó algo a modo de aprobación, y luego los dos me miraron como si yo fuera d'Artagnan. Me faltó poco para gritar: «¡Uno para todos y todos para

uno!».

Desde el principio, madame Clément y François habían estado siempre ahí, pero el modo en que ahora estaban a mi lado y hablaban del pequeño cine me emocionó.

—*Bon*. Llamaré a ese tipo de la prensa más tarde. —Asentí mirándolos a los dos, y sonreí. Era cierto que no siempre resultaba fácil dirigir un pequeño cine, aunque tenía su encanto y a veces podía ser muy excitante, como había podido comprobar en los últimos días.

Pero yo no era tan ingenuo como para pensar que la repentina aparición de un periodista tenía algo que ver con mi persona o con el redescubrimiento del Cinéma Paradis. Una historia acerca de un cine como el Paradis tenía un interés limitado para un periódico como *Le Monde*. A no ser que sea agosto y los periodistas busquen desesperadamente temas que llenen el vacío veraniego antes de que la *rentrée* haga regresar a la gente a la ciudad. O que sea abril y una actriz llamada Solène Avril convierta, por motivos sentimentales, una cierta sala en su cine favorito.

Antes de desaparecer en mi despacho, que estaba junto a la taquilla, me giré una última vez.

—¡Ah, sí! En lo que respecta a los trabajos de rodaje... a comienzos de mayo cerraremos el cine una semana para ponerlo a disposición de los actores. Suspendemos las proyecciones. Por lo demás no cambiará nada.

En ese momento yo mismo creía lo que estaba diciendo. Pero cambiaron muchas cosas. Por no decir todo.

Un radiante cielo azul cubría París a la mañana siguiente cuando abrí la ventana. Vi una pequeña nube blanca que parecía flotar justo encima de mí, y mi primer pensamiento fue para Mélanie, a la que por fin iba a volver a ver esa tarde. Pensé en su precioso pelo revuelto y en su bonita boca, y suspiré con añoranza. Había pasado una semana desde que nos habíamos despedido con un beso bajo el viejo castaño, pero podrían haber sido también cuatro semanas... ¡habían pasado tantas cosas en los últimos días! En realidad apenas había encontrado la tranquilidad necesaria para dedicarme a mi nueva actividad favorita, pensar en la mujer del abrigo rojo, y los extraordinarios acontecimientos que se habían producido me habían hecho la espera más corta. Así, aquella semana me había parecido al mismo tiempo más larga y más corta que una semana normal.

Aunque en ese momento ya no había nada normal. Solo el día anterior habían llamado tres periodistas más que querían escribir sobre el Cinéma Paradis y buscaban información sobre el rodaje. Monsieur Patisse, de *Le Monde*, no había tenido ningún reparo en volver esa misma tarde para plantear sus preguntas y hacerme alguna foto junto a mi viejo proyector, que hizo aparecer en sus ojos un brillo mágico como si fuera un niño de seis años al que le acaban de regalar su primer tren eléctrico Märklin.

—¡Magnífico, monsieur Bonnard! ¡Maravilloso! —exclamó mientras miraba la pantalla de su cámara, y yo no sabía muy bien si se refería a mí o al proyector—. ¡Y ahora otra, por favor... sonría!

Mi prestigio aumentaba a cada hora. Robert, con quien esa tarde tuve que ir a tomar algo sin falta —¡hasta había anulado su cita con la sensacional Melissa!—, se quedó muy impresionado por mi nueva y excitante vida. Incluso mis padres, que habían visto el artículo en *Le Figaro*, me dejaron un mensaje en el contestador felicitándome por mi «gran éxito». «Es estupendo, hijo, aprovéchalo», dijo mi padre, aunque yo no sabía muy bien a qué se refería. ¿Tenía que ofrecer a partir de ahora mi cine para todo tipo de rodajes? ¿Es que yo podía influir en eso? A pesar de todo, debo admitir que me alegré de sus palabras de reconocimiento.

Los últimos días habían pasado como un torbellino por mi vida normalmente tranquila, pero siempre había tenido la sensación de llevar a Mélanie en un rincón de mi corazón. De vez en cuando cogía su carta, que llevaba siempre conmigo, y me preguntaba qué diría ella sobre todo aquello. ¡Había tantas cosas que quería contarle y compartir con ella! Pero ya habría tiempo para eso.

Pues lo más importante que quería decirle tenía que ver solo con nosotros dos. La espera había aumentado mi añoranza, y se me ocurrían miles de palabras que quería susurrar en su preciosa oreja cuando la tarde se hiciera noche y la noche madrugada.

Me preparé un café y me imaginé a Mélanie acercándose por la calle con su abrigo rojo, con ese andar ligero, erguido, y una sonrisa cargada de esperanza.

La esperaba fuera, en la calle, y la estrecharía entre mis brazos. No, iría corriendo hacia ella lleno de impaciencia. «¡Por fin estás aquí!», le diría. Y no la volvería a soltar nunca más.

Hacía mucho tiempo que no cantaba en la ducha. Aquella mañana lo hice.

—*Viens, je suis là, je n'attends que toi* —entoné repitiendo una y otra vez el estribillo de una vieja canción de Georges Moustaki—, *tout es possible, tout est permit*.

Sí, estaba ahí, pocas veces me había sentido tan vivo como aquella mañana. Esperaba a Mélanie, que venía hoy. Todo era posible, no había límites, y la vida era un eterno día de primavera cargado de promesas.

Canturreando, recogí la casa. Le puse comida y agua limpia a Orfeo, que notaba mi inquietud y se restregaba todo el rato contra mi pierna, metí dos botellas de chablis en la nevera y corrí escaleras abajo para comprar en la pequeña floristería de la Rue Jacob un gran ramo de rosas que repartí por toda la casa.

Pensé que más tarde reservaría una mesa en Petit Zinc, un buen restaurante que está enfrente de la vieja iglesia de Saint-Germain y a dos pasos de mi casa. Elegiría una mesa junto a la ventana, en uno de esos nichos con bonitas columnas modernistas pintadas en verde claro donde se tiene la sensación de estar sentado en un cenador en medio de un jardín.

Puse el resto de las flores en un jarrón y lo coloqué en la mesa redonda de madera de cerezo perfectamente pulida. Las flores de color rosa, rojo y verde pálido sobresalían primaverales por el borde del jarrón. Un rayo de sol quedó atrapado en el agua y dibujó manchas de luz en la madera. Por un momento vi reflejado el estado de mi corazón... alegre y cálido y lleno de inquietud.

Me quedé un rato quieto, en silencio, luego me pasé la mano por el pelo todavía húmedo, dejé vagar la mirada por la casa y contemplé mi obra con satisfacción. Todo estaba perfecto. Estaba preparado para una noche extraordinaria y para el amor que hoy iba a entrar en mi vida con el paso ligero de una joven.

Cuando salí de casa por la tarde, me sonreí en el espejo de la entrada. Nunca antes había estado tan preparado para encontrar la felicidad.

Aquella tarde se agotaron las entradas en el Cinéma Paradis. Media hora antes de la primera sesión ya no quedaba ninguna. Creo que era la primera vez que no le podía vender una entrada al hombre grueso del portafolios cuando, como siempre, unos minutos antes del comienzo de la sesión entró a toda prisa en el vestíbulo lleno de espectadores. Tampoco había sitio para la mujer de los rizos negros, que ese día llevaba en la cabeza un pañuelo de seda verde esmeralda y había acudido sin su hija pequeña. Levanté las manos con gesto de lástima y vi cómo mis dos clientes habituales abandonaban el cine decepcionados y en el exterior intercambiaban algunas palabras de asombro antes de cruzar la calle y desaparecer juntos por la acera de enfrente.

Estaban tan sorprendidos como yo. O, por decirlo con las palabras de madame Clément, tan sorprendidos como todos nosotros.

Dos días en Nueva York, de Julie Delpy, era, sin duda, una película interesante desde cualquier punto de vista. Lo mismo que *Las cosas de la vida*, de Claude Sautet, que aquel miércoles se proyectaba en la sesión de noche y en la que siempre se podía descubrir algo sobre lo que realmente importa. Pero eso no explicaba la repentina afluencia de público al Cinéma Paradis.

Nuestro cine se había visto asaltado por una ola de interés que, como un tsunami, había acabado con todas las entradas y no cedería en las semanas siguientes. Los comentarios positivos en la prensa, que por variar se había encaprichado de un cine en el que no se vendían palomitas —lo que se consideraba poco habitual y *très sophistiqué*—, los inminentes trabajos de rodaje de *Dulces recuerdos de París* y la sorprendente propuesta de la academia de cine de galardonar al Cinéma Paradis y a su propietario por sus «extraordinarios servicios al cine francés» atrajeron a auténticas multitudes de espectadores.

Personas a las que yo no había visto antes acudían en masa a las distintas sesiones y descubrían su amor por el *cinéma d'art* y la magia de un cine viejo y casi olvidado en el que el tiempo parecía haberse detenido y que permitía olvidar la rutina diaria durante un par de horas.

Aunque la mayoría de los espectadores llegaban llenos de curiosidad y con actitud de «eso no me lo pierdo por nada del mundo», luego abandonaban el Paradis de otra forma, se podía ver en sus caras.

El momento mágico que esconde toda buena película parecía reflejarse en sus ojos. Los espectadores salían de la sala estimulados por imágenes que eran más grandes que ellos mismos, emocionados por gestos que con dedos delicados habían dejado huellas imperceptibles en sus corazones, enriquecidos con frases llenas de veracidad

que se podían llevar a casa como si fueran un puñado de diamantes. Y esto era al menos igual de bonito que el alentador efecto secundario que de pronto me había convertido en el propietario de un cine de cierto éxito. Me rodeaba una oleada de simpatía y admiración y era perseguido por los periodistas, al final incluso por una importante cadena de cines que me ofreció hacerse cargo de la sala en unas condiciones sorprendentes y con la garantía de que incluso bajo su dirección «todo seguiría como antes».

¡Hasta el propietario de una gran discoteca de París se dirigió a mí con la propuesta de hacer del Cinéma Paradis una especie de cine de lujo donde los espectadores pudieran disfrutar, en un ambiente exquisito, de un cóctel y algún pequeño bocado mientras veían una película relajados!

Rechacé la idea agradecido, sabiendo que el precio de la seguridad era la libertad. En esas semanas turbulentas el Cinéma Paradis parecía poder ofrecerme ambas cosas: seguridad financiera y libertad empresarial. ¡Qué mejor para un hombre que había perseguido una idea con tranquilidad y determinación y de pronto disfrutaba de los frutos que esa idea había producido!

«Alain Bonnard ha conseguido algo mágico, algo que no es habitual en nuestros días, resulta ciertamente envidiable», había escrito monsieur Patisse en su artículo.

Tenía claro que el interés que yo había despertado de pronto se debía a Solène Avril. No era tan vanidoso como para pensar que París vivía una especie de revolución nostálgica cuyo precursor era yo. Pero todo éxito se basa también en un poco de suerte. Y esta había llamado a mi puerta.

Sin duda, y en las palabras de mi padre, aquel era el punto culminante de una carrera profesional en el sector del cine.

Y, así, aquel segundo miércoles de abril podría haber sido el comienzo de las mejores semanas de mi vida si no hubiera pasado algo, o mejor dicho, no pasado algo... algo que yo ni siquiera había imaginado por la mañana mientras, alegre y contento, decoraba mi casa con flores.

La mujer del abrigo rojo no apareció.

La luna brillaba por encima de los viejos edificios de la ciudad. Su disco redondo se abrazaba a una nube que flotaba en el cielo azul oscuro. Y cuando por fin avancé vacilante por la Rue de Bourgogne, pensé que la noche parecía hecha para dos enamorados. Pero yo iba solo por las calles estrechas, el eco de mis pasos resonaba triste en las fachadas de las casas, y mi corazón también estaba triste.

Mélanie no había aparecido, y yo no sabía por qué.

Poco antes de las ocho, cuando los espectadores de la segunda sesión ya estaban en sus butacas y se divertían con Julie Delpy y su padre francés tan poco convencional, salí a la calle para esperar a Mélanie. Cuando a las ocho y veinte todavía no había aparecido pensé que seguro que se debía a un retraso. A lo mejor Mélanie era una de esas personas que no pueden ser puntuales, ese aspecto suyo era desconocido para mí. Sonreí con indulgencia, ¡quién no ha llegado tarde alguna vez en su vida!, algo así puede pasar. Tal vez una llamada telefónica le había impedido salir de casa a tiempo, a lo mejor el tren procedente de Bretaña había llegado con retraso, quizá quería arreglarse de forma especial.

Existían miles de motivos. Saqué un cigarrillo de la cajetilla de tabaco y mientras fumaba di unos pasos arriba y abajo delante del cine. Pero al cabo de varios cuartos de hora un temor indefinido se había colado en mi sonrisa.

Si había surgido algún imprevisto, ¿por qué Mélanie no me había llamado al cine? Aunque no tuviera mi número privado podía haber buscado el número del Cinéma Paradis y dejado un aviso.

Mientras la segunda sesión de la tarde se acercaba a su fin y los enredos de la gran familia francoamericana en Nueva York llegaban a su culminación, yo daba vueltas por

el vestíbulo.

¿Era posible que Mélanie no hubiera regresado de Bretaña? Tal vez su anciana tía tuviera una grave neumonía y Mélanie estuviera junto a su cama cuidándola y la preocupación le hubiera hecho olvidar nuestra cita.

Sin ningún convencimiento, saqué el móvil de mi bolsillo y miré la pantalla. Había recibido tres llamadas, pero no conocía ninguno de los números. Confundido, devolví las llamadas.

Contestaron dos periodistas, ni idea de cómo habían conseguido mi número, y una agradable señora mayor que se había equivocado al marcar un número en su nuevo teléfono móvil —regalo de su hija en su ochenta y tres cumpleaños— y me pidió mil disculpas.

—Las teclas son tan pequeñas, siempre doy a la de al lado —dijo con una risita.

—No se preocupe, de verdad —contesté, y volví a guardarme el teléfono. Luego salí otra vez a la calle a echar un vistazo. De pronto ya no estaba seguro de si Mélanie y yo habíamos quedado realmente ese miércoles.

¿Había dicho que se marchaba una semana a Le Pouldu a ver a su tía? ¿O eran dos semanas? Pero tenía su carta, la breve misiva que llevaba conmigo desde hacía siete días y cuyas líneas me sabía de memoria. Y en ella ponía de forma inequívoca:

... me alegro de haberte conocido, del próximo miércoles y de todo lo que pueda ocurrir.

Y el próximo miércoles era hoy. Sin ninguna duda. Suspirando, guardé la carta, me quedé con las manos metidas en los bolsillos, me acerqué a la puerta de cristal y miré al exterior.

Madame Clément, que estaba en la taquilla leyendo el periódico —ni siquiera me fijé en que era *Le Parisien*, que dejaba caer avergonzada cada vez que yo me acercaba a la taquilla—, me miró con cara de preocupación.

—¿Todo en orden, monsieur Bonnard? —preguntó—. Parece nervioso. ¿O es por toda la gente que ha venido esta noche?

Sacudí la cabeza. No, no era por la gente. Era por una mujer que esa tarde me ponía nervioso. Una mujer que había aparecido todos los miércoles como si fuera la cosa más natural del mundo y hoy no estaba allí.

La película se acabó, abrí las puertas de la sala y los espectadores pasaron por delante de mí hacia la calle, algunos cogieron uno de los programas que había junto a la taquilla, y sus risas y parloteos se mezclaron con los de los nuevos espectadores que habían llegado para asistir a la última sesión.

El vestíbulo casi resultaba demasiado pequeño para todas aquellas personas que miraban alrededor con curiosidad y hacían cola en la taquilla para conseguir una entrada para ver una película de los setenta cuyo lema era contar una historia sin mentir.

Entre los espectadores de la última sesión descubrí al viejo profesor. Fue el último en llegar, llevaba la entrada bien sujeta en la mano y al entrar en la sala me dijo en voz baja que jamás habría creído posible que *Las cosas de la vida* pudiera tener tal éxito de público.

—¡Me parece desconcertante! —dijo con una sonrisa.

Yo asentí inquieto y cerré la puerta tras él. Esa noche en la sesión de *Les amours au Paradis* me habría bastado con una única espectadora.

Eché un vistazo a François en su sala de proyección y miré por el pequeño cuadrado que permitía ver la pantalla. Cuando Michel Piccoli se chocó contra un árbol con su Alfa Romeo Giulietta y se quedó tirado en la hierba recordando su vida, me entró el pánico.

¿Y si Mélanie había tenido un accidente? ¿Y si con la emoción había cruzado el Boulevard Saint-Germain sin mirar a derecha e izquierda y un coche la había lanzado por los aires? Fruncí los labios y me mordí el labio inferior mientras François, que

estaba inclinado sobre sus libros, como siempre, me miraba de reojo. Luego di otra vuelta por el vestíbulo bajo la atenta mirada de madame Clément. Finalmente decidí irme a tomar un *café au lait* a un bistró cercano.

—Si una joven pregunta por mí, dígame, por favor, que me espere —instruí a mi cajera.

—¿Se refiere a la atractiva joven con la que quedé la semana pasada? —preguntó enarcando las cejas. Yo asentí y, sin dar más explicaciones, salí a la calle.

En pocos minutos llegué al bistró, me senté en una de las sillas de madera desvencijadas y me bebí a toda prisa mi café. El calor que recorrió mi cuerpo me sentó bien, pero no borró mi inquietud.

Cuando terminó la última sesión me quedé una hora más en el Cinéma Paradis, esperando. Aunque no era probable, Mélanie todavía podía aparecer a paso ligero y sin aliento, con una sonrisa a modo de disculpa y una frase que lo explicaba todo.

—No se rompa la cabeza, monsieur Bonnard —dijo madame Clément mientras se ponía el abrigo para marcharse—. Seguro que hay una explicación muy sencilla.

Y puede que la hubiera, casi con seguridad. A pesar de todo, tenía una extraña sensación y decidí acercarme a la casa donde vivía Mélanie. Como habíamos hecho una semana antes, crucé el Boulevard Saint-Germain, pasé por delante de la Brasserie Lipp con su toldo naranja y blanco y avancé impaciente por la Rue de Grenelle, hasta que al final llegué a la perfumería de la esquina de la Rue de Bourgogne y torcí a la izquierda. Entonces me encontré ante el portal verde, que, naturalmente, estaba cerrado. Indeciso, miré los pequeños carteles del portero automático. Era impensable sacar a alguien de la cama a esas horas; además, ni siquiera sabía dónde debía llamar.

Di un par de vueltas delante de la casa y luego crucé hacia la pequeña papelería ante la que una semana antes había pasado un viejo arrastrando sus pantuflas y nos había llamado «parejita». Casi lamentaba no verle ahora. Encendí un cigarrillo. Esperé, no sabía muy bien a qué, pero no quería alejarme de la casa tras cuya fachada había un patio interior con un castaño y tal vez también una chica llamada Mélanie.

Y entonces tuve suerte.

La puerta del viejo edificio se abrió con un suave crujido. Un taxi pasó muy despacio buscando algo y me tapó por un instante al hombre con un abrigo largo y oscuro que salió de la casa y se subió rápidamente al coche.

Antes de que el taxi arrancara yo había cruzado la calle y me había deslizado dentro del portal, cuya puerta se cerró a mi espalda.

La luz de la luna iluminaba el patio con suavidad. Entre las ramas del viejo castaño oí un ruido que me hizo levantar la mirada de forma involuntaria, pero no pude apreciar nada. Solo había luz en tres ventanas de los pisos superiores del bloque del fondo, y en una de ellas creí reconocer la ventana tras la que Mélanie había desaparecido la última vez. Pero no estaba seguro.

Indeciso, me quedé mirando la alta ventana, cuyos batientes estaban abiertos, en la que brillaba una luz cálida y dorada. Pensé si debía gritar el nombre de Mélanie. O si eso sería estúpido o inoportuno. Y entonces apareció en el marco una mano blanca de mujer y cerró la ventana con decisión. Se apagó la luz, y yo me quedé allí, algo desconcertado.

¿Era de Mélanie la mano que había visto por un segundo en el pomo de la ventana? ¿Estaba ella en París y a pesar de todo no había acudido a nuestra cita? ¿O era la mano de otra mujer y yo me había confundido de vivienda? ¿Y quién era el hombre del abrigo oscuro que pocos minutos antes se había marchado en un taxi?

Volvió a sonar un ruido entre las ramas y me asusté. Entonces algo saltó y ante mí apareció de pronto un gato negro que me miró fijamente con sus ojos verdes.

Naturalmente, en ese momento no comprendí que todo estaba relacionado, y tampoco podía imaginar que el gato negro de ojos irisados podía haber dado respuesta al

menos a una de mis preguntas.

Aunque parezca absurdo, en ese momento solo me vino a la cabeza una escena de una vieja película de Preston Sturges en la que pasa un gato negro y la mujer le pregunta al marido qué significa eso y él responde: «Eso depende de lo que le ocurra a uno después».

La Rue de Bourgogne estaba desierta, y tampoco en la Rue de Varenne pude ver un alma cuando, pensativo y algo decepcionado, me dirigía a casa. Ni siquiera estaban los inevitables vigilantes que normalmente hacen guardia delante de los edificios gubernamentales de fachada de arenisca. Las tiendas de periódicos y antigüedades, las pequeñas tiendas de verduras, las panaderías que por las mañanas desprendían un apetitoso olor a *baguette*, las pastelerías con sus artísticas *tartes* y los *meringues* de tonos pastel que recuerdan a las nubes y al primer bocado se deshacen en dulces partículas, los restaurantes y cafés, los *traiteurs* en los que durante el día se puede tomar por poco dinero *coq au vin* con escarola y una copa de vino tinto... todos tenían la persiana bajada.

A esas horas París era una estrella abandonada. Y yo era su habitante más solitario.

—¡Vaya! —exclamó Robert, y untó su cruasán con mantequilla y mermelada sin inmutarse—. Ya te dije que fue un error no preguntarle su número de teléfono. Ahora pasa lo que pasa. Esto no tiene muy buena pinta, si me preguntas mi opinión.

Aunque parezca estúpido, se la había preguntado. Fui yo quien le había llamado por la mañana temprano y le había pedido que viniera. Tenía que hablar con alguien. Con un buen amigo. Pero lo malo de los buenos amigos es que no siempre dicen lo que uno quiere oír.

Llevábamos desde las nueve sentados en la terraza de un pequeño café en la Rue Jacob, delante del Hotel Danube, discutiendo. Le hice una seña a la camarera, una mujer corpulenta con el cuello muy estirado y el pelo negro recogido en un moño en la nuca, y pedí mi segundo *café au lait* con la esperanza de que me ayudara a poner en orden mis ideas.

Había dormido mal. Naturalmente, había sido muy amable por parte de Robert acercarse hasta allí, justo el día que no tenía clases, para escuchar los misterios de la última noche y el ir y venir de mis pensamientos. Sé que parezco desagradecido, pero habría esperado un mayor apoyo moral. Indignado, me quedé mirando cómo mi amigo masticaba sin mayor preocupación.

—¡Qué dices, Robert! Todavía no sabemos lo suficiente para poder decir si el asunto tiene buena o mala pinta —repliqué intentando disimular mis propias dudas—. Vale, a primera vista puede parecer extraño que Mélanie no haya aparecido, pero eso no tiene por qué significar que... que...

Tragué saliva y pensé en el hombre que había visto la noche anterior en la Rue Bourgogne. ¿Había salido de casa de Mélanie? ¿O de otra vivienda? ¿Era él el culpable de que Mélanie no hubiera acudido a nuestra cita? ¿O sencillamente es que vivía en el mismo bloque? La incertidumbre me provocó una leve punzada en el corazón. Solté un profundo suspiro.

Robert se bebió su café y apartó unas migas de la mesa.

—¿Por qué te lo pones tan difícil, Alain? Te digo una cosa: olvida a esa chica. Créeme, la cosa es más complicada de lo que piensas. —Se inclinó hacia delante y me miró con sus ojos claros de persona íntegra—. ¡Está claro!

Yo sacudí la cabeza.

—No puedo estar equivocado, Robert. Tú no viste su mirada cuando nos despedimos. Ella quería acudir a la cita, lo sé —insistí—. Tiene que haber pasado algo grave. Algo que le ha impedido venir a verme o llamarme.

—¡Sí, sí, ya lo has dicho mil veces! —Robert se revolvió impaciente en su silla—. Pero las probabilidades de que tu chica haya sido atropellada por un camión o se haya caído por las escaleras y se haya roto una pierna son bastante bajas. —Puso los ojos en blanco y contó—: Una entre... cien mil, diría yo. Si quieres puedes llamar a todos los hospitales y comisarías de policía de París, yo personalmente pienso que no vas a sacar nada en limpio.

—No tiene por qué haber sido un accidente —dije—. Tal vez sea algo distinto... algo que ahora ni siquiera imaginamos.

—Bueno, yo tengo alguna idea muy clara. ¿Quieres oírla?

—No —contesté.

—Bien —prosiguió sin inmutarse—. Ahora dejemos a un lado tu sexto sentido y centrémonos en los hechos. —Robert levantó un dedo—. Yo soy un científico y veo las cosas como son.

La camarera del moño se acercó y trajo otros dos cafés. Me agarré a mi taza mientras Robert empezaba a hablar. Lo hacía muy bien, y era fácil imaginar por qué sus clases estaban siempre tan concurridas. Había en él algo increíblemente manipulador. Era difícil sustraerse a la atracción de sus palabras, a la lógica de sus frases.

—En resumen: hablas con una mujer a la que has echado el ojo hace tiempo. Es evidente que está sola, al menos eso es lo que dice. ¿No te contó que siempre iba a dar con el hombre equivocado o algo así? *Bon*. Pasáis una velada agradable, paseo, besos, miradas profundas... el repertorio completo, ¿correcto?

Tal como lo decía Robert sonaba bastante simple, pero tenía razón. Asentí.

—Os despedís. Quedáis en veros el próximo... —hizo una pausa bien calculada—... miércoles.

—Porque ella se va de viaje a visitar a su tía —replico.

—Correcto. Se va a ver a su anciana... tía —repite, y la expresión suena de pronto como una mentira—. Así que os besáis en el patio, es medianoche, todo es fantástico. No te pide que subas a su casa. No te da su número de teléfono.

Guardé silencio.

—¿Se marcha una semana a ver a su tía y no se le ocurre darte su número? ¿Cuándo se acaba de enamorar? ¡En ese estado uno está colgado del teléfono cada minuto que tiene libre! Es una mujer, querido. Las mujeres adoran el teléfono. Y ahora, amigo mío, pasemos al punto esencial. —Me señaló con el cuchillo—. Ella no quería que la llamas. Tal vez sea demasiado peligroso. Alguien podría oír la conversación. Alguien podría mirar las llamadas de su móvil...

—¡Qué ridículo! —exclamé, y noté un leve malestar en mi interior—. *Honni soit qui mal y pense*. Ahora estás juzgando a los demás, *mon ami*. ¡Y deja de mover el cuchillo delante de mi nariz! —Me recosté en el respaldo de la silla—. ¿Son esos los hechos? No paras de hacer suposiciones.

—Conozco a las mujeres —afirmó tajante. Luego me miró con compasión—. Está bien. Dejémoslo. Será mejor que sigamos con nuestra historia. Mélanie...

—Mélanie me escribe una carta —le interrumpí con tono triunfal—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué querría escribirme una carta si no tenía intención de volver a verme? Robert levantó la mano.

—¡Un-mo-men-to! Este es solo otro argumento para mi teoría. ¡Piénsalo bien! Te escribe una carta, pero no quiere llamarte por teléfono. De lo contrario te habría pedido tu número.

—¡De acuerdo, dejemos lo de la carta! —repliqué molesto—. Las personas como tú ya casi no saben lo que es una pluma estilográfica.

—¡No te ofendas, por favor! —Robert me lanzó una sonrisa irresistible—. Cada uno es como es. —Dio unos golpecitos con el cuchillo en la mesa—. Es un hecho que no te ha llamado en toda la semana, ni siquiera cuando te dio plantón. Y eso a pesar de que sabe la dirección del cine. Pero a lo mejor es tan antigua que no sabe buscar un número de teléfono en Internet. Trabaja en una tienda de antigüedades, ¿no?

—Me sorprende lo bien que me has escuchado.

—Yo siempre escucho con atención, Alain. Al fin y al cabo eres mi amigo, y me importa mucho lo que te pueda ocurrir.

—Aunque no tengas corazón.

Robert asintió y se llevó la mano al pecho.

—¡Oh, sí, lo tengo! Tengo un corazón. Sano y rojo y muy vital... ¿quieres tocarlo? Sacudí la cabeza.

—Hecho número dos: no aparece el día de la cita a pesar de que —como pudiste comprobar más tarde— está en casa...

—¡No estoy seguro de que fuera su casa! —exclamé entre medias—. ¡Dios mío, solo había estado una vez allí y en ese momento no me fijé si era el primero, el segundo o el tercer piso...!

—Hecho número tres: en plena noche un extraño sale del edificio... probablemente de su propia casa. Eso explicaría por qué Mélanie no tenía tiempo para ti. Probablemente se tratara de uno de esos «hombres equivocados».

Robert se reclinó con gesto de satisfacción.

—Creo que esa tal Mélanie te ha engañado con sus remilgos. Tal vez sea todo un montaje. Quería jugar a dos bandas y tú le venías de perlas. Según yo lo veo, había discutido con su novio y luego se ha ido con él de vacaciones y todo se ha arreglado. O realmente ha estado en Bretaña con su tía y luego ha aparecido otra vez su tipo. Gran reconciliación en una *grand lit*, y fueron felices y comieron perdices...

Pinchó un trozo de pan con el cuchillo y lo sujetó en alto como si fuera un trofeo.

—No pongas esa cara, Alain, a mí ya me ha pasado eso alguna vez. Te embarcas en una historia y no sabes cómo va a acabar. No es culpa tuya. Desde el principio no tenías ninguna posibilidad.

—No, no, no, Robert, sé que no es así —dije, intentando apartarme de sus argumentaciones—. ¿Por qué siempre te pones en lo peor? —Vi cómo la camarera se apoyaba en la puerta del café y nos observaba con interés—. Mi amigo es un pesimista, ¿sabe? —dije dirigiéndome a ella. Mostró una amplia sonrisa propia de *Carmen*, pero estaba muy lejos de entender mis palabras. Nos hizo una seña preguntando si queríamos tomar otro café. Sacudí la cabeza.

—Tu amigo es realista —dijo Robert.

—Ni siquiera sabemos si esa era su casa —repetí—. Si la luz de su casa no estaba encendida se derrumba toda tu teoría.

—Bueno, entonces solo te queda una solución. —Robert movió su trofeo en el aire y me miró con gesto complaciente—. Vuelve a la Rue de Bourgogne y averígualo.

—Créeme, ya se me había ocurrido esa idea. Lo haré esta noche. Y entonces ya veremos.

Robert sonrió.

—Lo veremos. En cualquier caso, te deseo mucha suerte con los timbres.

—Preguntaré a alguien, no te preocupes. No puede ser tan difícil.

—¡Oh, no! Debe de ser muy divertido. Seguro que haces nuevas amistades. —Era evidente que a Robert le hacía mucha gracia imaginarme delante del portero automático llamando a una casa tras otra.

—¡Qué bien que solo sepas su nombre, si no sería demasiado fácil! —Soltó una risa divertida.

—¡Qué bien que seas tan gracioso!

—¡Ah, por ahí viene Melissa! —Robert se puso de pie de un salto y agitó la mano cuando una joven esbelta con una larga melena pelirroja se dirigió hacia nosotros. Llevaba unos pantalones vaqueros, zapatillas de deporte blancas y una chaqueta de cuero marrón encima de una camiseta de colores. Sonrió.

—Melissa, este es mi amigo Alain. Siéntate un rato con nosotros, enseguida terminamos. —Pasó el brazo por el hombro de la joven pelirroja y le dio un beso en la boca.

Melissa me saludó con un leve movimiento de cabeza mientras Robert le acercaba una silla. Lo más sorprendente de ella eran sus ojos. Eran muy claros y muy verdes.

—*Salut, Alain. Ça va?* He oído hablar mucho de usted. ¡El mejor amigo de Robert! *Oh là... là!* —Acentuó las tres últimas palabras y enseguida me gustó su estilo alegre y directo.

Le sonreí, preguntándome por un momento qué le habría contado Robert a su nueva amiga de mí.

—Yo también he oído hablar mucho de usted —dije, y sus ojos verdes brillaron.

—¿Ah, sí, de verdad? —Le revolvió el pelo a Robert con un gesto divertido—. ¿Qué cuentas sobre mí, *mon petit professeur?* ¡Espero que solo cosas buenas!

—Naturalmente, pequeña —dijo Robert—. No puede ser de otro modo. —Ignoró lo de *petit professeur* y me guiñó un ojo. Su expresión lo decía todo. *¿Qué te había dicho? Sensacional, ¿verdad?*

Sonreí.

Robert le cogió la mano a Melissa y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Querida, espero que me perdones por haber salido tan deprisa esta mañana, pero este joven de aquí tiene problemas.

—¡Oh! Lo siento. Espero que no sea nada serio.

—Bueno... —dije yo.

—Cosa de poca importancia —dijo Robert.

Melissa nos miraba asombrada.

—Una mujer a la que Alain solo había besado una vez le dio ayer plantón y él piensa que es el peor golpe del destino que le podía deparar la vida —le explicó Robert con arrogancia, moviendo las manos con gestos teatrales—. Y, por desgracia, por desgracia... solo conoce su nombre: Mélanie. ¿Conoces a alguna Mélanie?

—*Mais oui!* —Melissa se echó a reír—. Mi profesora de chelo se llama Mélanie. Mélanie Bertrand, pero seguro que no es ella. Tiene el pelo gris y no para de tocar su enorme chelo como una posesa. ¡Es un pequeño demonio! Y cuando me equivoco me mira muy enfadada. ¡Así! —Arrugó su bonita frente y entornó los ojos—. Mademoiselle Melissa, tiene que ensayar, ensayar, ensayar... así no va a ninguna parte —gruñó cambiando la voz.

Los dos nos reímos, y yo dije:

—¡No, esa no es la Mélanie que estoy buscando, por Dios!

—A mi amigo se le ha metido en la cabeza encontrar a esa chica. Yo he intentado disuadirle —dijo Robert—. Hay formas mejores de aprovechar el tiempo. —Puso su mano en la rodilla de Melissa y sonrió como alguien que sabe aprovechar bien el tiempo.

—A pesar de todo la buscaré —dije, sonriendo como alguien que sabe aprovecharlo mejor—. En cualquier caso, gracias por haber venido. —Me puse de pie y saqué la cartera.

—Simplemente no quiere aprender —dijo Robert—. Es lo que me gusta de él. No, no, déjame a mí, por favor. —Me apartó la mano en la que yo sujetaba la cartera—. Pero ahora en serio, ¡relájate! Podrías limitarte a esperar tranquilamente en vez de estresarte tanto. Mélanie sabe dónde está el cine y si va en serio ya aparecerá, ¿no?

Lanzó una mirada a Melissa esperando su aprobación.

—No necesariamente —replicó Melissa, y en ese momento me pareció muy simpática. Apoyó la cara en la mano y me miró con gesto coqueto. Con esos ojos brillantes y el pelo largo peinado con raya en medio y casi tapándole la frente tenía algo de ninfa de las fuentes.

—¡Ay, todo esto me parece tan romántico! —dijo soltando un pequeño suspiro de satisfacción—. ¡No se rinda, Alain! ¡Búsquela!

Había veinte apellidos. Solo apellidos. Me encontraba delante de la gran puerta verde de la Rue de Bourgogne estudiando detenidamente las chapas metálicas con las letras grabadas en negro.

«El asunto es más complicado de lo que tú piensas», había dicho Robert, aunque yo no sabía qué había querido decir. Nadie lo sabía. Luego he visto con cierta ironía que, sin saberlo, mi amigo había dado en el clavo. El asunto era bastante más complicado, por no decir complejo, de lo que todos pensábamos.

Pero aquella tarde de jueves, cuando observaba los letreros algo indeciso, aunque lleno de determinación y cierto optimismo, todavía flotaba un poco del calor del sol en la calle estrecha y pensé: «Bueno, esto resulta ahora algo molesto, pero lo puedo conseguir».

Me había propuesto seguir un método sistemático. Dado que la casa de Mélanie se encontraba en uno de los pisos superiores del edificio del fondo, primero me concentraría en los letreros que estaban más arriba. Paseé la mirada por los nombres y fui murmurándolos uno a uno para probar.

—Bonnet, Rousseau, Martin, Chevalier, Leblanc, Penneec, Duvalier, Dupont, Ledoux, Beauchamps, Mirabelle...

¿Mirabelle? Mélanie Mirabelle... parecía que quedaba bien.

Pero primero llamaría a un timbre cualquiera para poder entrar con algún pretexto. De ese modo podría cruzar el patio y llegar al edificio interior.

Decidido, pulsé el timbre que había junto a un letrero de la planta baja, y esperé. No pasó nada. Ya iba a pulsar otro timbre cuando se oyó un ruido en el telefonillo.

—¿Sí? —dijo una voz temblorosa que sin duda pertenecía a una señora mayor—. ¿¿¿Sí???

Cogí aire e intenté que mi voz sonara firme pero indiferente, como la de uno de esos empleados de UPS que no tienen el más mínimo reparo en dejar la furgoneta en medio de la calle con los intermitentes puestos.

—Traigo un envío a nombre de Mirabelle... ¿podría abrirme, por favor?

—¿Sí? —se oyó de nuevo—. ¡No oigo nada!

—¿Sí, hola? —Intenté hablar más alto—. Disculpe, madame, traigo un envío para...

—¿Hola? ¿Dimitri? ¿Dimitri, eres tú? ¿Te has olvidado otra vez la llave, jovencito?

Me acerqué lo más posible y grité:

—¡No, no soy Dimitri, soy el cartero! ¿Podría abrirme, madame?

—¡Aaah! —La mujer soltó un chillido y se oyó un ruido en el telefonillo—. ¡Cielo santo, no me grite de ese modo, me ha asustado! ¡No estoy sorda!

Siguió un silencio. Luego, una pregunta:

—¿Busca a Dimitri?

—¡No! —grité—. Tengo...

—Dimitri no está —dijo la mujer con voz chillona, y me pregunté quién sería ese tal Dimitri. Me sentía como en una película de espías de serie B. ¡Y Dimitri me estaba poniendo ya de los nervios!

—Está bien —dije intentando mantener la calma—. En realidad no busco a Dimitri.

—¿Hola? —gritó ella otra vez—. Debe hablar más claro, joven, no le entiendo bien. Dimitri vendrá luego. ¿Me oye? ¡Vuelva más tarde!

La vieja estaba sorda o loca. O las dos cosas. Decidí cambiar de táctica e ir al grano.

—¡Correo para Mirabelle! —dije con voz fuerte y enérgica—. ¡Abra, madame! Solo quiero hacer una entrega.

Pareció estar digiriendo mis palabras, casi podía oír cómo lo hacía.

—¿Isabelle? ¡Isabelle tampoco está! —dijo luego.

Me eché a reír. ¿Es que estaba en una casa de locos? Entonces, en un arranque de humor patibulario, pregunté:

—¿Y Mélanie? ¿Está Mélanie? ¿Vive aquí Mélanie? ¿Lo sabe usted?

—¿Mélanie? —volvió a gritar—. Aquí no hay ninguna Mélanie. —Murmuró algo ininteligible. Parecía enfadada—. Siempre llaman a mi puerta desconocidos que quieren saber nombres. Y eso que me acabo de mudar de la Rue de Varenne. Aquí no hay ninguna Mélanie. Yo no sé nada. —Su voz se hizo más aguda y adquirió un tono histérico—. ¿Quién es usted?

—Alain Bonnard —grité—. ¡Ábrame la puerta!

—¡Ni hablar! ¡Lárguese!

Sonó un ruido en el telefonillo, luego se hizo un silencio de muerte. Esperaba no haber matado a la anciana de un susto. En tal caso tendría que quedarse tirada en el suelo hasta que llegara Dimitri y se la encontrara.

Suspirando, llamé al timbre del siguiente letrero de la planta baja. Roznet.

Esta vez la cosa fue más rápida. En pocos segundos se oyó la voz sonora de un hombre. Algo lánguida, pero por lo demás bastante normal. Respiré aliviado.

—*Oueh?*

—Traigo un envío para Mirabelle, en el edificio interior —dije con calma y claridad—. ¿Sería tan amable de abrirme la puerta?

—¡Claro! Sin problema.

Un instante después sonó un zumbido, y la puerta se abrió.

En las escaleras del edificio interior el aire era frío, todo estaba oscuro y había un penetrante olor a melocotón. Era evidente que acababan de limpiarlas. Había un ascensor, pero parecía no funcionar. Subí a toda prisa los escalones desgastados y decidí empezar con mis averiguaciones en el último piso. Eran las seis y veinticinco de la tarde. El corazón me latía con fuerza. Llamé al timbre de la puerta donde ponía Mirabelle.

Se oyeron pasos tras la puerta. Luego una voz de mujer.

—Han llamado, ¿abres tú?

Pisadas en el recibidor. La pesada puerta de madera se abrió. Apareció una niña rubia con coleta que me miró con curiosidad. Tendría unos cinco años.

—¿Eres el señor de la tienda? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No. ¿Está tu mamá en casa?

¿Era posible que Mélanie no me hubiera hablado de su hija?

—¿Marie? ¿Quién es?

—Un señor —contestó Marie conforme a la verdad.

Sonaron ruidos en una de las habitaciones del fondo y en la puerta apareció una mujer con un vestido de flores. Se había envuelto a toda prisa el pelo mojado en una toalla y mientras avanzaba se iba sujetando el turbante azul oscuro a la cabeza.

Me miró y sonrió.

—¿Sí?

¡Habría estado bien acertar a la primera!

—*Bonsoir, madame* —dije—. Disculpe la molestia. Esperaba encontrar aquí a una joven llamada Mélanie. Trabaja en una tienda de antigüedades —añadí con gesto desvalido.

Madame Mirabelle me miró con cara amable y sacudió la cabeza. Era evidente que yo le había resultado simpático.

—Lo siento. Aquí solo vivimos mi marido, Marie y yo. ¿Cómo se apellida la joven? Tal vez se haya equivocado de piso.

Me encogí de hombros.

—Ese es precisamente el problema... No sé cómo se apellida.

—¡Oh! —dijo madame Mirabelle.

—Tiene entre veinticinco y treinta años, pelo rubio oscuro, ojos marrones, y lleva un

abrigo rojo —seguí insistiendo.

Madame Mirabelle sacudió la cabeza con cara de lástima.

Marie se agarró a la pierna de su madre.

—¿Es una adivinanza, *maman*?

Madame Mirabelle acarició el pelo de su hija.

—Schhh... luego te lo explico. —Se volvió de nuevo hacia mí—. Me temo que no puedo serle de gran ayuda. Hace poco que vivimos aquí. Nunca he visto en el edificio a una joven con un abrigo rojo. Pero eso no quiere decir nada. Será mejor que le pregunte a madame Bonnet, en el bajo. Seguro que se entera de más cosas que nosotros aquí arriba. Antes era la portera.

—Sí, gracias —dije apenado.

—De verdad que lo siento —se disculpó madame Mirabelle—. Estamos esperando visita, si no le habría invitado a un café.

Le di las gracias y me dispuse a marcharme. Al otro lado del descansillo había otra puerta.

—Ahí solo vive monsieur Pennec con su mujer —añadió—. Un publicista siniestro y antipático que vino a quejarse cuando Marie celebró su cumpleaños con sus amiguitos. Pero seguro que no es a su mujer a quien usted busca. —Puso una mueca divertida antes de cerrar la puerta—. ¡Los dos son horribles!

En Leblanc, en el segundo piso, no abrió nadie. Oí unos curiosos arañazos tras la puerta, luego un maullido. Volví a llamar al timbre, esta vez con más insistencia. De pronto estaba seguro de que la ventana que había visto iluminada estaba en el segundo piso. Esperé un momento, luego llamé otra vez.

Detrás de mí se abrió una puerta. Sorprendido, me giré y vi los ojos llenos de odio de un japonés bajito que me observaba con desconfianza tras unas gruesas gafas.

—¿Cuánto tiempo va a estar usted llamando, monsieur? ¡Ya ve que no hay nadie en casa! —gritó.

Aproveché la ocasión.

—Busco a una joven de pelo rubio oscuro, se llama Mélanie. ¿Sabe usted si vive aquí? ¿Mélanie... Leblanc? —señalé la puerta, y por algún extraño motivo el hombrecillo se puso furioso.

—Mademoiselle Leblanc no está —gruñó—. Puede llamar al timbre todo lo que quiera. Nunca está por las tardes, y cuando vuelve a medianoche siempre da un portazo y me despierta.

El gato maullaba nervioso tras la puerta, el hombrecillo japonés no paraba de gruñir, y no pude reprimir una sonrisa. ¿Es que detrás de aquella puerta vivía miss Holly Golightly?

—Lo siento. ¿Podría decirme si mademoiselle Leblanc se llama Mélanie?

—Ni idea —refunfuñó el japonés—. ¿Por qué quiere saberlo? ¿La buscan?

—Solo yo —le aseguré.

—¿Es usted su novio?

—Podría decirse que sí.

Resopló enfadado.

—No se haga ilusiones. No aguanta mucho tiempo con ninguno. Es una de esas que arruinan a los hombres.

—¡Ajá! —dije algo afectado—. ¿Quién lo dice?

—Me lo contó monsieur Beauchamps, mi casero.

Me acerqué un poco y miré la chapa con el nombre de su puerta.

—¿No es usted monsieur Beauchamps?

Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—¿Lo parezco? Soy Tashi Nakamura. —Se estiró, a pesar de lo cual me llegaba por el pecho—. Pierre Beauchamps era mi compañero de trabajo en Global Electronics.

—¿Era? —Cada vez entendía menos.

Él asintió.

—Hasta que esa pequeña bruja de pelo negro le hizo perder la cabeza. Para mi gusto tiene una nariz demasiado grande, pero bueno... En cualquier caso, ha pedido el traslado a Michigan por dos años y me ha alquilado su casa. —Sacudió la cabeza—. Cuando ella rompió con él le resultaba esto insoportable... así... puerta con puerta.

—¡Ah, sí! —dije. Sentí lástima de ese tal Beauchamps, pero me daba más pena yo mismo. Mélanie tenía una nariz completamente normal, y aunque sabía que para los asiáticos todos los blancos tenemos la nariz grande —nos llaman narizotas a nuestras espaldas— y que todo era una cuestión de proporciones —también el tamaño de una nariz—, estaba claro que la mujer que yo buscaba no tenía el pelo negro.

—¿Lleva a veces un abrigo rojo? —pregunté a pesar de todo.

—Yo siempre he visto a mademoiselle Leblanc vestida de negro.

Suspiré desilusionado.

—¿Entonces no se llama Mélanie, verdad?

El japonés reflexionó un instante.

—Ni idea. O no, sí, espere... una vez tuve que coger un paquete suyo, ponía... ponía...

—¿Sí?

—Lucille o Laurence o Linda... algo con L, en cualquier caso. —Tashi Nakamura movió el dedo índice en el aire con decisión.

—¡Vaya, me lo temía! —Habría podido jurar que era en el segundo piso donde una semana antes había visto encenderse y luego apagarse una luz. Pero me había equivocado.

Monsieur Nakamura inclinó la cabeza e hizo ademán de volver a desaparecer en su vivienda.

—¡Ah, monsieur Nakamura!

Él suspiró.

—¿Conoce usted a alguna otra Mélanie que viva en este edificio?

Me miró y guiñó los ojos hasta que apenas podía distinguirse ya nada del iris negro.

—Dígame, monsieur, ¿qué le pasa? ¿Tiene que ser una Mélanie? Me parece usted un poco obsesivo.

Sonreí con frialdad.

—No —dijo finalmente—. Y si así fuera, me da igual. No tengo un interés excesivo por las mujeres. —Con esas palabras cerró la puerta y me dejó allí plantado.

En Dupont, en el primer piso, no había nadie en casa, así que llamé a la otra puerta del descansillo, en la que aparecía el nombre de Montabon.

Pasó un buen rato antes de que la puerta se abriera muy despacio. Ante mí apareció un anciano distinguido vestido con un traje gris claro. Una corona de pelo blanco que rodeaba en semicírculo su cráneo bronceado y cubierto de manchas de la edad dejaba ver que en otros tiempos había tenido una espesa cabellera. A pesar de que era por la tarde y la iluminación más bien escasa, llevaba puestas unas oscuras gafas de sol. Se las colocó bien con una mano nervuda y cubierta de pecas y guardó silencio. Por lo visto estaba esperando a que hablara yo primero.

—¿Monsieur Montabon? —pregunté con cautela.

—Soy yo —dijo él—. ¿Qué desea?

Enseguida tuve claro que había llamado a la puerta equivocada. A pesar de todo le hice la pregunta.

Monsieur Montabon era un hombre sumamente educado que me pidió que entrara en su casa porque no le parecía adecuado mantener una conversación en la puerta. Vivía solo, le gustaba escuchar música de Ravel, Poulenc y Debussy y jugaba al ajedrez. Había sido embajador en Chile y Argentina durante mucho tiempo y hacía quince años que había dejado el servicio diplomático. Tenía una asistenta que iba todos los días y

limpiaba la casa, lavaba la ropa, hacía la compra y le preparaba la comida.

No se llamaba Mélanie, sino Margot.

Estoy seguro de que si hubiera estado dentro de sus posibilidades aquel hombre tan amable me habría ayudado. Pero monsieur Montabon no había visto a ninguna mujer con un abrigo rojo. Jacob Montabon era prácticamente ciego.

Entretanto ya eran las ocho y mi humor se había deteriorado notablemente. Todas aquellas conversaciones eran una pesadez y no me habían servido de mucho. Pero esto cambiaría cuando, bastante desanimado, bajé por la escalera hasta la planta baja y me topé con una mujer gruesa que tendría unos sesenta años y estaba plantada en el portal como si me estuviera esperando. Llevaba una falda negra y una chaqueta de punto lila. Teniendo en cuenta el peso que debían de soportar, sus pies eran sorprendentemente delicados. Estaban metidos en unas diminutas bailarinas color lila algo desgastadas. La mujer de lila me saludó con amabilidad, y así fue como, sin necesidad de llamar a ningún timbre, conocí a madame Bonnet.

El color favorito de Françoise Bonnet era, sin duda, el lila. Cuando empezó a hablar con gestos enérgicos comprobé que también sus pendientes, que se balanceaban bajo sus cortos rizos canosos, tenían cristallitos de color lila.

En una vida anterior madame Bonnet había sido portera en uno de los viejos edificios de la Place des Vosges. Luego a su marido le detectaron un cáncer de páncreas y se murió en el plazo de unos pocos meses dejándole una buena renta.

—¡El pobre Hugo... fue todo tan rápido! —suspiró con lástima.

No había vuelto a trabajar desde entonces, pero tejía bufandas de punto para una pequeña tienda de ropa de la Rue Bonaparte (seda con lana... en tonos lila, naturalmente). Cada bufanda era una pieza única y llevaba una etiqueta ovalada en la que ponía con letra cursiva *Les Foulards de Françoise*. Tenían mucho éxito. De este modo madame Bonnet estaba ocupada durante las muchas horas que pasaba en casa. Y sabía bastantes cosas sobre los inquilinos de la Rue de Bourgogne. En cuanto mencioné el nombre de Mélanie se acordó de que madame Dupont (*madame*, no *mademoiselle*, pero una joven con el pelo rubio oscuro, guapa y que vivía sola) se llamaba así.

—Una persona encantadora, esa Mélanie Dupont —me explicó—. Aunque no ha tenido mucha suerte en la vida.

Lancé un grito de alegría para mis adentros.

—Pero por desgracia ahora no está en casa, acabo de llamar al timbre.

—Lo sé —replicó madame Bonnet, y sus pendientes subrayaron sus palabras con un leve balanceo—. Madame Dupont regresa mañana o tal vez esta noche a última hora. Ha tenido que marcharse unos días y me pidió que le recogiera su correo del buzón.

Apenas podía contener mi alegría. ¡Era Mélanie, sin duda! Apreté los puños en los bolsillos del pantalón para que no se notara mi entusiasmo. Después de un comienzo bastante dificultoso al final la había encontrado. Y el motivo por el que no había ido al cine estaba claro. Todavía no había regresado de Bretaña. ¡Quién sabía lo que la había retenido allí! En cualquier caso, no había sido un desconocido con un abrigo oscuro. Al parecer, este debía de haber salido del domicilio de mademoiselle Leblanc. Contuve una risita. ¡Estaba ya muy familiarizado con la vieja casa de la Rue de Bourgogne y sus inquilinos!

Decidí dejarle un mensaje a Mélanie. ¡Una carta! Y después de cruzar corriendo a la papelería de enfrente, estar a punto de ser atropellado por un coche que circulaba demasiado deprisa por una calle tan estrecha y comprobar que la tienda ya estaba cerrada, madame Bonnet fue tan amable de proporcionarme una hoja de papel y un sobre.

Escribí a toda prisa unas líneas en el papel y lo guardé en el sobre. Luego pasé por delante del viejo castaño por cuarta vez aquella tarde. Dudé un instante y acaricié la

idea de fijar la carta, en la que ponía un sencillo «Para Mélanie, de Alain», en el viejo tronco. La idea de que Mélanie llegara esa noche o a la mañana siguiente y encontrara mi mensaje en el árbol me pareció muy romántica. A esas alturas mi estado de ánimo se asemejaba ya al del joven Goethe de la película del mismo nombre: un enamorado que galopa, casi vuela, en su caballo a través de un paisaje verde infinito para encontrarse con su amada.

La película *Goethe!*, una producción alemana con actores jóvenes casi desconocidos, había sido proyectada unos meses antes en el Cinéma Paradis.

Estaba convencido de que Goethe habría colgado la carta en el viejo castaño. Pero a mí no me parecía muy seguro. La carta podía caerse o ser recogida por otra persona, aunque tampoco parecía muy probable en una comunidad en la que los inquilinos apenas se conocían o no sabían si la vecina se llamaba Mélanie.

Crucé el patio y me dirigí hacia los buzones con mi carta en la mano. Había escrito lo siguiente:

Querida Mélanie:

El miércoles no apareciste y había empezado a preocuparme. Te habría llamado, pero no tengo tu número. Me acabo de enterar de que vuelves esta noche o mañana temprano. Espero que todo vaya bien. Me alegró mucho recibir tu carta, la he leído por lo menos cien veces. Acabo de estar bajo el viejo castaño donde nos besamos. ¡Te echo de menos! Por favor, llámame cuando llegues, mi pequeña no-aventurera. Espero tu llamada con impaciencia.

Alain

Había anotado mi número de teléfono en la parte inferior de la hoja. Eché el sobre en el buzón en el que ponía *Dupont* y oí cómo caía con un suave sonido. Sonreí satisfecho. Ahora solo tenía que esperar.

Con posterioridad he pensado muchas veces que tal vez hubiera sido mejor actuar como Goethe y seguir mi primera intención.

Una hora después de que yo abandonara tan contento el edificio de la Rue de Bourgogne pasó por delante del viejo castaño una persona que habría sabido qué hacer con el destinatario y el remitente. Si hubiera fijado la carta en el viejo castaño posiblemente habría llegado poco después a manos de la mujer a la que iba dirigida. Y yo me habría ahorrado muchos rodeos.

Posiblemente.

En el instante en que sonó el teléfono supe que era ella. En realidad aquella mañana quería hacer una preselección de las películas que iba a proyectar próximamente en las sesiones de *Les amours au Paradis*. Para ello había llegado temprano al cine. Estaba volviendo a ver *Diario de un joven inocente*, con Catherine Deneuve, cuando sonó la música de *El tercer hombre*, que me había descargado como tono de llamada. Me abalancé sobre el teléfono, que estaba en una mesita del cuarto de proyección, y estuve a punto de tirar el vaso lleno de cola.

Sonó un ruido en la línea.

—Aquí Mélanie.

El corazón me empezó a latir como loco.

—¡Mélanie! ¡Por fin! —dije casi sin voz—. ¡Vaya! ¡Dios mío, qué ganas tenía de oír tu voz!

—¿Hablo con... Alain? —La voz al otro de la línea sonaba vacilante. Era una voz melodiosa de mujer, me resultaba extraña, pero debía de ser cosa de la línea.

—¡Sí! —exclamé—. ¡Claro que sí! Soy Alain. ¿Has recibido mi carta? ¡Dios mío, cómo me alegro de que me hayas llamado! ¿Qué ha pasado?

Siguió un largo silencio, y me estremecí. Debía de haber ocurrido algo grave. ¿Se habría muerto su anciana tía?

—¿Mélanie? —pregunté de nuevo—. Pareces rara, ¿qué ocurre? ¿Estás en casa? ¿Quieres que vaya?

—¡Ah! —suspiró la voz—. Ya sabía yo que había algún malentendido.

Escuché desconcertado. ¿Un malentendido? ¿Qué significaba aquello?

—¿Cómo? —pregunté.

—No soy Mélanie —dijo la voz.

¿Qué estaba diciendo? ¿Era Mélanie y no era Mélanie?

Apreté el auricular contra la oreja y tuve la clara sensación de que nuestra conversación telefónica no iba en la buena dirección.

—Quiero decir... Sí soy Mélanie... Mélanie Dupont. Pero no nos conocemos.

—¿¿Qué no nos conocemos?! —repetí, alucinado, como si fuera su eco.

—He visto su carta esta mañana —dijo—. No sé quién es usted, Alain, pero me temo que me ha confundido con otra Mélanie.

El corazón se me iba parando con cada una de sus palabras. Poco a poco me fui dando cuenta de que si su voz me parecía rara no se debía a la línea. Era una voz diferente, pero yo no quería aceptarlo.

—Pero, pero... —tartamudeé—. Tú... quiero decir, usted... ¿usted vive en la Rue de Bourgogne, verdad?

—Sí —dijo la otra Mélanie—. Correcto. Pero no teníamos ninguna cita. Y tampoco nos hemos besado bajo el viejo castaño. No le conozco, Alain, y enseguida he pensado que su carta no iba dirigida a mí. Solo quería confirmárselo.

—¡Oh! —dije con voz apagada—. Es... es... una lástima.

—Sí —dijo ella—. A mí también me lo parece. Hacía mucho que no recibía una carta tan bonita. Aunque no vaya dirigida a mí.

Necesité unos segundos para recuperarme. Los pensamientos empezaban a agolparse en mi cabeza e intenté poner una cierta lógica en todo aquel caos.

—Pero... —dije finalmente—, pero tiene que haber una Mélanie. Yo mismo la acompañé hasta su casa... hasta el patio interior. Nos dimos las buenas noches. Entré en el edificio interior, pude verlo con mis propios ojos. Vi la luz, que primero se encendió y luego se apagó. Creo que no estoy loco —concluí un tanto anonadado.

La otra Mélanie guardó silencio. Probablemente me tomaba por un exaltado. Yo mismo estaba empezando a pensar que lo era.

—Todo esto es muy curioso —dijo por fin.

—¿Sabe si vive alguna otra Mélanie en su edificio?

—No —contestó—. Lo siento, de verdad.

Asentí un par de veces y apreté los labios con decepción.

—Bueno... —dije—, bueno, pues le pido mil disculpas por mi equivocación, madame. Y, en cualquier caso, gracias por haber llamado tan pronto.

—No pasa nada, Alain —dijo la otra Mélanie—. Puede llamarme Mélanie.

De los días siguientes solo recuerdo que me sentía como envuelto en algodón. Los sonidos del mundo me llegaban amortiguados y me movía a tientas y extrañamente inseguro por mi propia película, cuyo final resultaba incierto. No sabía lo que había hecho para que el destino me jugara aquella mala pasada. Volví otras tres veces a la Rue de Bourgogne para buscar a Mélanie. Fui a distintas horas del día para aumentar mis posibilidades, pero todo resultó inútil. Me encontré de nuevo a madame Bonnet y vi al siniestro monsieur Pennec con su histérica mujer, una rubia escuálida muy arreglada, con el pelo cardado y tan cubierta de joyas de oro de arriba abajo que recordaba a la decoración navideña de Printemps. Una de esas tardes infructuosas incluso me encontré junto a los buzones a madame Dupont, la otra Mélanie, una atractiva mujer al final de la treintena de pelo color ceniza y mirada melancólica, y hablé con ella brevemente. Me saludó como si fuera un viejo conocido y al final se despidió con cariño prometiendo que iría al Cinéma Paradis muy pronto.

Mademoiselle Leblanc, la noctámbula rompecorazones, no estaba en casa, como siempre. Su vecino, monsieur Nakamura, se había marchado cargado de regalos a una celebración familiar en Tokio. De esto me enteré por madame Bonnet, naturalmente. El distinguido monsieur Montabon salía de casa muy poco, yo al menos no le vi.

Entretanto ya había llamado al timbre del resto de vecinos, incluso en los del edificio exterior, pero nadie pudo ayudarme. Y entonces borré el último nombre de mi lista.

Salí a la calle sintiéndome tan loco como el anciano de las pantuflas, con el que me volví a cruzar en mi última visita a la Rue de Bourgogne. Andaba arrastrando los pies y encorvado, se detuvo un instante al verme y torció la boca en una malvada sonrisa.

—¡Aficionados! ¡Todos aficionados! —dijo, y escupió en el suelo.

No se sabía bien a quién iba dirigida su rabia. Por lo que a mí se refería, tenía toda la razón. Nunca antes me había sentido tan inútil. Con aquellos amargos pensamientos, me fui a casa.

Era más o menos mediodía cuando recorrí de vuelta la Rue de Grenelle con la cabeza gacha. La mayoría de las tiendas habían cerrado ya y la calle estaba tranquila.

Abatido, le di una patada a una lata de cola para quitarla de en medio. Rodó por la acera con gran estrépito y fue a parar delante de una tienda que tenía la persiana bajada.

À la recherche du temps perdu, ponía en un cartel blanco, y me pareció una irónica señal del cielo. Dejé la lata allí tirada y me reí con amargura. Era cierto: estaba buscando unas horas felices que parecía haber perdido para siempre.

En las semanas siguientes me sorprendí a mí mismo varias veces siguiendo a un abrigo rojo o una melena de tono rubio oscuro. En una ocasión vi delante de Bon Marché a una mujer con un abrigo rojo y el pelo color caramelo que subía a un autobús, y estaba seguro de que se trataba de Mélanie.

Cuando arrancó, corrí unos metros junto al autobús, jadeando y haciendo señas con las manos, hasta que noté un pinchazo en el corazón y me llevé la mano al pecho como en esa trágica escena de *Doctor Zhivago* en que él descubre a su Lara tras los cristales de un autobús y se derrumba en medio de la calle porque ella no le ve.

A diferencia de lo que ocurría en la película, yo sí conseguí llamar la atención de Mélanie. Haciendo un último esfuerzo, di un salto y golpeé el cristal, pero cuando la mujer del abrigo rojo se giró, solo vi una cara de asombro.

Después de cada uno de estos fracasos cogía la carta de Mélanie y la volvía a leer. Me

hacía sentirme mejor. Pero era solo un engaño. La joven del abrigo rojo había desaparecido sin dejar rastro.

Finalmente llamé a Robert.

—No vive en esa casa —le dije desalentado, y le conté todas mis averiguaciones—. Allí nadie conoce a una joven que se llama Mélanie.

Mi amigo silbó entre dientes.

—Esto empieza a ponerse interesante —dijo, para mi sorpresa—. ¡A lo mejor tu Mélanie es un agente secreto! Lo mismo estaba involucrada en un asunto peligroso y ha tenido que esfumarse de repente. ¡O está en un programa de protección de testigos, jejeje!

Se rio de su propio chiste, y yo guardé silencio muy ofendido porque no se tomaba mis problemas en serio.

—¡Qué bueno! —dijo cuando se hubo tranquilizado un poco—. Pero ahora en serio, Alain... Lo más probable es que te haya dado un nombre falso. Las mujeres lo hacen a veces. A lo mejor estás buscando un nombre equivocado y se trata de la pequeña bruja del segundo piso que tan mal le cae al japonés. Parece una mujer interesante.

—¡Dios mío, Robert, ya basta! ¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así? Al fin y al cabo nadie la obligó a pasar la tarde conmigo. Y además llevaba mucho tiempo viniendo al cine todos los miércoles con una peluca, ¿no? ¡Mademoiselle Leblanc tiene el pelo negro, pedazo de tonto! Lo dijo monsieur Nakamura, y él debe de saberlo. Vive en la puerta de enfrente y odia a esa mujer. ¡Además, está claro que no trabaja en una tienda de antigüedades!

—Bueno, eso también puede ser inventado —dijo Robert, y oí cómo se encendía un cigarrillo—. Esa Mélanie te la ha jugado, eso es evidente. Yo solo me creo lo que veo. A mí no me engaña nadie. —Por lo visto, mi amigo se gustaba en el papel de Daniel Craig. Duro y difícil de impresionar.

—¡Eso es absurdo, Robert! ¡Tú eres absurdo! ¿Es que no ves que todo eso no tiene sentido? —Suspiré—. ¡Es para volverse loco! Encuentro a la mujer perfecta y luego desaparece... así, sin más. ¿Qué hago yo ahora? ¿Qué puedo hacer?

Robert también suspiró.

—¡Ay, Alain! —dijo—. Olvídalo todo. Acéptalo de una vez. Esta historia no va a ninguna parte, te lo dije desde el principio. Y cada vez estás de peor humor. Vamos esta noche con Melissa y su amiga al Jazz-Club a tomarnos unos *whisky sour*. ¡Vayamos a divertirnos un poco!

Yo sacudí la cabeza con desgana.

—No me gusta el *whisky sour*. ¿No tienes algún plan mejor? Tengo que encontrar a esa mujer, tengo que saber qué ha pasado. ¿Se te ocurre alguna idea o no?

—Tengo que encontrar a esa mujer, tengo que encontrar a esa mujer... ¡Tú sí que sabes poner nervioso a cualquiera! —dijo Robert. Pero entonces se le ocurrió una idea. Cuando esa tarde fui a casa de mi amigo, en la Rue Huyghens, en el Distrito XIV, ya había hecho mis deberes.

Estábamos sentados en la amplia cocina que formaba parte del piso de soltero de Robert, en la cuarta planta, inclinados sobre la «exposición de los hechos», como lo había llamado mi amigo.

Ante nosotros había dos copas llenas de vino tinto, un gran cenicero de cristal en el que ya había varias colillas aplastadas y un cuenco con nueces de wasabi que hacían que me picara la nariz cada vez que, sin darme cuenta, hacía explotar en mi boca una de aquellas bolitas cubiertas con una capa de color verde.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Detrás, Melissa estaba echada en una cama enorme con un increíble montón de cojines, vestida con un kimono verde claro, hojeando sin gran entusiasmo un folleto con el abstracto título de *Las leyes interestelares bajo consideración de los agujeros negros y la gravitación de los cuerpos*

celestes.

—No os molestaré —gritó cuando colgué mi chaqueta en el recibidor—. Estoy estudiando.

Pero, a pesar de todo, estuvo escuchando nuestra conversación y de vez en cuando nos hacía llegar sus comentarios desde el dormitorio.

—¡Bueno, veamos! —murmuró Robert, echando una ojeada a la lista—. Tenemos que buscar puntos de partida.

Yo asentí agradecido. Sabía que, en el fondo, Robert era una buena persona.

—Haz una lista. Escribe todo lo que se te ocurra —me había dicho al finalizar nuestra conversación telefónica—. Lo que llevaba puesto, lo que dijo, de qué hablasteis. Intenta recordar. Tómate tiempo. Concéntrate. Cualquier detalle, por pequeño que sea, puede ser importante.

Él era Sherlock Holmes y yo, el doctor Watson, el ayudante que podía colaborar con el genial detective.

Aquel domingo no fui al cine.

Madame Clément y François se mostraron comprensivos.

—Nos arreglaremos bien solos, monsieur Bonnard, no se preocupe —había dicho madame Clément. Y así, me pasé toda la tarde en casa, hablando de vez en cuando con Orfeo, que saltaba encima del escritorio y arrimaba su cabeza a mí en cuanto veía que dejaba de escribir y mordisqueaba el lápiz con gesto pensativo. Tenía hambre, pero decidí pasar por alto los ruidos provenientes de mi estómago. Ya comería más tarde.

Al cabo de hora y media ya había recogido en el papel todo lo que recordaba de Mélanie y de aquella fabulosa tarde de miércoles. Procuré ser muy exacto, lo que no me resultó demasiado difícil. Recordaba algunas frases palabra por palabra. También me acordaba bien de su preciosa cara.

La silla crujió ligeramente cuando me recliné hacia atrás y leí otra vez la lista que llevaba por título *Cosas que sé de Mélanie*.

Cosas que sé de Mélanie

Aspecto: altura media, delgada, paso erguido, grandes ojos marrones, pelo rubio oscuro. Es un rubio muy especial que recuerda al caramelo. O al crocanti.

Suele llevar (¿siempre?) un abrigo rojo, por la rodilla, de corte clásico.

Lleva en el dedo anular un anillo de oro con unas rositas grabadas.

Acude todos los miércoles a la sesión de noche.

Siempre se sienta en la fila 17.

Película preferida: *Cyrano de Bergerac*.

Tiene una tía, Lucille (¿Lucie? ¿Luce?), que vive en Le Pouldu.

Pasó allí una semana de vacaciones antes de desaparecer.

Es evidente que no vive en la Rue de Bourgogne (¿o sí?), pero sí en París. (¿Nació en París? ¿En la Bretaña?).

No tiene familia en París, no ha estado casada (al menos eso es lo que dice), vive sola (¡completamente sola!).

No tiene ninguna mascota, pero le gustan los gatos.

El último novio la engañó (¡el pendiente de jade!), siempre va a dar con el hombre equivocado («tengo un talento especial para enamorarme del hombre equivocado»).

Su madre murió (suyo era el anillo de oro con rosas), tiene recuerdos tristes.

¿Familia? ¿Hombres?

Una amiga suya trabaja en el bar de un hotel.

Trabaja en una tienda de antigüedades. Su jefe está en el hospital con una neumonía (gran fumador), tiene otra compañera de trabajo.

Trabaja hasta las 7 de la tarde, los jueves incluso hasta más tarde.

A primera vista parece tímida, pero despierta.

Le gustan los objetos antiguos.

Puente favorito: Pont Alexandre («¿sabe lo bonito que es cruzar el Pont Alexandre muy temprano, cuando las luces de la ciudad empiezan a reflejarse en el agua y el cielo adquiere tonos lavanda? A veces me quedo un rato parada»). De ello se deduce: ¿vive/trabaja cerca del puente?, si es que no vive en la Rue de Bourgogne...

Va al cine cuando busca el amor.

Sonreí con satisfacción.

—¡No está mal para empezar! —murmuré. Orfeo me miró con su pequeña cara insondable de gato, y yo acaricié su pelo atigrado.

Consideré su ronroneo como un signo de aprobación, pero cierto profesor de astrofísica al que luego visité no se dejaba convencer tan fácilmente.

—Hmm... —hizo Robert echando un vistazo a mi lista con los ojos entornados—. ¿Esto es todo?

—Son veinte puntos —dije.

Robert chasqueó la lengua con fastidio.

—¿Va al cine cuando busca el amor? —leyó—. ¿Adónde nos va a llevar esto?

—Suspirando, sacudió la cabeza—. Me temo que el hecho de que el color de su pelo te recuerde al crocanti tampoco es una auténtica pista. —Siguió leyendo—. Acude todos los miércoles a la sesión de noche. —Me miró—. Acudía, querrás decir. Tsss. Tsss. Tsss. Siempre se sienta en la fila 17. ¿Es que ahora tenemos que mirar debajo de la butaca, o qué?

—Dijiste que anotara todo lo que se me ocurriera —me defendí—. Todo. Y eso es lo que he hecho. Si ahora quieres reírte de mí, adelante, pero eso tampoco nos va a ayudar a avanzar.

—¡Está bien, está bien! —dijo Robert—. ¡No te pongas así! Hago lo que puedo.

—Arrugó la frente y miró el papel con mucha concentración.

—¿Le Pouldu? ¿Dónde está eso?

—En la Bretaña. Tiene una tía allí. ¿Crees que deberíamos empezar por ahí? Según parece, tampoco está muy claro que Mélanie haya regresado de la Bretaña.

Acerqué la silla de cocina un poco más a la mesa.

—¡No, no! —Robert hizo un gesto de rechazo con la mano—. Eso sería como buscar una aguja en un pajar. ¿En serio quieres ir ahora a Le Pouldu y preguntar a sus habitantes si una tal Mélanie ha estado con su tía Lucette o Lucie o Laurence, de la que ni siquiera conoces el apellido?

Guardé silencio, decepcionado. De algún modo había confiado en que mi lista nos habría dado alguna pista o habría llevado a mi amigo a alguna conclusión importante. Volví a intentarlo:

—Su amiga trabaja en el bar de un gran hotel.

—Bueno, si su amiga tuviera un nombre sería una buena pista —dijo Robert.

—Lo siento. Ni siquiera sé si Mélanie lo mencionó. Solo sé que el gato de su amiga se bebía el agua de los jarrones.

—¡Ajá! —Robert levantó una ceja—. ¿Sabes al menos cómo se llama el gato?

—Sonrió—. Eso podría ser un buen punto de partida.

—¡Sí, sí, Mr. Holmes, ríase todo lo que quiera!

Pensé si debía mencionar el gato negro que había visto en el patio interior de la casa de Mélanie en la Rue de Bourgogne. Pero no tenía ganas de que Robert siguiera riéndose a mi costa. Así que lo dejé. Estaba claro que la Rue de Bourgogne había resultado ser un callejón sin salida.

—Hmm... —hizo Robert de nuevo—. El único dato útil que yo veo aquí es la tienda de antigüedades. Ahí sí podemos averiguar algo. —Me miró—. ¿Mencionó Mélanie cómo

se llama la tienda? ¿O dónde trabaja? ¿En qué distrito está, al menos?

Sacudí la cabeza con lástima.

—Tal vez dijo algo así como «Trabajo aquí cerca»... ¡Piensa!

—Lo habría anotado en la lista.

—¿Y ese jefe? ¿Mencionó ella su nombre? La mayoría de las tiendas de antigüedades llevan el nombre de su propietario.

Asentí con desesperación.

—¡Sí, sí, lo mencionó! Me acuerdo de que me habló de su jefe cuando cruzamos el Boulevard Raspail. Pero no puedo recordar el nombre.

—¡Venga, Alain, piensa! —Robert me miró con gesto suplicante—. Seguro que te acuerdas de algo. Basta con que quieras recordar. Se pueden atraer los recuerdos.

Cerré los ojos un momento e intenté trasladarme al Boulevard Raspail. ¡Quería recordar, quería recordar!

Tengo un jefe estupendo, había dicho Mélanie. Pero fuma demasiado. Ahora está en el hospital con una neumonía. Cuando fuimos a verle lo primero que hizo fue bromear con lo mucho que echaba de menos sus puros. ¡Monsieur —aquí dijo su nombre— es tan insensato!

Monsieur... Monsieur... Me esforcé tanto que tuve la sensación de que la mesa de la cocina iba a empezar a levitar.

Volví a abrir los ojos.

—Lapin —dije—. Se llama Lapin.

Era una sola letra la que me separaba de la felicidad, pero era decisiva.

Robert se puso manos a la obra.

—Déjalo, ya me ocupo yo. Será mejor que duermas un poco, tienes una pinta horrible —dijo.

Y entonces puso a tres de sus colaboradoras científicas a trabajar para que encontraran a ese tal monsieur Lapin y su pequeña tienda de antigüedades. Las estudiantes eran muy simpáticas y, sin duda, estaban encantadas de poder hacer un favor a su profesor preferido. Pero tras varios días sin parar de buscar en Google y llamar por teléfono, las chicas tiraron la toalla. En París había cientos de pequeñas tiendas de antigüedades, pero ninguna estaba registrada con el nombre de Lapin.

—O bien ese Lapin que fumaba tanto ha pasado a mejor vida y la tienda ha cerrado, o bien estamos siguiendo una pista equivocada —opinó mi amigo—. Hay algo que no encaja.

Y en eso Robert tenía mucha razón. El simple hecho de que yo hubiera confundido una «P» con una «L» nos hizo fracasar.

Estaba intranquilo, nervioso. No quería aceptarlo. Me sentía desmoralizado y de mal humor. En las dos semanas siguientes me despertaba siempre con la sensación de que algo no marchaba bien en mi vida.

Fumaba mucho. Demasiado. Si seguía así pronto acompañaría a monsieur Lapin en su viaje al más allá. Me imaginaba a Mélanie llorando sobre mi tumba porque me había encontrado demasiado tarde. Primero el jefe, luego el novio, ¡qué trágico, qué trágico!

—¡Alain, estás exagerando! ¡Tío, es solo una mujer, podrás superarlo! —dijo Robert con su estilo directo siempre tan agradable. Yo sabía que mi dolor era inmenso y que estaba exagerando, pero ¿de qué me servía que me dijera eso? No me consolaba nada.

Todas las tardes me acercaba al Cinéma Paradis y cuando se hacía de noche me asomaba a la calle. Madame Clément y François se lanzaban miradas de preocupación y yo escapaba de sus preguntas refugiándome en mi oficina.

Cuanto más tiempo pasaba, más improbable parecía que volviera a ver a Mélanie. Todos los miércoles mi inquietud crecía hasta lo inconmensurable. El miércoles había sido su día. ¡Nuestro día! Y solo quedaban cinco días para que empezaran los trabajos

del rodaje, del que entretanto casi me había olvidado.

Decidí dar un paso más y a última hora cambié la película de la sesión de noche. En lugar de *La paseante de Sans-Souci*, en la sesión de *Les amours au Paradis* se proyectaría la película *Cyrano de Bergerac*. Por un breve momento de locura pensé que de ese modo podría atraer a Mélanie hasta mi cine.

¡Ay, uno se agarra a un clavo ardiendo cuando desea tanto algo!

También aquel miércoles se agotaron las localidades. No acudió ninguna mujer con un abrigo rojo. Probablemente ya ni se lo ponga, pensé con amargura. Mayo acababa de empezar y hacía ya demasiado calor para llevar un abrigo de invierno.

Cuando aquella tarde salí a la calle a fumarme un cigarrillo, el aire era suave y los espectadores que llegaban al Paradis caminaban despacio por el adoquinado con su vestimenta primaveral. Las faldas revoloteaban con la brisa, delicados pañuelos de tonos pastel ondeaban en el aire, los jerséis reposaban sobre los hombros. La gente parecía más despreocupada y tenía una sonrisa en los ojos.

Observaba la calle con nostalgia, cuando se acercó una pareja que iba cogida del brazo. Casi ni los reconozco.

Era la mujer de los rizos oscuros que siempre parecía tan triste —esta vez venía sin su hija— y a su lado caminaba con paso ligero y sin su maletín el hombre grueso que siempre aparecía a última hora en el vestíbulo. Al parecer, los dos se alegraban mucho de poder ver *Cyrano de Bergerac*. Tal vez, y quizá fuera eso lo más probable, es que simplemente estaban alegres. Pasaron por delante de mí casi sin verme.

No sabía bien a qué se debía, pero la mujer, con los labios pintados de rojo, de pronto parecía menos triste, y el hombre, que había cambiado la americana por un ligero jersey azul, parecía menos grueso.

Di una última calada y tiré la colilla a una alcantarilla. Aquel primer miércoles de mayo yo era el único que no se sentía feliz.

Como ocurre a veces en la vida, la ayuda llegó de quien menos lo esperábamos. Sería Allan Wood quien nos pusiera sobre la pista decisiva al apreciar la clara relación, la conexión que Robert y yo no habíamos visto y que daba un giro totalmente nuevo a todo el asunto.

—Tal vez a primera vista mi idea sea un poco abstracta, pero debe admitir que podría servir de algo.

Allan Wood se recostó en el sofá de cuero color coñac y observó pensativo las frutas que adornaban su daiquiri de fresa.

Yo asentí. Era domingo por la tarde y llevaba ya un buen rato sentado con el director de cine neoyorquino en su bar preferido.

Para mi sorpresa, por la mañana me había llamado Solène Avril, a la que no había vuelto a ver desde el famoso paseo por la Place Vendôme.

—Vamos a hacer una pequeña salida a Montmartre con todo el equipo. ¿Le apetece venir con nosotros, Alain? —dijo—. Así podrá conocerlos a todos.

Todos eran las personas más importantes del equipo de rodaje que al día siguiente asaltaría el Cinéma Paradis. Los cámaras y los técnicos de iluminación, los maquilladores, el director y el ayudante de dirección, la asistente personal de Solène Avril... y los actores, naturalmente. Aunque se puede apreciar en los créditos finales, pocas veces se tiene claro cuánta gente hace falta para rodar una película o incluso solo algunas escenas.

Al principio, y en el relajado ambiente de una cena con Allan Wood y Solène Avril, el rodaje parecía una cosa divertida, pero ahora que su comienzo ya era inminente me daba miedo todo aquel trajín. En realidad me daba miedo todo lo que alteraba mi ritmo de vida normal.

A diferencia de Robert, madame Clément y François, que aguardaban este evento con curiosidad y distintas expectativas, yo había decidido mantenerme lo más alejado posible del cine en los próximos días.

«Del 3 al 7 de mayo el cine permanecerá cerrado por rodaje». Cuando no sin cierto desasosiego colgué el cartel en la puerta de entrada, algunos peatones se detuvieron a mirar con curiosidad, pero al margen de esto cualquiera habría notado enseguida que las cosas no eran como siempre. Acababan de cortar un tramo de la estrecha calle, una caravana que parecía un cuerpo extraño entre los viejos edificios aparcó a un lado, detrás lo hicieron la furgoneta de una empresa de *catering* y el camión de producción. El lunes me acercaría al cine para conocerlos a todos —Solène había insistido en ello—, pero la idea de hacer un domingo una excursión de varias horas con todo el equipo, y encima a Montmartre, me provocaba dolor de estómago.

De lejos, la iglesia blanca, que parece un pastel cubierto de azúcar y se alza por encima de la ciudad en la famosa colina a la que se puede acceder con un funicular, resulta más o menos pasable. Pero de cerca, y sobre todo durante el día, Montmartre resulta agobiante. Abajo, al pie de la colina, se alinean las tiendas de artículos baratos una al lado de otra, y personas de aspecto dudoso revuelven en los montones de ropa interior que se ofrece sobre unas mesas en el exterior. Más arriba, las callejas estrechas están llenas de autobuses turísticos demasiado grandes y de restaurantes en los que ha comido, pintado o bebido al menos un gran pintor, según se puede leer en los carteles colgados en sus fachadas.

En las escaleras que hay debajo de la iglesia se sientan estudiantes enamorados y turistas de todo el mundo pertrechados con cámaras de fotos y un poco decepcionados porque desde allí no se ve la Torre Eiffel.

Hordas de gitanas se lanzan como las palomas de San Marcos sobre todo lo que se mueve y quieren leerte la mano, tu cartera o una firma para una petición, a veces incluso las tres cosas a la vez. La mayoría de las personas que dan vueltas aquí arriba

con mirada indagadora no entienden nada, ya que casi todos son turistas, y en ningún otro sitio de París llaman tanto la atención como aquí. Alrededor de la iglesia de Sacré-Coeur se tiene la impresión de que solo los camareros de los bares y restaurantes son habitantes de la ciudad, y esa impresión no anda tan descaminada.

En la pintoresca Place du Tertre pintores con cuadros más o menos conseguidos intentan conservar la tradición de antaño. Alrededor de la plaza, en la que siempre reina un gran bullicio, se agolpan los visitantes y los pequeños restaurantes en igual medida.

De noche y a la suave luz de las viejas farolas, Montmartre sigue siendo hoy un lugar muy pintoresco, la magia de los viejos tiempos parece indestructible. Pero a la luz del día recuerda a una mujer demasiado maquillada que hace mucho que pasó por su mejor momento.

Montmartre de día me deprime, y en ese momento yo me sentía más bien melancólico. Así que rechacé la propuesta de Solène y le deseé que pasara un buen día.

Media hora más tarde me llamó Allan Wood y me preguntó que si de verdad no quería ir. Hacía un día perfecto para ir a Montmartre. Habían alquilado tres coches con conductor para recorrer el barrio de los pintores y artistas, y todos estaban impacientes. No podía imaginarme que existiera algo así como el día perfecto para visitar Montmartre, pero al fin y al cabo yo no era un turista americano. Así que guardé silencio por educación.

—¡Solène nos ha hablado tanto de lo bonito que es! —dijo Allan Wood. Parecía totalmente entusiasmado, y sospeché que diez años de estancia en Estados Unidos habían despertado en la bella actriz recuerdos que no solo eran tiernos, sino también en gran medida sentimentales.

—Queremos ver el Musée Montmartre y luego tomaremos algo en Le Consulat... Allí pintaba Picasso.

Sonreí sin estar muy seguro de que fuera así, aunque conocía bien Le Consulat. Estaba en una zona alta, en la esquina entre dos calles adoquinadas, y tenía una diminuta terraza en la que había estado sentado tomando una sopa de cebolla realmente buena.

—Una buena elección —dije—. ¡Pruebe la sopa de cebolla!

—¿De verdad que no va a venir con nosotros?

—No, de verdad que no.

Allan Wood no era una persona insistente. Pero era muy inteligente.

—Está bien, *Alléen*. Entonces le espero esta noche en el Bar Hemingway, nos tomaremos un daiquiri, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije.

Y así fue como el domingo por la noche estaba sentado con Allan Wood en el Bar Hemingway y como, con una suave música de jazz de fondo y entre cañas de pescar y escopetas de caza, surgió de pronto una conversación íntima entre hombres.

Al principio hablamos sobre algunos aspectos de la organización del rodaje, pero luego Allan se inclinó hacia mí y me lanzó una mirada penetrante.

—*You are so blue, Alléen* —dijo—. ¿Qué le pasa? Parece *desandado*. —Gesticuló con las manos en el aire como si buscara una palabra—. ¿Se dice así?

—Desanimado —le corregí, y di un gran trago a mi daiquiri sonriendo abochornado. Pero eso no cambió nada. Estaba desanimado.

—¡Bah, no! —dije encogiéndome de hombros—. Solo estoy un poco cansado.

—No, no, usted está desanimado, *Alléen*, puedo verlo perfectamente. —El director de cine sacudió la cabeza—. En nuestra agradable cena en el Ritz usted estaba feliz y contento. Y ahora ha cambiado. Me cae usted bien, *Alléen*, de verdad, me gusta usted.

—Sus ojos marrones me miraron con preocupación—. ¿No quiere decirme qué le ocurre? Tal vez pueda ayudarle...

—No lo creo. El asunto es bastante complicado.

—Déjeme adivinarlo. Se trata de una mujer.

Asentí en silencio.

—¿De una mujer muy hermosa?

Suspiré en señal de afirmación.

—¿Está usted enamorado?

—Estoy bastante pillado, sí.

—Pero su amor no es correspondido.

—No lo sé. —Cogí la fresa del borde de la copa y vi cómo caía casi sin hacer ruido en el tercer daiquiri de la noche—. Primero pensé que ella iba a corresponder a mis sentimientos. Todo parecía perfecto. Único. Nunca antes había vivido algo así. —Reí con amargura—. Luego no acudió a nuestra cita y no he vuelto a saber nada de ella. A veces pienso que me lo he imaginado todo. Es como si ella no hubiera existido nunca, ¿entiende?

Me miró con compasión.

—Sí —dijo—. Entiendo perfectamente lo que quiere decir. —Suspiró—. ¡Bueno, joven, lo que me temía! ¡Es tan típico! Puede ser tan encantadora, tan arrebatadora. Y luego de pronto cambia de opinión y le deja a uno tirado, sin más. —Chasqueó los dedos—. Con Carl hizo exactamente lo mismo. —Allan Wood dio un sorbo a su bebida.

—¿Carl? —pregunté—. ¿Quién es Carl?

Carl Sussman era el cámara. Tenía barba negra, orígenes brasileños y había mantenido una breve pero intensa relación con Solène Avril antes de que esta le dejara y centrara su atención en un terrateniente texano llamado Ted Parker. Carl era, según Allan Wood, un tipo duro. Pero cuando se trataba de la bella actriz se volvía blando como la cera. Todavía sufría por ella. Y ahora que Ted Parker estaba en su rancho de Texas, Carl volvía a hacerse nuevas ilusiones.

Confundido y algo aturdido por el alcohol, escuché las extensas explicaciones de Allan Wood, que se supone debían servirme de consuelo.

—¡Por Dios, no se lo tome como algo personal, *Alléen!* —dijo para concluir su discurso—. Solène es una mujer muy seductora. Y ella lo sabe. Es como es. Pero usted le gusta, *Alléen*. Lo sé. En cualquier caso, estaba muy decepcionada porque usted no nos ha acompañado hoy. —Echó un vistazo al bar—. ¡Vaya! —dijo—. ¡Qué cosas! Aquí empezó todo hace un par de semanas. ¡Vaya, hombre! —Sacudió la cabeza—. Lo siento mucho, joven.

Le miré confundido. ¿Qué estaba diciendo?

—Escuche, Allan —dijo—. Creo que hay algo que no ha entendido bien... Solène y yo...

—No tema —dijo—. Estaré más callado que un muerto. Solène no tiene ni idea de que lo sé.

—Pero no se trata de Solène —dijo—. Me he enamorado de Mélanie.

A Allan Wood se le quedaron los ojos como platos.

—¿Mélanie? ¿Quién es Mélanie?

Le conté todo. Desde el principio. El director se pasaba de vez en cuando la mano por el pantalón de pana y me interrumpía con pequeñas exclamaciones.

—¡Vaya, eso... eso sí que es curioso! ¡Y yo que pensaba que se había enamorado usted de *Solène!* —dijo. Y añadió—: ¡Vaya historia!

Cuando al final le hablé de mi lista y de la infructuosa búsqueda de la pequeña tienda de antigüedades, me miró con compasión.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Este asunto es realmente complicado! —Le hizo una seña a la camarera y pidió dos daiquiris más—. ¿Qué va a hacer usted ahora?

—¡No tengo la más mínima idea! —Me recosté en el blando sofá de cuero con la mirada perdida.

Allan Wood también guardó silencio. Y así estuvimos un rato, sentados en el sofá, uno al lado del otro. Dos hombres en un bar que bebían en silencio, absortos en sus pensamientos y sin entender nada.

Seguro que a Hemingway le habría gustado.

—¿Ha pensado alguna vez que puede haber alguna relación entre los trabajos de rodaje en su cine y la desaparición de esa mujer? —me preguntó de pronto Allan Wood con los últimos acordes del *Springfever* de Ella Fitzgerald de fondo.

—¿Cómo? —Salí de golpe de la agradable indiferencia que me había invadido.

—Bueno, quiero decir que... ¿no es muy raro todo esto? Aparecemos nosotros... y poco tiempo después esa mujer se esfuma sin dejar rastro. ¿Cree que puede haber alguna relación?

—Hmm... —hice yo—. ¿Qué relación puede haber? ¿La suerte le sonríe al propietario de un pequeño cine y a cambio pierde a su gran amor? ¿Es eso? ¿Afortunado en el juego, desgraciado en amores? —Encogí los hombros—. ¿Me van a castigar ahora las fuerzas del destino porque la taquilla ha ido bien?

—No, no, no me refiero a eso. No estoy hablando de las fuerzas del destino. Estoy hablando de la justicia retributiva o némesis. —Allan Wood pensó cómo explicármelo—: Lo que quiero decir es: ¿podría existir alguna relación entre estos dos asuntos? ¿Alguna conexión? ¿O cree usted que se trata solo de una casualidad?

—Hmm... —volví a hacer—. No lo había visto nunca desde ese punto de vista. Quiero decir que siempre pasan cosas al mismo tiempo, cosas buenas y malas, y por lo general nunca tienen nada que ver la una con la otra. Así funciona nuestro mundo.

—Empezaba a hablar como mi amigo Robert—. Es el cumpleaños de alguien... y ese mismo día muere su padre. Le roban el coche a alguien... y ese mismo día le toca la lotería. Un director de cine americano viene a París a rodar una película en un pequeño cine... y una joven llamada Mélanie de la que el propietario del cine se acaba de enamorar como un tonto desaparece. Sin dejar rastro.

Me incliné hacia delante y me pasé las dos manos por el pelo.

—Es posible que exista alguna relación, pero yo no la veo. —Sonreí cansado, e hice un chiste muy tonto—: A no ser que el director de cine sea el gran amor perdido de esa joven y los dos ahora se hayan reencontrado y no sepan cómo decírmelo. —Me reí—. En cualquier caso, la diferencia de edad me parece considerable.

Allan Wood me miró un rato en silencio y yo temí haberle ofendido con mis palabras dichas tan a la ligera.

—¿Y si el director fuera su padre? ¿Qué pasaría entonces?

Al principio pensé que se trataba de una broma. Creí que Allan Wood se limitaba a fabular. Las personas creativas suelen jugar con la fantasía. Pero como dijo sir Arthur Conan Doyle con bellas palabras: «Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, es la verdad».

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Exactamente lo que digo. —Allan Wood se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con cuidado—. Su Mélanie podría ser mi hija.

—¿En teoría, quiere decir? —No tenía ni idea de adónde quería llegar con sus elucubraciones. Era evidente que le había invadido un sentimentalismo propio de su edad en plan «Oh-Dios-mío-podría-ser-mi-hija». Pero Allan Wood sacudió la cabeza.

—No, totalmente en serio. *I mean it!*

Le miré con incredulidad.

—¿Se trata de una broma?

Volvió a ponerse las gafas.

—No es ninguna broma.

Ensimismado, se recostó en el sofá y balanceó el brazo por encima del respaldo.

—Mi hija debe tener ahora veinticinco años. Por lo que sé, vive en París. Cuando le dije

el otro día que nunca me perdonó que abandonara a su madre me quedé corto. Me odia. Una vez fui a verla... a esa finca que su madre, obsesionada con los caballos, tiene en el Loira, y ella simplemente se largó. Desapareció durante cuatro semanas. Increíble, ¿verdad? Entonces tenía dieciséis años. Después de aquello solo nos hemos visto una vez... en este bar. Pero la velada acabó en una catástrofe. —Suspiró con resignación—. Se parece a Hélène... igual de testaruda y vanidosa, igual de guapa. ¡Esos grandes ojos marrones!

Allan Wood se perdió en sus recuerdos, y yo me pregunté si todos esos daiquiris no serían demasiado para aquel hombre tan delgado.

—Sí... ¿y? —le interrumpí un poco impaciente—. ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? ¿Y con Mélanie?

—¡Oh! —exclamó—. ¿No se lo he dicho? Discúlpeme, ya estoy hecho un lío. Se llama Mélanie. Siempre la llamábamos solo Méla, por eso no he caído en la cuenta. Pero el nombre completo de mi hija es Mélanie. Mélanie Bécassart.

Fue una noche larga, pues entonces Allan Wood me contó una historia de su pasado que —como podría comprobar después— sí tenía que ver con mi historia.

Cuando era un hombre en sus mejores años —calculo que se refería a los cuarenta— y tras un primer fracaso matrimonial, durante unas vacaciones en Normandía había conocido a Hélène Bécassart. La salvaje Hélène, con sus rizos castaños al viento, había caído a sus pies, por así decirlo, cuando su caballo blanco se desbocó en una de las extensas playas de la Côte de Nacre y lanzó a su amazona por los aires.

De la apasionada pero difícil relación que iniciaron nació una niña. Mélanie —a la que todos llamaban cariñosamente Méla— era una criatura tímida con una imaginación desbordante. Su caprichosa madre, que a sus treinta y nueve años ya no era tan joven para tener su primer hijo, procedía de una familia de la vieja nobleza del Loira. Amaba la naturaleza por encima de todo, le apasionaba montar a caballo y dejó fascinado al urbanita Allan Wood.

Pero su tozudez cada vez mayor, sus profundos prejuicios frente al americano, su negativa a poner un pie en la gran ciudad y las salidas a caballo, que cada vez eran más largas, hicieron que ese hombre sensible se marchara.

—No fue precisamente fácil para mí, *Alléen*. Yo crecí lejos de los caballos y no sé qué hacer con esos gigantescos cuadrúpedos con esos enormes dientes amarillos. —Allan Wood se estremeció ligeramente al decirlo—. Pero al final todo giraba en torno a los caballos. Empezaba ya en el desayuno... quiero decir, ni siquiera podía leer el periódico sin tener que oír hablar de no sé qué caballo árabe que quería como semental para su yegua. Se llamaba Fleur y era una bestia. Le caí mal desde el principio, enseguida lo vi en su mirada astuta. Tenía celos. Una vez que estaba detrás de ella me coceó con sus fuertes cascos. ¡De pleno! —Allan se llevó las manos al regazo con un gesto de dolor.

Las cosas no marchaban bien entre Hélène y Allan, y así pasó lo que tenía que pasar. La pareja vivía cada vez más distanciada, en el sentido más amplio de la palabra. Y al final no solo les separaba el océano Atlántico, sino también una cierta falta de comunicación.

Cuando Méla tenía ocho años, su padre se sentó un día por casualidad en un banco de Battery Park a contemplar el río Hudson. Y allí, en aquel banco, envuelto por una brisa primaveral, se vio involucrado en una conversación con una joven bastante habladora. Se trataba, como pudo comprobar enseguida, de una profesora de literatura de la Universidad de Columbia, en Nueva York, que tenía, lo que era aún mejor, auténtica fobia a los caballos. Demasiada naturaleza la ponía tan nerviosa como a Allan Wood. Luego los dos pasearon juntos por las calles de Manhattan, hablando y riendo, y Allan, que apenas tenía ya relación con la amazona, vivió la agradable experiencia de sentir lo nuevo y fresco que resultaba todo otra vez al poder hablar con una mujer joven y

guapa que se interesaba por todo.

La excitación y el sentimiento de culpa se alternaban en su cabeza, pero al final ganó la excitación, tanto espiritual como corporal.

Allan Wood dejó a Héléne, con la que no había llegado a casarse, y contrajo matrimonio con Lucinda, que era trece años más joven que él. Enseguida tuvieron un hijo.

Héléne se puso furiosa. Agitó sus rizos color castaño y el odio la llevó a jurar que jamás volverían a verse. Luego se marchó a un *ashram* de la India durante varios meses. Méla ingresó provisionalmente en un internado, pero Héléne ya había contagiado a su hija el odio hacia el traidor de su padre.

Al llegar al final de su historia, Allan Wood miró su copa con cierto sentimiento de culpa.

—Evidentemente, todo aquello no fue fácil —dijo—. Pero sabe, amigo mío, cuando uno se hace mayor y más reflexivo y llega un momento en que se da cuenta de que la vida en realidad no es tan larga, entonces es como un regalo del cielo poder estar con una persona tan joven. Poder sentir de nuevo esa despreocupación y ligereza que se han perdido con los años y que nunca se dejan de añorar.

Asentí. Yo no había sentido nunca nada así. Todavía. Pero Allan Wood se había mantenido fiel a su nostalgia. Pocos años antes se había separado de la profesora de literatura. Pero se había vuelto a casar por tercera vez.

—¿Y usted cree que Méla... quiero decir, Mélanie puede ser la mujer del abrigo rojo? —pregunté sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—No lo descarto del todo. Méla siempre fue muy impulsiva. Quizá se ha enterado de que estoy en París... en su cine... y se ha marchado.

—Pero... pero ¿cómo... o sea, cómo...?

Allan Wood enarcó las cejas.

—Todos los periódicos han hablado del rodaje en París y en el Cinéma Paradis.

Me revolví nervioso en el sofá de cuero y recordé con horror cómo había delirado en mi entrevista con monsieur Patisse sobre lo mucho que admiraba a Allan Wood y lo simpático que me parecía. ¡Hasta había dicho que desde nuestra primera conversación había tenido la sensación de hablar con un amigo!

«Allan y Alain, buenos amigos», había titulado el periodista su artículo, orgulloso de su referencia al medio cinematográfico.

Y mirándolo bien, era cierto que Mélanie había desaparecido de mi vida en el momento en que apareció Allan Wood. De pronto se me pasaron miles de ideas por la cabeza. Estaba la coincidencia del nombre y la edad. Mi Mélanie también tenía unos preciosos ojos marrones. ¿Y no había dicho Allan Wood algo del andar erguido de una bailarina de ballet? Empecé a buscar febrilmente más coincidencias.

—¿Tiene el pelo rubio oscuro? ¿Color caramelo? —pregunté.

Allan Wood reflexionó.

—Bueno —dijo—. Ya sabe cómo son las mujeres. Les gusta cambiar el color de su pelo. De niña Méla tenía el pelo castaño, como su madre. Luego de pronto lo tenía negro. La última vez que la vi era rubia... si bien no era realmente un tono caramelo.

—Sonrió—. Tiene usted buen ojo para los detalles, *Alleen*, lo he pensado también antes, cuando me ha hablado de su lista. Por cierto, me ha llamado la atención una cosa. Ha mencionado que Mélanie dijo que a su madre no le gustaban las joyas. A Héléne tampoco. «Yo tengo una sensibilidad diferente, no me gusta el roce del metal en la piel», me dijo una vez que quise regalarle una pulsera. —Sonrió satisfecho—. Bueno, tal vez no le hubiera importado llevar una alianza en el dedo. —Movié pensativo la copa—. Luego volvió a casarse, pero por lo que sé el matrimonio se rompió enseguida sin hijos.

Tuve que pensar en el anillo con rosas de Mélanie. De pronto me asaltaron las dudas.

Mélanie había dicho que el anillo era un recuerdo de su madre. De su madre muerta.
—¿Sabe si Hélène sigue viva? —pregunté temiendo la respuesta.
Allan Wood suspiró y sacudió la cabeza con un gesto de lástima.
—Era tan testaruda, ¡tenía que subirse con más de sesenta años a ese estúpido animal y salir a dar un paseo! —Arrugó la frente.
Todo coincidía. La madre de Mélanie había muerto y Mélanie llevaba el anillo de Hélène, que era lo único que le quedaba de ella. No tenía hermanos. Y, dadas las circunstancias, ya no me sorprendía en absoluto que no hubiera dicho una sola palabra acerca de su padre.
—Siempre he dicho que esos animales son peligrosos, pero ella hacía lo que quería. Se partió el cuello. Un accidente... hace dos años. Recibí una esquela... pero una semana después. Después del entierro, que se celebró en la más estricta intimidad, solo asistió la familia. Y, naturalmente, yo no formo parte de ella. Para los Bécassart soy una persona non grata. —Tomó un trago de su copa—. Pero, a pesar de todo, me gustaría volver a ver a Méla. Tal vez encontremos la forma de hacer las paces. Al fin y al cabo, es mi hija. —Había cierta tristeza en su voz.
—A mí también me gustaría volver a ver a su hija —dije. El corazón me latía con fuerza. De pronto me sentía completamente despierto. Era increíble y asombroso a la vez, no me podía creer que después de tantos esfuerzos inútiles por encontrar a Mélanie pudiera aparecer una nueva pista de forma tan inesperada. Me habría gustado abrazar al hombre de las gafas de concha que aquella noche casi se había convertido en un pariente—. Que nada que quiera más que volver a ver a Mélanie —repetí—. ¿Quiere ayudarme a conseguirlo, Allan?
Allan Wood sonrió y me tendió la mano.
—Encontraré a Méla. Se lo prometo.

El rodaje había comenzado. Ya no había marcha atrás. Transformó mi pequeño cine en un loco y bullicioso microcosmos, un conglomerado altamente explosivo de cables interminables y focos deslumbrantes, cámaras rodantes y ruidosas claquetas, instrucciones dadas a gritos y silencios forzados. Era un mundo peculiar en el que las vanidades humanas, las rivalidades acaloradas y la máxima profesionalidad se mezclaban de forma curiosa.

Cuando el lunes salté por encima de las dos filas de butacas que, una vez desmontadas, estaban cruzadas en el vestíbulo y cerraban la entrada, tuve claro que no habían dejado piedra sobre piedra. El Cinéma Paradis había sufrido una profunda transformación. Ni siquiera Atila, el rey de los hunos, había provocado tal devastación en sus asaltos en las llanuras de Panonia.

Me quedé mirando con incredulidad el vestíbulo y todo el caos que reinaba a mi alrededor. Un técnico cargado de cables pasó a mi lado resoplando y sudando y me empujó. Yo retrocedí y tropecé con el pie de un foco, que empezó a tambalearse de forma peligrosa.

—*Attention, monsieur!* ¡Apártese! —Dos hombres pasaron jadeando. Llevaban una gigantesca lámpara de araña de cristal a la sala, y yo me volví a desequilibrar, pero esta vez tropecé con un ser humano que llevaba un vestido de flores. Era madame Clément.

—¡Oh, Dios mío, monsieur Bonnard, aquí está, por fin! —exclamó gesticulando en el aire como una loca—. ¡*Mon Dieu*, menudo lío! —Madame Clément tenía las mejillas muy rojas y parecía muy alterada—. ¿Ha visto lo que han hecho con mi taquilla? No he podido evitarlo, monsieur Bonnard, esa gente del *catering* no tiene la más mínima consideración, ¡hasta han aparcado su enorme furgoneta delante del cine! —Señaló la taquilla, que estaba llena hasta arriba de cajas de botellas, latas y platos de cartón. En la repisa de madera donde normalmente estaba la caja registradora ahora silbaba una máquina de café—. Solo confío en que cuando terminen todo vuelva a su sitio, monsieur Bonnard. ¡Dios mío, menudo lío! —repetió.

Asentí, suspirando con resignación. Yo también esperaba que mi pequeño cine saliera ileso de aquel huracán.

—¿Ha visto ya a madame Avril? —me preguntó madame Clément—. Una persona encantadora... Ahora está en su despacho, en maquillaje —añadió con gesto serio—. Y Howard Galloway está en la cabina del operador refrescándose. No está de acuerdo con su papel, quiere más texto. —Se encogió de hombros—. Acabo de llevarle un *café crème*, lo toma con tres terrones de azúcar.

Los ojos de madame Clément brillaron, y yo me pregunté cómo podía alguien «refrescarse» en el cuarto del operador. Preferí no averiguarlo, y me quedé mirando al camarero que pasó a nuestro lado con su largo delantal blanco. Llevaba en cada mano una bandeja llena de sándwiches y canapés que depositó en una mesa plegable instalada en un rincón del vestíbulo. Un hombre alto, casi calvo, que anotaba algo en una libreta, siguió su camino entre cables y amplificadores, como un sonámbulo, hasta llegar a la habitación que hasta hacía poco era mi despacho. Ahora hacía las veces de camerino. Eché un prudente vistazo dentro.

En un perchero de pie colgaban vestidos, chaquetas y chales en perchas de metal. Detrás descubrí una cesta en la que carpetas y documentos se amontonaban sin ningún orden. Mi escritorio estaba vacío, es decir, lo habían vaciado. Ahora se acumulaban sobre él cientos de botes y tarros, pinceles y brochas, cepillos y esprays, y por encima de todos sobresalía una cabeza de poliestireno en la que había una peluca. Encima del escritorio habían colgado un espejo enorme, y por un instante pensé dónde habrían ido a parar las dos preciosas acuarelas de Cap d'Antibes.

Solène estaba sentada delante del espejo, de espaldas a la puerta, y dos mujeres se

afanaban con su pelo. No notó mi presencia. Nadie parecía notar mi presencia, a excepción de madame Clément, que entretanto ya había pasado a formar parte del equipo.

Me dirigí a la sala del cine, en la que reinaban temperaturas tropicales, y cerré los ojos deslumbrado. Cuando volví a abrirlos vi a un hombre alto y con barba que estaba detrás de una cámara y hacía pruebas de iluminación.

—¡Más a la derecha, Jasmin! ¡Sí, así está perfecto! —El tipo de la barba hizo una seña con la mano y miró por el visor.

Un destornillador aterrizó delante de mis pies. Di un salto a un lado y miré hacia arriba. Subidos a una escalera, a una altura de vértigo, estaban los dos hombres que habían cruzado el vestíbulo con la gigantesca araña. Estaban desmontando las viejas lámparas que yo tenía en el techo. Era evidente que se quería acentuar el toque nostálgico del Cinéma Paradis.

Miré hacia las dos primeras filas de asientos, cuyas butacas habían sido sustituidas por cámaras y enormes focos.

Allí, un hombre bajito con gafas oscuras hablaba con un apuesto tipo de pelo castaño, porte aristocrático y gesto enfadado que resultó ser Howard Galloway. El hombre bajito me saludó amablemente cuando me vio.

Era Allan Wood, mi nuevo amigo y el hombre que manejaba aquel gigantesco caos.

—¡Eh, *Alleen!* ¡Venga, venga! —gritó, y su rostro se iluminó—. ¿Qué, no es maravilloso lo que hemos hecho con su pequeño palacio? —Señaló el techo, donde la nueva lámpara monumental se balanceaba de forma peligrosa—. Ahora sí parece antiguo de verdad, ¿no cree?

Tres horas más tarde, el hombre que lo manejaba todo se pasó nervioso el pañuelo por la frente. La alegría había desaparecido de su cara. Su paciencia parecía agotarse. En los rodajes había días buenos y días malos, me había dicho. Y luego estaban los días muy malos.

Y aquel era, sin duda, un día muy malo.

—¡Bien, todo otra vez! ¡Concentraos! Tres, dos, uno yyy... *Action!* —gritó Allan Wood. Estaba detrás de Carl, el cámara, y con el dedo pulgar debajo de la barbilla y el índice en la boca, observaba la escena que se repetía por novena vez. Se representaba el primer encuentro de la protagonista, Juliette, y Alexandre en el cine.

A los pocos segundos agitó la mano en el aire con impaciencia y cortó.

—¡No, no, no, así no se puede seguir! Solène, tienes que volverte antes, por favor. ¡Y un poco más sorprendida! Hace años que no ves a Alexandre. Pensabas que había muerto hace tiempo. Tal como le saludas parece que vuelve de los servicios. ¡Vamos, otra vez... con más sentimiento! —Se dio unos golpecitos nerviosos con el pañuelo en la frente—. Y es «Nunca te he olvidado, Alexandre», no «He pensado en ti cada segundo, Alexandre». Luego mirada a la cámara. Primer plano. *Cut.*

—¿Sabéis una cosa? ¡Tengo una idea! —exclamó Solène. Lo dijo como si se le hubiera ocurrido la fórmula de la eterna juventud, y todos en el set pusieron los ojos en blanco. Solène Avril era conocida por sus ideas que lo desbarataban todo.

El ojo derecho de Allan Wood empezó a temblar.

—¡No, por favor! No más ideas por hoy, Solène. Yo soy el director, yo tomo las decisiones.

—¡Ay, te lo ruego, no seas ahora tan meticuloso, *chéri!* —Solène le lanzó una sonrisa triunfante—. Cambiaremos el texto. «He pensado en ti cada segundo, Alexandre» suena mucho mejor, ¿no te parece? Suena tan bonito, tan... intenso. ¡Vamos a cambiarlo!

Allan Wood sacudió la cabeza.

—No, no, es totalmente... quiero decir, no tiene ninguna lógica, ¿es que no lo entiendes? —Suspiró—. Hace trece años que no ves a Alexandre, no has estado trece

años pensando en él cada segundo.

—No, ella piensa cada segundo en Ted —intervino Carl, el cámara.

Solène miró irritada al hombre de la barba y el polo azul.

—¡Interesante! No sabía que también supieras leer el pensamiento. Creí que solo leías los SMS que no van dirigidos a ti. —Frunció sus bonitos labios, y Carl miró al suelo con rabia—. En cualquier caso, hoy no quiero primeros planos, de ninguna manera. No he pegado ojo en toda la noche —añadió.

Carl guiñó los ojos.

—La culpa es solo de ese estúpido *cowboy* —gruñó—. ¿Por qué tiene que llamar en mitad de la noche? ¿Es que no entiende que los relojes no marcan la misma hora en París que en Texas?

—¡Déjalo de una vez, Carl! ¡Siempre con tus indirectas! ¿Tienes algún problema con Ted?

Carl sacudió la cabeza.

—No mientras se quede en su maldito rancho —contestó furioso.

Solène soltó una carcajada.

—Eso no te lo puedo prometer, *stupid*. En cualquier caso, tú hiciste todo lo posible para convencerle de que era mejor venir a París.

—¿Podrías discutir vuestros problemas privados más tarde? ¡Es desesperante!

—Howard Galloway lanzó una mirada aburrida a sus uñas perfectamente arregladas—. Me gustaría seguir. Tengo hambre.

—Chéri, todos tenemos hambre —dijo Solène—. Y no se trata siempre solo de ti... aunque por supuesto seas el hombre más guapo del set y por eso pienses que debes tener el texto más largo...

—¡Silencio ahora mismo, os pido silencio! ¡Silencio absoluto! —Allan Wood se balanceó adelante y atrás en sus zapatos y se metió en la boca algo que se parecía sospechosamente a una pastilla para el estómago. Luego levantó la mano para que los demás le prestaran atención—. Ahora haced un pequeño esfuerzo. Rodamos esta escena y luego hacemos una pausa para tomar un café.

Le hizo una seña a Elisabetta. La maquilladora, a la que todos llamaban Liz, era una criatura bondadosa con una cara redonda y amable, y uno se la imaginaría antes en una granja que en un set de rodaje. Con un par de hábiles movimientos, los polvos y el pincel consiguió como por arte de magia dotar de un frescor rosado a las mejillas de la malhumorada actriz y pintarle los labios.

Unos minutos después todos estaban de nuevo en sus puestos. Allan Wood suspiró aliviado cuando un cuarto de hora más tarde la escena se había rodado sin más incidentes.

—¡Está bien, chicos! ¡Hacemos una pausa! —gritó, y se metió una última pastilla en la boca.

Solène ya lo sabía. Con una sonrisa de complicidad, me condujo hasta mi propio despacho, me señaló un taburete y cerró la puerta a nuestras espaldas. Se sentó en una silla frente a mí, sujetó el vaso de café caliente en las manos y me miró con ojos resplandecientes.

—*Quelle histoire!* —dijo entusiasmada—. Quiero decir... ¡vaya historia! El propietario de un cine se enamora de una enigmática mujer que es la hija rebelde de un director que está rodando una película en su cine. ¡Jajaja! —Se echó a reír.

Yo asentí y comprobé con sorpresa que esa risa cristalina me resultaba ya muy familiar. Solène, la mujer caprichosa y alegre y llena de ideas, se había hecho un pequeño hueco en mi corazón.

—Sí —dije—. ¡Es una casualidad realmente increíble! ¡La hija de Allan Wood! —Mis pensamientos volaron por un instante al Bar Hemingway y recordé lo que Allan me había contado sobre Hélène y su hija.

—Espero que Allan encuentre a Méla —añadí con preocupación—. En cualquier caso, en la Rue de Bourgogne no vive ninguna mujer que se apellide Bécassart, me habría llamado la atención.

—¡Claro que la va a encontrar! —dijo Solène, y se apartó un mechón de pelo que se le había soltado. Luego apoyó su mano en mi brazo—. No te preocupes, Alain. La encontrará. En realidad todos queremos que la tragedia se convierta al final en una comedia, *n'est-ce pas?*

—¿Todos? —pregunté—. ¿Quién más lo sabe?

Solène jugueteó con su collar de perlas.

—Oh, solo Carl... se lo he tenido que contar, naturalmente, hemos estado muy unidos... y Liz, por supuesto. Le encantan las historias de amor complicadas y todo esto le parece superromántico. —Sonrió—. Y a mí también. —Me lanzó una mirada demasiado prolongada, y decidí cambiar de tema.

—¿Qué pasó con Carl? —pregunté.

Carl Sussman era un operador de cámara que había recibido ya varios premios en diversas ceremonias de los Óscar. Y era, si se quería dar credibilidad a las palabras de Solène, el mayor idiota que el sol de Francia había visto jamás.

Que el gigantón barbudo no quería aceptar que la voluble actriz había puesto fin a su relación con él y estaba ahora con un terrateniente texano, era algo que yo ya sabía por Allan Wood. Pero desde que el equipo se había vuelto a reunir en París para trabajar en el rodaje de *Dulces recuerdos de París* el fogoso Carl no se apartaba de Solène. Le cogía el teléfono móvil, leía todos los mensajes que Ted Parker le había escrito, los borraba y le contestaba al texano: «Aparta tus manos de Solène, cowboy, es mi novia».

Naturalmente, Solène se lo había explicado todo al enojado texano, que seguía en su rancho, y había regañado a Carl como se merecía. Incluso le había amenazado con cambiar de operador de cámara si no se comportaba como era debido. Pero Carl no se dejaba impresionar por su furia.

—Estamos hechos el uno para el otro, corazón —decía una y otra vez, y seguía intentando volver a conquistar a Solène con rosas rojas y promesas de amor apasionadas. Carl no era un hombre que aceptara un no por respuesta. Seguía a Solène cuando iba a comprarse zapatos a la Rue de Faubourg, por la noche entraba en el Ritz y golpeaba la puerta de su habitación. Y cuando ella quiso contentarle con las palabras «*Alors, va-t'en, Carl, je ne veux pas!* ¡Entiéndelo de una vez!», él soltó con gran determinación «*Ta gueule, femme! Tu fais ce que je dit!*», y la besó. Solène se quedó callada y se dejó llevar otra vez... una sola vez.

—Bueno, sí... Carl es un hombre muy atractivo y nos habíamos tomado varios margaritas —me explicó abrumada—. Pero ¿por qué tuvo que contestar ese idiota mi teléfono en mitad de la noche?

Cuando en vez de la dulce voz de Solène sonó el tono ronco de un hombre con raíces brasileñas que no tenía ningún problema en revelar su identidad y gruñó en el auricular «Aquí Carl», se desencadenó un conflicto transatlántico de grandes proporciones. La catástrofe fue perfecta. Carl estaba muy satisfecho, Solène muy furiosa y el celoso ranchero, que desde el lejano Texas estudiaba con detalle toda la prensa rosa francesa para hacerse una idea de lo que estaba pasando en París en torno al rodaje, sumamente intranquilo.

El argumento de Solène de que solo era un camarero que le había llevado a las cuatro un sándwich club a la suite no convenció al texano, que era un poco lento pero no tonto.

—Espero que Ted ya se haya tranquilizado. Es siempre tan impulsivo, ¿sabe? —me explicó Solène con una sonrisa distraída. Se inclinó hacia delante y me miró. Y allí sentada, con sus grandes ojos azules y el vestido de seda azul celeste cuya falda

forrada con tul se ceñía a sus esbeltas piernas, parecía tan inocente como una Ofelia con la que se ha cometido una gran injusticia. Finalmente soltó un pequeño suspiro.

—¡Ay, todos esos hombres celosos rondando a mi alrededor! Resulta bastante estresante, Alain, créame.

Se reclinó con elegancia en su silla y cruzó las piernas. Luego me guiñó un ojo y me dio un golpecito provocativo en la rodilla con su zapato de punta azul estilo años cincuenta.

—En una próxima vida tal vez será mejor que lo intente con un amable intelectual francés, ¿qué le parece?

20

Era como en los cuentos. En ellos el número tres tiene un significado mágico. La bella hija del molinero tiene tres oportunidades para adivinar el nombre de Rumpelstiltskin. La princesa hechizada se le aparece al rey tres veces por la noche. Cenicienta sacude tres veces el árbol sobre la tumba de su madre para conseguir el vestido adecuado para ir al baile.

Tres días después de que Solène Avril me dijera: «No te preocupes, Alain. La encontrará», pareció cumplirse también mi mayor deseo. En un cuento habría sido un mensajero a caballo el que me habría traído la noticia. En mi realidad, que estaba asentada en el siglo XXI, simplemente sonó el teléfono.

Frente a su costumbre habitual, esta vez Allan Wood fue directo al grano.

—¡Ya sé dónde vive! —dijo, y yo solté un grito de alegría, levanté el puño como si fuera un futbolista que acaba de marcar un gol decisivo y di un salto en el aire en la esquina de Vieux-Colombier con la Rue de Rennes.

Una mujer que salía de una joyería con una bonita bolsa de papel y una sonrisa de satisfacción me miró con curiosidad, y sentí la necesidad de compartir mi alegría con alguien en ese momento.

—¡La ha encontrado! —le grité a la mujer, que se quedó atónita.

Levantó las cejas con gesto divertido y exclamó con un toque de humor:

—¡Vaya, eso es estupendo!

—¡La ha encontrado! —le dije apenas cinco minutos después a mi amigo Robert, al que pillé cuando estaba a punto de entrar en clase.

—¡Magnífico! —dijo mi amigo—. Luego hablamos.

Era jueves, antes del mediodía, y el mundo era el mejor de todos los mundos. Allan Wood, director de cine, gran detective y mi nuevo amigo y aliado, lo había conseguido. Había encontrado a su hija, la mujer a la que yo había entregado mi corazón.

Al principio había resultado bastante difícil, pero tras varias llamadas insistentes a familiares de Hélène en el Loira, que se caracterizaron sobre todo porque todos colgaban el auricular en cuanto Allan se identificaba, al final un sobrino en segundo grado se apiadó del exnovio de su tía fallecida y accedió a desvelarle las señas de la hija que habían tenido en común.

Según dijo, hacía aproximadamente un año que Méla, tras un dramático fracaso matrimonial con un francés del sur (el sobrino no pudo dar más detalles), se había trasladado de Arlés a París. Ahora vivía con su nombre de soltera en el distrito de Bastille, cerca de la Place des Vosges, por desgracia el sobrino no sabía la calle exacta, pero le podía dar a Allan el número de su teléfono fijo.

—He estado investigando —me dijo este muy orgulloso—. Vive en la Rue des Tornelles. Allí hay alguien que se apellida Bécassart.

—¡Magnífico! —grité en el teléfono, y el japonés de la enorme cámara de fotos que pasaba a mi lado se estremeció con una sonrisa no demasiado amable. Me sentía feliz, aunque entonces me acordé de mi experiencia en la casa de la Rue de Bourgogne.

—¡Dios mío, Allan! —suspiré—. Es demasiado bonito para ser verdad. Espero que esta vez sí sea ella.

—Lo es. Ya he llamado.

—¿¿Qué?! ¿Y qué ha dicho?

—Nada. O sea... solo su nombre. —Allan Wood parecía algo confuso—. No me he atrevido a decirle nada y enseguida he colgado. Pero es ella, estoy seguro de que era la voz de Méla.

Sentí una especie de descarga eléctrica. Me habría gustado salir corriendo a coger el metro para ir a casa de Mélanie. Pero Allan me recomendó que actuara con más prudencia.

—Será mejor que no nos precipitemos, amigo mío, un día más no importa. Además,

necesitamos un buen plan —dijo con pánico en la voz, y me pidió que esperara hasta que hubiera terminado el rodaje en el Cinéma Paradis, que estaba acabando con sus nervios. Eso sería, con un poco de suerte, al día siguiente. Antes de eso Allan Wood no se veía preparado para un encuentro con su hija cuyo desenlace era incierto.

—Entiendo su impaciencia, *Alléen*, pero me gustaría tener la cabeza despejada. Al fin y al cabo no se trata solo de su novia, sino también de mi hija. En este asunto tenemos que tirar los dos de la misma cuerda, ¿de acuerdo?

Asentí decepcionado, por mí habría empezado en ese momento. Pero Allan me pidió que mantuviera la calma y confiara en él. Me dejó claro que aquella situación tan sensible iba a precisar un poco de tacto. Existían importantes motivos por los que Mélanie Bécassart se había negado durante años a tener contacto con su padre y no había vuelto a aparecer por el cine. Estaban en juego sentimientos muy fuertes y era de esperar que Mélanie no saltara de alegría cuando nos viera a su padre a y a mí de pronto delante de su puerta.

Aunque mi corazón ya había salido corriendo hacia la Rue des Tournelles, mi mente me decía que Allan Wood tenía razón. Y, así, quedamos en vernos el viernes por la tarde en mi casa para hablar con tranquilidad sobre cómo debíamos actuar.

El sábado a las siete y media el Marais parecía estar muerto. Las aceras estaban mojadas, una suave llovizna caía sobre París, un cielo plomizo cubría la ciudad... la mañana perfecta para quedarse durmiendo después de una noche de juerga.

Dos hombres con gabardina estaban sentados tras los cristales empañados de un pequeño café, cerca de la estación de metro de Bastille, tomando un café y charlando. De pronto guardaron silencio y se lanzaron una mirada de complicidad. Junto a ellos, en un banco de madera pintado de negro, había dos ramos de flores gigantescos. No resultaba difícil adivinar que los dos hombres estaban tramando algo. Era evidente que tenían un plan.

Tampoco resulta difícil adivinar quiénes eran esos dos hombres, aunque por completar el relato lo mencionaré: los dos hombres éramos Allan Wood y yo.

—Tal vez sea mejor que vaya usted primero —dije. En pocos minutos íbamos a llamar al timbre de Mélanie Bécassart, en la Rue des Tournelles, y me encontraba fatal debido a la emoción.

—No, no, de ninguna manera. Cuando me vea me va a dar con la puerta en las narices. Tiene que ir usted delante.

Allan Wood movió nervioso la taza de café vacía.

—No lo líe todo ahora, *Alléen*, haremos exactamente lo que hablamos ayer.

Solo dos hombres que quieren volver a ganarse el amor de una mujer podían tramar un plan tan genial como el nuestro.

Habíamos hecho lo primero que se les ocurre a los hombres. Habíamos comprado flores, cantidades ingentes de rosas, lilas y hortensias que una sonriente y amable empleada de la floristería juntó en dos ramos gigantescos.

—¿Para quién son las flores? —preguntó. Y Allan y yo contestamos a la vez:

—Para mi hija.

—Para mi novia.

Y la vendedora de flores preguntó si eran para un cumpleaños. Los dos sacudimos la cabeza, pero dando a entender que estábamos firmemente decididos a pagar por los ramos el dinero suficiente para comprar un pequeño utilitario.

—¡Los ramos tienen que ser impresionantes! —dijo Allan.

Y, en efecto, lo eran. Impresionantes. Apenas podíamos llevarlos en la mano, pero las flores envueltas en papel rosa y azul celeste atrajeron las miradas de asombro de todas las mujeres con que nos cruzamos. Y eso era una buena señal.

El viernes, cuando Allan volvió algo cansado, pero feliz, del Cinéma Paradis, donde esa tarde había rodado la última escena, habíamos hablado mucho. Habíamos pensado

mucho y habíamos llegado a la conclusión de que el sábado a primera hora era el mejor momento para encontrar a Mélanie Bécassart en casa. Si abría la puerta, yo estaría en primera línea, le entregaría las flores y diría algo así como: «Por favor, perdóname y dame un minuto. Tengo que hablar contigo». Luego aparecería Allan detrás de su ramo.

Siempre está bien pedirle perdón a una mujer, había dicho Allan.

A las nueve estábamos ante la puerta de Mélanie. A los dos nos latía el corazón con fuerza. Seguro que habríamos logrado entrar de otro modo, pero por fortuna en el magnífico edificio de la Rue des Tournelles había una portera. La mujer, sumamente amable, nos dejó pasar en cuanto vio las flores y le explicamos con toda naturalidad que era el cumpleaños de mademoiselle Bécassart y queríamos darle una sorpresa. Por lo general no se piensa que los hombres con flores vayan a hacer nada malo.

El portal estaba tranquilo. Toda la casa parecía dormir cuando subimos por la escalera de madera, que emitía suaves crujidos. En el tercer piso nos detuvimos.

Miré mi ramo y pensé que nunca había comprado tantas rosas para una mujer. Luego estiré la mano hacia el timbre.

Sonaron tres tonos melódicos. Casi sin atreverme a respirar, oí cómo se iba apagando el sonido. A mi espalda estaba Allan con sus flores. Esperamos en tensión. ¡Cuántas veces había llamado yo a puertas desconocidas en las últimas semanas! Esta sería la última vez.

No se oyó nada tras la pesada puerta de madera oscura.

—¡Mierda, no está en casa! —susurré.

—¡Schhh! —hizo Allan—. Creo que he oído algo.

Escuchamos con atención. Y entonces lo oí yo también. Pasos y un suave crujido del suelo de madera. Una llave giró en la cerradura, luego se abrió un poco la puerta y dejó ver una figura con el pelo revuelto, vestida con un camisón azul y blanco y descalza, que se frotaba los ojos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? —dijo, y su atónita mirada se paseó por el mar de flores que se extendía ante su puerta y los dos hombres que se escondían detrás.

El guion preveía que en ese momento yo dijera mi frase. Pero no dije nada. Me quedé mirando y noté cómo el suelo desaparecía bajo mis pies. Luego oí muy lejana la voz de Allan Wood, que dijo una única palabra detrás de sus hortensias azules.

—¡Méla!

—¡Papá! —dijo la mujer del camisón, que estaba demasiado sorprendida como para enfadarse—. ¿Qué haces tú aquí?

21

La vida es una pompa de jabón, dice Chéjov. Y la mía acababa de estallar. Mientras Allan Wood abrazaba emocionado a su hija perdida y esta —que con la muerte de su madre había madurado y, frente a lo esperado, estaba más calmada— le pedía que entrara en su casa, yo dejé mi ramo de flores junto a la puerta como si fuera una tumba y bajé las escaleras tambaleándome.

Méla no era Mélanie. Esa era la amarga realidad.

¡Cómo ansiaba ver su cara en forma de corazón, con los grandes ojos marrones, cuando se abrió la puerta muy despacio! Estaba seguro de que solo un instante me separaba de la felicidad.

Luego observé con mirada interrogante a esa joven desconocida y me derrumbé. ¡No podía ser! ¡Después de todo lo que creíamos haber descubierto! Me quedé allí plantado, como un convidado de piedra, viendo en silencio el reencuentro de Méla con su padre.

Tras unas rápidas explicaciones en el descansillo, Allan Wood, desbordado por los sentimientos, por fin se acordó de mí y me preguntó si a pesar de todo quería entrar a tomar un café. Sacudí la cabeza. Habría sido demasiado.

Y mientras el hombrecillo de las gafas de concha y su atractiva hija seguro que tenían mucho que contarse, yo recorrí aturdido las calles del Marais sintiéndome extrañamente irreal. Seguía lloviendo, pero ni siquiera me molesté en subirme el cuello de la gabardina.

Estaba bien que el agua se me colara por el cuello y me empapara. O tal vez solo daba igual.

Con la lluvia cayó toda la tristeza de la ciudad sobre mí, y eso que la lluvia es solo lluvia y no algo que determine tu vida. No me importaba el tiempo que hacía. ¿Quién necesita un cielo azul cuando está triste?

Robert tenía razón. El cielo, sea gris o azul, es frío y carece de sentimientos, y en realidad el sol es solo una bola de fuego que lanza sus masas de magma incandescente al universo sin preocuparse de lo que ocurre aquí abajo en la Tierra.

Recorrí las calles con un peso en el corazón y sin rumbo fijo, ni siquiera puedo decir que pensara demasiado, y si lo hice, no recuerdo en qué. Ponía un pie delante de otro como un autómatas, no sentía nada, ni la humedad que se me colaba en los huesos, ni el hambre que quería hacerse notar en mi estómago.

Era un caído en combate y emprendía la retirada como hiciera doscientos años antes el gran ejército de Napoleón tras ser derrotado en Rusia. Si dijera que estaba desmoralizado me quedaría corto. Este último esfuerzo me había dejado sin fuerzas ni ánimo.

No sabía qué más podía hacer. No podía hacer nada, todo había acabado. Para siempre.

Había vivido todo ese tiempo en una mentira. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo para pensar en serio que la hija de Allan Wood y la mujer del abrigo rojo eran la misma persona? ¡Qué ingenuo había que ser para creer que una mujer que lleva semanas sin dar señales de vida podía interesarse de algún modo por mí! Era ridículo. Yo era ridículo. Un soñador, como había dicho siempre mi padre.

A esa conclusión llegué cuando avanzaba por el Pont Neuf y un taxi que pasaba me lanzó un charco entero encima. El agua se estampó contra mis piernas y pensé: ¡bienvenido a la realidad, Alain!

Con un cierto cinismo autodestructivo que me proporcionaba una extraña satisfacción, pensé en el Dr. Destouche de *Los amantes del Pont Neuf*, quien cubrió las estaciones del metro de París con carteles de la protagonista ciega para encontrarla. ¡Una gracia! Y yo ni siquiera tenía una foto. No tenía nada. Excepto una carta y un par de frases bonitas.

Decidí quitarme de una vez de la cabeza a la chica del abrigo rojo.

Cansado, empapado, decepcionado y furioso conmigo mismo, en algún momento abrí la puerta de La Palette de golpe. Allí había empezado todo y allí lo iba yo a terminar. Como un hombre. Me senté en una mesa al fondo del bistró y pedí un Pernod y una botella de vino tinto. Con eso bastaría para empezar.

No es propio de mí emborracharme antes del mediodía. Pero tras la copita de anís y cuatro copas de un denso burdeos que me bebí a grandes tragos, comprobé que a mediodía el alcohol puede tener algo sumamente estabilizador.

Fuera seguía lloviendo, pero mis cosas se habían secado y me había invadido una apática calma que me hacía sentir bien.

Le hice una seña al camarero y le pedí otra botella de vino.

Me miró con desconfianza.

—¿No quiere comer algo, monsieur? ¿Un sándwich, tal vez?

Sacudí la cabeza con energía y solté un grito de indignación. ¿Qué tonterías estaba diciendo ese idiota? ¡Nadie se emborracha por comer!

—*Je veux quelque chose à boire!* ¡Algo para beber! —insistí.

Cuando volvió, el camarero me dejó por su propia cuenta en la mesa una cestita con pan de *baguette* recién hecha. Luego descorchó la nueva botella de vino con ademán ceremonioso.

—¿Está esperando a alguien, monsieur?

Su pregunta me pareció muy graciosa.

—¿Quién? ¿Yo? —pregunté señalándome a mí mismo con un gesto amplio—. ¡No! Cielo santo, ¿es que lo parece? Estoy solo. *Je suis tout seul*. Como todos los idiotas.

—Me reí de mi propio chiste y di un gran trago a la copa que había vuelto a llenar—. ¿Le gustaría tomarse un trago conmigo? Le invito. Pero solo si es usted también un idiota.

El camarero rechazó mi invitación y se alejó dándome las gracias con gesto irritado. Parecía que se iba a meter en uno de los cuadros que colgaban de la pared. ¡Qué extraño! Sacudí la cabeza un par de veces y vi cómo se apoyaba en la barra para seguir charlando con sus compañeros. Me miraron. La Palette se iba llenando poco a poco.

Un hombre alto y elegante entró en el bistró con la gabardina moviéndose en el aire y sacudió el paraguas antes de cerrarlo exclamando «¡Vaya tiempo!». Mi camarero se acercó a él a toda prisa y le cogió —lo que no era nada habitual— el abrigo y el paraguas.

Le observé con curiosidad. Cada movimiento que hacía el hombre de pelo negro rebosaba grandeza. ¿Quién se creía que era? ¿El emperador de la China? Tuve una mala sensación cuando se dirigió a la parte posterior de La Palette, se dejó caer ruidosamente en una silla cerca de mi mesa y pidió un *steak frites*.

Abrió un periódico y miró en torno suyo con gesto presuntuoso. Entorné los ojos y pensé de qué conocía a ese tipo tan vanidoso. ¡Y entonces caí! Era Georges Trappatin, el propietario de uno de los mayores cines de los Champs-Élysées.

Yo había tenido el dudoso placer de estar sentado a su lado una tarde entera durante un acto de la Cinémathèque française y escuchar sus estúpidos comentarios.

—Ustedes, los propietarios de cines pequeños, tienen que aprender —dijo entonces sacudiendo la cabeza—. Las películas son buenas y bonitas y hacen que la gente salga de casa, pero el negocio se hace con la publicidad, las palomitas y los refrescos. Todo lo demás no cuenta.

Tomé un trago de vino y vi con horror que monsieur Trappatin también me había reconocido. Se puso de pie y se dirigió hacia mi mesa con paso torpe. Luego su cara rosácea se balanceó ante mí como si fuera un farolillo chino.

—¡Vaya, monsieur Bonnard! —dijo—. ¡A esto lo llamo yo una sorpresa! ¡*Long time, no*

see, jarjarjar!

Observé con atención sus labios carnosos, que se abrían y cerraban como la mandíbula móvil de una marioneta, y solté un gruñido indefinido.

—He pensado en usted últimamente, en serio. El pequeño Cinéma Paradis...

—Sacudió la cabeza—. Tiene montado un buen lío, ¿no? Lo he leído en la prensa. Ese sí que es un buen negocio, ¿no? —Su boca forzó una sonrisa de reconocimiento.

Me quedé mirando fijamente mi botella de vino tinto, y él siguió mi mirada.

—¡Bueno, ya veo que lo está celebrando por todo lo alto, jarjarjar!

Georges Trappatin me dio una palmada amistosa en el hombro, y yo estuve a punto de caerme de la silla.

—Ya solo un poco de ruido en la prensa es un buen pellizco, ¿verdad? —Soltó otra fuerte risotada que retumbó de un modo extraño en mi cabeza. Me estremecí dolorido. Monsieur Trappatin lo tomó por un gesto de asentimiento—. Bueno, en cualquier caso me alegro de que su pequeño negocio se lleve también un trozo del pastel —dijo con aire condescendiente—. Yo, personalmente, no creo en el futuro de esos cines pequeños.

Se apoyó en mi mesa y yo me eché hacia atrás en la silla.

—Están pasados de moda, está claro. Hay que ir con los tiempos, ¿no? Hoy la gente quiere acción. Muchos efectos especiales. —Se incorporó de nuevo—. He estado hace poco en una feria en Tokio. Los asiáticos no me gustan demasiado, pero debo admitir que, en lo que a la técnica se refiere, van bastante por delante de nosotros. Allí no se ha tocado techo, allí no hay que ser un profeta. —Resopló entusiasmado—. Ahora estoy proyectando en 4D. ¡Es la bomba, se lo aseguro! Asientos sensoriales y olores... Sí, en nuestro negocio hay que tener visión de futuro, hay que invertir.

He de admitir que me costaba mucho seguir al visionario Trappatin en su camino hacia la cuarta dimensión. Para mí el continuo espacio-tiempo se confundía en una especie de nebulosa de Andrómeda donde los pasos del viejo juego de simulación del Kinomogul ya no parecían tener un auténtico sentido.

—¿Asientos sensoriales? —repetí muy despacio, y volví a llenar mi copa—. Suena muy bien. ¿También vuelan?

Por un momento me imaginé a los espectadores de los cines Multiplex volando con sus palomitas de maíz hacia la Luna, y solté una risita apagada dentro de mi copa de vino.

Georges Trappatin me lanzó una mirada de asombro y luego soltó una nueva risotada.

—¡Jarjarjar, muy bueno! —dijo con jovialidad, señalándome con el dedo índice—. ¡Me gusta mucho su humor, monsieur Bonnard, de verdad!

Luego me explicó las increíbles ventajas de sus nuevas butacas. ¡Margaritas para los cerdos! Yo no entendía nada, así que le dejé que siguiera hablando.

Georges Trappatin era conocido por sus monólogos. Al cabo de un rato él mismo se dio cuenta de que la conversación era claramente unilateral.

—¡Ah, ahí llega mi comida! —exclamó por fin—. Bueno, entonces monsieur Bonnard... ¡hasta la vista! Espero que me invite al estreno de la película en su pequeño cine.

Dulces recuerdos de París no suena precisamente a un éxito de taquilla, ¿no? Pero siempre hay alguna sorpresa. Cuando pienso en esa historia del tipo en silla de ruedas... de verdad, me quedé alucinado con lo que pasó. *Intocable*... Habría apostado mi dedo meñique a que iba a ser un fracaso. Pero bueno, no soy Jesús, ¿no? Jarjarjar. —Me guiñó un ojo—. No me gustan las películas de Allan Wood, en ellas se habla demasiado. Pero me gustaría ver a esa Avril de cerca. Una mujer preciosa. —Hizo un movimiento bastante elocuente con la mano y movió la lengua entre los labios con lujuria.

Le lancé una mirada hostil. De pronto estaba seguro de tener ante mí al diablo de *Las brujas de Eastwick*. Tenía que prevenir a Solène, era evidente que ese miserable iba a ir a por ella.

Cuando monsieur Trappatin, algo inseguro por mi mirada, volvió a su mesa me juré a mí mismo que jamás le dejaría poner un pie en mi cine. ¡Por mí, que ardiera en el infierno!

Después de otra copa de vino me había olvidado del diablo en forma de monsieur Trappatin y volví a pensar en Mélanie, que siempre que buscaba el amor había ido al Cinéma Paradis. Al parecer, ahora había encontrado el amor en otro sitio. Allan Wood también había encontrado a su hija. Todos habían encontrado lo que buscaban. Solo quedaba yo.

Deprimido, me dejé caer hacia delante, apoyé los codos en la mesa, agarré mi copa y observé cómo se movía el vino dentro de ella. De pronto vi las manos de Mélanie, que yo había sujetado entre las mías unas semanas antes, y el dolor cayó sobre mí como una ola gigantesca. Dejé la copa en la mesa con tristeza.

El lunes abría de nuevo el Cinéma Paradis, pero Mélanie no iba a volver. No iba a venir nunca más. Era como si la mujer del abrigo rojo no hubiera existido nunca. Como si estuviera muerta.

—¡Qué historia tan, tan triste! —murmuré, y la pena humedeció mis ojos—. ¡El pobre, pobre Alain! ¡Un desgraciado, viejo amigo, un desgraciado!

Asentí un par de veces compadeciéndome de mí mismo y sin saber muy bien quién era el viejo amigo. Yo... o quizá otra triste figura que también se llamaba Alain. En cualquier caso, me pareció que lo mejor era seguir bebiendo.

—À *tes amours*! —mascullé—. ¡Por el amor! —El vino tinto osciló peligrosamente cuando levanté la copa con un movimiento torpe. Aunque a lo mejor es que se había movido el suelo.

Volví a llamar al camarero.

—Dígame... —le pregunté, haciendo un esfuerzo por hablar con claridad—. ¿Lo ha notado usted también? Se ha movido el suelo. ¿Habrá sido un terremoto?

El camarero me lanzó una mirada benevolente.

—No, monsieur, seguro que se lo ha imaginado usted.

Su ignorancia me puso furioso.

—¡Qué tonterías está diciendo, monsieur! Esas cosas no se imaginan. Lo he notado perfectamente, ha sido un temblor de tierra. —Le señalé con el dedo—. ¡No intente burlarse de mí! —Enfadado, me levanté unos centímetros de la silla, pero enseguida me dejé caer de nuevo.

Una pequeña melodía interrumpió mis palabras. Los tonos monocordes me taladraron el oído.

—¡Y apague esa música ratonera, no me deja pensar!

El camarero tenía una gran paciencia.

—Creo que está sonando su teléfono móvil, monsieur —dijo, y se alejó discretamente de mi mesa.

Saqué el estúpido aparato del bolsillo de la gabardina, que estaba junto a mi silla. ¿La había dejado yo ahí? No me acordaba.

—¿Sí? —solté haciendo un esfuerzo. Me costaba hablar—. ¿Quién se atreve a molestarme?

—¡¿Alain?! —dijo Robert—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? Pareces un poco raro. Y... ¿habéis encontrado a Mélanie?

—¡Amigo mío! —dije—. Estoy muy bien, pero tú haces muchas preguntas a la vez. Hemos encontrado a Méla. Pero Méla no es Mélanie. Mélanie ha muerto, ¿no lo sabías? ¡Pobre Alain! Está fatal. Estamos aquí sentados tomándonos una copa juntos. ¿No quieres venir con nosotros?

—¡Por todos los cielos, Alain! —La voz de mi amigo sonaba preocupada, aunque yo no entendía por qué—. ¡Estás completamente borracho!

—No estoy borracho, solo he bebido un poco —le expliqué con firmeza, y noté cómo

todo el restaurante empezaba a volverse hacia mí.

—¿Dónde estás?

—*Enlaffalette* —balbuceé.

Y entonces me caí hacia delante y me quedé plácidamente dormido encima de la mesa.

Después de una tortilla y tres cafés dobles La Palette había dejado de girar en torno a mí. Una visita a los baños hizo el resto. Robert me sujetó y tiró de la cadena.

—Está bien que lo sueltes todo —dijo mientras yo me enjuagaba la boca. Me apoyé en el lavabo y observé mi cara pálida, sobre la que caía el pelo negro y revuelto. Esa misma mañana tenía bastante mejor aspecto.

—Tengo que meterme en la cama —dije.

Robert asintió.

—Es la primera frase sensata que te oigo decir. —Me dio unos golpecitos de ánimo en el hombro—. Duerme un buen rato, después te encontrarás mejor. ¡No es para tanto!

Asentí sin gran convicción. Entretanto estaba ya tan sobrio que no podía compartir el optimismo de Robert. Me encontraba fatal. A pesar de todo, sus palabras me hicieron bien, por muy banales que fueran.

—Bueno —dije sonriendo con valentía—. Tendré que seguir adelante, ¿no?

—Ya verás como dentro de unas semanas te reirás de todo este asunto. Y entonces te presentaré a la amiga de Melissa. Es justo tu tipo. Tiene el pelo rubio oscuro y es superguapa. Le gusta mucho el cine. Hace poco nos llevó a Melissa y a mí a ver una película sobre una residencia de ancianos en la India, *El exótico Hotel Marigold* —concluyó muy orgulloso—. Una buena película. Me gustó mucho.

Era evidente que lo hacía todo para animarme un poco.

—Estupendo —dije—. Conozco la película.

—Y la mayor ventaja es... —Robert se cerró un párpado con el dedo—. Esta chica es una mujer de carne y hueso, no una visión con un abrigo rojo.

Aquella noche Robert se portó muy bien conmigo. Pagó la cuenta e insistió en acompañarme hasta la puerta de casa.

Cuando salimos de La Palette observé a un tipo alto y grueso que estaba apoyado en una farola y que miró brevemente la puerta del restaurante. Luego se encendió un cigarrillo al más puro estilo del vaquero de Marlboro y tiró la cerilla al suelo. Había más gente sola en este mundo.

Después de aquella noche tan desastrosa Robert no se privó de despedirse de mí con una frase de película que se había aprendido para momentos como aquel.

—No te lo tomes tan a pecho, Alain, y llámame si pasa algo, ¿de acuerdo? Y si necesitas beber, lo hacemos juntos. No es nada bueno beber solo.

Yo asentí. En eso tenía razón mi amigo, por una vez. Me sentía todavía un poco mareado, pero podía mantenerme en pie. Me apoyé en la puerta y observé cómo Robert se dirigía hacia las escaleras. De pronto se volvió una última vez.

—¿Cómo dice ese simpático joven indio de *El exótico Hotel Marigold*? Al final todo saldrá bien. Y si no sale bien, es que no es el final. —Me hizo un guiño bastante elocuente, y yo cerré la puerta.

Era una frase interesante. Resultaba válida en la India, donde se cree en la reencarnación. Pero aquí, en Occidente, hay que vivir también con un mal final.

A pesar de todo Robert tendría razón. La historia no había llegado todavía a su fin. Falta mucho para eso.

Cuando pocos minutos después sonó el timbre de la puerta pensé que mi amigo había vuelto porque se le había olvidado algo. Maldiciendo en voz baja, me levanté y fui hacia la puerta con mi pijama de rayas. Estuve a punto de tropezar con Orfeo, que en cuanto sonaba el timbre rondaba por la puerta con curiosidad. Saltó hacia un lado con un maullido cargado de reproches. La aparté y abrí la puerta.

Pero no era Robert. Era evidente que ese era el día de las caras de sorpresa. Esta vez me tocaba mí. Tenía delante a un tipo al que no había visto en mi vida. Se retiró un poco el sombrero y entonces reconocí al hombre de Marlboro que había visto apoyado en una farola delante de La Palette.

—*Sorry* —dijo con acento americano—. ¿Es usted Alain Bonnard? —Tenía cara de bonachón, ojos pequeños y despiertos y su piel estaba curtida por el aire libre.

Asentí sorprendido. Y antes de que me diera tiempo a decir algo ya tenía su puño en la cara.

Caí al suelo al instante. El mundo volvió a girar en torno a mí, aunque esta vez veía estrellas moviéndose en el aire. Curiosamente, no sentí dolor, solo un agradable y pequeño mareo que me impidió ponerme de pie.

Imperturbable, el hombre del sombrero me miró y dijo:

—¡Aparta tus dedos de Solène, sabandija!

La puerta se cerró con un golpe. Y luego ya no pude oír nada más.

Cuando recuperé la consciencia vi dos ojos verdes que me miraban fijamente. Noté una ligera presión en el pecho y una luz me hizo guiñar los ojos. Oía un pitido en los oídos. El colchón estaba muy duro, aunque en realidad no era un colchón.

Estaba tirado en el recibidor, sobre la alfombra, y tenía encima a Orfeo, que maullaba muerta de miedo. La luz del techo me daba en los ojos y me dolía la cabeza. Era como si un camión me hubiera pisado la cara, y el maldito pitido de los oídos no quería parar.

Soltando un gemido, me apoyé en la cómoda y me puse de pie. Un vistazo al espejo confirmó mis peores sospechas. El hombre del espejo estaba acabado. Al menos tenía ese aspecto. Me toqué con cuidado el ojo izquierdo, que estaba hinchado y azul. Y entonces me acordé del hombre alto que la noche anterior había aparecido en mi puerta y me había llamado «sabandija».

Su puño en mi cara había sido el broche final a un día que había empezado cargado de esperanzas y luego había derivado hacia un trágico final según las reglas de la tragedia griega.

En cualquier caso, yo seguía vivo. Aunque con una sordera súbita.

Cuando el penetrante pitido de mi oído se apagó un instante y luego volvió a sonar, comprendí que era mi teléfono. Excepcionalmente estaba en su base de carga sobre la cómoda del recibidor.

Cogí el auricular. Probablemente fuera Robert, que querría saber cómo estaba. Pero los domingos por la mañana mi amigo siempre duerme hasta muy tarde. Fue la voz algo alterada de Solène Avril la que sonó al otro lado de la línea.

—¡Gracias a Dios, por fin te encuentro, Alain! —exclamó con alivio—. ¿Por qué no contestas el móvil? Quería ponerte sobre aviso.

Asentí y, como tantas veces en los últimos tiempos, tuve la sensación de haber perdido la orientación.

—¿Sí? —pregunté expectante.

—¡Ted está en París y le ha dado un ataque homicida! De alguna forma ha llegado a sus manos ese artículo de *Le Parisien* y ha visto nuestra foto... ya sabes, la de la Place Vendôme... He intentado explicarle que solo estábamos dando un paseo, pero no he conseguido tranquilizarle.

Solène suspiró.

—¡Está loco de celos! Ha salido a buscarte. No sé qué piensa hacer, Alain, pero debes tener cuidado, ¿me oyes? Podría presentarse en tu casa. Estoy preocupada.

Sonreí.

—Puedes dejar de preocuparte, Solène —dije aceptando mi destino—. Ya ha estado aquí.

Las ostras se hacían esperar. Estábamos sentados a una mesa larga en la Terrasse des Georges. El día había sido inesperadamente cálido, la gente llevaba ropa de verano y sobre el restaurante que se encuentra en lo alto del Centre Pompidou y es conocido por sus espectaculares vistas de París el cielo azul índigo del atardecer se oscurecía sin prisa.

Sin prisa parecía ser también el lema del servicio. Llevábamos media hora intentando sin éxito atraer la atención de las camareras de largas piernas que era evidente que se habían preparado para una carrera de modelos pero no para servir mesas. Pasaban a nuestro lado con el pelo agitándose en el aire y un bonito gesto de indiferencia y sin hacernos ningún caso.

Solène me sonrió y levantó su copa de champán. Era su cumpleaños y estaba firmemente decidida a que nada estropeara su buen humor. Yo intenté hacer lo mismo.

En los soleados días de mayo previos todo había vuelto a la normalidad. En el Cinéma Paradis, de cuya puerta François había descolgado el lunes el cartel de «Cerrado por rodaje», y en mi vida. Aparte de la enorme lámpara de araña que seguía colgada del techo de la sala, nada recordaba ya la turbulenta semana en la que el equipo de rodaje lo había puesto todo patas arriba. Las caravanas aparcadas en la calle habían desaparecido y el rodaje de *Dulces recuerdos de París* llegaba poco a poco a su fin. En algo más de cuatro semanas estarían rodadas las últimas escenas que quedaban por filmar en París.

Allan Wood tenía una expresión radiante. Estaba sentado casi enfrente de mí y pasaba el brazo por el hombro de una joven pelirroja con unos enormes pendientes dorados que caían como una cascada por su esbelto cuello. Era Méla, su hija, que estaba descubriendo las cosas buenas de su padre, tan demonizado por su madre.

Yo no había vuelto a ver a la hija de Allan Wood desde aquel día de lluvia en el Marais tan negro para mí. Y aunque me alegraba de su felicidad, sentía una punzada en el corazón cada vez que recordaba ese maravilloso instante en que estábamos delante de la puerta de Méla con nuestros ramos de flores y yo pensaba que había encontrado a Mélanie.

También era la primera vez que veía a Carl Sussman desde el rodaje. Se había sentado al lado de Solène con cara de satisfacción y guiñándome un ojo... como pudo. Porque el ojo izquierdo del operador de cámara lucía los mismos tonos azules que el mío. Ted Parker había rematado su trabajo.

El texano con maneras de *cowboy* no estaba presente en la alegre celebración en la terraza del Pompidou, donde parte del equipo de rodaje se había reunido para brindar a la salud de Solène Avril. La actriz, furiosa, había mandado a su celoso novio al desierto texano antes de que pudiera cometer más destrozos. Para gran alegría de Carl, que ya no se separaba de ella.

Y también el apuesto Howard Galloway, que estaba sentado a un extremo de la mesa vestido con un elegante traje gris de Armani, debió de sentirse bastante aliviado al oír que el belicoso americano, que por lo visto había aparecido en el Bar Hemingway y al grito de «¡Vamos a arreglar esto como hombres!» le había invitado a un intercambio de golpes en la calle, había sido mandado al otro lado del océano Atlántico.

—Lo de Ted se acabó. *Çela suffit* —me había anunciado Solène cuando me invitó a su pequeña fiesta de cumpleaños—. Hay que saber cuándo poner fin a algo.

A pesar de que no llegaba la comida, en nuestra mesa reinaba un ambiente relajado. Levanté mi copa mirando a Solène, que estaba sentada justo enfrente de mí con las mejillas sonrosadas a causa del champán. Esa noche estaba preciosa con su vestido de seda azul intenso, que parecía reflejar el color de sus ojos. Estaba ahí sentada como una Scherezade de buen humor, contando una historia tras otra, y hasta de vez en cuando dejaba que Carl le cogiera la mano. Era su cumpleaños y estaba más

contenta que una niña pequeña. Nos contagió su buen humor a todos. Incluso a mí, el más triste de todos.

Me recliné en la silla y dejé vagar la mirada por la terraza. La iluminación era perfecta. Tres enormes tubos curvos blancos que salían del suelo en un extremo transformaban el restaurante en la cubierta de un transatlántico que se deslizaba por la noche de París como por un mar de luces infinito. A veces uno lo olvida, igual que se olvida el precioso cuadro que está colgado en el cuarto de estar encima del sofá. Pero quien ha estado ahí arriba en una noche de primavera sabe por qué se llama a París la Ciudad de la Luz.

A mi izquierda, iluminada por grandes focos, se alzaba Notre-Dame; a lo lejos se veía brillar la Torre Eiffel. Vi las luces de los grandes bulevares, por los que los coches, diminutos como en un juego infantil, rodaban de forma incesante. Vi los puentes, que cruzaban el Sena como arcos dorados. Vi los rostros sonrientes a mi alrededor, y añoré los tiempos en que no tenía preocupaciones. La serenidad que sentía cuando recorría París por la noche y creía ser el hombre más feliz del universo.

Pensé otra vez en la carta arrugada que estaba en un cajón de mi escritorio. ¡Cuántas veces la había desdoblado y alisado con cariño en las últimas semanas!

Mélanie no era una aventurera. Eso era lo que me había escrito. Pero estuviera donde estuviese ahora e hiciera lo que hiciese, a mí me había hecho vivir las semanas más llenas de aventura de mi vida.

«Siempre nos quedará París», le dice Humphrey Bogart a Ingrid Bergman en *Casablanca*. A mí me quedaba una noche feliz que había terminado bajo un viejo castaño.

La chica del abrigo rojo sería la herida más dulce en mi biografía. La promesa que no se había cumplido. El misterio que continuaría siendo un misterio. Y a pesar de todo, no me arrepentía de nada. En algún momento me dolería menos. En algún momento mi corazón volvería a estar curado. Solo tenía que dejar pasar el tiempo.

Apuré mi copa de champán. Solène tenía razón. Había que saber cuándo algo se ha terminado. El siguiente fin de semana Robert había organizado una cena con Melissa y su amiga. La chica que era justo mi tipo. Ya veríamos.

Liz, que estaba sentada a mi lado, me hizo participar en una conversación con más gente, y yo me dejé llevar. Al cabo de un rato comprobé sorprendido que había pasado más de media hora sin acordarme de mis tristes pensamientos.

Cuando una doble de Claudia Schiffer dejó por fin las *coquilles Saint-Jacques* sobre la mesa con un golpe, me sorprendió la brusquedad del servicio tanto como a todos los demás, y también tuve que reírme con ellos cuando nos sirvieron el plato principal y Allan dijo con cómica desesperación que su cordero sabía a ceniza —de hecho, la parte de abajo estaba chamuscada y negra— y Carl empezó a pelearse tanto con su carne que la mesa se tambaleó.

—¿Cómo voy a cortar el *steak* con este cuchillo? —se quejó—. ¡Casi mejor me lo como con las manos!

Solène le hizo una seña a la camarera rubia, que se acercó con desgana haciendo sonar sus altísimos tacones.

—*C'était?* —preguntó, y sin esperar una respuesta empezó a recoger nuestros platos.

Solène sacudió la cabeza. Con un par de breves frases llamó al orden a la camarera, señaló el cordero «a la ceniza» de Allan y pidió un cuchillo de carne para Carl.

Soltando un suspiro nervioso, la rubia aspirante a modelo de labios rojo coral cogió el plato con el cordero medio chamuscado y luego lanzó una mirada aburrida al *steak*.

—Pero, por favor, monsieur, la carne parece mantequilla, no necesita un cuchillo de carne —dijo con descaro, y se alejó de nuestra mesa.

—¡Eh, un momento! —gritó Carl indignado—. ¿Sabe usted delante de quién está? ¡Y la carne no parece mantequilla, puede llevársela ahora mismo! —Se veía que estaba a

punto de saltar de su silla y lanzarle el plato con la carne a esa ignorante a la que le daba igual que hubiera una gran estrella en su mesa.

Solène le puso la mano en el brazo.

—No, déjalo, Carl... ¡Es una noche tan especial!

Y lo fue... aunque la comida fuera regular y el servicio un desastre. Todos habíamos bebido y reído mucho, y en realidad era un gran privilegio estar sentado allí arriba y flotar sobre la noche de París.

El postre fue delicioso. Algo inesperado. Una vez que nos sirvieron las fresas y frambuesas, las *crèmes brûlées* y los *macarons* de pistacho y dimos buena cuenta de ellos, me disculpé un momento y me acerqué al borde de la terraza para fumarme un cigarrillo. Me apoyé en la barandilla, dejé caer la ceniza y contemplé la ciudad deslumbrante.

—Es mágica, ¿verdad?

Sin necesidad de volverme supe que era Solène. Me había seguido en silencio. Olía a heliotropo, y noté el calor que desprendía, también su deseo de compartir este callado momento conmigo. Estuvimos un rato sin decir nada, apoyados en la barandilla metálica como si fuera la borda de un barco, contemplando la ciudad iluminada, como si el cielo se hubiera desplomado con todas sus estrellas ante nuestros pies.

—A veces añoro cómo era yo antes —dijo de pronto Solène.

—¿Y cómo eras? —pregunté, volviéndome hacia ella.

Sus ojos eran de un azul profundo cuando paseó su mirada sobre París.

—Era tan... ingenua. Era feliz de la forma más sencilla. Cuando era niña era feliz sin querer serlo. Quiero decir... nunca pensaba si era feliz... sencillamente lo era.

—¿Y hoy?

Guardó silencio.

—A veces sí, a menudo no. Cuando uno se hace mayor se da cuenta de que lo que llamamos felicidad es solo la suma de momentos bonitos. Esos instantes especiales que más tarde se recuerdan. —Mostró una sonrisa soñadora—. Este es uno de esos momentos. Tengo la agradable sensación de estar en casa.

Asentí sin decir nada. A mí, la vista de la ciudad me había provocado una cierta nostalgia. Era como si al final del horizonte nocturno hubiera algo que echaba terriblemente de menos sin que pudiera decir qué era en realidad.

—Y tú... ¿eres feliz? —preguntó Solène.

—He estado a punto de serlo.

No había sido mi intención que la frase sonara tan triste, de verdad que no, pero fue así, pues de pronto Solène me rodeó con sus brazos y me abrazó con fuerza.

—¡Lo siento tanto, Alain! —dijo con voz apagada—. Me habría gustado que la hubieras encontrado. Si puedo hacer algo por ti... Sé que no es lo mismo, pero me gustaría estar a tu lado. Me caes muy bien.

Nos quedamos un rato abrazados, luego me aparté suavemente de ella.

—Gracias, Solène. Tú también me caes muy bien. —Suspiré—. Parece estúpido, pero a veces no se puede influir en las cosas más importantes de la vida.

Ella sonrió.

—Pero otras veces sí.

Nos miramos un instante barajando nuestras opciones. Apoyé la espalda en la barandilla de metal, y de pronto tuve la sensación de que alguien nos observaba.

Irritado, levanté la vista y miré hacia nuestra mesa. Pero allí todos seguían conversando, nadie parecía echarnos de menos, ni siquiera Carl, que se había sentado en el sitio de Solène y charlaba animadamente con la hija de Allan Wood.

Sacudí la cabeza con una sensación extraña.

—Vamos, volvamos con los demás —dije, y lancé otra mirada escrutadora por encima del hombro de Solène.

Y entonces la vi.

En el otro extremo de la terraza, junto a la entrada, había una joven con un vestido de verano blanco con pequeñas flores de colores. Estaba de pie, muy estirada, y nos estaba mirando.

Y el color de su pelo recordaba al caramelo.

Era Mélanie. No cabía la menor duda. No tardé ni tres segundos en darme cuenta. Nuestras miradas se cruzaron por encima de la gente que reía y charlaba, y fue como si de pronto alguien hubiera bajado el volumen.

Todo lo que sucedió a continuación ocurrió increíblemente deprisa, a pesar de que yo tenía la sensación de estar en una película a cámara lenta.

La mujer del vestido blanco vio que la había descubierto, se giró y se dirigió a toda prisa hacia la salida. Yo exclamé «*Mon Dieu!*», aparté a Solène y corrí lo más deprisa que pude hacia la figura blanca del otro extremo de la terraza. Rodeé la mesa, esquivé a dos camareras que me miraron indignadas, arrollé a una señora mayor que gritó y me insultó, tiré una bandeja, levanté la mano en señal de disculpa, oí cómo se rompía una copa detrás de mí, me enganché con las asas de un bolso que alguien había dejado junto a su silla, di un traspié, la camisa se me salió del pantalón, recuperé el equilibrio y seguí corriendo mirando la puerta como si estuviera hipnotizado.

—¡Mélanie! —grité cuando por fin conseguí llegar a la entrada. Salí del restaurante y vi cómo la joven del vestido veraniego bajaba corriendo por una de las escaleras metálicas metidas en tubos transparentes.

—¡Mélanie, espera! —Le hice señas levantando los brazos como un poseso, pero ella no se volvió. Huía de mí, era inconcebible, y por un breve momento me pregunté si se habría vuelto loca. Luego decidí que me daba igual. Tenía que detenerla. Como fuera.

Bajé corriendo las escaleras metálicas que unían las cinco plantas del Centre Pompidou, empujando a la gente. En cada curva podía ver la figura blanca por debajo de mí, luego oí los pasos apresurados que cruzaban el *hall* de entrada en dirección a la calle.

En la plaza que está delante del Beaubourg había un grupo de gente alrededor de un tragafuegos. Más allá, un gitano tocaba un triste tango en su bandoneón y cantaba algo de una tal María. Algunas parejitas paseaban cogidas del brazo.

Me detuve y miré alrededor. Notaba cómo el corazón me latía con fuerza en el cuello. No se veía a Mélanie por ninguna parte.

Solté una maldición en voz baja y seguí corriendo mirando en todas direcciones.

A lo lejos una figura blanca corría por la Rue Beaubourg en dirección a la estación de metro de Rambuteau. ¡Tenía que ser ella!

Corrí lo más deprisa que pude, gané terreno, apenas nos separaban ya cien metros. Vi cómo desaparecía en la estación de metro, sacaba un billete y pocos segundos después cruzaba la entrada y se lanzaba escaleras abajo.

Un tipo harapiento con una guitarra se dirigió hacia mí abriéndose paso.

—¡Eh, eh! —gritó.

—¡Una mujer! —dije jadeando—. Con un vestido blanco.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Por ahí, creo. —Señaló uno de los túneles que iba hacia abajo.

—¡Gracias! —le dije, lanzándome a las profundidades del metro de París. Me asaltó un olor cálido y agobiante a basura y metal que parecía provenir del interior de la Tierra. Una parejita de punks con el pelo teñido de verde se besuqueaba en un banco.

En el momento en que una corriente de aire caliente anunciaba la llegada del siguiente tren descubrí a Mélanie.

Estaba en el andén de enfrente, rodeada de gente, debajo de un enorme anuncio de champú, y me miraba.

—¡Mélanie! ¡Espera! ¿Qué diablos significa todo esto? —grité, y algunas personas levantaron la mirada por un instante con apatía. Al parecer, las discusiones a voces entre novios estaban a la orden del día en los andenes del metro.

—¡Quédate donde estás, voy para allá! —grité, luego nuestras miradas se cortaron por el tren que llegaba a mi andén. Noté que la rabia se sumaba a mi desesperación.

¿Qué pasaba con aquella mujer? ¿Por qué reaccionaba de esa forma tan extraña? ¿O es que Mélanie tenía una doble que se sentía perseguida por un maniaco? Daba igual, en pocos segundos se aclararía todo. Volví a subir las escaleras corriendo para ir hacia el otro andén. Al llegar arriba noté otra vez la ola de aire caliente que subía por el túnel. Un tren entraba en el andén de enfrente.

—¡No! —grité, y bajé las escaleras corriendo. Salté los últimos cinco escalones de una vez y aterricé en el suelo de piedra. Me torcí un pie, perdí un zapato, daba igual, corrí descalzo a lo largo del tren hacia el último vagón, al que Mélanie había subido.

El corazón me latía con fuerza, me ardía la garganta, noté un dolor punzante en el pie izquierdo, y entonces la descubrí.

—¡Mélanie!

Demasiado tarde. Un agudo pitido resonó en mis oídos.

Impasibles y en perfecta sincronía, las puertas del metro se cerraron delante de mis narices.

—¡No! —grité desesperado—. ¡Alto!

Vi a Mélanie detrás del cristal y golpeé la ventana con el puño. Di varias patadas a la puerta. Tenía la cara roja, el ojo izquierdo morado, el pelo revuelto, la camisa por fuera del pantalón... El aspecto que tienen las personas que han perdido el juicio. Tipos que buscan pelea o maniacos asesinos que disparan a diestro y siniestro a su alrededor.

—*Mais, monsieur, je vous en prie!* ¡¿Qué comportamiento es este?! —me recriminó un tipo con un jersey de Lacoste.

—¡Bah, cierra el pico, idiota! —grité, y él se escondió detrás de una papelera. El metro chirrió.

Me quedé ahí, con los hombros caídos, viendo cómo Mélanie se agarraba a una barra y me miraba en silencio. En su mirada había una tristeza resignada que me dejó sin fuerzas. Tenía el aspecto de alguien que se despide para siempre. Que tiene que despedirse para siempre.

Yo no entendía nada de lo que estaba pasando. No entendía qué había hecho. Era un idiota en una película cuyo guion no conocía. Estaba en un andén de la estación de metro de Rambuteau y tenía que ver cómo desaparecía la mujer de mi vida.

En un último gesto desesperado puse la mano en el cristal y miré a Mélanie con cara suplicante.

El tren se puso en movimiento y entonces, justo en el último segundo, Mélanie levantó su mano y la puso contra la mía.

Me fui a casa arrastrándome como un perro que ha recibido una paliza. Eran las once y media y ya no me sentía en condiciones de volver al Georges y dar una explicación por mi extraño comportamiento.

¿Qué iba a decir? ¿Que había encontrado de nuevo a la mujer a la que amo, pero que ella había huido de mí?

Era Mélanie, seguro que era ella. ¿Era ella?

Empecé a dudar de mí mismo. Igual me había vuelto loco. Loco de amor por una enigmática mujer que me había impresionado más que ninguna otra persona y que me estaba haciendo perder el juicio con su extraña actitud.

Crucé el Pont des Arts sintiéndome infeliz... y cojeando. Con un zapato y sin esperanza.

Sí, estaba desesperado. Con cada paso que daba mi estado de ánimo era cada vez más desastroso.

El inesperado encuentro en la terraza del Georges había vuelto a abrir la dulce herida con la que había decidido resignarme. Estaba lo más seguro que se puede estar en una situación como la mía de que era Mélanie la que me miraba desde el otro extremo de la terraza. Era Mélanie la que corría delante de mí como el unicornio asustado del cuento, era Mélanie la que estaba al otro lado del cristal del metro.

Conocía esa cara. La habría reconocido entre miles de caras. La había tocado, la había acariciado con mis dedos. Me había perdido en esos grandes ojos marrones. Había besado esa suave boca, una y otra vez. Si antes me había obsequiado con una pequeña sonrisa encantadora, ahora permanecía seria, casi con un gesto de reproche. Aunque Mélanie hubiera visto que otra me abrazaba —en realidad eso había sido todo—, aquello no era motivo suficiente para salir corriendo.

Alterado, me planteaba una pregunta tras otra, pero no encontraba ninguna respuesta. Me dolía el pie, pero ese dolor no era nada comparado con el dolor que oprimía mi corazón como un anillo de hierro. Cuando por fin enfilé la Rue de Seine, me estremeció una idea que se iba afianzando en mí y que no carecía de cierta lógica.

Hasta ahora la mujer del abrigo rojo simplemente había desaparecido sin dejar rastro. Podía haber para ello miles de motivos que no tenían nada que ver conmigo. Y mientras no había vuelto a encontrar a Mélanie al menos podía imaginarme que algún giro del destino había impedido nuestro amor. Hasta la idea de que Mélanie no había regresado nunca a París habría sido más fácil de soportar que el triste hecho que se había confirmado aquella noche.

La mujer que yo había estado buscando estaba aquí, en París. Estaba viva, era evidente. Y ya no quería tener nada que ver conmigo, lo que era aún más evidente.

Una joven con un vestido blanco de verano había huido de mí, y fuera el que fuese el motivo que la había llevado a hacerlo, se trataba de Mélanie, sin duda. Lo supe desde el momento en que la vi a lo lejos en la terraza del Georges. Y si al principio pude tener una mínima duda, en el andén del metro esta se convirtió en certeza.

Cuando estaba tras la puerta del último vagón solo nos separaban unos pocos centímetros, y pude ver en su mirada que me había reconocido. ¿Por qué me iba a mirar de ese modo una persona a la que no conocía de nada? ¿Qué motivo iba a tener para poner la mano en el cristal... contra la mía, como hacen dos personas en un último gesto lleno de deseo para asegurarse su amor antes de que el tren salga de la estación?

Solté una amarga carcajada. Todo aquello no tenía ningún sentido.

De pronto tuve que pensar en esos dos primeros segundos de la historia del cine que mostraban borrosas imágenes en blanco y negro de un tren entrando en una estación. Pensé en el cuadro de la locomotora envuelta en humo que había contemplado hacía mucho tiempo en el Jeu de Paume y en mi infantil deducción de qué era el impresionismo. El cine francés es profundamente impresionista, había dicho el tío Bernard.

Entonces yo creía haber entendido algo. Pero la realidad en que estaba inmerso ahora era profundamente irreal. Y no entendía nada.

Avancé en la oscuridad como por un universo paralelo regido por otras leyes, y me pregunté si me iba a despertar alguna vez.

Aquella noche tuve un sueño. Fue uno de esos sueños que uno recuerda mucho tiempo después de haberse despertado, incluso durante toda la vida, como el peor sueño que se ha tenido jamás.

Están esas imágenes colectivas del miedo que aguardan en algún lugar del subconsciente. Generalmente son breves secuencias en las que uno se ahoga o cae a un hoyo profundo, se pierde o es perseguido por una sombra oscura y, muerto de pánico, quiere escapar pero no se puede mover. Y luego están esas escenas nocturnas relacionadas con un trauma personal del que sueña y que a partir de las distintas impresiones crean una oscura fantasía.

Sueños como: voy por un cementerio y de pronto descubro la tumba de un ser querido que todavía no ha muerto. O: estoy en una habitación con nueve puertas. Quiero salir como sea, pero detrás de cada puerta que abro hay una pared de goma infranqueable. O: estoy en el ascensor de un hotel. Quiero ir a la quinta planta porque en ella está la

habitación donde me espera mi mujer. Pero siempre que el ascensor se detiene en la quinta planta salgo a un pasillo que me resulta desconocido. No puedo encontrar el sitio adonde quiero llegar.

Del mismo modo que las vidas de las personas son diferentes, también son distintas las formas en que los grandes miedos tienen su expresión. Y aunque en mi sueño no aparecieran cuchillos ni figuras oscuras que se abalanzaran sobre mí y pusieran en peligro mi vida, el desenlace de aquel sueño al principio tan fantástico me sumió en un estado de profunda tristeza. Al final lo había perdido todo.

Todavía hoy recuerdo cada detalle, la atmósfera extrañamente angustiada, la increíble sensación que se mantuvo mucho tiempo después de haberme despertado.

Y, con todo lo terrible que fue, aquel sueño fue el motivo por el que al día siguiente fui al Cinéma Paradis en busca de algo que me había pasado desapercibido durante todo aquel tiempo. Un detalle que al final fue la clave para entender todo lo que entonces me resultaba tan inexplicable.

Soñé con Mélanie.

Es Nochevieja y ella lleva su abrigo rojo. Estamos en una fiesta y avanzamos cogidos del brazo por las salas de un viejo gran edificio. Hay espejos barrocos colgados por todos lados en las paredes, las velas flamean, la gente se agolpa en las distintas salas. Las mujeres llevan vestidos con faldas de seda abullonadas y cinturas estrechas; los hombres, ajustados pantalones tres cuartos y chalecos que dejan ver las mangas plisadas. Da la sensación de que estamos en un baile en el palacio de Versalles. Pero estamos en París. Se puede ver cuando a través de las altas ventanas del edificio se contempla la ciudad iluminada.

Cuando suenan las campanadas de año nuevo me voy con Mélanie a una de las salas donde hay una pantalla plana gigantesca. En ella se van viendo imágenes de distintos sitios de la ciudad donde se celebra la entrada del nuevo año: el Arc de Triomphe, los Champs-Élysées, la Torre Eiffel, la pirámide de vidrio delante del Louvre, la colina de Montmartre, los puentes y los bulevares, en los que los automovilistas tocan el claxon sin parar.

Vamos de un lado a otro, luego busco con la mirada a Mélanie, que se ha quedado parada en algún sitio. Cuando vuelvo a la sala de la enorme pantalla veo que aparecen imágenes de la Tierra. El mundo es una bola azul que parece flotar debajo de nosotros. De pronto me invade un miedo inexplicable. Corro hacia las altas ventanas. Fuera solo se ve la oscuridad.

Y entonces lo comprendo: París se ha convertido en una nave espacial que se va alejando de la Tierra. Ya estamos a años luz de distancia, la gente que ríe y baila a mi alrededor con sus trajes rococó no se ha percatado todavía.

Vago por las salas buscando a Mélanie, buscando alguna figura conocida. En una sala veo un perchero con ropa colgada y rebusco en ella como un loco. Voy apartando a un lado las perchas, en las que cuelgan vestidos infantiles ordenados por tamaños, vestidos de verano de mujer, trajes de caballero. Busco algún indicio.

Vuelvo a salir a uno de los interminables pasillos y veo una fila de gente. Gente que hace cola esperando algo. Paso por delante y confío en descubrir a alguien conocido. Por fin veo a mis padres entre la gente. También están Mélanie y Robert, incluso madame Clément está en la cola. Aliviado, les grito algo, estoy feliz de haberlos encontrado. Pero uno tras otro se vuelven hacia mí y me miran como si yo fuera un extraño.

—*Papa, maman!* —grito—. ¡Soy yo, Alain! —Papá levanta las cejas con gesto compasivo y sacude la cabeza. *Maman* me mira, pero en sus ojos no hay nada.

—Mélanie, ¿dónde has estado todo este tiempo? Te he estado buscando... —Lo intento de nuevo. Pero Mélanie también se aparta de mí sin entender nada.

Ninguno parece conocerme, ninguno se acuerda de mí, ni siquiera madame Clément,

tampoco mi amigo Robert.

Mi pánico crece, mi desesperación aumenta hasta lo indecible. ¿Por qué se quedan todos como si no me hubieran visto nunca? Sigo avanzando y descubro al fondo una figura que me resulta conocida. Es el tío Bernard. Ahora veo que la gente hace cola delante de una taquilla. Es igual que la taquilla del Cinéma Paradis.

Pero el tío Bernard ya se ha muerto, pienso. A pesar de todo, grito su nombre. Él se vuelve hacia mí y me lanza una de sus alegres sonrisas de satisfacción.

—¡Tío Bernard! —grito con alivio.

—¿Quién es usted? —me pregunta sorprendido—. No le conozco.

Suelto un gemido y me encojo desesperado.

—¡Pero tío Bernard! ¡Soy yo! Alain. ¿Ya no te acuerdas? Yo iba todas las tardes al cine y veíamos películas juntos. ¡Méliès! —grito—. ¡La locomotora! ¡El cine impresionista! Cocteau, Truffaut, Chabrol, Sautet... —Enumero los nombres de todos los directores de cine famosos que se me ocurren, esperando provocar alguna reacción en su rostro amable, que me mira con la incomprensión de un enfermo de alzhéimer.

—Giuseppe Tornatore —sigo gritando—. ¡*Cinema Paradiso*! Era tu película favorita, la hemos visto juntos, ¿ya no te acuerdas? ¡Nuestro cine! ¡El Cinéma Paradis! —repito como si fuera la clave que abre todas las puertas.

De pronto una luz parece iluminar el rostro de tío Bernard. Entorna los ojos un instante y me mira. Luego su boca muestra una tímida sonrisa que se hace cada vez más amplia.

—¡Sí! —dice—. Sí, claro... ya me acuerdo. Tengo un vago recuerdo. Eres Alain... mi pequeño Alain... pero hace mucho tiempo de eso... entonces yo todavía estaba vivo.

Lloro de alivio y lloro porque un muerto me ha reconocido. Tal vez es que yo también estoy muerto. Estoy en algún punto del universo y ya no hay personas.

Intento entender lo trágico de mi existencia, pero el tío Bernard sacude la cabeza desconcertado.

—¿Pero es que no lo entiendes? —repito con insistencia—. Lo he perdido todo. ¡Lo he perdido todo!

El tío Bernard desaparece poco a poco ante mis ojos.

—Tienes que ir al Cinéma Paradis, hijo. Ve al Cinéma Paradis, allí lo encontrarás todo... en el Cinéma Paradis...

Su voz se apaga y se oye cada vez menos, y yo extendiendo los brazos hacia él antes de caer y caer y caer...

24

Mucho tiempo después de haberme despertado, el extraño sueño seguía dando vueltas en mi cabeza. Me acompañó durante toda la mañana y tiñó con un oscuro matiz los excitantes sucesos del día anterior.

Cuando abrí los ojos y la mañana llegó con sus pequeños sonidos familiares hasta mis oídos, lo primero que hice fue acercarme a la ventana y echar un vistazo al patio para asegurarme de que París volvía a estar envuelto por la atmósfera terrestre. Aliviado, comprobé que era así, aunque no pude deshacerme fácilmente de la triste sensación que los sueños de esa noche habían dejado en mí. Bueno, tampoco tenía muchos motivos para estar contento, pensé mientras me preparaba en mi pequeña cocina un café que debía ahuyentar a los fantasmas.

Seguía viendo ante mí el pálido rostro de Mélanie y la triste sonrisa con la que desapareció en el túnel del metro.

Tenía varios mensajes en el móvil, ya que la noche anterior lo había desconectado mientras estaba en el Georges. Tres eran de Solène, que había intentado localizarme después de mi precipitada marcha del restaurante. Su voz sonaba cada vez más preocupada y —lo que me llamó la atención— también un poco confusa. Otra llamada era de Allan Wood, que me preguntaba si no me había sentado bien la comida. Mi asesor fiscal me reclamaba unos documentos que le faltaban y mi madre, que normalmente nunca me llamaba al móvil y tampoco tenía uno porque había oído que las ondas provocan cáncer, quería avisarme de que había vuelto de su viaje a Canadá y quería saber cómo me encontraba.

Al lado de todas las preguntas de la última semana para las que no tenía respuesta, esta al menos era fácil de contestar.

Me encontraba mal, por no decir fatal, y no tenía ganas de devolver ni una sola de las llamadas. Solo quería estar tranquilo, como Diógenes en su tinaja, y aunque yo no era un filósofo, sentía la necesidad de esconderme en algún lugar donde poder estar a solas con mis pensamientos.

Le mandé un SMS a Solène y me disculpé alegando un dolor de cabeza.

Luego llamó Robert y contesté. Robert, con su fatalismo científico, era el único al que podía aguantar en ese momento. Cuando le conté mi extraño encuentro con Mélanie y la persecución de película por el metro de París se quedó sin habla.

—¿Robert? —pregunté—. ¿Sigues ahí?

—Sí —su voz sonaba desconcertada—. ¡Increíble! —exclamó por fin—. Te digo una cosa: esa chica está como una cabra. Probablemente sea una psicópata con manía persecutoria. Eso lo explicaría todo.

—¡Deberías escucharte! —dije—. ¡Mélanie no es una psicópata! No, no, no es eso, es otra cosa...

—¿Qué otra cosa? Probablemente un hombre. ¿Iba con algún hombre?

—No, no iba con nadie. Solo me miró y luego salió corriendo.

—Quién sabe... —aventuró Robert—. Tal vez esté con un tipo peligroso que la ha amenazado con hacer algo horrible si vuelve a salir contigo. Lo mismo quiere protegerte. Como esa... Elena Green de la película de James Bond.

—Eva Green —le corregí de mala gana—. Sí, seguro que es eso. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Bueno, solo intento ser útil. —Robert seguía a lo suyo—. ¡Ah, ya lo tengo! ¡Son hermanas gemelas! —La idea pareció gustarle—. Una vez conocí a unas gemelas... de verdad, era imposible distinguir las, las dos rubias, las dos pecosas, las dos con el mismo cuerpo de escándalo... ¡Llegué a pensar que estaba borracho y veía doble!

—Chasqueó la lengua—. ¡Eso es! ¿Has pensado en algún momento que puede tener una hermana gemela?

—Sí, sí. —Sujeté el teléfono entre el hombro y la oreja y unté mantequilla y mermelada

en un trozo de *baguette*. ¡Claro que lo había pensado! No había nada en lo que no hubiera pensado en las últimas horas—. Podría ser. En teoría. ¿Pero por qué iba a huir de mí su hermana gemela si ni siquiera me conoce? ¡Es absurdo! Creo que no soy tan feo como para que alguien tenga que salir corriendo.

—Eso es verdad. —Robert meditó mis palabras, y yo pensé en mi terrorífica entrada en la estación de metro gritando y dando patadas a la puerta del vagón.

—Para ser sincero, yo pensaba que todo este asunto se había acabado definitivamente. Y ahora vuelve a aparecer esa misteriosa mujer. ¡Es para volverse loco! —Robert suspiró.

—Sí —dije, y también suspiré—. Dímelo a mí.

Los dos guardamos silencio.

—Tienes que acabar con esto, Alain —dijo Robert por fin—. No conduce a nada. Ocurre como con los agujeros negros. Cuanto más los alimentas, más grandes se hacen. Lo mejor es que archives todo este asunto como «enigmas del universo sin resolver» y emplees tu energía en proyectos más realistas.

Ya sabía lo que iba a decir a continuación.

—¿Vendrás a la cena del viernes? Anne-Sophie tiene ganas de conocerte.

—¿Anne-Sophie? —pregunté agobiado.

—Sí. La amiga de Melissa.

—¡Ah, sí! —Mi voz había sonado más eufórica otras veces—. No sé si tiene sentido en este momento, Robert. Tengo un aspecto penoso...

—¡Dios mío, Alain, haz un esfuerzo! Tienes que dejar de compadecerte de ti mismo. ¿Qué pasa ahora?

—¡Uf! —dije—. Me he dislocado un tobillo y tengo un ojo morado.

—¿Un ojo morado? —Oí la risa de asombro de Robert—. ¿Es que te has pegado con alguien?

—No, alguien se ha pegado conmigo —gruñí—. El novio de Solène ha estado en París y estaba tan celoso que se ha liado a puñetazos con todos los hombres que tienen algo que ver con ella.

—¡Vaya! —dijo Robert—. Tienes una vida realmente excitante. Actores famosos y misteriosos psicópatas, persecuciones y peleas... A tu lado Bruce Willis es una mierda.

—Soltó un silbido de reconocimiento—. Bueno, estás en las mejores condiciones para una velada interesante. A las mujeres les resultan muy atractivos...

—¡Robert, por favor! Estoy hecho polvo. Vamos a aplazar la cena. No estoy de humor para charlar con ninguna chica, por muy guapa que sea. Me han roto el corazón.

—¡Ay, Dios mío, Alain! No seas tan patético, esto parece un culebrón. Los corazones no se pueden romper.

Soporté sus risitas apretando los dientes y con un único deseo: que por una vez, una sola vez, Robert se enamorara de forma tan desesperada que sintiera en sus propias carnes lo que ocurre cuando el corazón se desgarrá con un leve «ping». Y entonces el que se iba a reír iba ser yo.

—Sí, riéte —dije—. ¡Espera a que te pase a ti! No sabes lo que fue ver cómo el metro se marchaba... Volver a verla otra vez. No se me va esa imagen de la cabeza. Volví a casa y ni siquiera pude dormir. Me rechazó, no lo puedo entender. No entiendo nada. Si al menos pudiera entenderlo sería todo más fácil.

—Eso es precisamente lo peor de las mujeres —afirmó Robert como todo un experto en la materia—. No existe ninguna fórmula que lo explique. Lo ha dicho el propio Stephen Hawking, y él sí que es un genio. Dijo que las mujeres son un enigma absoluto.

Robert estaba en su elemento.

—Y luego todas esas dolencias, todos esos sentimientos. Yo personalmente no me creo toda esa palabrería de la empatía. Que hay que intentar *entenderlas*. ¿Para qué?

Quiero decir, la mayor parte del tiempo la gente no se entiende. Sí, hablan, tienden la mano al otro, pero en el fondo de su corazón siguen siendo extraños. Al final cada uno se queda encerrado dentro de su piel. En lo que uno considera que es la verdad. Por eso me gusta tanto la astrofísica. En el universo reina la claridad, todo se rige por unas leyes.

Pensé en mi sueño.

—He tenido una horrible pesadilla —dije—. París era una nave espacial, nos alejábamos de la Tierra a una velocidad de vértigo y nadie se acordaba de mí... ¡ni siquiera tú!

—Sí, sí —dijo Robert con impaciencia—. Los sueños son así, confusos y desagradables. La basura que desecha el cerebro. Probablemente cenaras demasiado. Solté un suspiro.

—¿Por qué eres mi amigo, Robert? Ya se me ha olvidado.

—Porque los polos opuestos se atraen. Y ahora, a diferencia de ti, tengo que irme y explicar a mis alumnos las leyes de Newton. Esta noche te recojo después de la última sesión y vamos a tomar una copa. ¡No, no admito excusas! Así hablamos de la cena del viernes. Me importa un bledo que estés triste.

Con esas palabras colgó.

Me tomé el último sorbo de café y dejé la taza en el fregadero. Orfeo se subió de un salto a la encimera y maulló al grifo con descaro. Lo abrí y observé cómo mi gata bebía agua tan contenta. En ese momento me habría gustado poder cambiarme por él.

Mi amigo se caracterizaba sobre todo por una cosa: siempre se salía con la suya. Naturalmente, vino a recogerme al cine y, naturalmente, esa noche fui a tomar una copa con él. Sin replicar. Pero se había equivocado en algo.

No hablamos de que tenía que ir a su cena del viernes siguiente para impresionar a Anne-Sophie con mi ojo morado. Ni siquiera hablamos del viernes. Nos sentamos en un bistró medio vacío y hablamos sobre nombres masculinos, pues entretanto yo había hecho un descubrimiento que reavivaría una vieja historia.

Aquel lunes madame Clément tenía su día libre, y así fue como esa noche —después de que la película se proyectara dos veces seguidas— me tocó a mí recorrer todas las filas de butacas para revisar la sala después de la última sesión y recoger los diversos objetos que los espectadores pudieran haberse dejado olvidados.

—Siéntate un momento, enseguida termino —le dije a Robert, que estaba mirando los carteles de las nuevas películas en el vestíbulo. Estábamos solos en el cine. Después de la última proyección François había abandonado su cuarto con más prisa que de costumbre.

—*El paciente inglés*... ¿Qué tal es? —quiso saber Robert—. ¿Es buena? —Estaba ante el cartel de la película de Anthony Minghella, que yo había elegido para la sesión de *Les amours au Paradis* del miércoles, observando a Ralph Fiennes y Kristin Scott Thomas.

—Está basada en una novela. Una gran historia de amor muy trágica, así que no creo que te guste —dije con tono de burla—. Tú eres más de *Instinto básico*.

—¿Cómo? Era increíblemente emocionante, y esa Sharon Stone estaba tan sexy...

—Sí —admití, y desaparecí con la aspiradora en la sala bien iluminada, mientras Robert entraba en mi despacho y se repantigaba en mi sillón giratorio.

Pasar la aspiradora a un cine, tal vez usar la aspiradora en general, tiene algo de contemplativo. Uno puede pensar tranquilamente en sus cosas, y mientras la aspiradora está funcionando nadie te puede molestar.

No oí que sonaba mi móvil, tampoco oí que Robert hablaba por teléfono soltando de vez en cuando una carcajada fuerte pero cariñosa. Recorrí mis filas con movimientos repetitivos, recogiendo pañuelos o monedas, inmerso en el monótono rugido de la máquina.

Me acordé de cómo muchos años antes me había sentado en la primera fila con la niña de las trenzas y nos habíamos cogido de la mano. En la quinta fila me acordé del día en que, bajo su atenta mirada, mi tío me dejó colocar por primera vez un rollo de película en el proyector y luego al sacarla se me olvidó sujetarlo bien con las dos manos y en pocos segundos se desenrolló media película. En la fila doce pensé en cómo en el curioso sueño espacial de la noche anterior me había reencontrado por primera vez con el tío Bernard muerto. Vi su bonachona sonrisa ante mí y sus últimas palabras parecieron mezclarse con el ruido de la aspiradora.

Tienes que ir al Cinéma Paradis, hijo. Ve al Cinéma Paradis, allí lo encontrarás todo... en el Cinéma Paradis...

Puede sonar raro, en realidad yo no soy un tipo espiritual, pero en la soledad del cine y de mi corazón de pronto me pregunté si podían existir los mensajes del más allá. ¿Me había enviado mi tío muerto un mensaje o era mi propio subconsciente el que me quería avisar?

Estaba en el Cinéma Paradis, pero aparte de una bufanda en la fila tres y un lápiz de labios en la fila quince no había encontrado nada digno de mención.

Cuando llegué a la fila diecisiete apagué la aspiradora. Valía la pena probar.

Mélanie siempre se sentaba en la fila diecisiete. Eso ya me había llamado la atención entonces, cuando imaginaba una historia que le pegara a la chica del abrigo rojo.

Volví a mi despacho y busqué una linterna.

—¿Has terminado? —Robert, que seguía hablando por teléfono, levantó la mirada cuando entré con gesto decidido.

—Enseguida acabo —dije, y regresé a la sala con el corazón latiendo como loco. Recorrí la fila diecisiete muy despacio.

Me agaché, pasé la mano por todas las hendiduras, alumbré todos los espacios entre las butacas, encontré dos chicles pegados debajo de los asientos y un bolígrafo que se había caído entre dos butacas, observé los arañazos e incisiones de los respaldos de madera de la fila anterior, metí la cabeza debajo de cada butaca. En realidad no sé muy bien qué estaba buscando, pero nadie había examinado tan a fondo los asientos color burdeos de aquella fila. De pronto estaba absolutamente seguro de que iba a encontrar algo.

Y lo encontré.

Cuando un cuarto de hora más tarde Robert entró en la sala yo seguía, absorto y con el corazón acelerado, en la penúltima butaca de la fila diecisiete pasando los dedos con asombro por dos iniciales que a primera vista no se veían porque habían sido grabadas en la madera hacía mucho tiempo y se habían oscurecido.

Estaba claro que dos enamorados habían querido dejar allí su huella. El corazón que rodeaba las dos iniciales unidas por el signo de la suma apenas se apreciaba, pero las letras sí se veían con claridad: M. + V.

De pronto me acordé de la enigmática frase que Mélanie había pronunciado en nuestro primer encuentro en La Palette. En ese momento la frase me emocionó y la relacioné con mi cine, mi maravillosa selección de películas o, con toda osadía, conmigo mismo.

Siempre que busco el amor voy al Cinéma Paradis, había dicho Mélanie. Y ahora entendía por qué.

—¡Vale! —dijo Robert, y sus ojos azules chispearon—. Está más claro que el agua. «M.» de Mélanie. Tienes toda la razón, no puede ser casualidad.

Yo asentí emocionado. Por fin opinábamos otra vez lo mismo Robert y yo. Habíamos ido al Chez Papa, un agradable club de jazz que se encuentra algo escondido detrás de Les Deux Magots en la Rue Saint-Benoît. Tras el descubrimiento que yo había hecho en la fila diecisiete podía aguantar bien una copa de vino. O incluso dos. El pianista tocaba de fondo acompañado por un violonchelista que rasgaba las cuerdas con indiferencia.

—¿Pero quién es «V.»? —dije.

—Bueno, si partimos de la base de que M. no es lesbiana, entonces debe de ser algún tío.

—No es «algún» tío. Es su novio. Tal vez el tipo que la engañó con su compañera de trabajo. La del pendiente de jade.

Robert sacudió la cabeza.

—No, no, piensa un poco. No hay que ser un Sherlock Holmes para ver que las iniciales tienen más de un año. Tiene que ser algo más antiguo. —Sacó del bolsillo su Moleskine negra algo gastada y la abrió.

—Bien —dijo—. Nombres masculinos con V... tampoco hay tantísimos: Valentin, Virgile, Víctor, Vincent... ¿Se te ocurre alguno más?

—Vianney, Vivien, Valère, Vito, Vasco... No tiene por qué ser un nombre francés, ¿no?

—No necesariamente. —Robert había escrito todos los nombres por orden, uno debajo de otro—. ¿Cuál más? Vadim, Varus, Vasilij...

—Vladimir —añadí frunciendo los labios al pensar de pronto en el viejo ruso tarado de la Rue de Bourgogne a cuyo timbre llamé por error.

—¿Por qué sonríes así?

—¡Oh, estaba pensando en Dimitri!

—¿Dimitri? ¿Quién es Dimitri? —quiso saber Robert.

—¡Bah! —dije intentando contener la risa—. No tiene importancia. —Hice un gesto de rechazo con la mano—. Digamos que... un viejo conocido. —Me eché a reír.

—Me parece que te falta la seriedad necesaria. —Robert me miró irritado, creo que sentía su autoridad menoscabada—. ¿Qué significa esto, Alain? No hagas el tonto. Buscamos personas cuyo nombre empiece por V.

—Sí, lo sé, perdona. —Hice un esfuerzo por guardar la compostura.

Robert tomó un trago de vino y me acercó la libreta con los nombres.

—Bueno... y ahora concéntrate. ¿Te resulta alguno conocido? ¿Mencionó Mélanie alguno de estos nombres alguna vez? —Esperó.

Miré la lista y repasé los nombres murmurándolos en voz baja. Luego intenté recordar todo lo que Mélanie me había contado. Pero en el caso de que hubiera llamado a algún hombre por su nombre, ninguno empezaba por V.

—Lo siento, pero estos nombres no me dicen nada —dije decepcionado.

—Piensa un poco más. Estoy seguro de que esta «V.» es importante. Si sabemos quién es «V.» enseguida aclararemos el resto del asunto.

—¡Mierda! —dije enfadado—. ¿Es que no hay ningún otro nombre con «V.»?

—Bueno, sí... —Robert levantó las cejas y adoptó un aire misterioso—. Tengo uno más.

—¿Sí? —Contuve la respiración.

—¿Vercingétorix?

Eran las once y veinte cuando nos despedimos. Ni en sueños habría pensado que iba a volver a estar sentado en un taxi a medianoche... con un destino no del todo desconocido.

—Si se te ocurre algo... puedes llamarme en cualquier momento —me había dicho

Robert al entregarme la lista con los nombres. Hablaba como el comisario jefe de una serie de televisión de la sobremesa, y era evidente que se sentía como si lo fuera. La investigación del caso «V.» parecía gustarle tanto que se había olvidado por completo de su proyecto favorito: la cena con Melissa y Anne-Sophie.

Bajé por la Rue Saint-Benoît y torcí a la derecha por la Rue Jacob. Me seguía doliendo el pie, pero estaba tan metido en mis pensamientos que apenas lo notaba. Aunque no habíamos avanzado demasiado en la búsqueda de nombres, al menos tenía la buena impresión de estar siguiendo una pista.

El motivo por el que Mélanie había ido a mi cine y se había sentado siempre en la fila diecisiete era nostálgico. Le pegaba mucho.

¿Hacía cuánto tiempo que se habían sentado allí dos enamorados y habían grabado sus iniciales con la engañosa certeza de que sus sentimientos serían eternos? ¿Habían ido varias veces al Cinéma Paradis o solo una vez? ¿Se habían sentado muy juntos en la fila diecisiete para ver *Cyrano de Bergerac*, la película favorita de Mélanie y la más bonita que podía haber para dos enamorados?

Percibí una pequeña punzada de envidia. Me habría gustado ser el que tomara la mano de Mélanie al contemplar el apasionado intercambio de cartas entre Cyrano y la bella Roxanne.

Suspirando, me detuve delante del escaparate del Ladurée y lancé una indiferente mirada a las coquetas cajas rosa y verde pálido llenas de *macarons* y otras exquisiteces. Si hubiera estado con Mélanie cualquier tarde le habría llevado, así porque sí, una caja de *macarons* de frambuesa, porque el rojo suave de esos dulces me recordaba el color de sus labios. La habría colmado de atenciones solo por verla sonreír. La tarde anterior su sonrisa tenía algo desgarrador. Casi como si fuera ella la que tenía que dejarme marchar y no yo a ella. ¿Qué misterio nos separaba e impedía nuestro amor? ¿Tenía algo que ver con el pasado? ¿Tenía algo que ver con el Cinéma Paradis? Volví a ver las dos iniciales ante mí. ¿Qué había pasado con «M. y V.»? ¿Qué había sido de su amor?

Si pensaba en lo que Mélanie había dicho acerca de los hombres de su vida en nuestro primer y único encuentro, no podía ser nada bueno. *Tengo un talento especial para enamorarme del hombre equivocado*, dijo. *Al final siempre hay otra mujer.*

¿Era el misterioso «V.» un hombre casado que le estaba mintiendo? ¿Se había metido otra mujer en la relación? ¿O se había producido una muerte trágica que había dejado a la enamorada «M.» sola? ¿Era posible que entre «V.» y yo hubiera alguna similitud, algún vínculo? ¿Por eso había estado dispuesta a iniciar una relación conmigo? ¿Había estado dispuesta a ello realmente?

No lo sabía. Había muchas cosas que yo no sabía. Y, a pesar de todo, en ese momento me sentía muy próximo a Mélanie. Miré el cristal del escaparate, en el que se reflejaba mi cara, casi esperando que el rostro de Mélanie apareciera detrás de mí.

Curiosamente había tenido la misma sensación la tarde anterior, cuando estaba en la terraza del Georges y contemplaba París como si fuera un océano. Una mujer se había acercado por detrás en silencio y yo había notado su leve y casi imperceptible movimiento. Era Solène, enseguida lo supe. Pero esta vez no había ninguna mujer que se colocara en silencio detrás de mí. El cristal estaba vacío.

Ya me disponía a marcharme cuando oí unos pasos que se acercaban a toda prisa. Una mujer con sombrero y con un enorme bolso en bandolera subía corriendo por la calle y llamó a un taxi que venía por la Rue Bonaparte en dirección al Boulevard Saint-Germain. Se detuvo a la altura de Ladurée. La mujer abrió la puerta de atrás del taxi y lanzó el bolso en el asiento. Luego oí que antes de subirse decía casi sin aliento:

—*Avenue Victor Hugo, vite!*

El taxi se puso en marcha y yo seguí mi camino, pensando que también el poeta Víctor Hugo tenía un nombre que empezaba por «V.» Es posible que en ese momento yo

tuviera ya una percepción selectiva en lo que a los nombres masculinos con «V.» se refería, es posible que el nombre de «Víctor» me gustara por algún motivo. En cualquier caso, de lo más profundo de mi subconsciente surgió de pronto un recuerdo confuso. ¿Debía decirme algo el nombre de Víctor? No me decía nada.

O sí...

Sacudiendo la cabeza, avancé unos pasos más. Y entonces me detuve y me di un golpe en la frente con la mano. Una visión repentina me hizo ver una plaza callada, un cigarrillo que se encendía, confesiones nocturnas ante el escaparate de una joyería...

Había alguien que sí había mencionado el nombre de Víctor en las últimas semanas. Alguien que —por extraño que parezca— ya conocía el Cinéma Paradis y había regresado después de mucho tiempo en busca de lo que había sido antes. Vi ante mí a una bella mujer rubia.

Pero no era Mélanie.

La alfombra del suelo amortiguaba cualquier sonido. Siguiendo un impulso, había dado la vuelta en medio de la calle, había ido corriendo hasta la parada de taxis que hay delante de la Brasserie Lipp y había llegado hasta allí. Mis pensamientos se mezclaban revoloteando como las coloridas hojas de otoño, pero ahora que estaba delante de la puerta de su suite reinaba el silencio en mi cabeza. Era poco antes de la medianoche y solo confiaba en una cosa: en que ella estuviera en su habitación.

Llamé a la puerta, primero con suavidad, luego más fuerte. Solo entonces descubrí el pequeño timbre. Pero antes de que pudiera tocarlo se abrió la puerta muy despacio.

Ante mí apareció Solène, descalza y con un camisón de satén gris plata, y me miró sorprendida.

—¡Alain! —exclamó, y un ligero rubor cubrió su rostro.

—¿Puedo entrar?

—Sí, sí, naturalmente. —Abrió la puerta un poco más, y entré. En otras circunstancias habría prestado mayor atención a la lujosa decoración de la habitación —muebles de maderas nobles tapizados con una suntuosa tela de rosas amarilla, pesadas cortinas bordadas en oro, una chimenea de mármol en la que había dos candelabros y un reloj que parecían proceder directamente de Versalles—, pero en aquel momento solo me interesaba la huésped que se alojaba en ella.

En silencio, avanzó unos pasos delante de mí y señaló un sofá.

Yo me senté con el corazón latiendo a toda prisa.

—Disculpa esta visita sorpresa a estas horas —dije.

—No tienes que disculparte, Alain, nunca me acuesto antes de la una. —Solène se dejó caer con elegancia a mi lado en el sofá, apoyó la cabeza en el alto respaldo y sonrió con aire misterioso—. Me gustan las visitas sorpresa en mitad de la noche. ¿Ha mejorado tu dolor de cabeza?

Respiré hondo.

—Escucha, Solène, tengo que hablar contigo. Es importante.

—Sí, ya me lo imaginaba. —Se echó un mechón de pelo hacia delante y empezó a jugar con él. Estaba ahí sentada, bella y enigmática como una Lorelei, y parecía tener todo el tiempo del mundo—. Bueno, ¿qué quieres decirme, Alain? Venga suéltalo, no muerdo.

—Anoche, en la terraza del Georges, me dijiste que te gustaría hacer algo por mí...

—¿Sí? —Dejó que el mechón de pelo se escurriera entre sus dedos y me miró con atención.

—Bueno, creo que sí podrías ayudarme.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Bueno —dije para ordenar mis ideas—. Es todo tan increíblemente desconcertante... No sé por dónde empezar... —Pensé un instante—. No me dolía la cabeza... anoche... quiero decir que ese no fue el motivo por el que salí corriendo...

Solène asintió.

—Lo sé. —Inclinó la cabeza a un lado y me miró—. Ya lo sabía, tonto. Se podía ver en tu cara lo alterado que estabas. No tienes que darme explicaciones, me alegro de que hayas venido. Salir corriendo de ese modo... —Se rio—. Pero te entiendo muy bien. A veces uno huye de sus propios sentimientos... —Se inclinó hacia mí y su dulce y elocuente mirada me irritó.

Me incorporé en el sofá.

—Solène —dije—. Yo no huía de nada ni de nadie. Anoche vi a Mélanie. La seguí, pero ella sí huyó de mí. Se metió en el metro y desapareció. Es evidente que no quería hablar conmigo...

—¿Méla? —Ahora era Solène la que parecía irritada.

—No, Méla no. Mélanie, la mujer del abrigo rojo. Estaba en el otro extremo de la

terrazza del Georges y nos miraba fijamente. Estoy seguro de que me reconoció. Y entonces salió corriendo. Como si hubiera visto al mismísimo demonio en persona. Vi cómo a Solène se le descomponía el gesto por un instante, pero enseguida se controló.

—¿Y qué quieres ahora de mí, Alain?

Cogí aire profundamente, y luego las palabras salieron de mi boca de golpe.

—He estado esta tarde en el Cinéma Paradis —dije—. Y allí, en la fila diecisiete, que era la fila favorita de Mélanie, he descubierto algo muy curioso. Un corazón con dos iniciales. Grabados en el respaldo de la butaca de delante. El corazón apenas se reconoce ya, pero las iniciales se ven perfectamente: «M. y V».

Solène seguía mis explicaciones con los ojos como platos.

—«M.» de Mélanie, no puede ser de otra manera —proseguí emocionado—. Y «V.» de algún nombre masculino. Pero Mélanie nunca mencionó a nadie con «V.» En cambio, tú sí. Y conoces el Cinéma Paradis desde que eras pequeña. He tardado un rato en darme cuenta, pero al final me he acordado. Tú querías irte de París, estaba ese estudiante de San Francisco. Tu novio, si no lo he entendido mal. Víctor. Se llamaba Víctor.

Noté una opresión en el pecho y tuve que tomar aire.

—Todo esto no es ninguna casualidad, Solène. Y ahora quiero que me digas una cosa: ¿quién era Víctor? ¿Qué pasó entonces? ¿Qué había entre Mélanie y Víctor, tu novio? ¿Qué relación hay entre Mélanie y tú?

Solène se había quedado pálida. Sus ojos se movían inquietos. Luego se puso de pie y, sin decir una sola palabra, se dirigió hacia su tocador. Cogió algo. Era una foto con un marco de plata. Me la tendió y yo la cogí.

En la foto, un viejo retrato en blanco y negro, se veía a dos niñas con gruesos abrigos que estaban delante de la barandilla de alguno de los puentes de París y sonreían cogidas de la mano. La mayor llevaba el pelo rubio recogido con un enorme lazo blanco y había adelantado una de sus botitas con gesto coqueto. La pequeña tenía unas trenzas de un tono rubio oscuro y en sus grandes ojos marrones había una cierta timidez.

Miré con incredulidad los alegres rostros infantiles, en los que ya se veía cómo iban a ser las mujeres en el futuro. En algún rincón sensitivo de mi memoria se había grabado una risa, un jajaja directo, confortante, que sin ser muy consciente de ello reconocí ahora en otra mujer. En la mujer que en ese momento estaba ante mí con expresión confusa y arrepentida.

—Pero... —dije con voz apagada—. ¡No es posible!

Solène asintió de forma casi imperceptible.

—Sí lo es —dijo—. Mélanie es mi hermana.

«Hay frases en la vida que no se olvidan nunca», dijo Solène, y vi cómo un profundo dolor ensombrecía el azul de sus ojos. La frase que no olvidaría nunca había salido de los labios de su hermana.

—Lo único que te importa es conseguir lo que quieres, lo demás no te interesa —había dicho Mélanie con odio—. No quiero volver a verte, ¿me oyes? ¡Aléjate de mi vista!

Aquella noche hice en una suite de lujo del Ritz un viaje en el tiempo que me llevó directo a los corazones heridos de dos hermanas que de niñas habían sido inseparables.

Antes de que Solène empezara a contarme su historia, que se alargaría hasta primeras horas de la mañana, me pidió que le hiciera una descripción exacta de Mélanie.

—Quiero estar completamente segura —dijo, y yo complací su deseo, aunque no tenía ninguna duda de que la más pequeña de las niñas de la foto era ella.

Cuando mencioné el anillo de oro con las rosas grabadas, Solène asintió emocionada.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró—. Sí, es el anillo de *maman*. —Me miró con un gesto de dolor, y yo asentí.

—Mélanie me dijo que su madre había muerto... y que el anillo era el único recuerdo que le quedaba de ella —añadí—. No dijo nada de su padre.

—Mélanie quería a *maman* por encima de todo. Con papá no era lo mismo. En nuestra familia yo era la favorita de papá. Yo era la niña traviesa, la aventurera, la que hacía reír a todos y jugaba con los niños del vecindario. Mélanie era la más callada de las dos. Vivía en su propio mundo. Era introvertida y muy sensible. Si *maman* llegaba a casa una hora más tarde de lo previsto, se la encontraba llorando dentro del armario. Se había escondido porque estaba convencida de que a *maman* le había pasado algo. Tenía una gran fantasía, inventaba historias que escribía en un cuaderno del colegio que escondía con celo debajo del colchón y que nadie podía leer.

Solène sonrió.

—Aunque éramos muy diferentes, nos queríamos muchísimo. A veces, por la noche, Mélanie se metía en mi cama y yo le acariciaba la espalda hasta que se quedaba dormida. Cuando tuve mis primeras experiencias con los chicos del Lycée, mi hermana pequeña estaba detrás de la puerta y observaba en silencio cómo nos besábamos. A veces, no con demasiada frecuencia, íbamos juntas al Cinéma Paradis. Papá trabajaba en la administración de correos, pero no llegó muy lejos, y teníamos poco dinero para distracciones de ese tipo. A las dos nos gustaban mucho las películas... a Mélanie más que a mí. Yo veía el cine más bien como la posibilidad de encontrarme a escondidas con un chico, pero para mi hermana las tardes de domingo en el cine eran algo precioso. Se metía totalmente en las películas, se olvidaba de este mundo.

Solène hizo una pausa.

—Todo esto suena ahora como si no hubiéramos sido felices, pero no fue así. Tuvimos una infancia maravillosa. Nos sentíamos protegidas. Nuestros padres tenían a veces problemas económicos, pero nunca discutían, o si lo hacían era solo muy de vez en cuando. Se notaba el profundo afecto que se tenían. «Me pongo contento cada vez que tu madre entra por la puerta», me dijo una vez papá. Sufría porque solo podía ofrecerle a *maman* una vivienda oscura en un bajo, en la que a menudo en invierno, para ahorrar, solo calentábamos la cocina y el cuarto de estar. Pero *maman* estaba contenta a su manera callada y alegre. El único lujo que se permitía eran las flores. Siempre había flores en la mesa de la cocina. Girasoles, rosas, gladiolos, nomeolvides, lilas... Las lilas le gustaban mucho. Todo iba bien.

Guardó silencio un momento y volvió a dejar con cuidado la foto de las dos niñas sobre el tocador.

—Pero luego, no sé muy bien cuándo, de pronto la casa se quedó muy pequeña. Yo salía cada vez más, tenía amigos que vivían en casas lujosas y elegantes. No estaba

satisfecha. Me habría gustado estudiar canto, pero hice una formación profesional. Mélanie acababa de cumplir diecisiete años y todavía iba al colegio. Yo tenía veinte y me juré a mí misma que no iba a seguir toda mi vida como dependienta en una tienda de ropa del Boulevard Raspail. Quería conquistar el mundo.

—¿Y entonces? ¿Qué pasó entonces? —pregunté, aunque yo mismo sabía la respuesta—. Entonces apareció Víctor, el alumno de intercambio, y te enamoraste de él perdidamente.

—Entonces apareció Víctor, el alumno de intercambio, y mi hermana pequeña se enamoró perdidamente de ese atractivo joven rubio de ojos alegres. Vivía cerca, en un piso realquilado. Mélanie se encontró con él un domingo en el Cinéma Paradis. Aquel día yo tenía un plan mejor. Los padres de una amiga me habían invitado a pasar las vacaciones de verano en su casa junto al mar. Naturalmente, no desaproveché la ocasión. Y mientras yo traía de cabeza a los chicos de Deauville, Mélanie conoció en París a un chico que marcaría nuestro destino.

Solène se pasó la mano por el pelo y sonrió con tristeza.

—Víctor se había sentado a su lado en el cine por casualidad. Se miraron, y fue un amor a primera vista, como se suele decir. Mi tímida hermana, que nunca se había enamorado, que había rechazado todas las proposiciones como una princesa Turandot —entre nosotros, no fueron demasiadas—, no dudó en entregarle su corazón. Los dos eran inseparables, y Mélanie era superfeliz. Adoraba a Víctor, y cada vez que hablaba de él sus ojos adquirían ese brillo especial... brillaban como dos velas. Era emocionante verla. Creo que se habría ido con Víctor hasta el fin del mundo.

—¿Y entonces? —pregunté casi sin respirar.

—Entonces llegó la hermana malvada —dijo Solène con sequedad. Debía sonar indiferente, pero se veía que le costaba seguir hablando. Se puso de pie, fue al minibar y se sirvió un *scotch*—. Creo que necesito una copa. ¿Tú también?

Sacudí la cabeza.

Solène bebió un par de sorbos de la pesada copa tallada y luego se apoyó en el tocador.

—Cuando volví después del verano, Mélanie me presentó a su novio. Era encantador, el auténtico *sunnyboy* de California, y debo admitir que me sorprendió que Mélanie hubiera conquistado a un chico tan guapo.

Dio otro trago a su *scotch*.

—Bueno, el resto se cuenta en pocas palabras. Fuimos juntos a ese pequeño café de Saint-Germain y les hablé de mis vacaciones en la playa... a mi estilo. Me reí, gasté bromas, tontee un poco con el novio de mi hermana. Lo hice sin ninguna intención, simplemente me comporté como siempre, ¿entiendes?

Asentí sin decir nada. Me podía imaginar la situación perfectamente.

—Y entonces pasó lo que pasaba siempre que mi hermana y yo íbamos juntas a algún sitio. Yo centraba toda la atención, mi hermana palidecía a mi lado como una pequeña luna y desaparecía lentamente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé. Imaginaba lo que vendría a continuación. *Es como un sol*, había dicho de Solène Allan Wood, *todos quieren estar cerca de ella*.

—Al poco tiempo Víctor solo tenía ojos para mí. Si antes estaba fascinado por Mélanie, ahora le atraía su hermana, que por su forma de ser y también por su edad parecía congeniar más con él. Me seguía hasta el Boulevard Raspail, me espiaba a escondidas, me besaba a espaldas de mi hermana. «Vamos, solo un beso», decía cada vez que yo le rechazaba con una sonrisa. «No nos ve nadie. ¡Tienes una boca tan bonita, no lo puedo resistir!». Y más tarde me dijo: «Ven conmigo a California, allí luce el sol durante todo el año y tendremos una vida increíble». Era muy atractivo y tenía esa maravillosa despreocupación que tanto me gusta. En algún momento dejé de rechazarle.

Solène suspiró y se quedó mirando la copa.

—Tal vez habría podido acabar con todo aquello, pero entonces carecía de la intuición necesaria. En realidad, me decía a mí misma, yo no podía hacer nada si un hombre se enamoraba de mí, aunque ese hombre fuera el novio de mi hermana. ¡Quién sabe si Víctor habría seguido con mi hermana si yo hubiera reaccionado de otro modo! Pero yo era joven y despiadada, y la idea de irme con Víctor a California me hizo ignorar cualquier remordimiento.

Me miró y levantó las manos en un gesto de disculpa.

—¿Dios mío, quién se queda con su primer amor?! —Sacudió la cabeza—. Yo no llegué a comprender lo serio que era todo aquello para Mélanie. ¡Solo tenía diecisiete años!

Solène se mordió el labio inferior.

—Un día nos sorprendió. Fue terrible. Lo peor que me ha pasado jamás. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. Se quedó unos minutos en la puerta, muy pálida, y ninguno de nosotros se atrevió a decir nada. Y de pronto se puso a gritar. Estaba completamente histérica. «¡Dios mío, Solène! ¿Cómo puedes hacerme esto? ¡Eres mi hermana! ¡Eres mi *hermana!*», gritaba una y otra vez. «Podías tener a cualquiera, ¿por qué tenías que quitarme a Víctor?, ¿por qué?». Y luego pronunció esa frase que todavía hoy oigo a veces, y su voz delicada estaba cargada de odio. «Lo único que te importa es conseguir lo que quieres, lo demás no te interesa», dijo. «No quiero volver a verte, ¿me oyes? ¡Aléjate de mi vista!».

—¡Dios mío, qué horrible! —murmuré.

—Sí, lo fue. Horrible —dijo Solène—. En las semanas siguientes Mélanie no me dirigió la palabra ni una sola vez. Ni cuando le pedí perdón, ni cuando mis padres intentaron que hiciéramos las paces, ni cuando antes de irme a San Francisco entré por última vez en su habitación para despedirme de ella. Estaba sentada a su mesa y ni siquiera se volvió. Parecía una estatua. La había traicionado, la había herido profundamente. No me podía perdonar.

Me puse la mano delante de la boca y miré emocionado a la mujer rubia que se apoyaba en el tocador para intentar mantener la compostura.

—¿Y luego? ¿Habéis tenido contacto alguna vez? —pregunté.

Solène asintió.

—Nos hemos visto solo una vez. En el entierro de nuestros padres. Pero no era una situación agradable. —Dejó la copa.

—¿Cuándo fue eso?

—Unos tres años después de que yo me marchara a California. En ese momento yo ya estaba instalada allí y había hecho mis primeros papeles importantes. El éxito me llegó así, sin más, y estaba feliz por poder regalar a mis padres ese viaje a la Costa Azul... ya te lo conté en nuestro paseo por la Place Vendôme, ¿te acuerdas?

Asentí. ¿Cómo iba a haber olvidado aquel paseo?

—Mis padres tuvieron el accidente cuando iban a Saint-Tropez. Murieron en el acto. Me avisó la hermana de mi madre. Ya habían hecho el traslado de los cadáveres. Volé a París inmediatamente. Cuando Mélanie me vio en el entierro, se puso hecha una furia. Me gritó que primero le había quitado el novio y ahora a sus padres. Que debía desaparecer porque siempre lo estropeaba todo.

—¡Oh, Dios mío, pero eso es absurdo! —exclamé desconcertado—. No fue culpa tuya. Solène se limpió una lágrima de la mejilla y me lanzó una mirada de dolor.

—Solo quise hacer realidad un deseo de mis padres.

—No tienes que hacerte reproches, Solène —le aseguré—. Al menos no en lo que concierne a tus padres. ¡Dios mío, solo fue un trágico accidente! En esos casos no se puede hacer nada.

Solène asintió y sacó un pañuelo.

—Eso dijo tía Lucie. Me llamó y me dijo que Mélanie había sufrido un ataque de nervios. Que seguro que no había querido decir eso. Más tarde oí que Mélanie se había mudado cerca de Le Pouldu, donde vivía nuestra tía. Al parecer no aguantaba en París. Cuando ocurrió el accidente ella vivía todavía con nuestros padres.

—¿Y luego?

Solène se encogió de hombros con gesto desvalido.

—Nada. No he vuelto a saber nada de Mélanie. He intentado respetar su deseo. Pero nunca he dejado de echarla de menos.

Solène se acercó a mí y se dejó caer en el sofá con aire cansado. Se podía ver lo alterada que estaba.

—El asunto de Víctor es un capítulo poco honroso de mi vida, no me gusta mucho hablar de él —dijo, y escondió un momento la cara entre las manos. Luego volvió a levantar la mirada—. Me gustaría hacer como si no hubiera ocurrido, pero no es posible, por desgracia. ¡Cuántas veces he maldecido el día en que me lie con Víctor! Tenía que haberle dicho que no. Habría sido tan fácil... —Se incorporó y juntó las manos—. Créeme, Alain, si pudiera retroceder en el tiempo lo haría todo de otra forma.

—¿Qué ha sido de Víctor? —pregunté.

—No sé. Le perdí de vista poco después de que llegáramos a San Francisco. Y yo seguí mi camino. —Pasó los dedos por el brazo del sofá—. Para mí no fue gran cosa, simplemente me sentí atraída por él.

—¿Igual que por mí? —pregunté.

Un delicado tono rosa cubrió el rostro de Solène.

—Sí... tal vez. Me gustas, enseguida me resultaste simpático, ¿qué le voy a hacer?

—Me hizo un guiño con sus ojos llorosos e intentó aliviar la tensión que se había instalado en la habitación—. Tenías que notarlo. Pero esta vez no tengo ninguna posibilidad.

Sonrió, y yo también sonreí. Luego me puse serio.

—Tú también me gustas, Solène. Mucho. Ya te lo dije ayer, en la terraza del Georges. Se produjo ese maravilloso instante que yo tampoco podré olvidar.

—Y justo ese instante ha sido la causa de tu perdición.

Asentí y me pasé la mano por la frente.

—Mélanie me quiere, y yo la quiero a ella —dijo con tono contrariado—. La quiero por encima de todo. Y se me parte el corazón ante la idea de que piense que la peor experiencia de su vida se ha vuelto a repetir. —Miré a Solène—. ¿Por qué no me has dicho antes que es tu hermana?

Solène me miró sin saber qué decir.

—En realidad, no se me había ocurrido que fuera ella, Alain. ¿Cómo iba a saberlo? En la Place Vendôme me dijiste que te habías enamorado de una chica, pero no mencionaste su nombre. Luego llegaron esos *paparazzi* y esas noticias en los periódicos y la mujer del abrigo rojo desapareció. Pero yo no lo sabía, y al principio tú tampoco viste ninguna relación entre nuestra aparición y la desaparición de Mélanie. Luego Allan me dijo que estabais buscando a su hija Méla, esa fue la primera vez que oí el nombre de Mélanie. Y sí, lo admito, cuando Méla resultó ser la falsa Mélanie me entraron dudas durante un instante. Pero lo último que había oído de mi hermana era que vivía en la Bretaña. ¿Cómo iba a imaginar que tu Mélanie era mi hermana? Me parecía totalmente imposible. ¡Vaya casualidad tan idiota! Vuelvo a París después de diez años y mi hermana se ha enamorado justamente del hombre que a mí también podría gustarme. —Sonrió con melancolía. Luego me cogió la mano—. Créeme, Alain, no tenía ni idea. Bueno, en todo caso una levísima idea. No pretendía ocultarte nada. Pero cuando me has contado lo de las iniciales y me has dicho que en el Cinéma Paradis siempre se sentaba en esa fila me he dado cuenta de que es Mélanie. Tienes que creerme.

Su voz sonaba sincera.

—Está bien, Solène —dije—. ¡Claro que te creo! Ha sido mala suerte que vuestros caminos se hayan cruzado en el Cinéma Paradis. Por segunda vez. Pero, al menos, ahora todo este asunto tiene algún sentido.

Estuvimos un buen rato sentados en silencio. Me recliné en el sofá y mi mirada se clavó en las volutas del reloj dorado que reposaba sobre la chimenea. Eran las cuatro y diez, estaba increíblemente cansado, aunque a la vez no estaba cansado, y mientras

me sumía en un extraño letargo, en ese estado en el que uno se encuentra bien cuando ha superado el denominado «punto muerto», repasé la historia con todos sus curiosos giros, con todas sus casualidades que al final no eran tales.

Personas más inteligentes que yo han intentado ya responder a la pregunta de qué es el destino y qué es la casualidad. ¿Había sido cosa del destino o una casualidad que la imagen de una joven especial con un abrigo rojo me hubiera impactado tanto que me había enamorado de ella? ¿Había sido cosa del destino o una casualidad que su hermana apareciera en el Cinéma Paradis unos días después?

Que yo diera un paseo con Solène por la Place Vendôme y la abrazara emocionado cuando me habló de la muerte de sus padres no había sido ninguna casualidad, pero sí un guiño del destino, ya que de ese modo un *paparazzi* publicó una foto engañosa en un periódico que casualmente cayó en manos de una persona marcada por el destino. Una mujer enamorada que estaba sentada junto a su tía en una pequeña localidad llamada Le Pouldu, muy lejos de París, convencida de que se repetía el peor momento de su vida.

En cambio, lo que yo creía que había sido una casualidad, una coincidencia de dos acontecimientos en el tiempo, no había sido tal.

Solène Avril llegó a París y Mélanie no acudió a nuestra cita. Yo no había visto relación alguna entre ambos hechos. Pero Mélanie había desaparecido de forma voluntaria, y ahora yo sabía por qué.

No sé si fue la casualidad o el destino lo que llevó a Mélanie a la terraza del Georges en el momento en que yo abrazaba a Solène. En cualquier caso, ese abrazo inocente, aunque no del todo desprovisto de intención, fue para ella la prueba de que de nuevo el hombre que ella amaba había sucumbido a los encantos de su hermana. Furiosa y muy decepcionada, salió corriendo y me lanzó una sonrisa enigmática y —ahora lo entendía— resignada cuando en un gesto espontáneo puso su mano contra el cristal del metro.

Solène fue la primera en volver a hablar.

—Tenemos que encontrarla, Alain —dijo—. Aún no está todo perdido. Tenemos que encontrar a Mélanie y contárselo todo.

Yo asentí muy despacio. Mi mente, desbordada por tantas imágenes, empezaba a entender que todavía había esperanza, que nunca había tenido tantas posibilidades de alcanzar la meta de mis deseos.

—En cualquier caso, ahora por fin tengo un nombre, eso simplifica bastante el asunto.

—Tuve que pensar con una sonrisa en la tarde en que había jugado a los detectives en la Rue de Bourgogne. Ahora que sabía que Mélanie no estaba con ningún otro hombre me parecía aún más raro que hubiera desaparecido en la casa del patio interior con un castaño. No había visto el apellido Avril en ninguna de las puertas.

—Mélanie Avril —dije a modo de prueba—. Suena muy bien. Hace pensar en un día de primavera en París. La lluvia moja el adoquinado de las calles, luego el cielo se despeja, el sol se refleja en los charcos y la gente está de buen humor...

—¡Ay, Alain, eres incorregible! Mélanie no se apellida Avril. Se apellida Fontaine. Como yo. Solène Avril es mi nombre artístico.

—¡Ah! —dije desconcertado. Y luego añadí un «¡Ah, sí!» no demasiado convincente. Tenía que haber caído en que Avril era un nombre artístico. Muchos actores se ponen un nombre que suene mejor que el suyo, todo el mundo lo sabe.

Solène sonrió.

—Sí, querido. Así es el negocio del cine. Tampoco me llamo Solène... es todo inventado.

—¿Y cómo te llamas en realidad?

—Marie. Pero era demasiado anodino. Y ya no quedaba nada de la Marie del pequeño bajo en Saint-Germain. Entonces me reinventé a mí misma. —Sonrió—. Espero no

haberte desilusionado.

—¡En absoluto! —Hice un gesto de rechazo con la mano—. «Fontaine» también es un apellido muy bonito.

Y realmente pensaba que lo era. Me gustaba. El único problema que tenía con el nuevo apellido era que había cientos de parisinos que se apellidaban así. Fontaine es uno de los apellidos franceses más frecuentes, aunque por desgracia en el edificio de la Rue de Bourgogne nadie se llamaba así. Mi ingenioso amigo Robert ya habría puesto a todas las alumnas de su facultad a peinar París por teléfono.

Eso es el caso de que Mélanie Fontaine apareciera en la guía telefónica. Tal vez solo tuviera un teléfono móvil, como hace ya mucha gente hoy en día. Aunque yo me la imaginaba antes con el auricular de un viejo teléfono de baquelita negra que con un *smartphone*. La búsqueda de Mélanie Fontaine no iba a resultar fácil.

Solène pareció adivinarme el pensamiento.

—No te preocupes, Alain —dijo—. Si es necesario puedo intentarlo a través de mi tía. Como has dicho, Mélanie ha estado con ella hace poco. Seguro que tía Lucie tiene sus señas. —Frunció el ceño—. Aunque tía Lucie volvió a casarse tras la muerte de mi tío. Espero acordarme de su nuevo apellido. —Suspiró con cómica desesperación—. No importa, ya me acordaré. Cogeré un tren e iré a Le Pouldu. Debería hacerlo en cualquier caso. ¡Tampoco mi familia es tan grande!

Solène, que en realidad se llamaba Marie, estaba encantada con la idea de buscar a Mélanie.

—La encontraré, ya lo verás —repitió una y otra vez.

—Gracias, Solène. —Para mí siempre seguiría siendo Solène.

Cuando a primera hora de la mañana me despedí de ella, me dio un fuerte abrazo.

—Me ha sentado bien hablar de ello después de tantos años. —Me miró fijamente a los ojos—. Sabes, Alain, creo que no ha sido una simple casualidad que nos hayamos encontrado —dijo luego—. Yo he venido a París a rodar esa película. Pero en realidad vine porque sentía nostalgia. Al pasear por las calles de Saint-Germain he pensado mucho en los viejos tiempos y en mi hermana, y me he preguntado qué hará. He pasado por delante de nuestra vieja casa y he mirado el nombre del bajo. He estado en la tumba de nuestros padres y les he dicho lo mucho que les echo de menos. Lo mucho que echo de menos a Mélanie. Y ahora tengo la oportunidad de arreglar todo lo que hice entonces. Esta vez no voy a estropear nada. —Sacudió la cabeza con decisión—. Esta vez voy a ocuparme de que mi hermana consiga al hombre que quiere. Y que la quiere a ella —añadió.

La miré emocionado.

—Y ahora vete. —Me dio un pequeño beso en la boca—. ¡Pero en mi próxima vida no puedo garantizarte nada!

—En tu próxima vida seguro que tienes un hermano.

—Exacto —dijo, y sus ojos brillaron—. Un hermano como tú.

Al final del largo pasillo del hotel me volví por última vez.

Solène seguía allí, mirándome. Sonrió, y la luz de los focos del techo se enredó en su pelo rubio y lo hizo brillar.

Poco después salí a la Place Vendôme. París se estaba despertando.

«Todo lo que el amor espera es la ocasión», dijo una vez un sabio. Todo lo que yo esperaba era la ocasión de abrazar por fin a la mujer que amaba, y no me sentía a gusto. Esperando, quiero decir. ¿Hay alguien a quien le guste esperar? Yo nunca he conocido a nadie.

Los siguientes dos días los pasé sumido en una inquietud alegre y excitada que me recordaba a la impaciencia que sentía de pequeño cuando se acercaba la Navidad y de vez en cuando me daba una vuelta por el cuarto de estar con la esperanza de ver ya los regalos. Empecé a contar las horas. Nunca antes había mirado tantas veces el reloj. No había vuelto a oír nada de Solène, a excepción de una breve llamada en la que —interrumpida por un continuo ruido en la línea— me decía que no era fácil, pero que seguía trabajando en ello. Estaba rodando unas escenas de un pícnic en el Bois de Boulogne y no tenía mucha cobertura.

Yo, para hacer algo, repasé la letra F de una guía telefónica de París. El resultado fue, como me esperaba, desalentador. Me temía que Solène iba a tener que viajar a Le Pouldu para localizar a su tía Lucie.

A Robert le pareció sensacional toda la historia.

—¡Qué increíble! —exclamó—. Una chica estupenda, esa Solène, ¡me gustaría conocerla! Me debes un favor, Alain, no lo olvides. —Mi amigo pensaba que él había conseguido la pista decisiva porque se le había ocurrido hacer una lista con todos los nombres masculinos que empezaban por la letra «V.»

—Ves —dijo—. Hay que ser sistemático, solo así se puede encontrar la solución. Manténme al corriente de todo. Estoy ansioso por saber qué pasa.

Yo también lo estaba. Cuando no me encontraba en el cine trabajando paseaba por el Jardin du Luxembourg para calmarme, me sentaba en un café y miraba por la ventana, me tumbaba en el sofá de mi casa y me quedaba mirando el techo hasta que Orfeo saltaba sobre mí soltando un maullido de reproche. Cada minuto libre que tenía me imaginaba el reencuentro con Mélanie. Dónde sería, cómo sería, qué diría ella, qué diría yo. Inventaba los diálogos más deliciosos y elevados, y en esos días habría sido el guionista perfecto para escribir películas de amor. La única pregunta que no me planteé fue si nuestro encuentro se iba a producir en realidad.

En el Cinéma Paradis se proyectaba en la sesión de noche *Una mujer para dos*, una comedia de Ernst Lubitsch con la típica situación de «dos hombres, una mujer», y cuando colgué los viejos carteles en los que aparecían Miriam Hopkins, Gary Cooper y Fredric March pensé que en una nueva versión de la película Solène Avril sería la actriz perfecta para el papel de la respondona y rubia Miriam Hopkins, que no consigue decidirse entre dos hombres enamorados, que en realidad son buenos amigos, y por eso se decide por los dos. Seguro que le gustaría mucho la famosa frase de *It's a Gentlemen's Agreement*. Por regla general los *gentlemen's agreement* no se suelen respetar.

Sonreí. En nuestro caso el trío era diferente, pero al igual que ocurría en la vieja comedia de Lubitsch, estaba seguro de que al final todos se reconciliarían entre sí. Esperaba que hubiera un final feliz.

Pensé en llamar otra vez a Solène por la noche para preguntarle si había alguna novedad. Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta para ver si había recibido algún mensaje. Naturalmente, no era el caso.

Aunque a madame Clément y François no les había contado los detalles de la disparatada historia de dos hermanas muy diferentes y el inocente propietario de un pequeño cine, a ninguno de los dos les habían pasado desapercibidos mis problemas sentimentales y mis continuos cambios de humor en las últimas semanas. Al enamoramiento eufórico, la excitación orgullosa, el total desamparo y la profunda depresión les seguía ahora una fase de buen humor nervioso.

François, con su impasibilidad habitual, se conformó con subir las cejas cuando entré en su cuarto por quinta vez en el día, revolví canturreando entre los rollos de película y finalmente tiré su taza de café al suelo. Pero madame Clément no tenía tanta paciencia.

—¿Qué le ocurre, monsieur Bonnard? ¡Esto es insoportable! ¿No se puede estar quietecito, o qué? —exclamó con su franqueza habitual cuando ordené por enésima vez los programas que había en la taquilla sin perder de vista la pantalla de mi teléfono móvil—. Si va a estar todo el rato por en medio será mejor que vaya a tomarse algo a algún sitio.

—No sea tan descarada, madame Clément —dije—. En mi cine puedo estar donde yo quiera.

—Por supuesto, monsieur Bonnard. —Madame Clément asintió con decisión—. Pero, por favor, no en medio.

Suspirando, decidí seguir su consejo. Y cuando el cine empezó a llenarse para la sesión de las seis y los espectadores se disponían a ver *Pequeñas mentiras sin importancia*, salí a la calle, encendí un cigarrillo, di unos pasos con la cabeza baja y me choqué con una pareja que, muy acaramelada, se dirigía hacia la entrada del cine.

—*Oh, pardon!* —murmuré, y levanté la vista.

La mujer con el pelo rizado y negro y el hombre de negocios sin portafolios, que entretanto había adelgazado considerablemente, me desearon buenas tardes.

—*Bonsoir* —respondí, y asentí desconcertado porque los dos parecían insolentemente felices. La mujer del pelo negro se detuvo y le tiró a su acompañante de la manga.

—¿Se lo decimos, Jean? —preguntó, y se volvió hacia mí sin esperar una respuesta—. Es usted monsieur Bonnard, el propietario del Paradis, ¿verdad? —quiso asegurarse. Yo asentí.

—Queremos darle las gracias. —Me miró sonriendo.

—¡Ajá! —dije—. ¿Por qué?

—Por su cine. El Cinéma Paradis es el responsable de que nos hayamos enamorado. Hasta un ciego habría visto lo enamorados que estaban.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Qué cosas! Quiero decir... ¡es estupendo! —Sonreí—. Es lo más bonito que puede pasar en un cine.

Los dos asintieron con felicidad.

—Una tarde no conseguimos entradas porque estaban todas vendidas... ¡Los dos teníamos tantas ganas de ver esa película! Y de pronto... las entradas agotadas. —El hombre me hizo un guiño tras sus gafas—. Ella estaba decepcionada, yo estaba decepcionado, ¿qué íbamos a hacer esa tarde?

—Entonces él me invitó a un café y descubrimos que los dos llevábamos mucho tiempo yendo al Paradis. Aunque yo no me había fijado nunca en Jean.

Se echó a reír y yo me acordé de cuando iba siempre sola con su hija pequeña a la primera sesión de la tarde.

—Así fue como nos conocimos. Jean estaba muy triste porque su novia le había dejado. Y yo estaba en plena crisis porque acababa de descubrir que mi marido me engañaba con otra. Nos sentamos juntos y empezamos a hablar y hablar y... bueno... ahora estamos juntos. Y todo porque se habían agotado las entradas del cine. ¿Acaso no es una casualidad increíble? —Se rio como si todavía no pudiera creerlo.

Yo asentí. La vida estaba llena de casualidades increíbles. Quién iba a saberlo mejor que yo...

En el café que había cerca del cine me esperaba un viejo conocido. Naturalmente, no me esperaba a mí. Había ido, como siempre, a tomar una copa de vino antes de la sesión de noche y levantó por un instante la mirada del periódico cuando yo entré.

Era el viejo profesor, y los dos nos saludamos con una leve inclinación de cabeza antes de que yo me sentara junto a una de las pequeñas mesas redondas. No sabía muy

bien qué pedir, mi consumo de café había aumentado de forma dramática en los últimos días, o incluso semanas. Si seguía así me iba a dar muy pronto una úlcera de estómago.

—*Vous-voulez?* —El camarero limpió un poco la mesa y tiró algunas migas al suelo.

No se me ocurrió nada mejor. Nada puede sustituir al café en situaciones de crisis.

—*Un café au lait, s'il vous plaît* —dije. Cuando tuve delante el café caliente en una taza blanca y grande, saqué el móvil del bolsillo. Eran las ocho, estaba oscureciendo y esperaba que Allan Wood hubiera terminado por fin de rodar sus escenas de un pícnic en el Bois de Boulogne y yo pudiera localizar a Solène.

Contestó el teléfono enseguida, pero no había ninguna novedad. Solène había investigado en su antiguo barrio, pero ninguno de los vecinos que todavía se acordaban de la familia Fontaine supo decir adónde se había mudado Mélanie tras su regreso de la Bretaña. Solène había rechazado la idea de contactar con todos los Fontaine de París.

—Eso siempre podremos hacerlo —dijo—. Pero de momento nos llevará demasiado tiempo. Por suerte tenemos todavía otras opciones.

—Una opción —gruñí yo.

—Pero muy prometedora. Hago lo que puedo, Alain. ¿O es que piensas que no quiero volver a ver a mi hermana cuanto antes? Pero tenemos que esperar hasta el fin de semana, antes de no puedo irme de aquí.

—¡Pero si quedan tres días! —dije soltando un gemido.

—Iré a Le Pouldu el fin de semana —repitió Solène—. No temas, en cuanto localice a mi tía encontraremos a Mélanie. Es solo cuestión de tiempo.

Solté un hondo suspiro y tamborileé con los dedos en el mármol blanco. Me habría gustado fumarme un cigarrillo.

—Esta espera me está volviendo loco. Tengo una extraña sensación, Solène. ¡Estamos tan cerca! Espero que no se estropee todo en el último momento. A ver si tu tía se cae de una escalera mientras limpia la casa y se abre la cabeza. O Mélanie se va de crucero y conoce a un estúpido millonario y yo me quedo fuera de juego.

Solène se rio.

—¡Has visto demasiadas películas, Alain! Todo saldrá bien.

—Sí, sí —repliqué—. He oído esa frase muchas veces. ¡Odio ese optimismo afectado! Podrías juntarte con mi amigo Robert.

—¿Robert? ¿Quién es Robert?

—Un astrofísico que adora a las mujeres y no permite que nadie acabe con su buen humor —gruñí, y tuve que admitir que era así. Nunca había visto a Robert de mal humor—. Seguro que si se tira con un paracaídas que no se abre también dice que todo saldrá bien.

—¡Pero eso suena genial! —afirmó Solène—. Espero que me lo presentes algún día.

—Cada cosa a su tiempo —dije—. Ahora tenemos que encontrar a Mélanie.

Cuando dejé el móvil junto a la taza noté la mirada del profesor. Asentí con un gesto de disculpa. Hablar por el móvil equivale a molestar a todo el mundo hablando de tus asuntos personales como si estuvieras en el sillón de tu casa.

—¿Busca a alguien? —La mirada de sus ojos azules estaba llena de simpatía—. Disculpe que me entrometa, pero no he podido evitar escuchar su conversación.

Me sonrió. Y yo tuve un *déjà vu*.

Ya había estado sentado una vez con el profesor en ese pequeño café. Entonces me deseó todo lo mejor. Había sido unas semanas antes, cuando hablé con Mélanie por primera vez.

Levanté los hombros y asentí. En la intimidad del café, el profesor se convirtió de pronto en un viejo conocido.

—Sí —dije, y suspiré—. Pero es una historia muy larga.

El profesor dejó el periódico a un lado y me miró con interés.

—Una de las pocas ventajas de la edad es que se dispone de mucho tiempo. Me gustaría escucharle, si usted quiere.

Miré los sabios ojos de aquel hombre mayor al que en realidad no conocía, y pensé que en él mi historia estaría a buen recaudo. Así que empecé a hablar, y el profesor se inclinó un poco hacia mí, se llevó la mano a una oreja y escuchó mis palabras con atención.

—Usted la conoce —dije en un momento dado interrumpiendo mi relato—. Es la joven del abrigo rojo con la que había quedado hace unas semanas. Usted la vio en el cine, en el vestíbulo, ¿se acuerda? —Suspiré—. ¡Dios mío, no sé cuántas veces he ido a esa casa de la Rue de Bourgogne porque estaba seguro de que ella vivía allí! La acompañé a su casa, entré en el patio interior, donde hay un viejo castaño. Pero luego ella no estaba allí, y ninguno de los vecinos la conoce. ¡Hasta he empezado a pensar que me he vuelto loco!

Bebí un sorbo de café y vi cómo el profesor enarcaba las cejas con asombro.

—Pero ella estaba en la Rue de Bourgogne —dijo muy despacio—. Yo mismo la vi.

—Asintió, pero yo no entendía qué estaba diciendo—. Conozco la casa del castaño —prosiguió el profesor—. Está enfrente de una papelería, ¿verdad?

—¡Sí! —exclamé, y sentí cómo la adrenalina corría por todas las venas de mi cuerpo—. ¡Sí! Así que... Pero cómo... —Me quedé callado sin saber qué decir.

—Una vez a la semana voy a la Rue de Bourgogne a ver a un viejo amigo, nos conocemos de la universidad y está prácticamente ciego. Se llama Jacob Montabon. Y algún día de finales de marzo —creo que fue poco antes de su cita— me encontré a la joven en la escalera e intercambiamos unas palabras. Me contó que estaba pasando una semana en casa de una amiga para dar de comer a su gato. ¡Estuvo realmente encantadora!

Y de pronto encajaron todas las piezas del puzle. Me acordé del gran gato negro con ojos verdes que había saltado del castaño por la noche, y estuve a punto de lanzar un grito de alegría. Pensé en la puerta del segundo piso tras la que se oía el maullido excitado de un gato. Me acordé del gato que solo bebía agua en los floreros, la mascota de la amiga de Mélanie, esa amiga que trabajaba en el bar de un gran hotel. Pensé en la voz gruñona de Tashi Nakamura, quien me aseguró que su vecina no estaba nunca en casa por las tardes y que siempre daba un portazo cuando volvía por la noche.

¡Era la noctámbula!

La noctámbula era la amiga de Mélanie, la que no podía ir al cine los miércoles porque trabajaba. Y su nombre era... Volví a ver a monsieur Nakamura ante mí.

—¡Leblanc! —solté de golpe—. Su amiga se apellida Leblanc.

El profesor pensó un momento.

—Sí, creo que dijo eso... Leblanc. Linda Leblanc.

Me puse de pie de un salto y abracé al profesor. Luego corrí hacia la puerta.

—¡Eh! ¡Monsieur Bonnard! ¡Se ha dejado su teléfono móvil! —gritó. Pero yo ya estaba en la calle.

—¡Espere aquí, vuelvo enseguida! —grité al taxista cuando paramos ante la casa de la Rue de Bourgogne. Salté del coche y apreté como un loco el timbre que correspondía a la chapa metálica con el nombre de Leblanc. No contestó nadie. Me lo imaginaba, pero quería estar seguro.

Volví a abrir la puerta del taxi y me dejé caer en el asiento trasero.

—¡Sigamos! —grité—. ¡Al Ritz, por favor! *Vite, vite!* ¡Rápido!

El taxista, un senegalés de piel oscura al que la palabra «rápido» no parecía decirle nada, me miró con sus grandes ojos muy abiertos y sonrió.

—¿Por qué en París gente tener siempre tanta prisa? —dijo con voz ronca, y metió la segunda marcha con toda tranquilidad—. En mi país hay un dicho: solo el que anda despacio ve las cosas importantes. —Sacudiendo la cabeza con satisfacción, avanzó por la Rue de Bourgogne.

Siempre pasa lo mismo. Cuando uno se sube a un taxi en París o bien da con un radical que no para de hablar de la situación de la *grande nation* y la incompetencia de todos los políticos y para dar más énfasis a su discurso golpea el volante con la mano, o bien se tiene delante a un filósofo aficionado. Nuestro hombre de Senegal era, evidentemente, del segundo tipo. Posiblemente en su país africano el tiempo se midiera por lunas, pero para mí eso era demasiado lento en aquel momento.

—A pesar de todo, ¿podría ir un poco más deprisa? —le urgí—. Se trata de algo muy, muy importante. —Me di un golpe bastante elocuente en el pecho con la mano.

El senegalés se volvió hacia mí y sonrió.

—¡Está bien, jefe! —dijo—. Tú decir, yo conducir, tac-tac.

Yo no sabía muy bien si «tac-tac» era una especie de grito de guerra o una variante senegalesa de «¡Rápido!». En cualquier caso, pocos minutos después avanzábamos a una velocidad suicida por las pequeñas calles del distrito gubernamental hacia el Pont de la Concorde para tomar la orilla derecha del Sena.

Me recliné hacia atrás y vi el obelisco pasar volando a mi lado antes de que el taxista, sin dejar de pitar, se saltara un semáforo que se acababa de poner en rojo.

Un peatón se apartó asustado y por un instante pude ver su cara de furia aparecer y luego volver a desaparecer en mi ventanilla.

—Gente mayor piensa que calle es suya —dijo el taxista sin inmutarse—. Casi teníamos semáforo verde. —Se giró hacia mí sin disminuir en absoluto la velocidad, y el coche dio un peligroso bandazo—. Nosotros tenemos un dicho: los ancianos deben quedarse en la cabaña, si no se los comerá el león.

—Nosotros decimos que hay mirar hacia delante cuando se conduce —repliqué muerto de miedo.

—¡Ah! ¡Jaja! Tú buen tipo. Eso muy divertido. —Soltó una fuerte carcajada como si yo hubiera hecho un chiste, pero al menos ya se mantuvo en su carril.

Seguimos por la Rue Royale, en la que se agolpaban los coches, y por fin giramos por la Rue Saint Honoré, bastante menos transitada. Suspiré con alivio y me dejé caer hacia atrás.

Linda Leblanc, una de las pocas personas que me podía decir con seguridad dónde vivía Mélanie, trabajaba en el bar de un gran hotel de París. Y, a diferencia del apellido Fontaine, de estos había un número limitado en la ciudad.

Naturalmente, también podían ser el Meurice, el Fouquet's o el Plaza Athénée, pero tal como estaban las cosas me daba igual probar suerte primero en el Ritz. Al menos el Bar Hemingway lo conocía ya.

Pocos minutos después el taxi se detuvo en la Place Vendôme.

El taxista miró el reloj y asintió satisfecho.

—He sido rápido, ¿no?

Le dejé la propina más generosa de mi vida.

En el Bar Hemingway no había mucho movimiento a esa hora. Me detuve un instante en la entrada y eché un vistazo alrededor. Tras la barra estaba el barman agitando con brío una coctelera. Echó el contenido rosa en una copa de cóctel y decoró el borde con una rodaja de fruta.

Había dos camareras apoyadas en la barra. Una de ellas se acercó enseguida a mí cuando me senté debajo de la fotografía en que aparece Hemingway ante la máquina de escribir en su casa de Cuba.

La reconocí enseguida. Era la joven del moño negro de la que Allan había dicho que andaba tan erguida como una bailarina.

Me saludó con una sonrisa muy profesional.

—*Bonsoir*, monsieur. ¿Qué desea tomar?

Me eché hacia delante para ver su nombre.

Melinda Leblanc. ¡Bingo!

Gracias, Melinda, recordé que decía la voz de Allan Wood, y empecé a notar un zumbido en la cabeza.

—¿Monsieur? —Melinda me miró con gesto interrogante—. ¿Qué puedo servirle?

Me incliné sobre la mesa, apoyé la barbilla en ambas manos y le lancé una larga mirada de abajo arriba.

—¿Qué le parece una dirección? —dije.

Cuando me presenté a la sorprendida Melinda Leblanc como Alain Bonnard, desapareció su sonrisa.

—¡Ah! —dijo—. ¡Es usted! —Su voz sonaba a todo menos a entusiasmo.

—Sí —dije iritado—. Soy yo. Y usted es la amiga de Mélanie Fontaine, ¿verdad?

Asintió de forma casi imperceptible.

—¡Gracias a Dios! —exclamé aliviado—. Escuche, tiene que darme la dirección de Mélanie. Llevo semanas buscándola.

Linda me observó con una fría mirada.

—No tengo que hacer nada. No creo que Mélanie quiera volver a verle... después de todo lo que usted le ha hecho.

—¡Sí! —grité—. Quiero decir, no... ¡Dios mío, sé a lo que se refiere, pero ha sido todo un terrible malentendido! No he hecho absolutamente nada. ¡Por favor, ayúdeme!

—¡Vaya, vaya! —replicó ella con sequedad—. ¡Así que un malentendido! La versión de Mélanie es muy diferente.

—Entonces escuche la mía —insistí—. ¡Por favor! Deme diez minutos y se lo explicaré todo. Tengo que hablar con Mélanie como sea. Yo... Dios mío, ¿es que no lo entiende? Yo amo a su amiga.

El amor es siempre un buen argumento. Linda se quedó un par de segundos mirándome y pareció meditar si me hacía el favor.

Luego se dirigió a la barra, intercambió unas palabras con el barman y me hizo una seña para que la siguiera.

Me costó bastante convencer a la joven del moño negro de mi honestidad y sacarle aquella dirección tan importante para mí... junto con la promesa de que en ningún caso pondría a su amiga sobre aviso.

Durante la conversación de un cuarto de hora que tuvo lugar casi en un susurro a pocos metros del Bar Hemingway pude comprobar que el nombre de Alain Bonnard no sonaba nada bien a oídos de Linda Leblanc. Mélanie le había ocultado a su amiga que la actriz Solène Avril era su hermana, pero en cambio sí le había contado que se había enamorado perdidamente del propietario del Cinéma Paradis y que poco después de su primera cita este la había dejado por otra.

—Mélanie llevaba ya varias semanas hablándome de ese propietario del cine tan increíblemente agradable con el que no se atrevía a hablar. ¡Me alegré tanto cuando ese palurdo por fin le dirigió la palabra! ¡Oh, perdóneme...!

—Está bien, no importa —dije—. Siga.

Al día siguiente de mi cita con Mélanie, Linda había regresado a su casa de la Rue de Bourgogne, donde su amiga la esperaba con un gato muy bien cuidado, un desayuno y grandes novedades.

Me acordé de la mirada indecisa de Mélanie delante del portal, ese titubeo que por un momento me hizo pensar que me iba a invitar a subir. Pero no era su casa. Y a la mañana siguiente volvía de viaje su amiga. Por eso Mélanie se despidió de mí en el patio con cierta lástima. Y yo había perdido su pista.

—Cuando una semana más tarde volvió de Le Pouldu, estaba hecha polvo —prosiguió Linda—. Todo se había acabado, el propietario del cine había encontrado a otra. Al menos eso fue lo que me dijo. ¿Cómo iba yo a imaginarme que todo se debía a un estúpido artículo de periódico? Y todas esas experiencias traumáticas de su juventud... Me lo contó como si alguien la hubiera engañado. En cualquier caso, se sentó en mi sofá sin dejar de llorar y dijo que jamás volvería a poner un pie en ese maldito cine.

Linda, desconcertada, sacudió la cabeza.

—He intentado hablar con ella varias veces, le he dicho que debía aclarar el asunto hablando directamente con usted, pero siempre me contesta que ya sabe cómo va a acabar todo. Que ya le había pasado otra vez. Estaba totalmente destrozada, y pensé

que sería mejor no seguir insistiendo. No tenía ni idea de que Solène Avril fuese su hermana. ¡Ni siquiera sabía que tuviera una hermana! A Mélanie no le gusta hablar de su pasado.

Linda me miró y se encogió de hombros.

Naturalmente, se acordaba de cuando Solène Avril había entrado con Allan Wood en el Bar Hemingway. Hasta creía acordarse de mí.

Poco después leyó en el periódico que Allan Wood estaba rodando algunas escenas de su nueva película en el Cinéma Paradis. Pero, al igual que todos nosotros, no había visto ninguna relación con todo el asunto y pensó que el infiel Alain Bonnard, cuyo cine aparecía ahora en los periódicos, se había ido a la cama con cualquier otra mujer.

—¡Dios mío, qué complicado es todo esto! —dijo cuando al final de nuestra conversación me anotó una dirección en el Distrito VIII próxima al Pont Alexandre III.

—A Mélanie le gusta tanto ese puente que a menudo va andando al trabajo solo para detenerse un rato en su barandilla. ¿Lo sabía?

Asentí.

—Sí, me habló del Pont Alexandre en nuestra primera cita.

Linda sonrió.

—Lo que quiero decir con eso es que Mélanie es una chica muy especial. Y tan vulnerable... Tiene que prometerme que la hará feliz.

—Es lo que más deseo —dije—. Si consigo verla alguna vez.

—En realidad podría haberse encontrado con ella cuando fue a indagar en la Rue de Bourgogne. Trabaja en una pequeña tienda de antigüedades de la Rue de Grenelle. Se llama *À la recherche du temps perdu*. ¿Ha pasado alguna vez por delante?

Yo me guardé la nota con una sonrisa.

Se dice que París siempre es un buen cómplice para hacer realidad los sueños románticos. Siguiendo un primer impulso, pensé en ir corriendo a casa de Mélanie, llamar al timbre y darle una sorpresa. Estaba ya en la Place Vendôme haciendo una seña a un taxi cuando de pronto me sentí inseguro.

¿Era realmente una buena idea presentarme en casa de Mélanie en mitad de la noche? ¡Quién sabe si me abriría la puerta! Era muy probable que si aparecía en su casa a esas horas y empezaba a gritar por el portero automático que no tenía nada que ver con su hermana ni siquiera me creyera.

Me mordisqueé los nudillos y pensé.

Ahora no puedes perder los nervios, Alain, me dije a mí mismo. Nada de actuar sin pensar. Tenía la dirección de Mélanie, eso era lo más importante. Debía pensar bien los pasos siguientes.

Tal vez fuera mejor ir a verla al día siguiente a la tienda de antigüedades con un gran ramo de flores y mejor aseado. Aunque ya no tenía ninguna importancia, en ese momento me acordé del nombre del propietario de la tienda de antigüedades. Se llamaba Papin. Papin y no Lapin, como yo había pensado.

Solté una risa histérica.

El taxista había bajado su ventanilla y me miraba con gesto interrogante.

—*Alors, monsieur!* ¿Y ahora? ¿Va a subir usted?

—He cambiado de opinión —exclamé. Lo que necesitaba no era un taxi, sino el consejo de un aliado.

Cuando me dispuse a llamar a Solène me di cuenta de que no tenía el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Me lo había dejado en el café. Era un fastidio, pero no una catástrofe. Levanté la mirada hacia las ventanas del gran hotel. Funcionaría también sin teléfono móvil. Por suerte, por una vez estaba en el lugar adecuado.

—¡Alain! ¡Tú otra vez! —exclamó Solène sorprendida cuando me abrió la puerta de la suite Imperial—. ¡A ver si estas visitas nocturnas van a convertirse en una costumbre!

Sonriendo, se hizo a un lado para dejarme entrar.

—No te lo vas a creer —dije—. ¡Ya sé dónde vive Mélanie!

El día siguiente fue el más largo de toda mi vida. Pero de mis recuerdos empieza a borrarse la agrí dulce angustia de la espera y la inquietud producida por el último resquicio de duda que me quedaba.

Así son las personas. Cuando algo acaba bien se olvida todo lo demás. Y yo no soy ninguna excepción.

Si alguien me preguntara hoy por aquel memorable tercer miércoles de mayo, en el que el sol no se abrió paso entre las nubes hasta última hora de la tarde sumiendo a París en una luz casi irreal, seguro que respondería que fue el día más feliz de mi vida. Al que le siguió, no lo voy a negar, la noche también más feliz de mi vida.

Solène había tenido razón en todo, y yo estaba contento de haber seguido su consejo, aunque al principio no me resultara fácil. Al fin y al cabo había sido yo quien había conseguido la dirección de Mélanie. Pero no fui yo quien al día siguiente, poco antes de la pausa de mediodía, cruzó la puerta de la pequeña tienda de antigüedades de la Rue de Grenelle.

Solène me había pedido encarecidamente que la dejara actuar a ella primero.

—Solo cuando se han resuelto las viejas historias se puede iniciar algo nuevo —me dijo cuando estábamos sentados en el sofá de su suite como dos conspiradores.

Así, lo primero era que Solène tuviera la oportunidad de hablar con su hermana. Se lo explicaría todo y luego entraría yo en escena.

Acordamos que Solène me llamaría cuando hubiera hablado con su hermana. Pero en el último momento me di cuenta de que no tenía el móvil, así que le di a Solène el número de mi teléfono fijo.

A primera hora de la mañana salí de casa para comprarle unas flores a Mélanie. Con el corazón latiendo de emoción, escogí veinte fragantes rosas de té de un tono rosa pálido y me las llevé a casa. Las puse en agua y luego me senté con el teléfono en el sofá y esperé a que Solène me llamara.

Naturalmente, tenía claro que podía pasar un buen rato hasta que las dos hermanas terminaran de hablar. Los hombres arreglarían enseguida un asunto así con un par de palabras y un apretón de manos, pero a las mujeres les gustan los detalles y tienen que hablarlo todo detenidamente. Intenté leer un poco el periódico, pero enseguida me di cuenta de que las noticias del mundo no me interesaban en absoluto.

Llegó el mediodía, avanzó la tarde, el teléfono guardaba silencio, me hice un café tras otro, mi corazón latía descompasado, Orfeo olisqueó las rosas.

A las cuatro y media, muerto de pánico, llamé al número de información horaria para comprobar que el teléfono funcionaba. A las cinco me invadió una inmensa tristeza. De pronto estaba seguro de que el encuentro entre ambas hermanas había acabado en un drama terrible y a mí no me quedaba ya ninguna esperanza.

A las seis salté del sofá y empecé a dar vueltas por el cuarto de estar. ¡Nadie necesitaba tanto tiempo para hablar, ni siquiera dos mujeres!

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —grité, y Orfeo se escondió a toda prisa debajo del sofá y me miró desde allí con miedo. Maldije la idea idiota de Solène, me maldije a mí mismo por no haber ido esa misma mañana a la Rue de Grenelle. Finalmente, desesperado, cogí las flores del florero.

—¡Bah, ya no sirven de nada! —dije, y metí las rosas de cabeza en el cubo de la basura.

Entonces sonó el teléfono.

—¿Alain? —La voz de Solène sonaba llorosa.

—¿Sí? —contesté con la voz quebrada—. ¿Por qué no me has llamado hasta ahora? ¿Qué ha pasado? —Me pasé la mano por el pelo—. ¿No la has visto hasta ahora, o qué?

Solène asintió, al menos eso imaginé. Oí que moqueaba, y luego se echó a llorar.

—¡Ay, Alain! —dijo entre sollozos.

¡Ay, Alain!

Eso fue todo.

¡Dios mío, a veces odio tanto a las mujeres! ¿Llevaba horas esperando en el sofá, estaba en máxima tensión, al borde del infarto, y todo lo que aquella mujer me decía era «¡Ay, Alain!»?

¿Qué había pasado? ¿No se habían reconciliado? ¿Había vencido el odio de otros tiempos? ¿Había llegado Solène demasiado tarde? ¿Había saltado Mélanie por un puente? ¿O se había puesto una de esas pistolas antiguas en la sien y se había pegado un tiro?

Intenté mantener la calma.

—Solène —dije con decisión—. Dime qué ha pasado.

—¡Ay, Alain! —volvió a gimotear—. ¡Ha sido tan horrible! Estoy destrozada. Mélanie se acaba de ir a casa y yo me voy al hotel. —Cogió aire entre sollozos—. Son los nervios, ¿sabes? ¡Nos hemos gritado tanto! Hemos llorado. Pero al final lo hemos arreglado. ¡Todo está bien! —Soltó un grito que estaba a medias entre la risa y el llanto—. ¡Es que sencillamente no puedo dejar de llorar, Alain...!

Siguió moqueando mientras yo, aliviado, me dejaba caer junto al cubo de la basura.

Nunca sabría lo que las dos hermanas se habían dicho en todas esas horas antes de fundirse en un abrazo entre lágrimas después de dieciséis largos años. A mí solo me importaba una cosa: Mélanie quería verme.

Esa noche, a las nueve, me esperaba en la terraza del Café de l'Esplanade.

En la vida siempre hay lugares especiales. Lugares en los que se desea algo. Lugares en los que uno se encuentra a sí mismo. Lugares en los que ya no queda nada que desear.

Es posible que no sea imparcial, seguro que no lo soy. Pero el Pont Alexandre III es para mí uno de esos lugares.

París tiene muchos puentes, algunos muy famosos. Pero este viejo puente, con sus maravillosos candelabros, con sus cuatro altas columnas sobre las que unos caballos dorados parecen volar en el cielo, con todos sus delfines y querubines y ninfas que juegan sobre el pretil, me parece muy diferente a los demás puentes que conozco.

Cuando se vive y trabaja en Saint-Germain no se pasa mucho por él. Naturalmente, yo había cruzado muchas veces en coche por el Pont Alexandre, aunque nunca me había molestado en bajarme. Y tampoco lo había cruzado nunca a pie. Hasta el día en que debía reencontrarme con Mélanie.

Tras la llamada de Solène había sacado con cuidado las rosas del cubo de la basura y las había vuelto a poner en el florero. Conocía el Café de l'Esplanade. Estaba cerca del Pont Alexandre, en la esquina de la Rue de Grenelle y la Rue Fabert, y si hacía buen tiempo se podía estar en la terraza hasta bien entrada la tarde disfrutando de unas magníficas vistas.

Eran las seis. Faltaban tres horas hasta mi encuentro con Mélanie. Demasiado tiempo. No podía pensar con claridad, daba vueltas por la casa y mi inquietud crecía por momentos. Fui al baño y examiné mi rostro en el espejo. La sombra azulada alrededor del ojo izquierdo había palidecido un poco. Volví al cuarto de estar, me senté en el sofá y cerré los ojos un rato. Poco después me puse de pie de un salto y, por segunda vez ese día, me puse una camisa limpia. Me volví a afeitarme, me eché un poco de *aftershave*, me peiné, busqué mis guantes de ante marrón y me puse la chaqueta. Me arreglé con más cuidado y nerviosismo que en toda mi vida, y pensé que al otro lado del Sena Mélanie estaría haciendo lo mismo.

Orfeo estaba sentada sobre la cómoda de la entrada y seguía todos mis movimientos con atención. Parecía notar que había algo diferente a otras veces. Su tranquilidad me puso aún más nervioso. Y entonces tuve una idea para calmar mi impaciencia. ¿Por qué iba a seguir metido en casa? Hacía una tarde preciosa, saldría al encuentro de Mélanie.

Estaba seguro de que ella iría hasta el Café de l'Esplanade cruzando su puente preferido, así que me pareció muy bonito esperarla allí.

Saqué las rosas del agua. Dos de las flores estaban un poco dobladas, pero el resto había resistido el golpe contra el cubo de la basura.

—Deséame suerte, Orfeo —dije ya desde la puerta.

Orfeo estaba sobre la cómoda como una esfinge y me miró con sus ojos verdes sin inmutarse.

Cerré la puerta a mi espalda y me puse en camino.

Eran las ocho menos cuarto cuando llegué al Pont Alexandre.

Lo primero que vi fue una novia con un historiado vestido blanco que se apoyaba en el pretil y se agarraba con fuerza a su recién estrenado marido. Los dos estaban en el lado izquierdo de la amplia acera y sonreían a la cámara de un fotógrafo.

Con las novias pasa como con los deshollinadores: uno siempre se alegra cuando los ve porque cree que le van a traer suerte. Pero no era solo eso.

Cuando me detuve en mitad del puente bajo una de las farolas Belle Époque de tres brazos y me apoyé en el pretil, de pronto me atrapó una magia que había sentido pocas veces en mi vida.

La luz era suave y dorada, y la vista que se extendía a lo largo del río penetró en cada uno de los poros de mi cuerpo con su feliz imagen de amplitud y belleza.

En la margen izquierda los coches avanzaban incesantes por la Avenue de New York; en la orilla derecha del Sena, donde se alzaban los tejados de cristal del Grand Palais y el Petit Palais, no había tráfico. Allí estaban los tilos, que en pocas semanas desprenderían su dulce fragancia. Unos escalones de piedra conducían directamente a la orilla del río, donde se veían algunos paseantes y las casas flotantes se mecían en el agua.

Por debajo de mí pasó un *bateau mouche* casi sin hacer ruido, un poco más allá se veían los amplios arcos del Pont des Invalides, y a lo lejos se alzaba muy pequeña la Torre Eiffel.

Después de toda la excitación de las semanas anteriores de pronto me invadió una tranquilidad maravillosa y absoluta.

Respiré hondo. Una frase ocupaba todos mis pensamientos: «Todo va a salir bien».

El cielo empezó a cambiar de color, y París se convirtió en un mágico lugar color lavanda que parecía flotar unos metros por encima del suelo.

En el momento en que las farolas se encendieron y empezaron a iluminar el puente como pequeñas lunas blancas, la vi.

Venía por el puente, con una hora de antelación, sin prisa. Llevaba un vestido de verano, unas bailarinas rojas y una pequeña chaqueta de punto por los hombros, y el borde de la falda ondeaba alrededor de sus piernas con cada paso que daba. Venía por la misma acera donde yo estaba apoyado en el puente, pero iba tan ensimismada que no me vio hasta que estaba casi delante de mí.

—¡Alain! —exclamó. La sorpresa dibujó una preciosa sonrisa en su rostro, y se apartó el pelo de la cara con ese pequeño gesto que me era ya tan familiar—. ¿Qué haces aquí?

—Te estaba esperando —dije con la voz quebrada.

Me olvidé de las palabras bonitas que quería decirle al vernos, me olvidé de las rosas, que estaban a mi espalda en el pretil. Vi sus ojos llorosos, sus mejillas sonrosadas, su boca temblorosa, y casi se me parte el corazón de alegría y emoción y alivio y felicidad.

—¡Solo te esperaba a ti!

Unos segundos después estábamos abrazados. Llorando, riendo. Nuestros labios se encontraron sin grandes palabras.

Nos besamos y los segundos se convirtieron en años y los años en un pedacito de eternidad. Nos besamos bajo una de las viejas farolas que brillaba sobre nuestras cabezas como una luna entre las lunas. Nos besamos en uno de los puentes más bellos de París, que en ese momento nos pertenecía a los dos, volamos alto, hacia el cielo, más y más alto, y París se convirtió en una estrella entre las estrellas.

Estuvimos allí un buen rato, henchidos de felicidad, dos viajeros en el tiempo que por fin habían llegado a su lugar deseado, y observamos el río, en el que se reflejaban las luces. Nos apoyamos en el pretil y nuestros dedos se entrelazaron como la primera vez.

—¿Por qué no viniste al Cinéma Paradis? —le pregunté con voz suave—. Debías haber confiado en mí.

—Tuve miedo —dijo, y sus ojos oscuros brillaron—. Tenía tanto miedo de perderte que preferí darte por perdido yo misma.

Volví a tomarla en mis brazos.

—¡Ay, Mélanie...! —dije con voz apagada, y oculté mi rostro entre su pelo, que olía a vainilla y azahar. La abracé con fuerza e intenté sobreponerme a la ola de ternura que me invadió—. No me perderás nunca. Te lo prometo —dije—. Nunca podrás deshacerte de mí, ya lo verás.

Ella asintió y se rio limpiándose una lágrima de la mejilla. Y entonces dijo exactamente lo que yo acababa de pensar mientras la esperaba en el puente:

—Todo va a salir bien.

Sonó un ruido a nuestras espaldas. Nos volvimos y vimos asombrados al anciano de las pantuflas que avanzaba por el puente. Iba echado hacia delante y de vez en cuando levantaba el puño con mal humor.

—¡Todo esto es un gran engaño! —gritó furioso—. ¡Un gran engaño!

Nosotros nos miramos y nos reímos.

Cuando poco después, cogidos del brazo, cruzamos el puente para llegar hasta la otra orilla, donde estaba el Café de l'Esplanade, eran las ocho y media.

En el sitio donde nos acabábamos de besar quedaba olvidado sobre el pretil de piedra un ramo de rosas como prueba de que también los ancianos sabios se pueden equivocar alguna vez.

—En realidad habíamos quedado dentro de media hora —dije—. ¿Por qué has llegado tan pronto al puente?

—Simplemente quería estar allí. —Mélanie se encogió de hombros—. Sé que puede sonar algo raro, pero a las ocho menos cuarto he sentido que debía ir enseguida al Pont Alexandre. He pensado que podía esperar en el puente hasta nuestro encuentro en el café. Y de pronto tú estabas allí. —Me miró y sacudió la cabeza sonriendo—. Hemos tenido los dos la misma idea, ¿no?

—Sí —contesté, y también sonreí—. Parece que sí.

Llegamos al final del puente y tuve que pensar en las palabras de mi amigo Robert.

Era cierto. La vida no era una película de amor en la que dos personas se encuentran y luego se separan para volver a encontrarse unas semanas después en la Fontana di Trevi solo porque a los dos se les ocurre a la vez ir allí a lanzar una moneda y pedir un deseo.

Pero aunque resulte inexplicable, a veces sí es así.

EPÍLOGO

Un año más tarde tuvo lugar en el Cinéma Paradis el estreno de *Dulces recuerdos de París*. Fue una de las películas de más éxito que había rodado Allan Wood.

En los últimos meses habían pasado muchas cosas.

En primer lugar, recuperé mi teléfono móvil. El viejo profesor lo llevó la tarde siguiente al Cinéma Paradis, aunque, afortunadamente, yo no estaba allí. Estaba con Mélanie y los dos nos habíamos olvidado del mundo.

Después del rodaje, Allan Wood voló con su hija Méla a Nueva York para mostrarle sus lugares favoritos y luego ir a pescar a los Hamptons, su nueva pasión.

Solène se compró una casa enorme cerca de la Torre Eiffel para tener —según explicaba guiñando un ojo— un pequeño refugio en París. Mélanie y Solène se veían cada vez que Solène estaba en la ciudad, lo que ocurría con frecuencia. A veces venían las dos hermanas juntas al Cinéma Paradis para ver alguna película antigua, pero Mélanie no volvió a sentarse nunca más en la fila diecisiete.

Madame Clément se compró un perro pequeño. Y François se echó novia. Algunos días ella se sentaba con él en el cuarto del proyector y esperaba pacientemente a que terminara la película.

En el corcho de la pared de mi despacho estaba clavada la invitación a la boda de monsieur y madame Petit. Eran los dos espectadores infelices que se habían enamorado porque una tarde se habían agotado las entradas en el cine.

Melissa superó sus exámenes con brillantez y se marchó a un *post graduate year* a Cambridge.

Robert se quedó algo apenado, pero enseguida se le pasó y un mes más tarde me presentó a una belleza morena llamada Laurence.

Pero lo mejor de todo fue que desde hacía cuatro semanas mi casa estaba ocupada por una mujer. Mélanie se vino a vivir conmigo y había cajas todavía sin vaciar por todas partes. No me importaba en absoluto. Cuando me despertaba por las mañanas y lo primero que veía era su preciosa cara me sentía completamente feliz.

Todos los enigmas estaban resueltos, todas las preguntas tenían respuesta. Solo había una cosa que me seguía rondando por la cabeza. ¿Quién era el anciano de las pantuflas? Yo fui varias veces con Mélanie a la Rue de Bourgogne, a la casa del viejo castaño en el patio interior, y su amiga Linda nos invitó a comer. El arte culinario de Linda era algo limitado, pero en cambio preparaba unos cócteles magníficos. Jamás volví a ver al anciano de las pantuflas. A veces hay cosas que seguirán siendo siempre un misterio.

La noche del estreno la gente se agolpaba en el Cinéma Paradis. Vi muchas caras conocidas. Naturalmente, Solène Avril estuvo allí, pues para ella mi cine era casi como estar en casa, y fue la estrella indiscutible del *show*. Howard Galloway tuvo que quedarse en el hotel a causa de una infección y estaba muy ofendido con el mundo. También vinieron Allan Wood y algunos miembros del equipo de rodaje, descubrí incluso a Carl, que tenía un aspecto muy diferente porque se había afeitado la barba y ahora se paseaba con un bigote a lo Hemingway. Los periodistas aguardaban ya a las estrellas en la sala, y Robert esperaba a que por fin le presentara a Solène. Habían acudido todos mis amigos y conocidos, de estos últimos tenía bastantes más que un año antes.

Linda se tomó esa tarde libre y vino al Cinéma Paradis por primera vez. El matrimonio Petit también estaba allí, y hasta descubrí en el vestíbulo a la supuesta Mélanie de la Rue de Bourgogne.

Todos querían ver *Dulces recuerdos de París*, y a mí también me gustaba la película, aunque al observar algún rostro que me sonreía tuve que pensar en mi propia historia.

De pronto apareció Robert a mi lado.

—Venga, preséntamela ya de una vez —dijo—. He venido solo a propósito.

Suspiré.

—Eres terrible, Robert, ¿lo sabías? —Tirándole de la manga le conduje hasta mi despacho, donde Solène esperaba a que empezara la película tomando un café con Mélanie, Allan Wood y Carl Sussman—. Luego hemos reservado una mesa en la Brasserie Lipp.

Solène era supersticiosa. No se brindaba hasta después de la película, todo lo demás daba mala suerte.

—Solène, aquí hay alguien que quiere conocerte a toda costa. —Empujé a mi amigo por la puerta—. Este es Robert, el inalterable optimista... ya te he hablado alguna vez de él.

Solène echó un vistazo con sus ojos brillantes a mi amigo rubio y bronceado y se pudo ver que le gustó.

—¡Ah, Robert! —exclamó—. *Enchanté, enchanté!* ¿Por qué le ha tenido Alain tanto tiempo escondido? Es usted químico, ¿verdad?

—Astrofísico —la corrigió Robert sonriendo de satisfacción ante la imagen de aquella radiante mujer.

—Un astrofísico... ¡es magnífico! —dijo Solène, y cualquiera que no la conociera habría jurado que no había hecho otra cosa en toda su vida que admirar la astrofísica—. Tiene que hablarme luego de eso... ¡adoro la astrofísica!

Y luego nos fuimos todos a la sala y empezó la película.

Naturalmente, el cine es muy diferente al teatro. La pantalla no es lo mismo que la presencia en el escenario, y el espectador tampoco tiene la posibilidad de mostrar entusiasmo o desagrado de forma que los actores o el director lo perciban directamente. Naturalmente, cada uno es libre de abandonar la sala si no le gusta una película, pero la reacción del público es la misma con la sala llena que vacía. Pero quien haya estado en un estreno, y aún mejor con la presencia de los actores, sabe que es una experiencia muy especial.

El cine tiene una ventaja indiscutible frente al teatro: en ningún sitio, en ningún escenario del mundo es la ilusión más perfecta, la identificación mayor y la realidad menos real que delante de una pantalla en una sala de cine a oscuras.

En el teatro el público se ríe, algunas veces también llora. Pero el cine, con sus películas, es el lugar en el que se provocan los grandes sentimientos, el lugar en el que todo lo que se desarrolla al otro lado del telón de terciopelo oscuro carece de importancia durante un tiempo.

El lugar donde los sueños se hacen realidad.

Dulces recuerdos de París era una película de esas. Era una comedia agrídulce y le tocaba a la gente en su punto más sensible. El punto donde se encuentra el corazón.

Cuando se acabó el último diálogo y los postreros compases de la música acompañaron a los títulos de cierre, por un instante reinó un silencio inusitado en la sala. Se habría oído el ruido de una aguja al caer. Luego todas las filas estallaron en aplausos. Yo estaba sentado al lado de Mélanie, que tenía en la mano un pañuelo arrugado, y aplaudí como todos los demás. En ese momento era un espectador más.

Cuando el director y la protagonista aparecieron ante el público, los espectadores estuvieron varios minutos gritando «¡Bra-vo! ¡Bra-vo!», esa maravillosa palabra de máximo reconocimiento que es igual en todos los idiomas.

Luego yo me dirigí hacia el escenario. Los periodistas plantearon sus preguntas. Se hicieron las fotos. Allan Wood pronunció un par de frases, Solène estuvo encantadora, como siempre. Los espectadores reían y aplaudían.

Finalmente Solène levantó la mano sonriendo.

—Esta película ha sido algo muy especial para mí, y seguro que jamás olvidaré el rodaje aquí en París y, sobre todo, en este cine —dijo—. Pues después de algunas extrañas y afortunadas casualidades que son demasiado complicadas para explicarlas

aquí, he vuelto a encontrar a alguien que significa mucho para mí. Mi hermana.

Extendió la mano y Mélanie se puso de pie vacilante.

—No le gustan mucho las candilejas —añadió Solène guiñando los ojos—, pero esta noche tendrá que hacer una excepción. Al fin y al cabo ya vinimos aquí cuando éramos pequeñas a ver algunas películas.

Mélanie avanzó hacia delante entre los aplausos del público. Sus mejillas se sonrojaron, y sonrió abrumada cuando Solène la abrazó. Ver juntas a dos hermanas tan diferentes era una imagen que no dejaba indiferente a nadie.

—¿Cómo se puede superar esto? —dijo Allan Wood con un suspiro, y guiñó los ojos tras sus gafas.

El público se levantó de sus asientos y siguió aplaudiendo frenéticamente. Luego yo respondí a algunas preguntas y di las gracias. Los primeros espectadores ya se disponían a marcharse cuando alguien más pidió la palabra.

—¿Cuál es en realidad su película favorita, monsieur Bonnard? —pregunta uno de los periodistas.

—¿Mi película favorita? —repito, y pienso un instante. De pronto se hace el silencio en la sala. Cojo de la mano a Mélanie, que está a mi lado. Ella me mira, y en sus ojos está toda mi felicidad, todo mi mundo.

—Mi película favorita no se puede ver en ninguna pantalla del mundo —respondo con una sonrisa—. Ni siquiera aquí, en el Cinéma Paradis.



NICOLAS BARREAU. (París 1980) De madre alemana y padre francés, estudió lenguas románicas y literatura en la Sorbana. Durante un tiempo trabajó en una librería de la Rive Gauche, hasta que finalmente se dedicó a escribir. Le encantan los restaurantes y la cocina, cree en el destino, es muy tímido y reservado y, al igual que al escritor de *La sonrisa de las mujeres*, no le gusta aparecer en público. Sus tres novelas, publicadas originalmente por una pequeña editorial alemana, ha conseguido un gran éxito, especialmente con *La sonrisa de las mujeres* que se ha convertido en un verdadero fenómeno editorial, en Alemania e Italia.